



El Ejecutivo

Thomas M. Disch

Kalpa imperial
Angélica Gorodischer

El cazador de jaguares
Lucius Shepard

El ejecutivo
Thomas M. Disch

Colección «Narrativa fantástica»

Thomas M. Disch

El ejecutivo

Traducción de María José Rodellar

ALCOR

Titulo original: *The Inshuessman*

Colección dirigida por Alejo Cuervo y Alben Solé

Diseño gráfico: Romi Sanmartí

Ilustración: Neil Breedon

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

© 1984 by Thomas M. Disch

© 1990, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Gran Via, 774, 7, 08013 Barcelona

ISBN 84-270-1436-8

Depósito legal B. 20.874-1990

Fotocomposición: Pomertext (Baskerville, cuerpo 9.3/3.90)

Impresión: Libergraf, S. A., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Impreso en España — Printed in Spain

Lo fundamental, siempre y en el fondo, es espiritual.

DWIGHT D. EISENHOWER

Cuando despertó, tardó cierto tiempo en comprender dónde estaba, hasta que por fin cayó en la cuenta: estaba muerta y enterrada. Cómo lo sabía, qué sentido la informaba de ello, lo desconocía. No era la vista física ni ningún análogo espiritual suyo, pues, ¿cómo va a haber visión donde no entra la luz? Tampoco tenía sensación corpórea en las extremidades ni en el tronco, el corazón o la lengua. Su cuerpo estaba allí, en el ataúd con ella, y en cierto sentido todavía se hallaba vinculada a sus proteínas en desintegración, pero todas estas cosas no las percibía por medio de los sentidos físicos. Tan sólo existía una esfera de conciencia del yo más allá de la cual era capaz de distinguir vagamente ciertos elementos esenciales de la tierra que la aprisionaba: una masa densa, húmeda e intrincada atravesada por constelaciones de anhelos avanzando, nódulos de intensidad contra un resplandor lechoso de apacible transformación bacteriana.

Recordó los versos de su infancia: «Entran los gusanos. Salen los gusanos. Los gusanos juegan al parchís en tu nariz».

¿Cuánto tiempo iba a durar aquello? El interrogante se formuló con frialdad, sin desencadenar alarmas. Se suponía que los fantasmas, los fantasmas de que tenía noticia, eran libres de moverse a su antojo. Se decía que volaban, mientras ella estaba sujeta, por algún tipo de gravedad psíquica, a aquel cadáver inerte en que hasta el proceso de descomposición se veía dificultado por las sustancias químicas que le habían sido inyectadas.

Casi al tiempo que se formaba la pregunta, la respuesta existía ya en su esfera de percepción. Su yo pensante continuaría pensando indefinidamente. Eternamente, no. La eternidad continuaba siendo una idea tan insondable y nebulosa como cuando estaba viva. También sabía que no siempre iba a estar confinada en el ataúd de su cadáver, que en cierto momento podría soltarse de su envoltorio de carne para volar en libertad como los demás fantasmas.

Pero ese momento todavía no había llegado. Por ahora estaba muerta y no le quedaba sino pensar en ello.

Los martes, a la hora del almuerzo, Glandier se iba con el coche a la sauna Bicentennial de Lake Street y se daba un revolcón con quien estuviera libre. No era exigente. Lo principal era regresar al despacho antes de las dos. No es que le hubiera importado a nadie que llegara media hora tarde, pero a él sí le importaba. Le gustaba distribuir el tiempo en pulcros paquetitos de una hora, hábito que había adquirido en el colegio, donde el timbre que señalaba las horas señalaba también un cambio de marcha mental.

Naturalmente, tenía sus favoritas. Para un francés, le gustaba Libby, que era la más joven de la sauna y algo flaca y débil. Nunca se arrodillaba delante de él sin una pequeña mueca de repugnancia. Esto ejercía un efecto positivo tan inmediato en Glandier que casi no tenía tiempo de meterle la polla en la boca antes de disparar su cargamento. En cierto modo, parecía que no aprovechaba los 25 dólares, pero mientras duraba era fantástico, lo mismo que durante los diez o quince minutos siguientes. Por otra parte, así disponía de más tiempo para almorzar.

Su otra favorita debía de ser la de más edad del grupo. Por Sacajawea la conocía la clientela de la Bicentennial, una india auténtica con un orondo culo, unas enormes tetas caídas y mucho maquillaje en los ojos. Tenía una manera muy excitante de bajar y subir las pestañas, aunque seguramente sería tan falsa como las propias pestañas. Le gustaba que actuara como si creyera que Glandier era cojonudo en la cama, que mientras se la tiraba ella canturrease obscenidades para animarlo, o las profiriera casi sin aliento si ya habían llegado a ese ritmo, saber que agradecía su asistencia regular y las propinas de cinco dólares, ya que era consciente de que no valía nada, y que, cuando había terminado y se había repuesto, empezara a chupársela, gratis. Aunque generalmente no servía de gran cosa. Se le levantaba sin problemas, pero por lo general no podía eyacular dos veces en los tres cuartos de hora que se asignaba.

La visita semanal a la Bicentennial servía para sustituir la que solía hacer a la consulta que tenía en el centro de Saint Paul el doctor Helbron, un psiquiatra especializado en combatir depresiones y angustias de altos ejecutivos de 3-M, Honeywell y otras multinacionales con sede en Twin Cities. El propio doctor Helbron le sugirió la Bicentennial, afirmando que lo único que necesitaba Glandier para empezar a encontrarse como antes era echar un polvito de forma regular. ¿Cómo iba a rechazar el experimento si se lo proponía su propio médico?

Y funcionó. Pese a que no era exactamente el de antes, ya no podía seguir quejándose de depresiones incapacitantes ni de repentinos accesos de ira desatada. Aquéllos eran los síntomas que en un principio lo llevaron a la consulta del médico, siguiendo el consejo del jefe de personal de la empresa, Jerry Petersen. En aquellos tiempos, el verano de 1979, Glandier hacía todo lo que podía para comportarse con la seguridad de siempre, sonriendo mucho y contando chistes constantemente, pero, si bien lograba disimular las depresiones, los accesos de ira, cuando se producían, ya no eran tan controlables. Sin darse cuenta, se disparaba y se encontraba armando un escándalo en un restaurante o reprendiendo a alguna chica del despacho por algo que seguramente no era culpa de ella. En su interior había una especie de demonio de la petulancia que aparecía de pronto como una serpiente de cascabel. Cuando sus socios hubieron presenciado unas cuantas escenas de este tipo, Jerry Petersen, que no sólo era jefe de personal sino también un buen amigo, le sugirió que buscara consejo profesional. Un modo educado de decir que estaba loco. Pero es que lo estaba, no podía negarlo.

Sólo un loco asesinaría a su esposa, y eso era lo que había hecho Glandier.

A los cuarenta y ocho años, Joy-Ann Anker se estaba muriendo de cáncer. Se había puesto muy enferma al cabo de dos semanas de seguir un régimen que hasta entonces había sido un gran éxito. En el hospital la sometieron a una exploración para una biopsia y descubrieron un tumor maligno de buen tamaño en el colon transversal que ya se había extendido más allá del punto en el que la cirugía podía dar resultados esperanzadores. Le prescribieron un tratamiento de quimioterapia que le producía unas náuseas casi constantes y la mandaron a casa. Irónicamente, el cáncer, la exploración y la quimioterapia combinados dieron los mismos resultados que una dieta perfecta. Por segunda vez en su vida volvía a tener el que se suponía su peso ideal, 51 kilos, y podía ponerse ropa de hacía catorce años. Sin embargo, la mayor parte de su ropa se la había dado a su hija hacía tres años, cuando perdió la fe en las dietas. Una vez Giselle se hubo marchado con las cajas de ropa, Joy-Ann se echó a llorar al imaginarse la vida que le esperaba, una vida de aburrimiento, alcohol y soledad. Ahora volvía a llorar al pensar que ni siquiera de esa vida podría disfrutar. En ocasiones incluso se reía de todo. Era evidente que Dios le estaba gastando una broma.

Oficialmente no sabía que se estaba muriendo. Tanto el médico como el sacerdote le habían dicho que, si bien las posibilidades eran pocas, aún había esperanza. A ella no le dijeron esperanza de qué, pero durante una de las visitas de Bob al hospital se fingió dormida para no tener que hablar con él (si había algo peor que ir a ver a alguien al hospital era que te vinieran a ver a ti), y el doctor Wandke le contó a su yerno una historia bastante distinta. Seis meses, como máximo. Eso fue a finales de enero, lo cual, con suerte, le daba hasta últimos de julio.

Poder fingir que no lo sabía le proporcionaba cierto alivio. Cuando iba a verla el padre Rommel podía comportarse como de costumbre y no se veía obligada a confesarse, mientras que si el pronóstico se hacía público tendría que pasar por la confesión, y sería una confesión difícil, pues todavía, en el fondo de su corazón, se aferraba a un pecado del que no podía o no quería arrepentirse. Desde un punto de vista estrictamente católico quizá no fuera pecado, incluso puede que todo lo contrario, pero no le apetecía tratar de ese tema con un cura. Ya había sido bastante bochornoso tener que confesar cada año que usaba anticonceptivos, pero aquello... En cualquier caso, había dejado de creer en muchas cosas desde que sus hijos se fueron de casa y pudo desentenderse de sus creencias religiosas.

Se le ocurrió que tal vez podría recuperar la ropa que le había dado a su hija. O, todavía mejor, podía pedir la ropa de Giselle, si Bob no la había regalado a Industrias Buena Voluntad como pensaba hacer. Llamó a Bob al trabajo y su secretaria le dijo que estaba reunido, lo cual, naturalmente, no se creyó. Bob era un buen yerno, sobre todo considerando lo que había ocurrido, pero las visitas semanales eran consecuencia de su sentido del deber, no de que disfrutaran de la mutua compañía. Giselle era lo único que tenían en común, y cuanto menos dijeran de ella, mejor.

Como persona cumplidora que era, la llamó aquella misma noche y no hizo falta más que insinuar lo que quería para que él se ofreciera a pasar al día siguiente, cuando fuese a trabajar, con todo el guardarropa de Giselle. Había ocho cajas de cartón. Al principio le pareció mucho, pero, considerando cuántas cajas harían falta para empaquetar toda su ropa cuando muriera, no eran demasiadas. Se preguntó si habría traído la ropa que tenía Giselle en Las Vegas. Mientras la tragedia se hallaba todavía presente en la mente de todo el mundo, evitó preguntarlo, pero ahora, mientras desempaquetaba las ocho cajas, la curiosidad la devoraba.

Había varios conjuntos informales que nunca le había visto puestos, pantalones téjanos, camisetas de algodón y cosas por el estilo, pero sólo uno de ellos, según la etiqueta, procedía de Las Vegas: un traje-pantalón naranja de poliéster fino. Le quedaba perfecto y, a los ortodoxos ojos de la señora Anker, resultaba levemente provocativo. Quizá pudiese teñirlo, pero lo dudaba. ¿Qué tipo de vida llevaba Giselle allí? No comprendería jamás qué le dio a su hija para que huyera de aquella forma. No podía ser el juego. Giselle era la única inmune. Debía de ser pura y simple locura.

Al final, lo único que se quedó, aparte del traje-pantalón, fueron las cosas que ella misma le había dado a Giselle: el traje con cinturón de Dayton's, el vestido negro que se había puesto en el funeral de su madre y muy pocas veces después, y varios vestidos estampados, demasiado finos para el invierno. Mientras se los probaba todos delante del espejo del

dormitorio, de vez en cuando se le escapaba alguna lágrima al pensar que tal vez no viviría lo suficiente para ponérselos, pero a veces también sonreía porque en toda su vida nunca había estado tan atractiva.

Situado en ángulo respecto del mundo que había conocido hasta entonces, aquel mundo que quedaba dos metros por encima de ella, con sus coches y sus casas, había otro mundo. A veces parecía que ese otro mundo estaba en su interior, pero cuando dirigía su atención hacia dentro e intentaba aproximarse al umbral, ese mundo interior apenas percibido se desenfocaba o palidecía, si bien no llegaba a desaparecer por completo. Siempre estaba presente, tan real como los muebles con los que uno se tropieza en una habitación a oscuras.

La primera visión límpida fue fulgurante. Al otro lado de aquel umbral vio un campo de pura geometría y color, como una pintura que cubriera simultáneamente el suelo y las paredes. Guardaba cierto parecido con un mantel a cuadros rojos y blancos, pero oscilaba, y las franjas rojas eran igual de luminosas que los trozos blancos, que en realidad no eran blancos, sino de otro color indefinible. Parecía muy hermoso e importante, pero, antes de que comprendiera por qué, había desaparecido.

Posteriormente especuló mucho sobre lo que había visto; sin embargo, aunque recordaba su aspecto con bastante precisión, su significado se le escapaba. Paciencia, ésa era la primera lección de la otra vida, una paciencia que no era medida por calendario ni reloj alguno, ni siquiera por las cadencias del pensamiento articulado. La mayor parte de su tiempo subjetivo transcurría en fases de baja percepción, como las que en vida se experimentaban tan sólo en el umbral del sueño. No se podía saber cuánto duraban esos períodos de sueño espiritual; podían ser siestecillas de diez minutos o letargos de todo un invierno, como una semilla en tierra helada. A veces, las constelaciones de anhelos que se arrastraban por la tierra habían cambiado completamente cuando despertaba, o los tejidos en licuefacción de su cadáver habían entrado en un estado de desintegración nuevo y más profundo.

Imposible; ni siquiera como espíritu dissociado de la carne podía evitar contemplar tales transformaciones sin aversión. Le era imposible no estar tensa ante aquel vínculo que la mantenía allí, encerrada en el ataúd como un genio en una lámpara. Sin embargo, su sensación no era de temor; más bien contemplaba su cadáver como en el mundo de arriba hubiera reaccionado ante un apestoso y harapiento vagabundo de Hennepin Avenue a quien nadie podría ayudar aunque pidiera ayuda.

En una ocasión le pareció que había quedado libre. Al secarse un tendón del cadáver, se le descoyuntó un hueso y creyó que ese repentino chasquido indicaba que cedía la cerradura. Y tal vez sí señaló, en cierto modo, el principio de su liberación, ya que después le pareció que el horizonte de su conciencia se ampliaba considerablemente. Empezó a tener una sensación casi panorámica del cementerio, no sólo de la esfera de tierra que la rodeaba inmediatamente sino más allá, donde yacían y se consumían los demás cadáveres, todos muertos, todos inertes e inconscientes. Tan sólo ella, en todo el cementerio, vivía después de la muerte.

No, no era así. Tan sólo ella no había cruzado ese umbral interior que daba paso al infinito mantel a cuadros. Además de estar atrapada en su cuerpo, lo estaba también en el mundo.

El don de la gracia tiene su propia crueldad, que resulta inexplicable. La gracia se distribuye por familias, no es cuestión de mérito. Generaciones enteras de hijos de puta pueden disfrutar de la más infame buena suerte, mientras que los sabios, los virtuosos y los dignos sufren y se hundén bajo pesos insoportables. Es totalmente injusto, y sin embargo, nada ansian más los creyentes que el convencimiento de que ellos y los suyos pertenecen a uno de los pueblos elegidos.

Los Anker eran una de esas familias. Joy-Ann, que era Anker por partida doble, pues había nacido Anker y se había casado con un primo de la rama Anker, lo hubiera negado rotundamente, pero los elegidos raras veces lo sospechan hasta etapas avanzadas de la vida. A los cuarenta y ocho años, todavía era demasiado joven para identificar los signos de gracia en lo que consideraba una serie de trágicos infortunios. Pues la fuente de gracia, que para ser honestos llamaremos Dios, gusta de la ironía y se deleita en las paradojas; obtiene bien del mal como si tal cosa.

Considerados en conjunto, los Anker no eran particularmente perversos. En general, eran vagos y faltos de empuje (incluso en unos pocos casos habían llegado a vagabundos y borrachos), pero no eran malos de un modo activo u opresivo; víctimas, no victimarios; de los tristes, apagados y pobres de espíritu a quienes las Bienaventuranzas prometen, no sin ironía, el reino de los cielos. A Joy-Ann, por ejemplo, una póliza de seguro que había suscrito su marido por un cuarto de dólar en el aeropuerto de Las Vegas le había ahorrado el tener que pasar por el conocido recurso de trabajar para ganarse la vida en los quince años que hacía que falleció su marido. Éste salió de Las Vegas arruinado y fue enterrado dos semanas más tarde en el Cementerio de Veteranos de Minnesota, dejando una viuda con dinero suficiente no sólo para evitar perder el derecho a levantar la hipoteca sino también para comprar unos bonos que le rendían ocho mil dólares al año. Aquello, junto con la pensión de viudedad, les permitió a los Anker supervivientes vivir lo que quedaba de los años sesenta en una cómoda indigencia. Bing fue alumno de Cretin, y Giselle, de Nuestra Señora de la Misericordia. Joy-Ann se quedaba en casa y preparaba comidas rápidas y sustanciosas siguiendo las recetas de *Family Circle*. Cada año engordaba un poco y se volvía un poco más irritable, pero en el fondo estaba más contenta que unas pascuas. Tenía exactamente lo que deseaba: una vida sin complicaciones.

Ahora aquella vida sin complicaciones estaba tocando a su fin, justo cuando la inflación había cercenado sus ingresos hasta convertir la compra en un motivo de angustia. Había tenido que enfrentarse a la necesidad de vender la casa. Dos agencias inmobiliarias distintas se la habían tasado en ochenta mil dólares, quizá incluso más, cuatro veces lo que hubieran sacado Dewey y ella en 1954, cuando la heredaron al fallecer su suegro, el señor Anker padre. ¡Una mina de oro! Todos aquellos años que había vivido en ella, la había clasificado en la misma categoría que el agua, el aire y el sol, algo necesario pero omnipresente. Con aquel patio descuidado y el estropeado papel de las paredes, ¿quién iba a suponer que no era el equivalente de la ropa de segunda mano que vendían en el Ejército de Salvación? ¿Ochenta mil dólares por un solar de la esquina de Calumet Avenue? El dinero estaba perdiendo todo significado.

El barrio de Calumet había sido siempre uno de los perennes motivos de queja de Joy-Ann. Primero empezó a decaer, lo que fatalmente hizo que se llenara de negros. Pero luego, sin que ella se diera cuenta siquiera, el proceso se invirtió. Las casas estaban pintadas (excepto la suya) y los jardines arreglados. Volvieron a aparecer niños en las aceras, que —por más que algunos fueran negros— conferían cierto tono de prosperidad en tanto pedaleaban en sus triciclos y tiraban de sus remolques de arena simbólica, pues todo el mundo sabe que ni siquiera los automóviles requieren un flujo tan cuantioso y constante de dinero como los niños. La matrona romana que dijo que sus hijos eran sus joyas no exageraba.

Ochenta mil dólares. Disponer de una cantidad semejante de dinero y saber que no se aprovecharía no era una idea agradable. No es que fuera a desaprovecharse literalmente; en realidad iría a parar a su yerno, Robert Glandier. Joy-Ann no le tenía simpatía, pero era de los que siempre se acordaban de felicitar los cumpleaños y las Navidades. Tras la tragedia de Giselle, y todavía más después de la temporada que ella misma estuvo internada en el hospital, se había mostrado todo lo cumplidor que se podía esperar de alguien

fundamentalmente desconsiderado. La llamaba un par de veces por semana y pasaba los domingos por la mañana para llevarla a misa, si se sentía con fuerzas, o, con mayor frecuencia, para acompañarla en un desayuno tardío compuesto de *waffles* con bacon. A Joy-Ann le encantaban los *waffles*. No le importaba tener que ir al baño a vomitarlos pocos minutos después de habérselos comido; continuaban proporcionándole una gran satisfacción.

¿Estás segura de que no quieres ir a misa de once? —le preguntó un domingo—. Para mí no es ninguna molestia.

—No, de verdad. ¿Quieres otro waffle?

—Mmm —dijo él asintiendo con la cabeza. Joy-Ann vertió la mezcla en la plancha y la cerró.

—Es que ya no me parece tan importante. Quiero decir que no entiendo por qué Dios tiene que estar en la iglesia más que en cualquier otro sitio. ¿Tú lo entiendes?

—No. Pero yo no creo en Dios.

Joy-Ann frunció los labios y movió la cabeza como diciendo: «Malo, malo». Era de la generalizada opinión de que en el fondo todo el mundo creía lo mismo que ella; sólo era preciso que fueran sinceros con ellos mismos.

—Sigo yendo al bingo los martes por la noche —continuó pensativa—. Me acompaña Alice Hoffman. ¿Crearás que en el bingo tengo una suerte fantástica? Es raro, ¿no? En el bingo siempre tengo suerte, aunque resulta un poco irónico. La semana pasada gané un pavo. ¿Qué voy a hacer yo con un pavo?

—¿Y qué hiciste con él?

—Me di cuenta de que Alice le había echado el ojo, pero regalárselo a ella no tenía mucho sentido. No es que se muera precisamente de hambre, ¿no? Así que se lo di a las hermanas, y la hermana Rita me ha enviado una carta preciosa dándome las gracias. Ojalá aún llevaran el hábito, como antes. Y ojalá volvieran a decir la misa en latín. Ya no es lo mismo.

Joy-Ann se echó a llorar silenciosamente. El latín le recordó las misas de difuntos y que se estaba muriendo a los cuarenta y ocho años. A través de las lágrimas vio el vapor que desprendía la plancha de los *waffles*.

Glandier también observaba la plancha para no tener que mirar a su suegra. Las muestras de emoción lo ponían nervioso. Por lo que había visto en televisión, sabía que en tales momentos debía decir algo reconfortante o abrazarla, pero lo único que se le ocurría decir era «No pasa nada», lo cual no resultaba muy reconfortante, y la idea de tener contacto físico con Joy-Ann le repugnaba. No por su apariencia. Ahora que había adelgazado no estaba mal, sobre todo para sus cuarenta y ocho años, pero se estaba muriendo, y hasta entonces Glandier no había reflexionado sobre lo inevitable de la muerte, el cáncer y sus efectos en estómagos, hígados, pulmones y todos los demás espagueti que lleva enrollados una persona dentro de la piel. Deseó fervientemente que Joy-Ann no se entretuviera en eso de morirse.

—Ya están listos —dijo ella secándose los ojos con una servilleta.

Abrió las dos mitades de la plancha y los *waffles* cayeron de la mitad superior como fruta madura. Clavó el tenedor impregnado de jarabe en el suyo, y empezó a untarlo de mantequilla. Esta se derritió, transformándose de una sólida masa amarilla en un reluciente líquido ámbar.

Después de casarse, en 1969 (tenía entonces treinta años), el cuerpo de Glandier comenzó a estropearse. A lo largo de los años setenta y a intervalos regulares, de repente le asaltaba el pánico y empezaba a hacer régimen y a levantar pesas en el taller de la parte trasera del garaje. Pero el régimen lo ponía de mal humor y se aburría de las pesas, de modo que en seguida regresaba a su actitud original, que era: «¡Al cuerno!». Si tenía que ser así, no servía de nada luchar.

Permitió que el vientre rebasara por encima del cinturón. Le creció la papada hasta pasar de las dimensiones de Dick Tracy a las de Porky. Incluso brazos y hombros, que siempre había tenido fuertes, si no como una piedra, se le volvieron flácidos. Sin embargo, no se descuidó en la indumentaria; ello hubiera sido un error, pues su empresa era muy exigente con los ejecutivos en ese tema. Se compró camisas y trajes que se ajustaran a sus nuevas proporciones y, en general, se avino a lo inevitable.

Un hombre de negocios, ésa era la imagen que pretendía ofrecer. Un hombre de negocios que jugaba al golf, fumaba puros de a dólar y gastaba mucho dinero en ropa sobria. Un hombre de negocios, corpulento y rollizo, que acompañaba sus almuerzos con buenas cantidades de alcohol y sus cenas con cantidades todavía mayores. Un hombre de negocios que trataba de conducir a sus colegas hacia estilos de vida propios de la mediana edad.

Pero no todos sus colegas estaban dispuestos a seguirlo por este camino. A medida que avanzaba la década de los setenta, los atletas serios se volvieron más serios. Se les veía haciendo jogging en los serpenteantes caminos de Willowville, donde jamás habían pasado peatones, con el cabello perfectamente arreglado, los chándals manchados de sudor y muecas desafiantes en el rostro. Aquello no era para Glandier. A él le gustaba el patio, la tumbona, un daiquiri y una revista. Cuando los ex compañeros de universidad se burlaban de él, hacía chistes al estilo Falstaff a su propia costa y se guardaba el resentimiento para cuando llegara el momento de la venganza. Por otra parte, los ejecutivos de más edad de la empresa se mostraban amistosos con él. Les gustaba ver a un hombre joven con tanta prisa por emularlos en su decrepitud.

En una ocasión, cuando estaba bebido y se relajaba placenteramente en la bañera, se le ocurrió que en un momento u otro de su vida todo hombre de negocios debía tomar la misma decisión: hacerse un verdadero hombre de negocios y dejar atrás la juventud. A los cuarenta y un años, la transformación había finalizado, pero una parte de la imagen había desaparecido de la pantalla. Al no contar con esposa, una esposa como Giselle, guapa, servicial y trece años más joven, aquel importante anuncio referente a la integridad de su vitalidad en el aspecto físico más importante de todos, el sexo, había dejado de ser retransmitido al mundo. Había entrado en una etapa nueva y más alarmante de la desintegración. Su figura se estaba hinchando, y había pasado de las carnes blandas permitidas en Brando o Elvis, a la flaccidez asexual de un gordo consumado. Hasta la forma y la expresión de su rostro estaban cambiando.

Sabía que tenía un aspecto horrible, que la gente hacía comentarios, hasta las secretarías (sobre todo las secretarías), que en ciertos círculos lo tenían por un hombre que se estaba hundiendo. Pero no podía evitarlo. Por las noches llegaba a casa, después de cenar abundantemente en algún restaurante del centro, y empezaba a dar cuenta de una Heineken tras otra, acompañadas de bolsas de cortezas de maíz, frente al televisor. La cerveza engordaba más de prisa que el licor, de contenido alcohólico superior, pero moderaba su tendencia a coger grandes melopeas diarias. Al menos de esta manera no perdía del todo el juicio, y si después de las noticias no daban nada interesante, como solía suceder, podía sentarse a la mesa del comedor a elaborar o inventar estadísticas que incluir en sus informes. El trabajo era lo que lo mantenía vivo. El trabajo y la idea de que las cosas iban a cambiar, de que estaba a punto de ocurrirle algo importante. Aunque esa importancia se concretara en un factor negativo, Glandier lo necesitaba para mantener el equilibrio entre él y el universo, e impedir que este último tuviera una preponderancia exagerada.

Suponía que la gente pensaría que estaba engordando tanto como consecuencia del disgusto ocasionado por la muerte de su esposa en circunstancias tan desagradables. Tal vez aquella idea tenía incluso algún fundamento. Tal vez experimentaba cierto sentimiento

soterrado de culpa (era posible), y esa culpa desencadenaba aquellas terribles ansias cuando trataba de resistirse al último donut. Si era así, se alegraba de que tal síntoma no diera lugar a ninguna pista relacionada con el crimen. En la espalda de la chaqueta no llevaba grabada ninguna A que viera todo el mundo menos él.

Los cadáveres estaban dispuestos formando un dibujo que recordaba el más pulcro de los barrios residenciales, un tablero de damas, un gigantesco crucigrama. Sobre los muertos, como si fueran las definiciones del crucigrama, las lápidas con los nombres grabados. Los cuerpos los percibía casi como si estuviera en la misma habitación; las lápidas y los nombres se los imaginaba. Todo lo que estaba por encima de la tierra escapaba a su percepción, lo mismo que lo que se vislumbraba más allá del velo a cuadros rojos; el cielo, suponía.

De niña la acongojaban las representaciones que veía del cielo, los santos y los ángeles que iban a misa entre nubes, hasta que la hermana Rita le explicó que debía de ser mucho más divertido, que desde nuestro punto de vista terrenal no era posible imaginar el esplendor de mirar de frente el rostro de Dios.

Pero seguía sin imaginárselo, aunque sí podía, casi a voluntad, ver aquella extraña cuadrícula que la separaba de...

Entonces lo recordó.

Lo primero que recordó fue el agarrador a cuadros misteriosamente adherido a la cara esmaltada del frigorífico.

A continuación le llegaron torrentes de recuerdos, no los leves cambios que experimenta la mente cuando se oprimen los botones de la asociación, como la pequeña homilía que había pronunciado la hermana Rita en quinto curso, sino una veloz conciencia de que era una persona íntegra y única con identidad propia, una vida pasada y un nombre que siempre le había molestado: Giselle. Se lo habían puesto por la cantante Giselle McKenzie. Un día de mediados de esa vida (o lo que hubiera tenido que ser mediados de esa vida) se dio cuenta, en una visión repentina como aquella misma, de que existía la perfección y de que formaba parte de ella.

Se encontraba de pie en la cocina y ¡zas!, el concepto adquirió realidad con la misma repentina inevitabilidad que el desenlace de un chiste. Como el don de la gracia (que precisamente era de lo que se trataba).

Ni en ese momento, ni durante mucho tiempo después, comprendió que había cambiado, sólo advertía que la cocina no parecía la misma. Ahora era magnífica, fantástica, preciosa, inexplicable, divertidísima.

Desde la quietud de la tumba, volvía a verlo y oírlo todo, el frigorífico y el reloj de encima de la cocina tarareando su viejo canto eléctrico. La esfera del reloj, contenida, como un gran huevo frito con números, en una sartén marrón, señalaba las 3.06. Ella contemplaba (y volvió a hacerlo) cómo se deslizaba la esbelta manecilla roja alrededor de la esfera. Aquel movimiento la tranquilizaba como si de una mano humana se tratara, alejando todo dolor, recuerdos y pensamientos. Podía pasarse el día mirándola dar vueltas, eternamente, estupefacta, pero como para demostrar que no iba a ser así, que el tiempo y la conciencia seguían avanzando, llamaron a la puerta y fue a abrir.

Joy-Anne estaba buscando en la sopa de letras del lunes las tres últimas flores que empezaran por B: balandre, begonia y balsamilla. Localizaba una B y luego seguía las diagonales ascendentes de la cuadrícula de letras. Llamaron a la puerta y dejó a un lado el periódico con un leve bufido de impaciencia. La sopa de letras era el momento más agradable de las mañanas, y el que llamara a aquella hora no sería bien recibido. Un vendedor, seguramente, o un cobrador. Desde que empezara a morirse había dejado de molestarse en pagar la mayoría de las facturas.

Sin embargo, lo cual era todavía más molesto, se trataba de la hermana Rita de Nuestra Señora de la Misericordia.

—¡Hermana! —exclamó.

Las gruesas cejas negras de la monja ascendieron como dos cuervos asustados. Llevaba un gorro de punto y un andrajoso abrigo verde oscuro. El que no la conociera no se hubiera imaginado que era una monja.

—Ay, hermana, no esperaba... Quiero decir que tengo la casa hecha un desastre. Pero pase, pase...

—No será más que un momento, si me lo permite. Sólo pasaba a darle otra vez las gracias por el pavo.

La hermana Rita siguió a Joy-Ann hasta la desordenada sala de estar. El periódico del día anterior cubría el sofá, y un montón de ropa procedente de la secadora, una de las butacas. Los amplios ceniceros perfumaban el ambiente.

—En realidad —dijo la hermana Rita dejando en el suelo las dos bolsas de papel que llevaba y quitándose los guantes de vistosas rayas— es una mentira piadosa. Darle las gracias no es lo único que me trae aquí, aunque le estamos muy agradecidas por el pavo. Nos sirvió de base para cuatro comidas, aparte de lo que picamos.

—¿Cuatro comidas? No debieron de ser muy copiosas.

—Ahora que la hermana Terence ya no está con nosotras, sólo somos cinco en el convento.

—Descanse en paz —dijo Joy-Ann sin el temblor de miedo que solía experimentar al nombrar la muerte.

Que las monjas murieran parecía una cosa normal, como lo era el que dieran clase de música.

—¿Me permite?

Con aire de segura autoridad, la hermana Rita se sentó en la mecedora de madera.

Joy-Ann hizo sitio en el extremo del sofá más próximo a la mecedora y se sentó con una extraña sensación de intriga, como si fueran a darle un regalo.

Y así era. La hermana Rita metió la mano en una de las bolsas y sacó un paquetito envuelto en papel, evidentemente de segunda mano. Se lo entregó a Joy-Ann, y dijo:

—Es una muestra de nuestro agradecimiento.

La desilusión se apoderó de Joy-Ann en cuanto se dio cuenta, por el peso, de que era un libro.

—Gracias, hermana. Son muy amables, pero no era necesario...

—Venga, ábralo y mire qué es.

Era una edición barata de un título que no le sonaba en absoluto, algún libro religioso. Por consideración hacia la hermana, leyó las grandes letras color cereza:

—*Esos dones suyos*, de Claire Cullen. Qué bonito.

—No parece gran cosa, lo sé, señora Anker, pero ha servido de inspiración a muchas personas en sus circunstancias.

Joy-Ann sintió en la garganta la primera premonición de las lágrimas, pero se dominó. La hermana Rita no tenía derecho a hacerle hablar de su situación, ni siquiera indirectamente.

—¿Le apetece un café? —propuso Joy-Ann, evasiva.

—No, gracias.

La monja se desabrochó el abrigo y reveló una gran cruz de madera suspendida de un cordón de cuero, clara indicación de que pretendía quedarse a charlar. Pero como si hubiera leído los pensamientos de Joy-Ann, dijo que no podía quedarse, que todo cuanto pudiera decir ella lo expresaba mucho mejor Claire Cullen en su hermoso libro.

Joy-Ann prometió empezar a leerlo aquella misma mañana, lo cual era mentira. No tenía intención de hacerlo jamás.

—Querría hablarle de otro asunto, pero no sé cómo empezar, señora Anker. Tengo entendido que está en tratamiento de... quimioterapia.

Joy-Ann asintió con la cabeza, cautelosa.

—A veces la quimioterapia tiene efectos secundarios poco deseables, sobre todo náuseas. La hermana Terence pasó semanas sin poder retener ni un vaso de leche. Pero, según supo la hermana Terence por una enfermera del hospital, hay un modo de evitarlo. ¿Le ha hablado alguien de ello, señora Anker?

Joy-Ann sacudió la cabeza sin intentar siquiera ya contener las lágrimas. Hacía una hora había vomitado todo lo que había tomado para desayunar, y ahora sentía un apetito más intenso que el provocado por ningún régimen.

—Eso suponía. Es que... se trata de un tema delicado. Al parecer, se pueden evitar las náuseas derivadas de la quimioterapia mediante la marihuana. Es un hecho demostrado. Funciona. A la hermana Terence le fue muy bien. Naturalmente, tuvo que aprender a tragarse el humo, pero una vez resuelto esto, ya no le costaba nada retener los alimentos.

—¿De verdad? Pero... si es así, ¿por qué no me lo dijeron en el hospital? —inquirió Joy-Ann, incrédula.

—Porque la marihuana es ilegal. Seguramente un día la legalizarán, como mínimo para los enfermos sometidos a quimioterapia, pero todavía no lo han hecho, por lo menos aquí, en Minnesota. Por eso me siento un poco incómoda al decírselo. Quizá piense que no debe tomarse la justicia por su mano.

—¿Quiere decir que si fumara marihuana no echaría todo lo que como? ¿Así de sencillo?

La hermana Rita alzó las pobladas cejas en un gesto de confirmación.

—Sí, así de sencillo.

—¿Y de dónde puedo sacarla?

—Eso no se lo puedo decir yo, señora Anker. Hace ya bastante que falleció la hermana Terence. ¿Conoce usted a algún joven que tal vez... experimente con drogas?

—Joy-Ann intentó recordar si conocía a algún joven.

—El repartidor de periódicos; pero hace un mes que no le pago, y de todas formas no tiene más de doce o trece años. Por joven se refiere a universitarios, supongo. No, la verdad es que no se me ocurre nadie.

—¿Algún pariente? —sugirió la hermana Rita.

—Bueno, mi yerno, pero no es exactamente joven. Podría preguntárselo. ¡Marihuana, por el amor de Dios! Gracias, hermana, muchas gracias.

—Buenos días —dijo el chico desde el otro lado de la puerta de tela metálica, con una luminosa sonrisa distraída—. Si pudiera dedicarme cinco minutos, querría enseñarle una cosa que sé que le gustará. —Metió la mano en una caja de cartón que descansaba en el peldaño de cemento—. Seguramente, ya habrá adivinado mis intenciones, ja, ja. Si supone que vengo a venderle algo, no se equivoca demasiado. ¿Le importaría decirme de qué color tiene decorada la cocina?

¿De qué color tenía decorada la cocina? Era como una pregunta de aquellos exámenes del bachillerato: «Diga cinco causas de la Guerra Civil»; «el petróleo es la base de nuestra capacidad industrial; comenta». Había que decir lo que esperaban oír, sin pensar, sin mirar la cocina ni el libro.

—Azul —dijo Giselle sin pensar.

Azul; una inmensidad azul se extendía sobre Willowville; un mensaje del cielo directo al corazón. Todo lo que no estaba hundido en aquellas parcelas llanas (casas, garajes, árboles, postes de tender) era azul.

—Azul —repitió el muchacho complacido. Rápidamente, sacó un retal de tela azul de la caja y lo sostuvo en alto. Actuaba con tal seguridad que parecía que, hubiera dicho lo que fuere, seguro que tendría en la caja lo que le hacía falta—. Pues aquí tenemos el azul —declaró, y soltó el retal de tela, que cayó con delicadeza lógica sobre el peldaño de cemento.

Ella se rió encantada.

El muchacho frunció el ceño.

—¿Es de aluminio la puerta? —Pasó el dedo por la rejilla plateada—. No se adhieren al aluminio, ¿sabe?

—No. Bueno, quiero decir que no lo sé.

—¿Me permite entrar en la cocina? Si no, no puedo enseñarle lo que llevo.

Giselle abrió la puerta y el muchacho entró, después de recoger el retal de tela. Con sus maneras enérgicas y juveniles, en seguida pareció sentirse como en casa. Su cabello rojizo hacía juego con el ribete de las cortinas. Su camisa era del mismo tono dorado apagado de la mesa de fórmica. Los pantalones marrón claro se fundían con el linóleo del suelo. Un tigre en la jungla no habría podido estar mejor camuflado.

—¡Mire! —dijo en tanto lanzaba la tela azul, cuyo dorso era a cuadros azules y blancos, contra el costado de la cocina, al cual se adhirió con un sonido sordo.

Seguidamente se volvió hacia Giselle a la espera de la reacción adecuada.

—Muy bonito. Realmente precioso.

Al ver que el comentario se reducía a eso, se puso un poco nervioso. De su cabello anaranjado se alzaron llamas azules. Sin duda, se dijo ella, se trataba de una ilusión, formaba parte del cambio que habían experimentado las cosas de forma tan repentina y maravillosa. Eran unas llamas bellísimas.

—Quería decir que es un azul muy bonito —dijo tocando el calicó.

—Hum —masculló el muchacho, inquieto. A continuación volvió a arremeter—. Lo que tiene en la mano es un Magnapad, pero casi podría llamarse Mágicopad, ¿verdad? El Magnapad es un agarrador magnético. Quizá ya habrá leído algo sobre nuestro producto. Con los Magnapad se acabó eso de ir siempre a la caza y captura de los agarradores cuando hay que retirar algo del fuego a toda prisa. El Magnapad siempre está al alcance de la mano cuando hace falta, donde haga falta. Y los tenemos en cuatro decorativos colores: azul, verde, rojo y amarillo, aunque hoy se me ha acabado el verde. Y no se preocupe por los efectos de la lavadora, ¿se lo había explicado ya? El propio agarrador se le habrá gastado mucho antes de que el imán pierda su poder mágico. Quizá se imagine que uno solo costará dos, tres o incluso cuatro dólares, pero los estoy vendiendo a precio de fábrica, un dólar cada uno, tres por dos dólares y medio. Podría quedarse tres Magnapad a juego con el tono azul de su cocina. O... —Miró a su alrededor. En toda la cocina no había nada azul, aparte del Magnapad pegado al fogón y las

llamas que le salían del cabello, que ascendieron como si hubieran abierto la espita del gas al máximo—. O quizá preferiría el surtido arco iris. —Colgó un Magnapad azul del frigorífico, otro amarillo de la puerta del horno y a continuación se la quedó mirando con cara de pena, como si fuera el más famélico y torpe depredador—. Y no tiene que preocuparse por los efectos de la lavadora, ¿lo había dicho ya?

Quería que le comprara un agarrador. Si se lo compraba, se iría.

—Ha dicho un dólar, ¿verdad?

—O tres por dos y medio.

—Voy a ver lo que tengo en el bolso.

Sobre el mármol junto al fregadero había un voluminoso bolso de plástico negro. Nada más echarle un vistazo, supo que no le convenía tocarlo. Hubiera preferido meter la mano en una trampa de acero que en aquel bolso. Sin embargo, con tal de librarse de aquel tipo, desatendió la corazonada y abrió el bolso. Como si estuviera dotado de voluntad propia, su contenido se desparramó sobre la fórmica. Ahora, en la tumba, lo vio de nuevo todo desparramado, con la misma claridad que si lo hubieran expuesto en el escaparate de una tienda: los kleenex sueltos, las llaves, el frasco de Excedrín, la garantía del frigorífico, las diversas cajas de cerillas, el billetero lleno de fotografías y el paquetito de pastillas de menta con el envoltorio a medio arrancar.

Le pareció que ninguno de aquellos objetos era suyo. ¿Cuándo había estado ella en un restaurante que se llamara Oak Grill? Abrió el billetero y miró una fotografía. Sin espejo, no sabía si se trataba de un retrato de ella o de otra persona. Era como si la luminosidad de aquellos momentos hubiera hecho invisibles los anteriores, de la misma forma que la luminosidad del sol apaga las estrellas que hay detrás, como si, en comparación con el ahora, el pasado, sencillamente, no existiera. Incluso en ese ahora posterior y mucho menos luminoso de la tumba, los únicos recuerdos que le parecían realmente suyos eran los relativos al período de tiempo (casi un año) que mediaba entre el día del despertar y la noche del asesinato. Como una quinceañera que pone una y otra vez los mismos discos de éxito, repasaba estos recuerdos sin cesar. Era el único recurso que tenía para escapar de la sombría contemplación de la monótona oscuridad que la rodeaba.

El tiempo pasado le hacía pasar el tiempo, pero no a un ritmo constante. Un día de recuerdos podía discurrir subjetivamente en unos momentos, mientras que unos momentos de recuerdos podían dejar su mente paralizada, como si se quedara mirando un jarrón de flores de los que decoraban las tumbas de arriba.

Así se quedó entonces, atónita, no por el contenido del bolso en sí mismo sino por su aparente carencia de sentido, por su aura, apenas perceptible ni aun por su agudizada sensibilidad, de malignidad latente, una malignidad que culebreaba entre las llaves y las cajas de cerillas como finos hilillos de humo negro.

—¿Le ocurre algo, señora?

Sí, desde luego. Se había vuelto loca. Las emanaciones que veía salir de su bolso y de la cabeza del muchacho no eran reales, no podían serlo. Y la prueba de que estaba loca era que, aun estando en medio de aquellas alucinaciones, se negaba a creer que estaba loca. Sabía que de repente veía las cosas tal como eran de verdad; lo sabía.

—No me pasa nada —dijo por fin.

—¿Quiere los Magnapads o no?

—Sí.

Lo que tenía que hacer, e hizo, era volver a abrir el billetero (sin hacer caso de las fotos ni de las emisiones negras) y sacar el billete de cinco dólares que tenía guardado, doblado en cuatro, para un caso de necesidad.

Desdobló el billete. El rostro de Abraham Lincoln aparecía salpicado de puntitos y surcado de arrugas, como el de un aborigen. Mirándolo de otra manera se veía que los puntos y las rayas eran lo que formaban el rostro. Parecía bienintencionado pero poco comunicativo. Giselle hubiera preferido quedarse con el billete en lugar de con los Magnapads, pues era todavía más

mágico. Láminas, lazos, letras y líneas se retorcían en las cuatro esquinas en un revoltijo de oscuros significados. Allí estaba la valiente universalidad de los ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, la modesta individualidad de L52894197A, las historias escondidas en «Dorothy Andrews Elston, tesorero de los Estados Unidos» y «David M. Kennedy, secretario del Tesoro».

El reverso era de un verde más intenso. Había una especie de templo de las mismas proporciones que el billete. Sobre el largo rectángulo del templo, en una larga cinta, se leía: «En Dios confiamos».

Sí, de todos los mensajes posibles, aquél era sin duda el más urgente, pero a la vez tan inmenso, tan múltiple y tan terrible..., sobre todo desde la nueva posición de la tumba.

Sin embargo, su peso y complejidad quedaban contrarrestados por su simplicidad, una verdad tan suave como el agua del bautismo, encerrada en aquel «confiamos». Confiar significaba que no tenía que pensar. Vendría cuando fuera el momento. Ahora estaba allí, sonriendo sobre la cuna de su despertar, hablándole en el lenguaje infantil de los billetes de cinco dólares y los agarradores, haciéndole reír:

—¿No tiene otro más pequeño? —preguntó el muchacho cuando le alargó el precioso papel moneda de la Reserva Federal.

—¿Es demasiado grande? —inquirió sorprendida, ya que pensaba que era como cualquier otro billete, a simple vista.

El muchacho se sonrojó y la corola de llamas que circundaba su cabeza se tiñó de un verde complementario.

—Hoy todavía no he vendido ninguno —explicó—. No tengo cambio de cinco.

—Ah.

—A no ser que...

—¿Qué?

—Los Magnapads quedan también fenomenal para regalárselos a sus amigas.

—No lo dudo —dijo ella sonriendo.

—Ya está. Si se queda tres azules y un surtido arco iris le regalo otro. ¿Le va bien rojo? Es del color que tengo más.

—Sí. rojo me va bien.

Sacó un Magnapad de la caja y lo colgó de la puerta del horno.

—Gracias —dijo ella alargando el brazo para tocarle el hombro.

Las llamas se alzaron hasta una altura alarmante y luego disminuyeron con la misma brusquedad hasta convertirse en un collarcito de diamantes azules justo por encima del cuello de la camisa.

—¡Gracias, señora!

Y cruzó la puerta sin volverse a mirar ni despedirse.

Una vez sola, hizo un dibujito en la puerta del frigorífico con los siete Magnapads. El amarillo lo puso en el centro, flanqueado por arriba y por abajo de Magnapads azules. A continuación colgó los dos rojos de manera que formaran un rombo doble. Así:

R

Az Az

Am

Az Az

R

Por un instante, mientras tenía la vista fija en el Magna-pad rojo superior, le pareció que, con toda seguridad, si abría el frigorífico penetraría directamente en la eternidad. Pero oyó que se abría otra puerta, la puerta principal de la casa. Era su marido, que regresaba del trabajo.

Los condenados siempre culpan a los demás de la situación en que se encuentran. Los violadores echan la culpa a sus víctimas, los estafadores a los contables, los glotones a los pasteleros, todos basándose en la teoría de Adán según la cual la tentación no es justa. Glandier culpaba a su esposa por haberlo puesto en la falsa situación de convertirse en asesino; falsa porque él jamás se había planteado matarla, por mucho que se lo mereciera. Sencillamente, había ocurrido. La encontró y el impulso pudo con él, no sin sorprenderlo en la misma medida en que debió de sorprenderla a ella. Ciertamente que durante los meses que siguieron a su desaparición hubo momentos en que se imaginó que la mataba, pero eso no era más que una forma de compensar lo desvalido que se encontraba. Cuando la mujer de uno se marcha sin previo aviso, sin dejar siquiera una nota explicando los motivos, uno ciertamente tiene derecho a cavilar.

¡Menudo año! Al principio, la tensión de fingir que no ocurría nada, y luego, cuando las primeras mentiras (Giselle había ido a visitar a unos amigos o estaba cuidando a su madre enferma) ya no engañaban a los vecinos, la humillación de tener que inventar una segunda mentira defensiva (Giselle estaba enferma y seguía tratamiento en otro Estado) que, como sabía perfectamente, no se creía nadie. ¿Por qué abandona una agraciada esposa de veintiséis años a un marido obeso de treinta y nueve? Formulada de esta manera la pregunta, Glandier jamás dudó de la respuesta. Era el desenlace de todos los chistes que había contado en su vida: el sexo, el sucio sexo. Mientras él estaba trabajando, ella se dedicaba a tontear por ahí, y al final se fue con el hijo de puta que la sedujo, tan seguro como que la gravedad hace que se caigan las manzanas, o la pólvora que las balas surquen el aire.

Durante casi un año se metió en la cama de tamaño extra grande con esa seguridad a su lado, mientras sus sentimientos bullían, se retorcían y crecían. Odio, desde luego, muchísimo, pero, extrañamente, también una especie de amor. Glandier tenía tan pocas intenciones de amar a nadie, incluida su esposa, como de asesinar. Ello no se debía a una misantropía activa sino a un desarrollado escepticismo hacia ese comportamiento que habían dado en llamar amor en el mundo que lo rodeaba. El amor era palabrería, bobadas, engaños, manipulaciones. Era el arma que usaban las mujeres contra sus maridos, los padres contra los hijos, para que respetaran las reglas. Aún recordaba el día en que su madre se excedió en la utilización de ese recurso («Si me quisieras, lo harías») y se dio cuenta con júbilo de que no la quería, de modo que no era necesario obedecerla. Ese tipo de amor-cebo era útil para adiestrar a los niños, pero iba perdiendo efectividad a medida que se desarrollaba la conciencia adulta razonada de los propios intereses. Glandier creía, junto con su economista predilecto, Millón Friedman, que el propio interés es el mejor regulador de las relaciones sociales en una economía libre. Creía en obtener el mejor precio posible, y los demás que se apañen. Creía en pagarles a los empleados lo mínimo y en tratar a las esposas de un modo similar. Por lo tanto, le pareció muy extraño, e incluso una muestra de neurosis, que empezara a amar a Giselle precisamente cuando lo dejó en la estacada. Pero ahí estaba, un amor que le hacía prorrumpir en llanto al oír una canción en la radio, un amor que le producía pesadillas de pérdida y abandono, un amor que durante horas no le dejaba pensar en otra cosa que en las texturas de su cuerpo, los tonos de su voz y el asombroso hecho, que hasta entonces no había advertido, de que su esposa era un ser independiente con pensamientos propios que él no podía adivinar. Hasta que desapareció no se le había ocurrido imaginar que tuviera una vida interior, si bien, que recordara, tampoco ella se había molestado en hablarle mucho de sí misma. Algún recuerdo de la infancia, sus preferencias en lo referente a comida y muebles, alguna declaración esporádica de que «estaba deprimida» (que él interpretó como que tenía la regla) y cierta propensión a las lágrimas cuando veía películas tristes; a eso se reducían los conocimientos que tenía de ella. En cuanto al sexo, presunta causa de su desaparición, ignoraba —y rara vez se lo había preguntado— si, a pesar de su buena disposición poco menos que diaria para aplacar sus ardores, obtenía alguna satisfacción personal. Para ellos, el sexo era como un ejercicio ideado por un especialista en el estudio del tiempo y el movimiento. No había exigido de Giselle que demostrara gran cosa en lo relativo a iniciativa. Y en cuanto a tratar de estos temas, Glandier sentía una razonable y masculina falta de inclinación a preguntar si las esporádicas exclamaciones ahogadas o la respiración entrecortada eran o no indicadores de que había alcanzado el orgasmo. A decir verdad, el sexo siempre le había parecido una de las necesidades más sucias de la vida, algo en lo que no había que pensar, un buen motivo para

darse un baño.

Sin embargo, ahora, pese a haberla matado, era incapaz de pensar en otra cosa. Se estaba convirtiendo en un maniaco sexual, no podía definirlo de otro modo. No sólo por el tiempo que pasaba pensando en ello, imaginando, deseando, sino también por el tipo de relación sexual que ocupaba esas reflexiones, que era delirante, morbosa, sádica y tan irresistible como un sueño. Recordaba el momento del crimen con una confusa y hermosa sensación de..., de..., ninguna palabra la definía; no era satisfacción, no era placer. Y ansiaba sobremanera volver a experimentar esa sensación. Se miraba las manos, posadas sobre la madera pulimentada de su mesa de despacho, y se excitaba en tanto su imaginación repetía los movimientos de la estrangulación, la rápida presión del pulgar derecho sobre la tráquea, que cedió no como una rosa de jardín, dócilmente, sino quebrándose con un crujido brusco, como un vaso de plástico más resistente de lo acostumbrado. Mientras se follaba a Libby o Sacajawea, cruzaban por su mente los mismos recuerdos, o incluso fantasías todavía más extrañas, hasta que en el momento del orgasmo, de repente, se invertía su sentido y se tornaban pesadillas.

Glandier no era del todo un monstruo. Como todo el mundo, era capaz de experimentar sentimientos de culpabilidad y vergüenza. No quería ser un maniaco sexual, del mismo modo que no quería ser un asesino. A veces intentaba no pensar en esas cosas, pero, viviendo solo, era imposible dar siempre la espalda al sexo. Cuando no era un anuncio de champú en la televisión, que le recordaba cómo oscilaba el cabello de Giselle (el más delicado de los péndulos), sobre sus hombros desnudos, era alguno de los relatos de *Analog* (cuando leía por placer, leía ciencia ficción) que daba inesperadamente un giro hacia el sexo; y entonces empezaban a temblarle los dedos a causa de la excitación, y no podía responder de otro modo más que haciéndose una paja.

También era cierto que en ocasiones buscaba ayuda y estímulo. Su principal herramienta masturbatoria era la narrativa de John Norman, autor de *Soldados de Gor*, *Cazadores de Gor*, *Merodeadores de Gor*, *Esclava de Gor*, así como una guía divulgadora de los mismos reinos tenebrosos titulada *Sexo imaginativo*. En ese libro, Norman no sólo ofrecía las más apetitosas «recetas del placer» favoritas de los seguidores de la serie de Gor, sino que defendía la normalidad esencial de la necesidad que experimenta el hombre de pegar, violar, abusar y, mediante esos métodos, dominar a la mujer que ama. Pese a sus argumentos tranquilizadores, Glandier no siempre lograba liberar su espíritu del peso de la culpa, sobre todo cuando su imaginación superaba a la de Norman y rebasaba los límites permitidos de las fantasías de raptos y violaciones para convertirse en delirios de asesinatos y descuartizamientos. ¿Encajaban aquellos deseos en la atractiva tesis de Norman según la cual el sadismo y el masoquismo eran consecuencia natural e inevitable del proceso evolutivo? Glandier se imaginaba un tiempo en que todo hombre fuera un cazador y cada mujer una presa potencial, aunque, una vez capturada, había que domesticar la presa, no matarla. En un sentido evolutivo, no podía haber instinto de supervivencia en el asesinato de la propia pareja sexual, de modo que era lógico experimentar cierto sentimiento de culpa a ese respecto. A veces, abrumado por la culpa, Glandier se planteaba la posibilidad de regresar a la consulta del doctor Helbron para tratar el tema de una manera fría, adulta y analítica, pero el peligro de confesar siempre le impedía ceder a tales impulsos de autosuperación. Parecía condenado a seguir rememorando la muerte de su esposa en tanto no estuviera dispuesto a confesarse autor del crimen. El infierno es una cinta con rebobinado automático que no deja de repetir la misma canción estúpida una y otra vez, una y otra vez.

El martes por la mañana se produjo en Techno-Controls un trastorno importante. La larga y dura guerra subterránea entre el amigo y aliado de Glandier, Jerry Petersen, y el niño prodigio del márketing, Michael Sheehy, terminó con una decisiva victoria de éste. Petersen se fue a la calle y Sheehy se convirtió en vicepresidente, con un despacho de ciento cincuenta metros cuadrados en el cuarto piso, justo al lado de Roy Becker. Glandier estaba seguro de que lo peor aún estaba por suceder. La opinión que le merecía a Sheehy el programa de investigación y desarrollo era de todos conocida: grasa por eliminar.

Y esa opinión le merecía también Glandier. Sheehy, con su cabello largo y su esbelta figura, su sincorbatismo y sus cadenas de oro, representaba la tendencia verde de Techno-Controls Corporation. Era deportista, demócrata, Caballero de Colón y padre de seis hijos; y, además, al cabo de sólo cuatro años en la empresa, se había convertido en el mejor vendedor que habían tenido. Glandier y él se profesaron inmediatamente una antipatía que ascendió a odio (por parte de Glandier) cuando los Sheehy se mudaron al número 1240, a cinco casas de distancia de la suya propia, un espacioso caserón rojo edificado sobre media hectárea de césped y macizos de flores, y entre siete magníficos sauces que sobresalían por encima del tejado de madera y fueron plantados en 1947, cuando se desecó el pantano allí existente para convertir la zona en barrio residencial. Los dos sauces de Glandier eran un par de bonsais en comparación con aquéllos. Ahora Sheehy había puesto un maldito molino de viento en el jardín. A veces, en las noches de verano, mientras contemplaba cómo giraban los extremos de las aspas por la ventana de su dormitorio y se esforzaba por oír el leve chirrido, Glandier se deleitaba en fantasear a cámara lenta que se introducía furtivamente en el número 1240 y dinamitaba a aquel desgraciado.

Pero lo que le irritaba más todavía que el molino de viento, la herida incurable de su ego, era el encuentro que habían tenido en el aparcamiento de la empresa hacía un año, justo antes del asesinato. El coche japonés de bajo consumo de Sheehy estaba estacionado en la plaza de al lado del imponente Chrysler de Glandier; en el guardabarros del coche de Sheehy, un adhesivo fluorescente conminaba al mundo a «salvar las ballenas». ¡Ballenas! ¡Por amor de Dios! ¡Ballenas en Minnesota! En cuanto se descuidasen, Sheehy se iba a pasear por allí con una plancha de surf.

—¿Qué hay, Mike? —saludó Glandier a su enemigo mientras luchaba por salir del Chrysler—. Si veo alguna ballena en peligro por ahí, haré cuanto esté en mi mano por salvarla.

Sheehy emitió la rutinaria risita tonta con que respondía siempre a los chistes de Glandier, una mueca que venía a significar: «Qué idiota eres».

—Muy bien, Bob.

Avanzaron hacia la entrada lateral de Techno-Controls unidos por la fuerza de su antagonismo.

—No es que haya visto muchas ballenas por aquí últimamente — insistió Glandier.

—Bueno, no sé, Bob. De vez en cuando te das un chapuzón en el lago Minnesota, ¿verdad? Entonces, si no eras tú lo que vi en agosto pasado, seguro que era un cachalote pequeño.

Tras lo cual, y tras propinarse mutuamente una palmada de sana camaradería en la espalda, se separaron.

Un chiste tonto y una pulla sin apenas importancia (no había testigos), aparte de la convicción por parte de Glandier de que si Sheehy lo despreciaba tanto como él a Sheehy no tardaría mucho en recurrir a su influencia con Roy Becker para lograr su liquidación, tal como había hecho con Petersen.

A las once había una reunión de despedida en el despacho del ayudante de Petersen, R. R. Welles. Mientras Petersen, serio y alicaído, intentaba fingirse educadamente consternado, Welles se esforzaba por desviar la conversación de la única preocupación importante que compartían en aquel momento los amigos de Petersen: cuándo les llegaría el turno de que les cortaran el cuello. Pero por más que lo intentaba, todos los desvíos conducían a la misma carretera, al igual que, en la esfera nacional, todos los indicadores económicos señalaban hacia la recesión, los recortes, los despidos y más desastres y desgracias. Nadie se entretuvo en las

exequias. Glandier le estrechó la mano a su camarada, murmuró una obligada censura (suave, eso sí) del victorioso Sheehy y asintió al oír la educada mentira de Petersen en el sentido de que ya se llamarían. Welles, lealmente, propuso celebrar una comida de despedida, pero, para alivio general, Petersen se opuso a la idea.

Al regresar a su despacho del segundo piso para recoger el abrigo, encontró la nota en que se le indicaba que llamase a Joy-Ann Anker. «Urgente», había escrito la señorita Spaeth en el bloc. ¿Qué urgencia podía haber en la vida de Joy-Ann, como no fuera que el cáncer se hubiera ramificado en otra dirección? ¿O sería eso un deseo subconsciente? Fuera lo que fuese, no podía arriesgarse a perder su buena disposición en aquella coyuntura. Tendría que llamarla.

—¡Hola! —dijo alegremente cuando por fin contestó al teléfono después de siete timbrazos.

Joy-Ann estaba cada vez más lenta.

—Bob, no te hubiera llamado al trabajo, pero anoche no te encontré. ¿Estás ocupado?

—Más o menos. ¿Qué ocurre?

—Bueno, me... da un poco de vergüenza. No nos oye nadie, ¿verdad?, ni tu secretaria.

—Ha salido a almorzar. ¿Qué pasa?

Joy-Ann aspiró audiblemente.

—¿Conoces a alguien, quizá algún joven del despacho, que tome... hum..., que tome drogas?

—¿Drogas? ¿Qué tipo de drogas?

—Lo que ocurre, Bob, es que necesito marihuana.

Glandier soltó una carcajada.

—No, en serio —insistió ella, que a continuación le refirió la visita a la hermana Rita y lo que le había dicho respecto de los positivos resultados de la marihuana para combatir los efectos secundarios de la quimioterapia.

—Ahora sí que ya no me queda nada por oír. Una monja que fuma hierba. ¡Dios santo!

Joy-Ann guardó silencio el tiempo suficiente para dar a entender un principio de enojo y luego continuó:

—Yo también reaccioné así, claro, pero la hermana Rita insiste en que funciona. Lo que sucede, Bob, es que no sé dónde dirigirme para encontrar..., acabas de llamarla «hierba», ¿verdad? Ya ves, ni siquiera sé cómo llamarla. No sé qué hay que hacer para comprarla.

—¿Y crees que yo sí?

—Tú conoces a más gente.

—No son de esa clase.

—¿No la has probado nunca?

—Desde luego que no.

Lo cual no era del todo cierto. La probó tres o cuatro veces en la universidad, a comienzos de los años sesenta, y le pareció un sustituto inferior de las borracheras. En los años setenta, cuando la hierba llegó a ser casi tan corriente como el césped, incluso en Willowville, Glandier estaba ya metido en un estilo de vida propio de otro bando generacional.

—¿No conoces a nadie que pudiera enterarse? No perderíamos nada preguntando.

—¿Aquí, en el despacho?

Hubo un largo silencio. Glandier recordó la casa en propiedad y el hecho de que Joy-Ann estaba al borde de la muerte.

—Haré lo que pueda.

Hizo la promesa sin intención de cumplirla, pero luego, camino de la Bicentennial, se le ocurrió que tal vez Libby o Sacajawea pudieran proporcionarle cualquier droga prohibida que

necesitara. Se suponía que todas las putas eran drogadictas, de modo que resultaba absolutamente natural. Aun así, cuando llegó el momento de hacer la pregunta se sintió tan avergonzado como la primera vez que preguntó cuánto costaría un francés.

Sacajawea no prestó atención a su nerviosismo. Sencillamente, movió la cabeza con expresión resignada y dijo:

—Las cosas están difíciles en este momento, verdaderamente muy difíciles.

Glandier, relajado y de buen humor, todavía concentrado en el sexo, consideró la posibilidad de hacer un chiste fácil, pero cambió de idea y dijo:

—Estaría dispuesto a pagarla bien.

—Yo también —repuso ella riendo. Y luego, de la misma forma que él se lo había prometido a Joy-Ann y con el mismo pesimismo, añadió—: Haré lo que pueda.

No, no era Bob. Era el reloj del dormitorio, que daba las cuatro.

Las válvulas se le dilataron y sintió como se le oscurecía la mezcla de sangre con un temor familiar. Sólo entonces, sólo allí, en la tumba, protegida de la influencia de todas las fuerzas depredadoras del mundo de arriba que hacían el miedo racional y necesario, sólo entonces, sólo allí, podía sonreír, aunque sin rostro, recordando lo que vio al entrar en el dormitorio, atraída por la llamada, la advertencia del reloj: la cara flotando sin cuerpo sobre el cristal ovalado del tocador, enmarcada en un aro metálico, pero viva, los ojos alerta, los labios libres del encantamiento de la sonrisa (era una fotografía de boda) para retorcerse en la asimétrica mueca despectiva que preludiaba sus pronunciamientos importantes.

—¡Giselle! —exclamó la fotografía, más sorprendida que ella. Y a continuación, con más tranquilidad, repitió—: Giselle.

Si no respondió no fue porque dudara de la realidad de la aparición.

—Giselle, cariño, ven a darme un beso. Si vienes te contaré un secreto. Te leeré el futuro.

Negó con la cabeza.

—Bueno, pues no vengas. Te leeré el futuro de todas maneras.

—Prefiero que no.

—La próxima vez que nos veamos, tesoro, te mataré. Puedes tener por seguro que te voy a estrangular. Con estas dos manos.

El rostro de la fotografía adoptó una expresión contrariada; no disponía de manos con que amenazarla. Entristecido, e incluso con un toque de resignación, volvió a dibujar la falsa sonrisa de la boda y no dijo más. No era ya sino una fotografía inerte, un papel mate cubierto por un cristal.

Sabía que lo que acababa de presenciar no era real, lo mismo que las llamas de la cabeza del muchacho y las emanaciones negras del bolso. Pero por el hecho de que fuera producto de su imaginación no creía menos en la profecía de la foto, y empezó de inmediato a actuar en consecuencia. Confiando en Dios, tal como insta la cinta que corona el templo en los billetes de cinco dólares, se quitó las chinelas que llevaba en casa y se calzó un par de zapatillas deportivas, reliquia de la época del bachillerato, que sacó del fondo del armario. (A Bob no le gustaban las zapatillas deportivas.) Apoyada en una rodilla y luego en la otra, se anudó los cordones, maravillada ante su propia determinación. Y entonces, al ponerse de pie, casi perdió la flamante determinación en el resplandor de la más potente ilusión formada hasta el momento, que flotaba, como un espectro, en el espejo de la cómoda.

En ese espejo muchas veces, y todavía en más ocasiones en otros, había discutido consigo misma si era bella o sólo guapa. Después de tanto escrutinio, aquellos rasgos tenían que resultarle familiares: sin embargo, el rostro que ahora tenía ante sí era el de una extraña, y grotesco, una máscara de carnaval de viejas costumbres y artificios a través de la cual los ojos de su alma recién despabilada centelleaban confusos. Siendo ella una niña, los Anker tenían una spaniel de nombre *Ginger*, por la bailarina Ginger Rogers. Ante los espejos. *Ginger* se mostraba igual de crédula, estaba convencida de que su imagen era un ente autónomo, un amigo, un enemigo.

El cabello peinado con laca, frágil como un ramo de flores secas; los labios pintados de color de una caja de galletas Ritz; los botones de plástico rosado sujetos a las orejas; las rayas negras dibujadas alrededor de sus ojos. Todo muy extraño. Y ahora, a sabiendas de que la rosada máscara original se había desvanecido tan irreversiblemente como la imagen del espejo, todavía más extraño. Se enmohecía y consumía allí, en la tumba, como los trozos de comida que caen detrás de la cocina, una presencia penetrante e ineludible.

Triste, fascinante; no era de extrañar que hubiera tratado de enseñar a los céreos labios a sonreír, a la apretada mandíbula a relajarse, a las ocluidas ventanas de la nariz a aceptar una respiración más profunda, más viva. Pero el pobre ser arrebolado no se dejaba instruir, no se dejaba compadecer.

—Déjame —insistían los rojos labios—, déjame ya.

Así pues, con un beso, se separaron.

Todavía quedaba algo que hacer antes de salir de casa, pero ¿qué? Regresó a la cocina, donde los siete talismanes Magnapad seguían colgados de la puerta del frigorífico. Tres de ellos, recordó, el surtido arco iris, tenían que ser un regalo. Los cogió, de nuevo firme en su determinación, salió por la puerta principal y recorrió las losas que la separaban de la resplandeciente calle. La batita de algodón y poliéster revoloteaba en torno a los muslos. Los jardines de lujo vibraban de vida vegetal. Una mujer igual a la del espejo alzó la vista del macizo de flores junto al que estaba arrodillada y la llamó, «Giselle», agitando un instrumento de jardinería de metal carmesí. Ella agitó los Magnapads como respuesta. Tras la casa siguiente, las chirriantes aspas de un molino de viento iban adquiriendo velocidad; giraban hacia el suroeste, señalándole la dirección que debía tomar.

Alice Hoffman torció el gesto, reprobadora, ante la pequeña pipa de cristal con la calcomanía de flores.

—Te juro que no noto nada.

—Se te sube al cabo de un rato — aseguró Joy-Ann —, como un Manhattan.

—No es más que autosugestión.

—No sé lo que es, pero funciona. Ahora ya no tengo náuseas constantemente como antes. Y eso es lo principal.

—¿No tienes miedo de que se entere la policía y te detengan?

—Al principio estaba un poco preocupada, pero si lo piensas bien, ¿por qué iba a venir aquí la policía? Tiene otras cosas que hacer. —Joy-Ann se llevó la pipa de cristal a los labios, puso el índice delicadamente sobre la abertura de la cazoleta e inspiró—. ¡Maldita sea! Se ha vuelto a apagar.

—Yo ya no quiero más —declaró Alice, rechazando la tentación con la palma alzada.

Joy-Ann echó las cenizas a un cenicero con unos golpecitos y volvió a llenar la cazoleta en la bolsa de plástico medio vacía.

—Por la vida —dijo, y agitó la cabeza.

Dado que aquél podía ser un tema delicado tratándose de Joy-Ann, a Alice no se le ocurrió nada que añadir. Le pareció muy desconsiderado por parte de su amiga estarse muriendo en casa en lugar de hacerlo en un hospital; desconsiderado pero también interesante. Si hubiera atropellado a alguien frente a su casa, Alice habría tenido que salir a mirar, y por la misma regla de tres no podía resistirse a la tentación de visitar a Joy-Ann de vez en cuando para maravillarse de su nuevo encanto: lo que había adelgazado, la peluca que debía usar y toda la ropa nueva que tenía. Salvo por las ojeras, que el maquillaje no podía disimular del todo y un ligero temblor en las manos, parecía estar en plena forma. La casa ya era otra cosa. La casa era un desastre, pero siempre lo había sido, incluso antes de lo del cáncer.

—Me parece que ya te conté lo del libro que me trajo la hermana Rita. Ya me conoces, no soy una gran lectora, pero cuando comprobé que la... —se detuvo incómoda ante la palabra prohibida, como el que acaba de aprender a maldecir—... marihuana era una maravilla, pensé que no sería justo no leer al menos algo del libro, así que... —encendió una cerilla, aplicó la llama a la cazoleta de la pipa, inspiró y exhaló el humo con un suspiro —, lo empecé y... resultó... asombroso. La idea fundamental...

—Ya me lo contaste, Joy-Ann.

—Pues es muy cierto. La idea fundamental es que la muerte es una bendición disfrazada.

Alice asintió en un piadoso y ofendido acuerdo.

—Humm..., sí, claro.

—No, no, así no. Lo que decía la autora era que una persona que se está muriendo ya se puede olvidar de toda las cosas que les preocupan a los demás, porque ya nadie puede hacer nada, y concentrarse entonces en las cosas que de verdad le gustan, las flores, por ejemplo.

—Ya, claro.

—Lo único que sucede es que a mí nunca me han llamado mucho la atención las flores. Pero me encanta la música, de modo que ayer hice lo que decía el libro. Bajé al sótano y saqué la caja de todos los setenta y ocho que hacía siglos que no escuchaba.

—¡Joy-Ann! ¡No deberías bajar al sótano!

—Al contrario, el libro dice que no te limites innecesariamente. Bueno, pues, ¿qué crees que hice entonces?

Alice pensaba que Joy-Ann debería haber limpiado la sala de estar. O, si eso era demasiado trabajo, podía haber empezado el bordado que ella le había regalado en Navidad y que aún

tenía el celofán puesto. Pero era demasiado educada para decirlo.

—Ni idea —respondió.

—Me puse a bailar.

—¿A bailar?

—Primero Black Magic y después Blue Skies, mis canciones favoritas. Hacía años que no oía ninguna de las dos y allí estaban, cargándose de polvo. Ya te prestaré el libro.

—Joy-Ann, creo que deberías pensártelo bien antes de volver a fumar marihuana. ¡Mira que ponerte a bailar, en tu estado!

—Pero Alice, fue muy divertido. No me esforcé demasiado, simplemente, di unas vueltecitas muy suaves. Luego me encontré mejor de lo que me había sentido en meses. Bueno, a lo que yo iba es... ¿Verdad que hace un día precioso?

—Precioso —coincidió Alice con una sonrisita tensa, como si se tratara de un cumplido personal.

—¿Te parece que vayamos a dar un paseo en coche? La semana pasada dijiste que me llevarías al cementerio en cuanto mejorara un poco el tiempo.

—Pero Joy-Ann, ¿al cementerio?

—Todavía no he visto dónde la han puesto. Sólo resistí el funeral. Y no puedo pedírselo a nadie más. Desde luego, a Bob no puedo.

—Te va a impresionar mucho y...

—Pero también puede servirme de consuelo. —Joy-Ann depositó la pipa de cristal junto al tostador con un gesto que denotaba obstinación y seguridad—. Otra cosa que dice el libro es que debes ordenar tu casa.

—Eso es muy acertado —comentó Alice dirigiendo una significativa mirada a la sala de estar.

—Se refiere a que hay que ocuparse de esas cosas que siempre se dejan para la semana que viene. Dice textualmente: «Que la semana que viene sea este instante». Si tuviera coche y supiera conducir iría sola. Supongo que podría aprender a conducir. El libro dice que nunca es tarde para aprender. Una mujer de Toronto aprendió a hablar francés un mes antes de morir.

—¿Para qué?

—Creo que tenía parientes franceses. Bueno, ¿me llevas?

—Supongo.

Alice trató de parecer obligada, pero en realidad agradecía la oportunidad de husmear un poco más en el escándalo de la muerte de Giselle Glandier. Alice era la vecina más antigua de Joy-Ann. Había cuidado a Giselle de niña, la había hecho bajar de los árboles, asistió a la ceremonia de graduación del bachillerato y a su boda, la visitó cuando se fue a vivir a Willowville y cada año le enviaba una felicitación de Navidad. Pero cuando de repente desapareció, Joy-Ann se resistió a comentar con ella lo que podía haberle pasado a su hija o adonde podía haber ido.

Resultó que a Las Vegas, pero ¿por qué? ¿Para jugar, como su padre? Joy-Ann juraba que a Giselle el juego no le interesaba lo más mínimo. ¿Para ver a su hermano Bing? Joy-Ann, que no había tenido ninguna relación con su hijo desde que éste se fuera de casa en 1966, dijo que, según le informó la policía, Bing ni siquiera sabía que su hermana estaba en Las Vegas.

Alice tenía una explicación propia: el sexo. El sexo explicaba no sólo el modo de marcharse sino también el modo en que había sido hallada, estrangulada y violada, en el cuarto de baño de su estudio del Lady Luck Motor Lodge.

Alice comprendía la resistencia de su amiga a hablar de tema tan doloroso, pero era exasperante vivir junto a un genuino asesinato misterioso (Alice había leído prácticamente todo lo que escribió Erle Stanley Gardner) y no conocer los detalles, no poder hablar de ello.

Camino del cementerio, Joy-Ann cayó en uno de sus trances, y ni siquiera cuando Alice se saltó accidentalmente un semáforo en rojo salió de su extasiada admiración de los jardines muertos y los árboles desnudos que se recortaban en el luminoso y uniforme azul del cielo.

El césped del cementerio, en cambio, denotaba ya la influencia de la primavera, y los pardos y amarillos mates de la hierba del año anterior aparecían entreverados de verde. No hubo necesidad de detenerse en la portería para preguntar el camino, pues Giselle había sido enterrada junto a su padre. Sin necesidad de decirlo directamente, Bob dejó bien claro que no deseaba tener a su esposa cerca cuando le llegara el momento de que lo enterraran también. «Muy comprensible», pensó Joy-Ann.

Resultaba molesto entender a Bob, que nunca le había caído simpático, y no tener ni la menor idea de lo que había impulsado a su hija a huir a Las Vegas. Sencillamente, apareció en la puerta trasera una tarde de verano, sin equipaje de mano siquiera, sin otra cosa que tres agarradores magnéticos (que todavía funcionaban después de haberlos lavado doce veces, tal como dijo Giselle) para anunciar su intención de «tomarse unas vacaciones», sin decir dónde, y a continuación pedirle dinero para el billete. Al principio, Joy-Ann dedujo que Bob y ella se habrían peleado y Giselle no querría hablar del tema, pero según Bob, cuya sorpresa e ira eran sin duda auténticas, no fue así.

Por último, Joy-Ann llegó a la conclusión de que la explicación debía de estar relacionada con la liberación de la mujer. Su hija no parecía de las seguidoras de ese movimiento, más bien todo lo contrario, pero no se podía ver la televisión ni leer una revista sin encontrar algo relacionado con lo injusto y degradante que era ser ama de casa. Bob pertenecía ciertamente al tipo de maridos que el movimiento de liberación de la mujer trataba de erradicar. Comparado con él, Dewey había sido un santo. De mala gana, Joy-Ann le dio a Giselle el dinero que pedía, con lo cual cargaba con un peso mucho mayor que el de complicidad en el crimen (si se trataba de eso): el de un secreto que no le había podido contar a nadie. ¿Gomo iba a explicar, por ejemplo a Alice, que no intentó impedir la marcha de Giselle, ni siquiera retrasarla? Ni ella misma lo comprendía. Mientras estuvieron juntas le pareció una cosa natural, lamentable pero necesaria, pero en cuanto Giselle se despidió desde el taxi que detuvo ante el banco al que habían ido a retirar el dinero, le pareció una locura.

Ah, pero Giselle estaba tan guapa aquel día, como una de esas estrellas de cine que no parecen estrellas de cine, y Joy-Ann siempre había sido una fanática de la belleza física. Dewey era uno de esos príncipes encantadores corrientes, aunque tirando a bajito, y Giselle había heredado sus mejores rasgos: la nariz, los ojos, el hoyuelo de la barbilla. En cambio, Bing...

Pero Joy-Ann prefería no hablar de Bing y tenía una maravillosa capacidad (uno de los aspectos del don de la gracia) para no pensar en cosas que le hicieran sentirse culpable, furiosa o deprimida.

—No está —dijo Alice Hoffman cuando llegó junto a la tumba de Dewey, unos pasos por delante de su amiga, que, pese a lo delgada, no podía seguir un ritmo normal.

—¿Cómo no va a estar?

Pero lo cierto era que la tumba de Giselle no estaba. A la derecha de Dewey se leía Roberta Liebergott y a la izquierda Lester Anker, el tío abuelo de Joy-Ann, nacido allá por 1891 y fallecido en 1964. Giselle no estaba allí.

—Es imposible —declaró Joy-Ann con una sensación de irritación, pero a la vez, aunque absurdamente, de esperanza, como si fuera posible que su hija, después de todo, no estuviera muerta.

—Se han equivocado, seguro —concluyó Alice, cuya desconfianza hacia la autoridad establecida era mayor que la de Joy-Ann—. La habrán puesto en otro sitio. Seguramente en el de esta Roberta como-se-llame. Mira, murió el verano pasado por las mismas fechas.

—No pueden equivocarse en una cosa así. No puede ser.

—Tendremos que comprobarlo. Debe de haber una relación en la entrada, donde estaba el guarda.

—Ha de estar por aquí —aventuró Joy-Ann con expresión desconsolada mirando hacia donde habían dejado el coche, a unos cincuenta metros de distancia.

—Tú quédate aquí. Será sólo un momento. Esto es absurdo.

Hecha un basilisco, Alice se dirigió con paso decidido al coche.

Desde luego, era absurdo, pero Joy-Ann agradeció el poder quedarse unos momentos a solas junto a la tumba de Dewey. Tenía que haberse acordado de llevar unas flores. ¿Se fijaban los muertos en esas cosas? Pronto lo averiguaría. Extrañamente para Joy-Ann, esta reflexión sobre su propia situación excepcionalmente mortal no hizo que se le saltaran las lágrimas, ni siquiera la puso melancólica. El tiempo era demasiado bueno y el césped estaba demasiado verde para dejarse dominar por la tristeza. «Cielo azul —canturreó por lo bajo—, sólo cielo azul ante mí.»

¿Dónde podían haber puesto a Giselle? ¡Mira que cometer un error de tal envergadura! ¿Tendrían que desenterrarla? Qué idea más atroz.

Miró a su alrededor a ver si había alguna tumba que pareciera reciente; tres hileras más adelante y cuatro lápidas a la derecha había un punto donde parecía que la hierba era más rala. Inmediatamente tuvo el presentimiento, señalado por un sobresalto interior, de que aquella era la tumba de su hija.

¿Era el corazón? Si lo tenía perfectamente sano...

Y entonces percibió, con la misma claridad que si hubiera entrado en su propia cocina, el olor a chocolate quemado. Recordó el día que Giselle, que por entonces debía de tener unos once años, quiso hacer galletas de chocolate y, mientras veía un programa de televisión, se olvidó por completo de que las tenía en el horno. Aquella noche, Dewey obligó a la familia a consumir las galletas calcinadas, como lección de economía doméstica. Y de pronto, de forma tan imposible como oler a comida entre aquellas tumbas, Joy-Ann notó en la lengua el sabor de aquel postre.

El olor y el sabor de las galletas le confirmaron que la tumba en cuestión era la de Giselle. ¿A qué entonces aquella resistencia a aproximarse para cerciorarse? «Soy tonta», pensó, pero eso no era lo único que sentía cuando empezó a andar, a pesar de sí misma, en un recorrido zigzagueante entre las lápidas de granito.

En tanto se acercaba, se fijó en las afiladas flores de un narciso (¿o era un iris? Hasta que florecían, a Joy-Ann todas las flores de bulbos le parecían iguales) que se elevaba de la tierra a los pies de la tumba.

Y allí, en la lápida, estaba el nombre de su hija y las fechas de su nacimiento y muerte:

GISELLE ANKER GLANDIER

1952-1979

Oyó que la llamaban, y se volvió. No era Alice; el coche de Alice no estaba visible. Además, en cualquier caso, Alice no la hubiera llamado «mamá».

«Son los nervios», pensó, como quien dice: «Es el viento».

Y entonces vio que la planta de la base de la sepultura, que un momento antes no tenía flores, había crecido y florecido. Joy-Ann estaba dispuesta a admitir que sus demás sentidos le gastaban bromas, pero no el de la vista. Nunca le habían fallado los ojos.

Se agachó para ver mejor la flor imposible de la tumba de su hija, y hasta que no estuvo de rodillas no advirtió que no era una flor lo que había salido del grueso tallo de la planta, sino una manita rosa que agarró el dedo de Joy-Ann y tiró de él, como haría un niño que tratase de mantener el equilibrio mientras daba los primeros pasos.

Justo en el momento en que moría Joy-Ann, la voz de Giselle exclamaba regocijada en su oído:

—¡Mamá, mamá, estoy libre! ¡Estoy libre! ¡Muchísimas gracias!

"En la euforia inicial de la libertad, no pensaba sino en que, aparentemente, volvía a ser ella misma. Durante varios días su atención se había centrado en el crecimiento de la flor que tenía encima, en el avance de las raíces a través del mantillo mientras por arriba las hojas, muy rectas, se proyectaban hacia la luz. Su espíritu llegó a identificarse tanto con el bulbo y las hojas que, en los momentos de paz, casi se convenció de que iba a convertirse en flor para siempre. ¿Y por qué no? ¿Podía uno aspirar a una segunda vida más agradable, dedicada a sorber el aire y el agua de lluvia, a recibir la visita de las abejas y a descansar en una apacible contemplación del sol? ¿Acaso aquellas horas que había pasado tomando el sol junto a la piscina del Lady Luck Motor Lodge no eran los mejores momentos que podía rememorar desde la sepultura, los más brillantes?

Sin embargo, los momentos de aceptación eran poco frecuentes. Un pequeño resplandor la impacientaba y empezaba a retorcerse, como una llave en una cerradura defectuosa, a través del túnel viviente del tallo hasta el pequeño nudo de potencialidad que poco a poco se iba abriendo. ¿Sienten todas las flores la misma ansiedad por abrirse, por transformar la paja inerte de la tierra en el oro de la vida?

Y floreció. En un instante emergió de la tierra y emergió de la flor. El último lazo entre espíritu y cadáver se rompió. Estaba libre, y se alzaba en su libertad como un surtidor de agua en una fuente, remontándose hasta alcanzar, como todas las cosas, un punto de equilibrio. Algo seguía uniéndola al mundo de abajo, pero era lo mismo que hace que las aves de vez en cuando tengan que suspender el vuelo y posarse. No obstante, ya no volvería a estar confinada en una esfera de percepción que no alcanzaba más allá del cementerio. Sentía cómo se ensanchaba su espíritu, a la manera de una corola de fuegos artificiales en permanente dispersión, hasta casi alcanzar el horizonte, para luego caer exhausta.

Cerca-lejos, grande-pequeño, todas las dimensiones relativas se volvieron variables y fluidas. Su mente, inmensa también, parecía encerrar toda la conciencia del cementerio como una gota de agua, una bola de cristal que flotaba en la resplandeciente luz; parecía que el instante de su florecimiento a la vida había tenido lugar hacía tanto tiempo como el del nacimiento de su cuerpo físico. De las circunstancias de su segundo nacimiento sólo recordaba el tacto de la mano de su madre y su propia exclamación de alegría. Todo cuanto siguió se perdió en el éxtasis de la liberación. Sin embargo, aún no sabía que la liberación había producido una reacción igual pero contraria. No había advertido, junto a la sepultura, el cuerpo tendido de Joy-Ann, con el narciso en la mano.

Y Dios, que según dicen lo ve todo, ¿lo había advertido? Seguramente habría sido una atención por su parte. En consonancia con la parcialidad que demostraba para con la familia Anker, había otorgado a Joy-Ann uno de sus dones más preciosos, una muerte rápida e inesperada acaecida en un momento de gracia interior. Con ella se había mostrado siempre solícito; en cambio, no se podía decir lo mismo en relación con Giselle. Aunque se creía libre, en realidad no era más libre que el viento, ni tampoco más consciente de las fuerzas que iban a dirigir sus acciones.

Iba a aparecerse a su marido. Ya en la tumba, Giselle se lo había imaginado, había percibido que el lazo que la unía a su propio cuerpo y ahora seguía manteniéndola sujeta al mundo inferior de la gota de agua era en cierto modo equivalente al lazo de su matrimonio. Pese a esto y al peligro que habría de correr, no había que culpar a Dios. Tras poner en movimiento los grandes engranajes del átomo y el universo, y tras introducir el elemento de las acciones aleatorias, tenía que ceñirse a las reglas de su creación, igual que un pintor ha de seguir las líneas trazadas en el boceto que, una vez terminado, se convertirá en el gigantesco fresco del Juicio Final. Tenía que dejar a los humanos, lo mismo que a los electrones, cierto grado de indeterminación. Ni siquiera sus favoritos pueden escapar a los virus de la gripe, los atracos o al gran infortunio de un matrimonio desastroso. Al casarse con Robert Glandier tras un noviazgo de dos semanas, Giselle erró por pereza y por codicia. Y ahora, aun después de muerta, tenía que pechar con las consecuencias de su error original. Todos aquellos años como esposa de Glandier habían deformado su espíritu de modo tal que hasta después de recibir el don de la gracia, e incluso tras la muerte, seguía casada con él, unida a él, incapaz de volver su atención hacia otro lado que no fuera hacia Willowville, hacia su casa, hacia el hombre que estaba en la casa y la había asesinado.

—Señor Glandier, lo llaman por teléfono. Es una señora que no quiere identificarse pero insiste en que es muy importante —anunció la señorita Spaeth con actitud de fastidio, con la mano apoyada en el marco de la puerta y la cadera proyectada a un lado.

—Seguramente será mi suegra. Descolgó el teléfono.

—¿Diga?

—Oiga, ¿señor Glandier?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Alice Hoffman, una amiga de su suegra, Joy-Ann Anker. Nos hemos visto varias veces en su casa.

—Sí, la recuerdo. Dígame, señora Hoffman.

Por un momento, Glandier creyó que estaban estrangulando a la señora Hoffman, pero luego se dio cuenta de que lloraba.

—¿Qué le ocurre, señora Hoffman? ¿Se encuentra bien? «Y si no es así —pensó—, me gustaría que me dijera en qué me atañe eso a mí.»

—Se trata de Joy-Ann, señor Glandier. Ha muerto. La he llevado al cementerio y... —se interrumpió y comenzó a sollozar de nuevo.

—¿La ha llevado al cementerio? Aquello sí que era rapidez, pensó.

—A ver la tumba de Giselle. No había estado nunca y quería que la acompañara. He ido a buscar al guarda y no se me ha ocurrido... Ha debido de ser la impresión.

Glandier estaba demasiado confuso y demasiado contento para saber qué decir o qué preguntar. Ya se había hecho a la idea de que la quimioterapia funcionaba y Joy-Ann podía durar otro año o más. Menuda suerte.

—¿Señor Glandier? —preguntó por fin Alice Hoffman.

Él trató de adoptar un tono neutro.

—Sí, sí, como ha dicho, ha debido de ser la impresión. ¿Dónde está usted ahora? ¿Y dónde es la señora Anker?

—Se la han llevado al hospital. Pero estaba muerta, de eso no hay duda. Al regresar yo, y no habían pasado ni cinco minutos, estaba tendida en la hierba, junto a la tumba de Giselle, con una flor en la mano. Pensaba que me iba a dar un infarto a mí también. Ha ocurrido tan de repente... Esta mañana estaba muy animada. Ha sido idea suya ir al cementerio. Yo al principio me he resistido. Han debido de ser... — Alice se detuvo y susurró — :... las drogas que le dio usted. Pero no se preocupe, he mirado lo que llevaba en el bolso antes de que llegara la policía. Y luego, en casa, sabía dónde las guardaba, así que he entrado por la puerta de atrás (porque Joy-Ann no cerraba nunca la puerta de atrás) y la he sacado de la lata que tenía en el cajón de los paños de cocina. Ahí es donde la escondía.

—Señora Hoffman, no sé qué tiene todo eso que ver conmigo.

—No, claro que no, ni conmigo tampoco. Pero no quiero tenerla en mi casa.

—Échela al water, o a la basura. No es asunto mío.

—Pero usted se la compró. No sé..., parece que sea destrucción de pruebas.

—No se lo habrá dicho a nadie, ¿verdad?

—Desde luego que no, pero si me lo preguntan..., aunque, claro, no tienen por qué preguntármelo, supongo, pero si me lo preguntaran..., ¿qué les digo?

—Señora Hoffman, no hay motivo para ponerse nerviosos. Tranquilícese, por favor. Le sugiero que no hable con nadie más del tema antes de calmarse. No salga de casa. Dentro de una hora o así estaré ahí. ¿Vive usted en la casa de al lado?

—En la de enfrente, en el número noventa y siete.

—Llegaré en cuanto pueda.

Colgó. Y entonces, con el auricular todavía en la mano, se dio cuenta de que no le había preguntado a qué hospital se habían llevado a Joy-Ann.

¡Estaba muerta! Y la casa era suya. Le acometió el impulso de celebrarlo, de hacer ruido, de dar saltos. Si hubiera tenido a mano el cadáver de Joy-Ann, lo habría abrazado. De haber tenido un vaso, lo hubiese lanzado contra la pared. Pero allí, en su despacho, no podía siquiera dar un grito ni propinarle un puñetazo de simbólico placer a un almohadón. Se quedó pensando en el dinero, tembloroso por el impacto de su buena suerte. No se habría sentido más complacido ni aunque hubiera matado a la vieja él mismo.

Con aspecto despreocupado y levemente irreal, vestido con un traje safari de color melocotón y una camisa de poliéster amarillo canario, Bing Anker metió la mano en el bombo de números revueltos, sacó una bola y se inclinó hacia el micrófono:

—N-treinta y uno. Qué divertido es esto. N-treinta y uno. —Pulsó el treinta y uno en la consola y el número se iluminó en el panel que tenía sobre la cabeza—. ¿Todavía no tenemos ganadores? —preguntó a la sala medio vacía—. Bueno, pues hazlos rodar otra vez, Sam. —Accionó el pedal con el pie; el bombo empezó a dar vueltas; las bolas numeradas se precipitaban unas sobre otras como las prendas de ropa en una lavadora. Bing metió la mano, sacó una bola y cantó un número — : Otra vez una N. N-cuarenta y dos. N-cuarenta y dos. ¿Seguimos sin bingo? Esto empieza a ser ridículo — exageró la pronunciación de cada sílaba a la manera del gato Silvestre y fue recompensado con una lluvia de risitas. Pulsó el cuarenta y dos en el panel, hizo girar el bombo y volvió a sacar—: I-quince. Quince años tiene mi amor...

—¡Bingo!

Había gritado una mujer del fondo de la sala. La azafata se acercó a ella y comprobó sus aciertos: una línea vertical en la columna de las enes y otra horizontal en el centro del cartón.

—Bueno, pues ha sido un amor de quince, y el bote son unos sabrosos doscientos dólares. —Levantó un abanico de billetes de veinte dólares y le hizo una señal a la ganadora para que se acercara—. A no ser que prefiera un beso.

La ganadora subió los peldaños del estrado con dificultad, agarrándose a ambas barandillas. Parecía que se iba a morir antes de regresar a su asiento.

—Ah, ya me doy cuenta. Lo que a usted le interesa es el dinero. Todas son iguales, estas forasteras. Buscadoras de oro, todas y cada una. Las buscadoras de oro de 1980.

Sus leales seguidores de las primeras filas le dedicaron unas risas, pero el espectáculo del caso clínico que casi había alcanzado la butaca central del tribunal no daba lugar a mucha frivolidad. La mujer tenía la mirada fija en el dinero, con las ansias no disimuladas de un adicto o de un animal muerto de hambre. Bing hizo la broma de cambiarse el dinero a la mano izquierda y entregarle el micrófono a la Dama de la Muerte.

—Felicidades, señora...

Dejó la frase en suspenso y arqueó una ceja interrogativamente.

Los ojos de la mujer centellearon con desconfianza antes de responder.

—Collins.

—¡Collins! —repitió él en voz alta, y sus seguidores, que conocían el truco, soltaron unas risitas—. Lo siento, se nos han acabado los combinados collins, pero a todos los ganadores les damos... —pulsó un botón que hacía sonar una corneta— una copa de champán de California. Mindy, Adonde está el champán de la señora Collins?

Mindy, vestida de resbaladizo satén rosa, salió de detrás de los cortinajes con una bandeja con dos copas de champán. Bing cogió la suya (que era ginger ale) y la señora Collins, muy a regañadientes, la otra. Brindaron. Los jugadores de bingo aplaudieron. Con una mueca, la señora Collins apuró el champán, volvió a dejar la copa en la bandeja y esperó que le entregaran su premio.

Bing volvió a entregarle el micrófono.

—¿Dónde vive usted, señora Collins?

Ella movió los labios pero no se oyó la respuesta. Bing le acercó más el micrófono y subió el volumen.

—¿Cómo ha dicho?

—Kansas City.

El nombre retumbó en la sala, y las señoras soltaron unas carcajadas a expensas de la ganadora.

—Kansas City. Hay allí mujeres muy guapas, y hoy una de ellas acaba de ganar el premio especial Cruz Azul de doscientos dólares. Aquí tiene, querida, y enhorabuena —concluyó, mientras entregaba el dinero a la señora Collins.

En tanto la azafata acompañaba a su sitio a la afortunada, Bing siguió parlotear para anunciar la partida siguiente y los correspondientes premios: por la primera línea vertical, diez dólares; por la primera línea horizontal, veinte; por la primera diagonal doble, cincuenta; y por todo el cartón, doscientos cincuenta dólares. Una partida de todo el cartón podía ser eterna, pero había poca clientela y el principal atractivo del bingo, desde el punto de vista del cliente, era pasarse toda la tarde allí y perder menos dinero que en las máquinas tragaperras. En ese sentido, Bing consideraba que su trabajo era humanitario, comparable a la enfermería o la peluquería, pero sobre todo era espectáculo, brillantez, alboroto, un estrado cuyo centro ocupaba él ante un público que escuchaba, que se reía de sus chistes malos, que fingía, igual que él, estar en un concurso televisivo en lugar de pasando el tiempo en un tugurio de mala muerte. Para aquellos que carecían del dinero o de la energía suficientes para perderlos a toda prisa en los casinos, allí había un bingo con dignidad, allí había un hogar.

—Bing —dijo la vocecilla del auricular que llevaba acoplado al oído.

Conectó el micrófono con el despacho y preguntó qué ocurría.

—Te han llamado de... Es importante. Era a media partida y el individuo no ha querido esperar. Quizá debería sustituirte Mindy. Ha dejado un número para que llames.

—¿Qué demonios puede ser tan importante que no puede esperar hasta el descanso? Debe de ser una mala noticia. ¿Se ha muerto mi madre?

—Hum... pues...

—Es eso, ¿no? ¿Qué te parece mi poder psíquico? En realidad llevaba ya tiempo a punto de dañarla, de modo que no puedo decir que me haya sorprendido, y tampoco puedo decir que esté deshecho, porque no nos hablábamos desde mil novecientos sesenta y seis. De todos modos, era mi madre, ¿no? ¿Crees que debería decírselo a las señoras? A todas les parecerá la mar de triste y de dramático. Seguramente estoy en estado de shock.

—Yo no diría nada, Bing. Puede que a alguna le siente mal.

—Lo diría muy serio, no te preocupes.

—No me refiero a eso. Es la idea de la muerte. Seguro que en este momento no les apetece pensar en ese tema.

—Bueno, tú eres el jefe, cariño. Mira, se están impacientando. ¿Por qué no me reservas un billete de avión para Minneápolis? Para después de las ocho, así tendré tiempo de hacer el equipaje y comer un bocado.

—Ya te relevará Mindy, Bing. No es necesario que te quedes.

—Pero ésta es mi vida —insistió Bing, y a continuación cambió el micrófono a los altavoces de la sala. Sonó la trompeta y el bombo empezó a rodar; alargó la mano para extraer la primera bola y recitó — : Columna G, número cincuenta y tres en la cama estás. G-cincuenta y tres.

»B, B-trece. Número de la suerte para alguien. B-trece.

»Columna de la O, setenta y cinco. Setenta y cinco y coleando. O-setenta y cinco.

»O de nuevo. O-sesenta y nueve. *No comment* sobre el sesenta y nueve.

Las señoras soltaron una risita.

Bing les guiñó el ojo.

El bombo siguió girando.

Parte de la belleza de la puesta de sol, y una puesta de sol es siempre bella, reside en el miedo que inspira. La noche y el panorama del vacío que tenemos sobre nosotros no puede sino intranquilizar a cualquiera que haya estado mínimamente pendiente del sol. El sol es cálido y cordial; nos informa de que el cielo es azul, y si bien ésta no es la verdad completa, raramente nos negamos a dejarnos convencer por tal aserto. No decimos: «Ese azul no es más que una ilusión, una broma de la atmósfera. En realidad, el cielo es negro y el espacio es un vacío». Pero la puesta de sol nos recuerda que, aunque evitemos decir tal cosa, es así. El cielo es negro. La luna carece de vida, al igual que los planetas, y las estrellas, si bien son muchas, se encuentran muy lejos y no ejercen influencia alguna, desde más allá de los años luz, sobre nuestras insignificantes existencias.

Giselle esperaba que todo esto cambiara en la otra vida. Pensaba que las estrellas, cuando aparecieran, serían portadoras de un nuevo mensaje al que no había prestado atención hasta entonces; pero eran las mismas estrellas que había contemplado en el motel de Las Vegas. Ahora, igual que entonces, le recordaban su propia pequeñez y fragilidad. Aunque había penetrado en esta nueva existencia tan rápida y absolutamente como una polilla atraída por un exterminador eléctrico, ¿tenía más conciencia que una polilla de las fuerzas que regían ahora su existencia?

Semejante pensamiento le producía temor, naturalmente, pero no un temor insuperable. Era una especie de cuerda (el viento del júbilo inicial había dejado de soplar y sentía el bamboleo de la cometa a punto de caer) que la ligaba de nuevo a la estabilidad del suelo, una línea de guijarros iluminados por la luna que le señalaba el camino de casa.

Pero ¿dónde estaba su casa? A sus pies, la ciudad extendía su red de luces en débil pero efectiva contradicción con la oscuridad dominante. Los faros de los automóviles recorrían la cuadrícula de calles y se agrupaban en las largas ondulaciones dobles de las autopistas. Su energía parecía tan tenue, su avance tan lento, como las configuraciones similares que había recibido en la tumba, con los gusanos abriendo túneles en la tierra invernal. Entre todo aquel tejido de luces y propósitos, ¿dónde estaba su luz, su propósito? Por ejemplo, ¿podía elegir aquella furgoneta y seguirla; o aquel porche iluminado tras un seto de lilas todavía sin brotar; o aquella ventana de resplandores azules tras la que alguien miraba la televisión?

El hilo de la cometa se soltó y sintió que se deslizaba vertiginosamente por la empinada ladera de la noche. En el regocijo del largo descenso espiral, ni siquiera pensó adonde iría a parar. Al fondo, fuera donde fuese. Al suelo.

Y de repente, sin transición, se encontró clavada, como un punto matemático infinitamente pequeño, a un único fotón parpadeante de luz. Ni siquiera era luz; se trataba de algún otro tipo de energía que palpitaba más de prisa que el más rápido ritmo discotequero, mientras más allá de esta diminuta cáscara de nuez en que había caído había una especie de humo, una oscuridad distinta de la inerte oscuridad de la noche y el espacio, porque era susceptible de movimiento, deseo y propósito.

La oscuridad se hinchó y proyectó un haz semejante a una larga lengua de lagarto. El haz negro se enroscó en torno de ella y empezó a oprimirla. Nada más sentirla, supo que la oscuridad era su marido. Había regresado, de mala gana e inconscientemente, a su propia casa, y estaba atrapada allí. Cual gimoteante fantasma sujeto por cadenas, supo que había dejado de ser autónoma para convertirse en una función de la oscuridad Glandier, en una partícula de los mortecinos corredores de su conciencia, demasiado insignificante para ser percibida. Incluso más que cuando estaba en la tumba, cautiva de su propio cadáver, sintió el horror y el pánico de su reclusión. Quería gritar, pero no tenía existencia. Tan sólo podía percibir la presencia de él a su alrededor, cada vez más densa y más negra.

Aún era temprano cuando Glandier enfiló el sendero asfaltado de acceso a su casa. Los sauces y el molino de viento de la casa de Michael Sheehy eran siluetas negras que se recortaban contra franjas de nubes de un espléndido rojo sangre. «Algún día, cabrón —se dijo—. Algún día.» Aquella noche pudo considerar el largo aplazamiento de tales intenciones con algo parecido a la ecuanimidad, si no clara benevolencia. Unos dulces ochenta mil dólares podían neutralizar mucha acidez.. Dado su talante magnánimo, dio el visto bueno a la organización de un funeral demasiado fastuoso para las modestas previsiones de Joy-Ann. Al mismo tiempo, se divirtió insistiendo en que el cementerio subsanara el error cometido al sepultar a Giselle en una parcela que no era la suya. «Despierta, cariño —le dijo a través de un telegrama psíquico—. Es el Día de la Resurrección.»

El único aspecto negativo fue el hecho de que Flynn, el abogado de Joy-Ann, insistiera en que se notificase a Bing Anker la muerte de su madre. Glandier señaló que Bing y su madre no se hablaban desde hacía años. «¿Para qué hacerle concebir falsas esperanzas —comentó Glandier benévolo— y que se le pongan los dientes largos por nada?» Flynn no quiso discutir. Sencillamente, le ofreció a Glandier la opción de llamar él mismo, en calidad de pariente más próximo, o permitirle hacerlo a él, como abogado.

—Llame usted —aceptó Glandier, y se dispuso a esperar mientras lo comunicaban.

Quando respondió Bing, resultó que ya se había enterado de la muerte de Joy-Ann (a través de aquella bruja entrometida de Alice Hoffman) y estaba haciendo el equipaje. Bing le preguntó a Flynn si podía dormir en casa de su madre, y Flynn le transmitió la pregunta a Glandier, quien meditó unos instantes mientras contemplaba el extremo del puro; por fin contestó:

—Está bromeando.

Glandier presentía con nerviosismo la probable disputa por la herencia. Que Bing Anker se desplazara para el funeral sólo podía indicar que esperaba recibir parte del pastel, quizá incluso todo. Sin embargo, no había ni la más remota posibilidad de que le tocara ni una miga. Cuando Bing Anker se marchó de casa a los diecisiete años para irse a mariconear a California, se excluyó a sí mismo del testamento de su madre. Joy-Ann jamás dejó de sentir una profunda vergüenza ante el hecho de que su único hijo (que siempre había asistido a colegios católicos) resultara ser un chupapollas. Glandier, naturalmente, prestó su apoyo moral a las esporádicas expresiones de ortodoxia ultrajada que manifestaba Joy-Ann, y pudo hacerlo sin sentirse en absoluto hipócrita ni egoísta, pues odiaba sinceramente a los maricones, fueran cuales fueren las circunstancias.

Representaba una molestia, pero, dada su seguridad de que el testamento de Joy-Ann estaba en orden, una molestia mínima, algo así como una simple gota de agua que ha salpicado la camisa. El regocijo se imponía, pues, y a tal fin se llevó a casa dos bolsas grandes de comida y una caja de licor de Byerly's. Encendió el horno para calentar una pizza y ordenó los comestibles en cuatro categorías, según fueran destinados al congelador, al frigorífico, a la despensa o al consumo inmediato. A continuación, después de sacar una de las pizzas de la caja, la metió en el horno y dispuso el reloj para que sonara al cabo de veinte minutos, quitó la cubierta de plástico de un recipiente de salsa preparada y vació el contenido de una bolsa de patatas fritas en una fuente honda. Aquello era vida.

Abrió una botella de Heineken y se llevó la cerveza, la salsa y las patatas fritas a la sala de estar, donde, tras arrellanarse con un suspiro en la confortable butaca, acomodó la fuente en su regazo y la botella y la salsa en el brazo de la butaca, hecho lo cual, alzó la botella en un remedo de saludo a la fallecida y brindó:

—Por ti, vieja basura.

Mientras el primer trago helado se estrellaba como una ola contra las rocas de su sed, recordó las fotografías de Giselle y su madre que por fin había podido retirar de su estudio para echarlas a los montones de basura del sótano. Ahora que su vida ya no estaba vigilada por una suegra, en toda la ciudad no había nadie con derecho a entrar en su casa. Su intimidad era absoluta e inviolable, una verdadera fortaleza. Untó con deleite una patata frita en la salsa, pero en el momento de abrir la boca para dar el primer mordisco sus sentidos

percibieron un olor acre y totalmente incongruente a chocolate quemado.

Despertó bañada en luminosidad. Las sábanas, las paredes e incluso las rosas que había junto a su cama eran de un blanco immaculado, tan blancas y tan resplandecientes que al principio sólo consiguió distinguir sus contornos entrecerrando los ojos. «Precioso», pensó Joy-Ann antes de que se le ocurriera preguntarse dónde estaba o cómo había llegado allí. Y, lo que es más extraño, cuando por fin se planteó tales interrogantes, la respuesta no le pareció importante. Bastaba con saber que la estaban cuidando. Le habían quitado el reloj de pulsera y ello la incomodaba, pues sin él una larga espera podía prolongarse eternamente.

Pero ¿qué esperaba? ¿Podía objetar algo a una eternidad tan placentera? Estaba a gusto, muy a gusto, tan en forma como la mujer de aquel anuncio de reconstituyente que vuelve a poder levantar la pesada sartén. Había desaparecido el dolor interno. Se sentía relajada, animada y optimista.

Como nadie le había dicho que no pudiera hacerlo, se levantó de la cama y metió los pies en las mullidas zapatillas rosadas. El camisón, más bien un negligé, era del mismo tono, y tenía innumerables volantes y lacitos, el sueño de una modelo de alta costura. Dio unos pasos de fox-trot y a continuación, sin pensarlo dos veces, efectuó dos giros completos sobre el pie derecho.

Entonces se quedó inmóvil por miedo a que la vieran y le mandaran volver a la cama. ¿Dónde estaban las enfermeras y los médicos? ¿Cuándo iban a llevarle la cena? ¿Sería el postre esa gelatina gomosa que dan en todos los hospitales?

En busca de respuestas, abrió una puerta, pero resultó que era la del armario. Éste estaba lleno de preguntas: ¿Podía ser para ella aquella túnica de plumas doradas? ¿Qué explicación podía tener el arpa? Pues aquello (pulsó la mayor de las seis cuerdas) era un arpa.

Joy-Ann ni sabía tocar el arpa ni jamás había conocido a nadie que supiera. Nunca había visto un arpa de esas que se sostienen en brazos más que en dibujos de ángeles.

Y entonces se dio cuenta de que había muerto y estaba en el cielo.

—¡Dios! —llamó, aunque en voz no muy alta, pues, además de ser el cielo, aquello era también un hospital.

No obtuvo respuesta. O bien no le prestaba atención o todavía no estaba preparada para dirigirse a él directamente. Bueno, si aquello era el cielo, tendría tiempo más que suficiente. No es que estuviera impaciente, sólo un poco intrigada.

Sin embargo, era curioso que el cielo fuera exactamente como le habían dicho siempre que sería. Lleno de arpas y túnicas angelicales. Curioso, pero agradable a la antigua usanza. En cierto modo era como entrar en Hennepin Avenue (que había decaído tanto) y encontrarse en una de aquellas cafeterías antiguas que parecían lujosas y sencillas al mismo tiempo.

Intentó recordar si se había dejado algo importante por hacer allí abajo en la Tierra, pero el pasado reciente lo veía de un modo impreciso. Recordaba que había bailado al son del disco de Bing Crosby y que luego le había escrito la carta a la hermana Rita. Pero aquello fue ayer. Hoy había ido no sabía adonde con Alice Hoffman y...

La puerta del armario se abrió para dejar paso a una enfermera con una encantadora cofia blanca como las que llevaban las de la serie de televisión *Hospital General*.

—¿Joy-Ann Anker? —leyó la enfermera en la tablilla.

—Yo misma.

—¿Ya se ha levantado? Sí que se ha recuperado de prisa. ¿Cómo se encuentra?

—La verdad es que nunca me había encontrado mejor.

—Muy bien. A ver...

Cogió la mano de Joy-Ann y oprimió un dedo contra la parte interior de su muñeca para tomarle el pulso.

—Me encanta su cofia —dijo Joy-Ann — . Se parece usted a la Diane de Hospital General.

La enfermera sonrió y se tocó la cofia distraídamente.

—Espero que aquí se vea la televisión — dijo Joy-Ann.

—Naturalmente —respondió la enfermera, y señaló un hermoso televisor Zenith blanco que había pasado inadvertido a Joy-Ann hasta entonces — . Incluso tenemos emisoras por cable.

Joy-Ann observó que la enfermera le tornaba el pulso sin usar reloj para controlar el tiempo.

—¿Es que no hay relojes en el cielo? —inquirió.

—Esto no es el cielo, Joy-Ann. Es más bien una especie de etapa intermedia. Aquí el tiempo discurre a un ritmo muy parecido al que usted está acostumbrada, aunque es cierto que no usamos relojes. Todos sabemos la hora instintivamente. Y ahora me dicen mis instintos que es hora de que vuelva a la cama y descanse.

—¿Que descanse? Pero si me encuentro llena de energía.

La enfermera asintió con la cabeza.

—Sí, pero lo que debería sentir es una profunda paz interior. Vamos, Joy-Ann...

Retiró el cubrecama de reluciente seda blanca y esperó a que Joy-Ann se metiera en el lecho. De mala gana, Joy-Ann se sometió a la divina autoridad de la enfermera.

—Descanse —insistió nuevamente antes de salir por la puerta del armario.

A la derecha de la puerta, justo enfrente de la cama, había un cuadro con un bordado que Joy-Ann no había visto hasta aquel momento, pese a que constituía la única nota de color en la blanca habitación. El bordado representaba un arco iris sobre un vistoso cielo azul flanqueado de olmos tan altos como los que daban sombra a Calumet Avenue antes de que los afectara la plaga; en primer plano, bajo los olmos, discurría un arroyo serpenteante a cuyas orillas crecían flores (violetas, campanillas, narcisos, iris; flores primaverales); y por debajo de las flores, escrita en un punto de cruz de colores tan vivos como los pétalos, la primera bienaventuranza:

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU

PORQUE SUYO ES EL REINO DE LOS CIELOS

Decir que un espíritu carece de cuerpo es decir que es un espíritu. Los espíritus carecen de cuerpo por definición. Sin embargo, todos entendemos de una manera apriorística que nuestro cuerpo, ese constituyente de nuestro ser que es carne y sangre, está regido por algo inmaterial. Podemos resistirnos a llamar a ese algo espíritu o alma, pero estamos bastante seguros de que nuestros actos no vienen determinados de un modo mecánico simple, a la manera de los engranajes de un reloj. Como mínimo, hemos de participar en la naturaleza de los automóviles (o ellos de la nuestra), y precisar de una chispa, es decir, de un proceso tan volátil como el fuego, para ponernos en movimiento. Y, en tal caso, adonde se localiza la bujía humana? ¿De dónde procede el fuego? ¿Dónde se conectan espíritu y carne? ¿En el hígado, como creían algunos filósofos griegos? ¿En el páncreas, como supuso Descartes? ¿En el cerebro, como se suele creer hoy en día según una encuesta Gallup? La respuesta correcta es (d): ninguna de las anteriores. El alma no se conecta al cuerpo en ningún órgano en particular sino a una determinada profundidad, a un nivel microscópico donde los microscopios ya no alcanzan, menor que los menores componentes de la célula viva, incluso menor que las retículas del ADN, dentro de las órbitas del propio átomo y todavía a mayor profundidad, hasta que la causa y el efecto se diluyen en mera probabilidad estadística. Allí reside el alma y disfruta de una autonomía que, desde nuestro punto de vista macroscópico, parece un tanto ilusoria.

Pero, al igual que a veces la luz se comprende mejor si la imaginamos compuesta de partículas en lugar de ondas, así también ocurre con el alma, que en ocasiones, bajo determinadas circunstancias extraordinarias, no fija su residencia en las profundidades sino en un lugar, punto geométrico o foco. En el caso de Giselle lo hizo en el cuerpo calloso del cerebro de su marido. El cuerpo calloso es el haz de fibras que une los dos hemisferios del cerebro. Su función consiste en regular, organizar y catalogar el flujo de pensamientos conscientes e inconscientes. Por descontado, esto no nos dice gran cosa acerca del cuerpo calloso, pero de momento nos basta con saber que ése era el punto más profundo, por decirlo así, del flujo de conciencia de Robert Glandier, y que allí, atrapada como en una red, estaba Giselle.

Puesto que hacía tan sólo unos momentos que había percibido tan sublime panorama, y muy poco que se había liberado de la reclusión de la tumba, volver a estar encerrada y no tener noción de cómo había ocurrido ni de cuánto iba a durar le resultaba mucho más angustioso. Le era imposible resistirse, pues no podía ejercer su voluntad contra nada. Tenía la sensación de que se hallaba suspendida en un fluido negro y viscoso, sujeto a lentas corrientes, no tanto de calor o de frío como de grados de mala salud, maldad y miedo, turbulencias de la mente enferma de Robert Glandier, en tanto éste avanzaba a tientas hacia una conciencia de que su esposa había regresado de la muerte para perseguirlo.

En el horno, los trocitos de queso que recubrían la pizza empezaban a burbujear y la cocina se había llenado de su aroma. Así pues, ¿qué podía explicar el olor a chocolate quemado, que ya se había desvanecido pero aún persistía en su memoria? Nada. Sin embargo, ese veredicto no era aceptable y Glandier, tras regresar a la fuente de patatas fritas, se entregó a la resolución del misterio. ¿Un olor procedente de la cocina de algún vecino? Poco probable. ¿Una alucinación olfativa? A Glandier no le gustaba admitir que fuera susceptible de tales cosas, pero es una realidad reconocida por la ciencia que la mente puede tener ese tipo de cortocircuitos, lo mismo que los ordenadores. Así, si le había parecido oler a chocolate, ¿en qué difería eso de lo que sucede cuando a uno le viene a la mente una canción antigua sin motivo aparente? En nada. El misterio, pues, quedó archivado con la etiqueta de «Resuelto».

Con todo, cuando se llevó la botella verde a los labios lo hizo con desconfianza, como si pudiera contener algo que no fuera cerveza. Al dejarla fluir, burbujeante, a la boca, sintió un regusto extraño, una especie de sabor a rancio. Y luego, detrás del frío y el burbujeo, vino un segundo sabor, todavía, si cabe, más extraño, casi de agua estancada. «Mierda —pensó—. Me estoy resfriando.» Tomó el mando a distancia de la mesita auxiliar, puso en marcha el televisor y cambió de un canal a otro sin sonido. Nada, nada y nada. Demasiado tarde para las noticias y demasiado temprano para que diesen algo picante. Quizá con el dinero de Joy-Ann se compraría un Beta-Max. Sólo de pensarlo sintió ya signos de excitación. La polla se le revolvió en su envoltorio de algodón; abrió la boca, la lengua se le secó y se le alteró la respiración. ¡Maldita sea! Tenían que dar algo en televisión que le sirviera.

Volvió a pasar los canales, dio con el final del anuncio de un Buick, el momento en que el águila extendía las alas mientras un haz de luz iluminaba la marca del coche. Debía de haber visto esa imagen centenares de veces y nunca le había llamado la atención. ¿Por qué tenía que resultarle ahora tan inquietante? ¿Por qué no terminaba nunca? ¿Cuántas veces tenía que agitar las alas el maldito avechucho para llegar a donde fuera? Justo cuando empezaba a sospechar que el problema quizá estuviera en su cabeza y no en el televisor, el Buick se difuminó y comenzó la diversión. Se trataba de una aventura en que un Chrysler azul era perseguido por un Thunderbird rojo. El Chrysler viró bruscamente en una curva, el Thunderbird lo siguió chirriando. El Chrysler pasó como una exhalación por un cruce con el semáforo en rojo y casi choca con una furgoneta. El Thunderbird frenó y describió un giro de 360 grados. El Chrysler se salió de la carretera y, por primera vez, la cámara se aproximó lo suficiente para permitirle a Glandier ver el rostro del conductor.

Era una mujer y le sonreía. Tenía los labios del rojo oscuro, herrumbroso, de la sangre que empieza a secarse. Su cabello oscilaba en movimientos lentos como los de las alas del águila. Lentamente se quitó las gafas de sol, lentamente levantó los párpados sombreados de azul para mirarlo. No había ni amor ni perdón en su reconocimiento, tan sólo desdén, acusación, burla. El deseaba volver a matar, y con la misma rapidez de ese deseo se la encontró en los brazos, no una imagen reflejada en una pantalla sino un cuerpo físico, vivo y palpitante. Sus dedos tiraron del cinturón, le abrieron la bragueta. No hizo ademán de rechazarla ni de resistirse, en parte por miedo a que de hacerlo así la aparición se volviera más vivida, pero también llevado por la intuición de que no iba a recibir ningún daño, sólo placer.

Los labios rojos se separaron. Los ojos sombreados de azul lo miraban a la cara como pidiendo permiso o esperando una orden. Asintió con un gesto y ella empezó a chupársela. Al principio, se limitó a permanecer inerte en la curva impuesta por la butaca, pero luego, cediendo a sus impulsos, se deslizó hacia abajo.

Ahora la boca de ella se apretaba contra la de él y sintió cómo toda conciencia particular se disolvía en una necesidad y un ansia eternamente satisfechas, renovadas. Se corrió. Cerró los ojos; cuando los volvió a abrir, ella había desaparecido. La botella yacía en la alfombra junto a la butaca, todavía rodeada por un charco de cerveza burbujeante. Las patatas estaban esparcidas por doquier. La fuente se había hecho añicos y la salsa que contenía le manchaba los pantalones, las manos y el vello púbico.

Desde la cocina le llegaba el ruido que hacía su mujer apilando platos en el armario mientras cantaba, bastante alto, un nuevo anuncio de Geritol:

Compre un frasco de Geritol,

Geritol, Geritol.

Compre un frasco de Geritol

Y su casa brillará como un sol.

«Dios santo —pensó—. O me he vuelto loco de remate o me acabo de tirar a un fantasma.» La idea de que podía estar volviéndose loco lo intranquilizó, incluso le dio miedo, aunque sólo de un modo racional, igual como puede temerse una posible bancarrota en un futuro lejano. Otra parte de sí mismo reaccionó con verdadera satisfacción. Sencillamente, no había sentido un estremecimiento tan profundo de la espina dorsal en mucho tiempo, y si era un fantasma lo que se había tirado, mejor para él y mejor para el fantasma. Él, por su parte, estaba listo para repetir.

—¿Padre Windakiewiczowa? —Bing Anker dejó la bolsa en el asiento contiguo al pasillo y se inclinó sobre el central extendiendo la mano—. Usted es el padre Windakiewiczowa, ¿verdad?

El anciano sacerdote, que no llevaba el alzacuellos y vestía un arrugado traje gris, parpadeó a la manera de los buhos, lo miró lijamente a través de las gafas con montura metálica y asintió con la cabeza.

—Me temo que no..., hum..., no recuerdo quién... —empezó a decir.

—Bing Anker, el hijo de Joy-Ann.

El sacerdote asintió de nuevo con la cabeza, pero la vaguedad que persistía en los ojos del anciano persuadió a Bing de que seguía sin reconocerle.

—¿Está ocupado ese asiento? —Bing se desabrochó el cinturón de seguridad y se deslizó en el asiento central—. Qué agradable coincidencia. ¿Sigue usted en Nuestra Señora de la Misericordia, padre Windakiewiczowa?

El sacerdote asintió por tercera vez y dijo: —Señor Anker, ¿no estaría usted más cómodo si...?

Bing adoptó un tono solemne.

—No se ha enterado, ¿verdad? Mi madre ha muerto. Esta misma mañana. De repente.

—Lo lamento.

De mala gana, el sacerdote trocó su actitud de fastidio por el hecho de que Bing se hubiera acomodado en el asiento adyacente al suyo, en lugar de hacerlo en el contiguo al pasillo (al fin y al cabo, el avión iba casi vacío), por otra de condolencia y atención. No esperaba que sus vacaciones se llenaran tan pronto de deberes pastorales.

—En realidad ha sido una bendición —agregó Bing abrochándose el cinturón con una mueca de orgullo por su permanente delgadez—. Sufría tanto... Y no cabe duda de que irá al cielo. Aunque es posible que tenga que pasar algún tiempo en el purgatorio, porque murió sin recibir la extremaunción. Pero eso, en una persona que ha vivido una vida de santidad, no importa demasiado, ¿verdad, padre?

—Claro que no —dijo el padre Windakiewiczowa, inquieto.

—¿Le apetece rezar un rosario conmigo en memoria de mi madre? —propuso Bing animadamente—. ¿O debería hacer una ofrenda? Es terrible, regreso a casa prácticamente en la ruina y no tengo ni idea de dónde voy a dormir. Pero no puedo dejar de asistir al funeral de mi madre, ¿no le parece? Tal vez sea usted quien diga la misa. Eso sí que sería casualidad, ¿no?

La azafata le dio unos golpecitos en el hombro y le pidió que colocara la bolsa bajo el asiento. A continuación, les preguntó qué deseaban tomar. Bing pidió vino rosado y el padre Windakiewiczowa dos Bloody Mary. Acto seguido, éste, a fin de evitar que Bing siguiera importunándolo, sacó el breviario y se excusó; tenía que leer el oficio.

El sacerdote se mantuvo inmutable en su reverente actividad durante todo el despegue y a lo largo del cuarto de hora siguiente, exactamente hasta que los licores llegaron por fin a la fila. Sucumbió entonces a su apetito carnal, momento en que, tal como temía, Bing cerró la revista de la línea aérea que estaba leyendo y le abordó con aire de jovialidad.

—Perdone, padre, ¿ha habido suerte?

—¿Cómo dice?

Bing guiñó un ojo en un gesto de complicidad.

—Si ha tenido usted suerte. Para eso suele venir la gente a Las Vegas, en busca de suerte. No es pecado, ¿verdad? Al menos para los católicos. Es una de las cosas buenas del catolicismo: te da cierto margen de movimiento. Se puede jugar, se puede beber, y se puede... Bueno, nada más, pero algo es algo. Así que, repito, ¿ha tenido suerte?

—No —repuso tajante el padre Windakiewiczowa—, no la he tenido.

—Bueno, Roma no se hizo en un día. —Bing desenroscó el tapón de la botella de vino rosado barato, se llenó el vaso de plástico y propuso un brindis — : Por que la próxima vez tenga más suerte.

—Y por la memoria de su madre —dijo el sacerdote sin malicia — . Que descanse en paz.

—Por mamá.

—¿Y usted? ¿Ha tenido suerte?

—¿Yo? Ah, no, yo trabajo aquí. Canto los números en el bingo Old Pioneer de Searles Avenue, cerca del cementerio de Woodlawn. No sé si sabrá dónde es. La suerte no interviene en mi caso. Aparte de que considero que es una suerte vivir en Las Vegas.

—Le gusta Las Vegas, ¿eh? —preguntó el sacerdote en un tono que por lo general reservaba para el confesionario.

—Me encanta. Creo que Las Vegas es la capital secreta del país. El único sitio en que la democracia funciona de verdad. Cree que lo digo en broma, ¿no? Pues nada de eso. Acérquese a una mesa de dados o a una ruleta y mire la mezcla de gente que tiene a su alrededor. ¿En qué otro sitio del mundo va a encontrar millonarios codeándose con la chusma como yo? Ni siquiera en muchas iglesias, tanto que se habla de hermandad. No, los verdaderos crisoles de hoy en día son los casinos, y me parece que es porque allí la gente puede expresar sus sentimientos más profundos. La comparación que hace siempre el padre Mabbley... —Bing se interrumpió y miró al sacerdote por encima del vaso—. ¿Ha conocido por casualidad al padre Mabbley en Las Vegas? Es el párroco de la iglesia de San Judas, ¿no? La próxima vez que venga tiene que oír uno de sus sermones. Sobre todo si ha tenido una racha de mala suerte. El padre Mabbley lo anima a uno más que tres whiskies.

»Bueno, volviendo a la comparación —Bing bebió un sorbo de vino rosado y reanudó el discurso — . El padre Mabbley dice que, para muchas personas, Las Vegas cumple la misma función que una peregrinación a Lourdes. Primero está la esperanza de una curación milagrosa, que en este caso es financiera en lugar de física, pero en ambos casos la idea subyacente es que Dios intervenga en un orden material. Lo cierto es que se producen algunos milagros, los suficientes para mantener la fama del lugar. De todas formas, lo importante de una peregrinación no es que tus peticiones sean escuchadas, sino el hecho de que sean expresadas, el hecho de sentir algo visceralmente, aunque no sea más que desesperación, desesperación por la propia situación material, porque el paso que sigue a la desesperación es la libertad. Una vez te das cuenta de que todo lo que has trabajado y todo lo que has ahorrado: las hipotecas, los plazos del coche...; una vez te das cuenta de que todo es una falacia, entonces empiezas a sentir libertad espiritual.

—Interesante teoría —dijo el padre Windakiewiczowa—, pero me cuesta creer que un sacerdote... ¿Padre Mabbley, ha dicho que se llama?

Bing, que tenía la feliz facilidad de emborracharse con una gota de alcohol, lanzó una carcajada y proyectó una lluvia de saliva al vaso de vino (el chiste tenía aún más gracia por ser privado: el padre Mabbley era conocido entre un amplio círculo de feligreses como «Reina Mab», pero a ver cómo se lo explicaba al padre Windakiewiczowa). A continuación dijo, todavía riendo:

—Perdóneme, padre, me he atragantado estúpidamente. El sacerdote le lanzó una mirada feroz, como si fuera el prelude de una reprimenda, pero aparte de volver a recordarle que acababa de morir su madre, no se le ocurría qué decirle, de modo que alargó el brazo hacia el interruptor y apagó la luz individual de su asiento.

—Dispéñeme usted, señor...

—Anker. Bing Anker.

—Eso, Anker. Bueno, me parece que voy a intentar dormir un poco. Estoy cansado y...

—Claro, claro, padre. Yo también voy a apagar mi luz. Pero antes de que se duerma me gustaría confesarme.

—¿Confesarse? —repitió el sacerdote con evidente consternación—. ¿Quiere decir con eso que todavía es usted.... bueno..., que es católico practicante?

—Católico creyente, padre —rectificó Bing—. Como dice el padre Mabbley, en los casinos no hay ateos.

—Ese padre Mabbley debe de ser su confesor habitual, supongo.

Bing asintió con la cabeza y continuó, pesaroso:

—Naturalmente, hubiera ido al padre Mabbley, pero no estaba y yo tenía que salir en el primer avión. Por eso, cuando lo he visto a usted me ha parecido... ¿cómo se dice?... providencial.

—Y... ¿necesita realmente confesarse?

Bing exhaló un aparatoso suspiro.

—Sí, padre, me temo que sí. Hay muchos pecados que son claramente mortales y otros que están justo en el límite, de modo que si quiero comulgar en la misa del funeral de mamá, ¿y cómo quedaría de no hacerlo?, tengo que confesarme, ¿no?

—Lo importante no es quedar bien. Ha de sentir verdadera contrición y estar resuelto a no volver a pecar.

—Por Dios, ya lo sé. Al fin y al cabo, estudié en Cretin. Claro que lamento profundamente todos mis pecados.

—Bueno, en ese caso...

Con un suspiro de derrota, el padre Windakiewiczowa alargó el brazo hacia el asiento de delante para sacar el maletín que tenía debajo, del cual extrajo una franja de seda violeta de cinco centímetros de ancho forrada en blanco. La estola. Se la colocó alrededor del cuello, inclinó la cabeza y se persignó.

—En nombre del Padre —recitó Bing—, del Hijo, y del Espíritu Santo. Perdóneme Padre porque he pecado. Hace cuatro años que no me confieso y desde entonces he cometido los siguientes pecados...

—¡Baje la voz, por favor! —susurró el sacerdote.

Bing agachó la cabeza, avergonzado, y se inclinó hacia el oído del anciano para susurrarle sus pecados. El padre Windakiewiczowa le hizo pocas preguntas, pero aun así precisó veinte minutos para repasar la retahíla de pecados. Cuando hubo terminado, el sacerdote le impuso como penitencia veinticinco rosarios, el último de los cuales no terminó hasta después de que el avión aterrizara y fuera retirada la última maleta, que era la de Bing, de la cinta transportadora.

—Bueno, tema resuelto —dijo Bing con satisfacción. Se metió el rosario en el bolsillo y cogió la maleta de lona—. Ya vuelvo a ser puro.

La oscuridad estalló y se encontró, en forma humana y con un vestido azul de algodón, en la cocina de la casa de Willowville. El frigorífico gruñía. El reloj de pared zumbaba. La luz fulguraba en el esmalte blanco. Era como si hubiera regresado, inalterada, al momento en que, en aquella misma cocina, el mundo se puso cabeza abajo y empezó a ver con claridad la belleza y el absurdo de cuanto la rodeaba. Ah, pero no era lo mismo. Lo que antes le parecía bonito y alegre, ahora resultaba ominoso. La propia luz del fluorescente empotrado parecía sucia, como si en las ondas de blancura hubiera mezcladas partículas de la envolvente oscuridad anterior.

Percibía cómo Glandier apartaba su cuerpo de la butaca y se dirigía pesadamente hacia la cocina, al igual que se percibe un muelle flojo en un colchón o el vaivén de una barca. Una parte de su cuerpo aún estaba incrustada en el de él, como una función de su deformada imaginación. Otra parte, sin embargo, era libre y autónoma, aunque cuanto más se acercaba él, más tenue parecía esa libertad.

Glandier llegó a la puerta, la vio y se detuvo. Igual que cuando la encontró en el Lady Luck Motor Lodge, experimentó sentimientos contradictorios de consternación y lasitud, la misma incapacidad de enfrentarse, aunque fuera con una palabra, a la fuente de tanto..., ¿podía llamarlo «odio»? No, era demasiado vago para eso. Lo llamaría simplemente «mal» y no trataría de comprenderlo.

—¡Joder! —exclamó Glandier.

Giselle hubiese huido o se hubiera hecho invisible, cualquier cosa con tal de evitar todo contacto con él, pero su libertad de movimiento se veía limitada de maneras que no acababa de comprender. Igual que cuando se debatía en la reclusión del ataúd, se hallaba sujeta a leyes que escapaban a su comprensión pero a las cuales se sometían sus actos con instintiva precisión.

—No creo en los fantasmas —afirmó Glandier en un tono de infantil agresividad, como si con ello fuera a intimidarla lo suficiente para que desapareciera.

¡Ah, si fuera tan sencillo! Si por lo menos no hubiera ningún vínculo entre ellos. Pero los fantasmas, evidentemente, no tienen voz ni voto a la hora de decidir si van a aparecerse a alguien ni quién va a ser ese alguien. ¿Escapaba también a su control el modo de aparecerse?, se preguntaba. ¿Iba a tener que ulular, sangrar y arrastrar cadenas?

—¿No dices nada? —le preguntó él.

Buena pregunta. ¿Quería decirle algo? ¿Ahorcarlo por haberla matado? Absurdo. ¿De qué le iba a servir hablarle? Seguramente, cualquier tipo de intercambio que se produjera entre ellos contribuiría a estrechar unos lazos que ella prefería ver desatados.

—He estado sometido a muchas tensiones últimamente—comentó Glandier—. Esto es una alucinación, ¿verdad?

Ella sonrió y aunque sabía que era mentira, asintió con la cabeza. Percibía el miedo que sentía él, como si tuviese una cuerda entre los dedos y esperara que tirase de ella cuando quisiera. Sin embargo, no deseaba ver lo que ese miedo, una vez liberado, podía empujarlo a hacer.

Lo que quería era marcharse.

Con la rapidez de un deseo, se desvaneció en la turbia oscuridad del cuerpo calloso de Glandier. Y a continuación, nada más pensarlo, apareció en el dormitorio.

Parecía que la habitación estaba llena de humo, que se ondulaba bajo sus pies como el limo revuelto del fondo de una charca. El espejo de encima del tocador se había oscurecido hasta volverse casi opaco y no reflejaba su imagen. Supo inmediatamente que aquellos vapores oscuros eran un residuo de la presencia de él, lo mismo que el olor que emanaba de las rosas trepadoras del papel pintado, una vaharada de putrefacción, como el efluvio que se escapa de una nevera llena de alimentos pasados.

Entonces empezó a sentir pánico, pues a simple vista no había modo de eludir su penetrante presencia. Deseó estar fuera de la casa, pero no ocurrió nada, a no ser que el

resplandor rojo de la oscuridad del espejo fuera un reflejo de tal deseo. Se dirigió a la puerta del dormitorio y trató de accionar el pomo, pero el mundo físico no cedía a su tacto fantasmal. Lo percibía, frío, liso y curvado, pero no podía moverlo. Era como si todo el mundo estuviera cincelado en un monumental bloque de mármol.

Lo oyó acercarse a la habitación. No es que lo oyera, sino que más bien registró el incremento de presión que implicaba su presencia. Acto seguido lo vio en el marco de la puerta, mirándola iracundo, y ella no pudo resistir la tentación de hacerle sentir parte del horror que le inspiraba. Cogió el tenso cable del miedo del hombre entre los dedos y dio un tirón. El rostro del hombre se convulsionó de inmediato, los ojos se le salieron de las órbitas, abrió la boca, asomó la lengua flaccida y un grito escapó de su garganta. Cayó de rodillas y luego, con los tendones contraídos, se derrumbó de costado. Se lo quedó mirando por un momento con curiosidad, y a continuación, vencida por la repugnancia, rodeó el cuerpo para salir de la habitación por la puerta que él había dejado abierta.

Tanto la puerta principal como la trasera estaban cerradas. Había dos ventanas abiertas, pero estaban provistas de mosquiteras. Se hallaba atrapada en la casa. Tendría que resignarse. Con un suspiro, se sentó en el borde de la butaca y contempló el noticiario de las diez. Reagan había sido elegido presidente y, al parecer, alguien había intentado asesinarle. Aparte de eso, todo lo demás seguía igual. Había disturbios en varios países. El humo negro que llenaba el dormitorio de Glandier se arremolinaba en el estudio de televisión y formaba una alfombra en las calles de ciudades lejanas, como una inamovible capa de niebla. Deprimente, todo muy deprimente. Buscó un rincón de la sala de estar desde donde no se viera la pantalla del televisor. «Intentaré dormir», se dijo. Se durmió en seguida.

En ese mismo instante, en el dormitorio, cesaron las convulsiones que agitaban a Glandier y su mente se hundió en un letargo libre de sueños.

Joy-Ann estaba viendo otra vez el día de su boda, celebrada en abril de 1949, cuando entró la enfermera (que se llamaba Adah Menken y, según decía, había sido una actriz y poetisa famosa en tiempos de la Guerra de Secesión norteamericana) con una bandeja de zanahorias y salsa de queso y una botella de champán francés.

—¡Dios santo! —exclamó Joy-Ann—. ¿Qué se celebra? Adah Menken se echó a reír, descorchó la botella y sirvió el champán en dos copas.

—Se celebra que vas a ascender al siguiente nivel de santidad. — Le entregó a Joy-Ann una copa llena hasta el borde, alzó la suya y la felicitó—: Enhorabuena.

Tras entrechocar las copas, Joy-Ann tomó unos sorbitos y probó el aperitivo mientras continuaba mirando por el rabillo del ojo al bueno de Dewey, con la raya del cabello bien baja para disimular la calvicie; y junto a él estaba ella, una jovencita de sólo diecisiete abriles. La vida era asombrosa, y ahora había terminado, lo cual era todavía más asombroso.

Pero no era de buena educación continuar mirando la televisión cuando resultaba evidente que Adah deseaba hablar en serio con ella, y en cualquier caso Joy-Ann ya había visto su boda una docena de veces, de modo que dirigió el mando a distancia hacia el televisor y lo apagó.

—¿Crees que debería cambiarme? —dijo Joy-Ann recordando las plumas doradas que había encontrado la primera vez que miró en el interior del armario.

—Buena idea —contestó Adah—. Yo también voy a cambiarme. La verdad, no me gusta nada ir vestida de enfermera—. Dejó la copa vacía encima del televisor y entró en el cuarto de vestir; al cabo de un instante salió ataviada con un inmenso vestido de terciopelo burdeos combinado con satén rosa, un vestido de los que sólo existen en las películas antiguas—. ¿Te gusta? —preguntó mientras ahuecaba el pesado vuelo de la falda con complacencia gatuna.

—Es precioso.

Y la túnica de plumas doradas era, si cabía, aún más hermosa. Por gusto, Joy-Ann se hubiera pasado el resto del día complaciéndose en su extravagancia, y seguramente lo hizo. Allí, en la otra vida, el tiempo era totalmente subjetivo, y los minutos podían dilatarse hasta abarcar horas o diluirse por entero.

Cuando regresó con Adah, el cuarto de hospital había desaparecido. Se encontraban ahora en lo que parecía el vestíbulo de un teatro del centro, junto al lavabo de señoras. Al otro lado del suelo de mármol había una escalera mecánica, con peldaños de plata y barandilla de reluciente oro.

—¡Ahí está! —proclamó Adah en el tono del que ensalza las bellezas de su pueblo natal—. ¡La escalera que conduce al paraíso!

Los peldaños iban ascendiendo hasta desaparecer en una neblina. No se veía el paraíso, pero se oían, a lo lejos, unas notas musicales.

—¿Me esperará Dewey al final? —preguntó Joy-Ann en voz baja.

—Pues... no. Dewey está en el cielo, naturalmente, pero ha alcanzado un nivel en el que ninguna de las dos podríamos reconocerlo como Dewey. Porque después de una etapa de crecimiento trascendental, las personas dejan de ser exactamente personas. Se convierten más bien en una enorme... —Adah extendió los brazos en un gesto que abarcaba el universo— bola de gas.

—Inflamable, seguro —dijo Joy-Ann soltando una carcajada al imaginarse a Dewey convertido en un globo de aire caliente; siempre se había echado unos pedos tremendos.

—En cierto sentido, sí —dijo Adah muy seria—. En el sentido de que la combustión es una metáfora natural del amor.

—Ay, ay, ay —dijo Joy-Ann en tono preocupado.

—¿Qué ocurre?

—No sé si estoy preparada para esto. Quiero decir que seguramente no soy digna... Recuerdo el día que llegó Bing del colegio, poco después de que falleciera Dewey, y explicó

que lo único que hacía la gente en el cielo era contemplar la cara de Dios. Entonces me pareció que era algo estúpido, sobre todo por tener que hacerlo toda la eternidad. Ya sé que, una vez se empieza, debe ser maravilloso, pero..., para mí, pasarlo bien siempre ha querido decir ir a bailar.

—En el cielo podrás bailar todo lo que quieras. Sube la escalera hasta el entresuelo y podrás bailar hasta el Día del Juicio. Si quieres, puedo acompañarte hasta allí.

—¿Te apetece?

—Yo nunca desaprovecho la ocasión de disfrutar de una felicidad mayor. Y el tiempo se detiene por completo en el entresuelo, de modo que no eludiría mis deberes de aquí abajo. No es bueno sólo trabajar y nunca jugar, como se suele decir. —Le alargó la mano a Joy-Ann y preguntó—: ¿Bailamos?

Cogidas del brazo, se dirigieron describiendo círculos hacia el pie de la escalera. En cualquier otro sitio, Joy-Ann se hubiera sentido incómoda bailando un vals con otra mujer, pero allí, en el cielo, dirigida por su propia guía espiritual, y con gran entusiasmo además, ¿qué mal podía haber en ello? Adah canturreó la inolvidable melodía de Richard Rodger mientras sus cuerpos evolucionaban. Sin embargo, Joy-Ann no podía dejar de pensar y preguntó:

—¿Por qué te quedas en este nivel si es cierto lo que dijiste ayer, que todos somos libres de subir al nivel siguiente?

—Supongo que es por mi naturaleza terrena, o, como dirían los franceses, *noxtalgie de la boue*.

—Bueno, si te vas a poner a hablar en francés...

—Es que fue allí donde aprendí a amar el mundo material por sí mismo, y no en Cincinnati, ¡eso seguro! Ay, querida, imagínate París en aquellos tiempos: las casas, los muebles, la ropa... Y yo estaba allí, en medio de todo aquello, ¡el principal escándalo de la época! Me fotografiaron con Dumas, ¡en mangas de camisa! George Sand fue la madrina de mi hijo. Y cuando salí, prácticamente desnuda, en *Les pirates*, que se representaba en el Gaité, no sabes el revuelo que armé. Quizá si hubiera vivido más habría llegado a desencantarme, pero Dios fue misericordioso conmigo, lo mismo que contigo, y fallecí en 1868, cuando estaba en la cumbre de mi fama. De no haber sido por la guerra y las cosas tan terribles que sucedieron durante la Comuna, dudo que hubiera dejado París; pero había tantas almas vagando en total confusión..., y como yo no estaba tan perdida como ellas, me creí en el deber de ayudar. Si alguien te pregunta cómo se va a algún sitio en la calle, no puedes contestarle que te deje en paz. Por lo menos, yo no puedo.

—Y ahora estás encargada de todo esto —se maravilló Joy-Ann—. El vals había terminado y se hallaban al pie de la escalera.

—¿Encargada? Nada de eso. Digamos que intento ser útil a las almas que tienen dificultades en efectuar la transición. No somos tantos los que estamos dispuestos a quedarnos en el umbral, por así decirlo. Una vez llegan a la escalera, la mayoría de las almas están demasiado ansiosas por ascender directamente a una existencia superior. Es natural, supongo.

—Supongo —coincidió Joy-Ann sin convicción.

Adah se quedó de pie en la resplandeciente plataforma de plata que había en la base de la escalera y alargó el brazo para invitar a Joy-Ann a continuar. Ésta vaciló, pero luego aceptó la mano que le ofrecían y se subió a la escalera.

—Tengo una extraña sensación de que me falta algo por hacer.

—¿Sí? —dijo Adah en tono de neutra curiosidad.

—Qué escalera más lenta —observó Joy-Ann—. Parecía que iba mucho más de prisa.

—Avanza a la velocidad que desea el alma que transporta. Quizá algo te retiene. Algo o alguien. Puede suceder.

—¿Quién? —preguntó Joy-Ann.

Adah miró por el costado de la escalera hacia el vestíbulo, que quedaba ya doce metros más

abajo.

—No estoy autorizada a decirte el nombre.

—¿Es...? —Joy-Ann negó con la cabeza—. No, es imposible. No puede ser Giselle. Seguro que Giselle ya estará ahí arriba con Dewey, ¿no?

Adah no quería mirar a Joy-Ann a los ojos, y ésta se dio cuenta de que era Giselle quien la retenía, la que la llamaba.

Giselle estaba todavía en el plano material, atrapada de algún modo, y necesitaba la ayuda de su madre.

—¿Hay alguna escalera de bajada? — preguntó Joy-Ann—. Tengo que regresar. Giselle me necesita. Lo noto.

—Me temo que vamos a tener que correr —repuso Adah. Tras lo cual se levantó las faldas de terciopelo y empezó a descender los peldaños que iban ascendiendo. Joy-Ann corrió tras ella, no sin una sensación de que era demasiado vieja para tales jueguecitos. Sólo los niños que se escapan de sus padres en los grandes almacenes se meten en semejante aventura. Cuanto más corrían, más rápido parecía que iba la escalera, y pronto a Joy-Ann empezaron a temblarle las piernas a causa del esfuerzo. Hubo de recordarse que en realidad carecía de piernas, que todo lo que le estaba sucediendo únicamente existía en su imaginación: el vestíbulo, la escalera, las plumas doradas de la túnica, el viento que las agitaba. Todo lo relacionado con los sentidos (tal como le había explicado Adah) era una especie de espejismo que tenía que crear el alma hasta que se acostumbrara a la existencia totalmente espiritual. Pero lo cierto es que se trataba de una ilusión muy potente, y Joy-Ann empezó a pensar que podía ser más agradable dejarse llevar por la escalera hasta la sala de baile del entresuelo. Ya había empezado a oír a la orquesta de cuerda interpretar *Beguin the Beguine*.

Joy-Ann hizo caso omiso de la tentación que suponía la orquesta, pasó por alto el dolor de las piernas y siguió corriendo contra el sentido de avance de la escalera. Se estaba acercando, y Adah la cogió de la mano y la animó con un apretón. Un instante después de saber que había llegado al vestíbulo, se dejó caer sobre un lecho de plumas que había en el suelo de mármol; se quedó allí tendida para recobrar el aliento y pensando que ojalá no llevara un vestido tan ceñido en el talle. A continuación se echó a reír y Adah se unió a su risa; por un largo rato eso es lo único que hicieron: reírse como un par de chifladas, allí, tumbadas en el suelo con sus trajes de noche. Hacía siglos que Joy-Ann no se divertía tanto.

Estaba claro que algo le sucedía en la cabeza, algo más que las tonterías que se estaba imaginando, algo físico. Le producía la misma sensación que una pizca de carne que se le hubiera quedado incrustada entre dos muelas de la zona posterior de la boca. Tenía una angustiosa ansia de quitársela, pero no había manera. ¿Podía ser cáncer? Durante todo el tiempo que Joy-Ann se fue marchitando con el cáncer y la quimioterapia no se le había ocurrido que semejante cosa pudiera sucederle también a él. El miedo se había mantenido a una distancia razonable, como un animal que jamás se aventura a penetrar en los límites de la ciudad. Ahora, el animal olisqueaba el cubo de la basura, dejando sus huellas en el jardín de su casa, y todo porque sentía cierta picazón, un retortijón, un dolor en el mismo centro del cerebro.

«Tengo que ir al dentista», pensó. No era en absoluto un pensamiento racional, y justo cuando el coche entraba en el aparcamiento contiguo a la consulta del dentista, le sobrevino un grado de conciencia mucho más claro y se dio cuenta de que el dolor no sólo abarcaba la cabeza sino que le dolía todo el cuerpo de dormir en el suelo. Se puso trabajosamente de rodillas, se apoyó en el borde del colchón y acabó de levantarse.

Antes de comprender qué era, sabía ya que fuera de su cabeza ocurría algo, algo que no era una maraña de sueños, algo físico. Y entonces lo vio, trazado en el papel pintado de la pared con toscas rayas gruesas: un dibujo de Giselle, con los ojos fijos, la lengua fuera de la boca y sus dedos, los dedos de él, alrededor del cuello. No se planteó cómo sabía que aquellas rayas en zigzag eran dedos, sus propios dedos; sencillamente, lo sabía, como sabía también que aquel dibujo lo había hecho él mismo, aunque no guardaba ningún recuerdo de ello. Aquel garabato era suyo; así era como dibujaba, o más bien como no dibujaba, pues haber demostrado cualquier habilidad para dibujar habría sido una concesión a la idea de arte.

Frotó uno de los ojos que lo miraban desde la pared. El círculo de tiza de color azul celeste se borró algo, pero todavía era distinguible lo que representaba. No se trataba de una alucinación, y lo había dibujado él. No podía ser nadie más porque no lo sabía nadie más.

«A no ser que alguien entrara en casa —pensó—, y viera este dibujo.» ¡Entonces lo sabrían! Aquello era peor que una confesión firmada. En el propio absurdo había algo que lo hacía creíble.

Tenía que borrarlo inmediatamente, pero ¿cómo? El papel de la pared estaba estropeado. Tendría que arrancarlo o pintar encima, aunque de momento, para salir del paso, seguramente le bastarían un poco de agua y jabón. Se sacó el pañuelo del bolsillo trasero con intención de comprobar la validez de su teoría mediante un escupitajo. De entre los dobleces de la tela cayó un trozo de tiza azul al suelo. Era la tiza de la caja de herramientas que guardaba en el armario del cuarto de baño. Se agachó, con un suspiro, para recoger la tiza, pensando que también podía borrar el dibujo pintado encima. Pero cuando estuvo delante de la pared con la tiza en la mano sintió como si otra mano dirigiera la suya y, en lugar de borrar el dibujo, escribió al lado, con letras de un palmo de alto:

ERES UN ASESINO

«No SOY —pensó—, sino ERES.»

Sus dedos soltaron la tiza. Su pie se levantó y la aplastó contra la moqueta. Y entonces la oyó reírse; se volvió hacia el espejo y la vio, burlándose de él e incitándolo con su desnudez.

Actuó de modo irreflexivo, pero fue un acto suyo, no un movimiento de marioneta. Agarró el pesado cenicero de cristal verde de la mesilla de noche y lo lanzó, como si fuera un disco, contra el cristal.

El espejo se hizo añicos.

Giselle desapareció pero no quedó destruida, lo sabía. Se había retirado a un lugar oscuro al que no podía seguirla.

Lo más extraño de todo aquello tan extraño era que de repente se encontraba mucho mejor. ¿Era sólo de saber que no estaba loco? ¿De saber que se le estaba apareciendo el fantasma de su mujer asesinada? No, era más que eso. Era la sensación, el presentimiento, de que aún tenía alguna posibilidad contra ella. Aunque fuera un fantasma, podía ser destruida.

No sabía cómo lo haría, pero lo averiguaría; lo importante era hacerlo, porque el placer que ello le proporcionaría sería inimaginable.

Cuando estaba en séptimo curso, Giselle llenó cuatro páginas de una libreta de espiral, de rayas poco espaciadas, con una única frase repetida: «Ojalá estuviera muerta. Ojalá estuviera muerta. Ojalá estuviera muerta...». No tenía ningún motivo en concreto para desear estar muerta, sólo el convencimiento de que la vida debería consistir en algo más que en el tedio de estar sentada en un aula escuchando la explicación que de los adverbios daba la semisenil hermana Terence. Unas semanas después de haber escrito tal testimonio de aburrimiento, la hermana Terence descubrió el cuaderno y le impuso como castigo llenar el mismo número de páginas con la afirmación contraria: «Me alegro de estar viva. Me alegro de estar viva. Me alegro de estar viva...».

La lección de la hermana Terence le parecía ahora más pertinente que nunca, pues Giselle volvía a sorprenderse una y otra vez formulando para sí ese extraño y absurdo deseo, es decir, deseando el olvido. ¿Qué iba a conseguir ahora deseando estar muerta? Estaba muerta, y la muerte no había resultado ser mejor que la clase de la hermana Terence o que los años de monotonía matrimonial. Era mil veces preferible estar de nuevo dentro de la sepultura que allí, en Millowville Drive, donde en cualquier momento podía ser requerida junto a Bob por alguna argucia de su mente. Le repugnaba ver su voluminoso cuerpo desproporcionado, sus ojos inexpresivos de loco, sus gruesos labios que parecían no ser otra cosa que una parte visible del aparato digestivo que regía su existencia. Y lo que más odiaba ella era que la obligaran a odiar.

No pretendía reírse de él. No lo había empujado conscientemente a garabatear la confesión en la pared, pero de alguna manera que no alcanzaba a comprender parecía que le leía el pensamiento. O quizá era que sus mentes habían sido unidas en un matrimonio contra su voluntad, cada una a merced de la otra, sujeta a los caprichos de la otra.

Entonces fue cuando él arrojó el cenicero contra el espejo, y con la misma rapidez con que se había materializado en el dormitorio se desmaterializó para entrar en aquella nueva región que no era ni aquí ni allí. Parecía la cocina, pero una cocina que no era del todo sustancial, una cocina de crepúsculo y neblinas a través de la cual se deslizaba como una voluta de humo de cigarrillo, sin rozar ninguna superficie, incapaz de formular ninguna intención, el átomo más simple en el rigodón de todos los átomos del aire.

Recordó..., o más bien supo que debía tratar de recordar algo, un lugar, una forma, un propósito. Y allí en la cocina había algo, una llave de ese lugar, un esbozo de la forma, una pista del propósito.

Entonces, en tanto seguía vagando, su conciencia se fijó en ello: un agarrador a cuadros rojos colgado del costado de la nevera, junto a los fogones. Ahora estaba manchado, con una mancha bastante grande, pero si podía pasar por alto la mancha, si podía centrar sus pensamientos, podría...

Podría huir.

Podría abandonar este mundo y entrar en el otro que había vislumbrado esporádicamente mientras permaneció en la reclusión de la sepultura.

Como un niño que acaba de entender el concepto de «interior» y trata, sin éxito, de entrar en la taza en la que ha metido la mano, Giselle intentó, sin éxito, entrar en el agarrador que pendía de la nevera. Era, en aquel momento, menos capaz de entrar en ese reino superior que sugería aquel brillo que la primera vez que percibió el resplandor en la tumba. Entonces, al menos, no había confundido cosa y pensamiento, agarrador y dibujo. Ahora tomaba la apariencia por realidad. Su mente pasaba de una apariencia a otra como un quinceañero aburrido y resentido en el más tedioso de los museos, paseándose entre fragmentos de estatuas romanas de tercera categoría. Nada tenía sentido. Nada servía de nada. Notaba cómo se iba consumiendo. Quizá estaba totalmente dispersa en elementos y se iba disipando como el gas expulsado de un globo.

Todo aquello era culpa de él, de su marido, Robert Glandier.

No deseaba odiarlo, pero era necesario. Si no lo odiaba, ¿cómo iba a destruirlo? Y parecía que, si quería evitar su propia destrucción, eso era lo que tenía que hacer.

A tres manzanas del cine, en la resplandeciente calle principal del paraíso, se encontraban los grandes almacenes más hermosos en que hubiera estado jamás Joy-Ann. Al entrar, no se veían sino interminables expositores de perfumes, productos cosméticos y joyería. Se sentaron en un confidente de terciopelo, bajo una palmera dorada rodeada de hileras de frascos y botellas de color ámbar dispuestas sobre estantes transparentes. Había estatuas de mármol blanco y magníficos centros de todas las flores que empezaban por B, así como una caja de dulces variados Fanny Farmer. Sobre sus cabezas, a gran altura, el techo daba vueltas lentamente a los acordes de *I Dreamt I Dwelt*.

—Luxe —dijo Adah con una sonrisa indolente—, calme et volupté.

Aunque no entendía el francés, Joy-Ann asintió con la cabeza. Aquello se acercaba más a la idea del paraíso que todo lo que había visto hasta entonces. Dentro de cada relajación había otra relajación y una paz más profunda que el sueño más balsámico.

—Pero lo primero es lo primero —dijo Adah, como si le hubiera leído el pensamiento a Joy-Ann—. Tenemos mucho que hacer.

Pulsó un botón y ante ellas apareció un televisor empotrado en el mismo mármol blanco del suelo; otro botón y la pantalla del televisor presentó una imagen invertida del rostro de Adah. La cámara retrocedió y se vio a Adah atada, desnuda a la silla de un caballo que galopaba con furia alrededor de un círculo de hombres con chistera, mientras una gran orquesta tocaba un atronador acompañamiento ad hoc.

—¡Qué tiempos aquéllos! —dijo Adah.

—¿Hiciste eso de verdad?

Joy-Ann hizo la pregunta al deducir que el televisor debía de estar sintonizado en el canal particular de la vida de Adah. Había un canal en que se podían ver todos los acontecimientos de la existencia pasada, en el orden que se deseara y tantas veces como se quisiera. Joy-Ann había dedicado prácticamente todo el tiempo que pasó en la casa de convalecencia a revivir los mejores momentos de su vida.

—Centenares de veces, pero nunca tan bien como ahí, en el Astley. Seis noches a la semana, más las matinales de los sábados, me ataban a ese caballo, tal como ves ahí, y daba treinta vueltas al escenario para deleite de todo Londres, incluido, si me permites decirlo, el deleite del señor Charles Dickens, que se convirtió en un especialísimo y devoto admirador de mi arte.

—¿Y no llevabas nada de ropa? —se maravilló Joy-Ann—. Pensaba que entonces la moral era más puritana.

—Llevaba un maillot que me cubría todo el cuerpo, naturalmente; seguro que tú eres la única persona que se lo ha tragado. O quizá no. El teatro es imaginación en un noventa por ciento, ¿no? Y la vida es un escenario. Bueno, pues tenemos toda la eternidad para ver repeticiones. Y si no, tiempo al tiempo.

Adah cambió de canal y apareció Giselle en la pantalla. Estaba sentada en el asiento trasero del Chrysler de Bob, con aspecto fastidiado y, aparentemente, desnuda. En este caso no llevaba maillot. Tenía los pechos al descubierto; eso, al menos, se distinguía con claridad a través de la ventanilla del coche.

—Supongo que soy una anticuada —dijo Joy-Ann mirando a cualquier parte menos a la pantalla—, pero no logro acostumbrarme a la indecencia. Sobre todo aquí, en el cielo, y por la televisión.

—Vamos, Joy-Ann —dijo Adah sonriendo—, piénsalo otra vez. Acuérdate de Adán y Eva. Estuvieron desnudos en el Jardín del Edén. Al fin y al cabo, fueron hechos a imagen y semejanza de Dios, de modo que ¿cómo puede ser mala la desnudez? Desde el punto de vista eterno, claro.

Aunque Adah trató de adoptar un tono suave, era evidente que la mojigatería de Joy-Ann la divertía, cosa que ponía a ésta a la defensiva.

—Pero nosotras vamos vestidas —señaló, antes de preguntar—: ¿Por qué ella no?

Echó una fugaz mirada acusadora a su hija. Vio que junto al coche pasaba gente (totalmente vestida) sin advertir, al parecer, que en el vehículo había una mujer desnuda.

—La ropa no es sino una apariencia —explicó Adah, paciente—, lo mismo que la desnudez de tu hija. La diferencia es que nosotras podemos elegir cómo queremos aparecer, mientras que Giselle, como fantasma, debe aparecerse tal cual se la imagina la persona a quien se aparece.

Joy-Ann se vio venir un sermón y suspiró.

—Como sabes, en la Biblia Cristo dice: «No juzguéis si no queréis ser juzgados». Eso es lo que estás haciendo ahora mismo, Joy-Ann. Estás juzgando por las apariencias.

—Sí, supongo que tienes razón. No la culpo a ella, pero es muy propio de Giselle estar en el asiento trasero de un coche sin sostén. Recuerdo que cuando tenía catorce años...

—Y yo recuerdo lo que me dijo Samuel Goldwyn, cuando acababa de llegar al cielo y estábamos hablando de cines drive-in. Dijo: «El tacto común empieza en el asiento trasero». —Joy-Ann concedió a la frase una sonrisita forzada y Adah aprovechó su ventaja— : Escucha atentamente porque esto sólo lo diré una vez. Si quieres ayudar a tu hija, lo primero que debes hacer es sacarla de ese coche. Está atrapada ahí dentro hasta que alguien abra la puerta y la deje salir, lo que puedes hacer tú si estás dispuesta a adoptar forma terrenal. Pero he de advertirte que si lo haces, tu avance hacia los niveles superiores del cielo será más lento. Te quedarás temporalmente en este plano intermedio.

—Bueno, no está tan mal. Aquí en el paraíso se está muy bien, aunque no sea el cielo. Dime qué he de hacer.

—Primero ponerte esto. —Adah se sacó un anillo de esmeraldas del dedo corazón y se lo entregó a Joy-Ann—. Es un anillo mágico que te permitirá adoptar forma terrenal. Literalmente no, claro, pero desde el punto de vista de tu hija parecerá que le estás abriendo la puerta del coche y podrá salir. No tenemos tiempo para discutir la teoría de qué es real y qué no lo es. Puede llegar su marido en cualquier momento y llevársela a otra parte.

Joy-Ann asintió con la cabeza, comprensiva.

—Pobre hombre. Como si no hubiera sufrido suficiente, ahora tiene que soportar apariciones. No es justo.

—¿Que ha sufrido? ¿Él? ¿De qué hablas?

—Pues de cuando se escapó. Y de cuando se enteró de cómo había muerto... Tuvo que ser un golpe terrible.

—¿Quieres decir que no sabes que la mató él?

—¿Bob? ¿Que Bob mató a Giselle? No me lo creo.

—No es preciso que te fíes de lo que yo te digo, puedes ver la escena en televisión. Lo cierto es que suponía que ya lo habías hecho.

—No quería saber a qué se dedicaba Giselle allí en Las Vegas. Me lo imaginaba perfectamente. Y desde luego no quería ver cómo la asesinaban. Jamás me ha gustado la violencia en televisión.

—Bueno, no disponemos de tiempo para explicar todo eso. Ve, ayúdala cuanto puedas, pero no te quedes más de un par de horas terrenales. Si lo haces, sufrirías efectos secundarios.

—Pero...

Adah le hizo un gesto para indicarle que se guardara la objeción, y con el mismo movimiento hizo que los estantes transparentes se separasen en el centro y describieran un giro de noventa grados para revelar una escalera mecánica con un gran letrero de neón rojo que decía: «BAJADA». Joy-Ann se detuvo en la placa de acero de la cima de los peldaños en movimiento y miró hacia la Tierra, una bola azul brillante moteada de nubes.

Muchos años antes, en el trampolín de dos metros y medio del lago Calhoun, Joy-Ann había aprendido que sólo de un modo era capaz de acopiar el valor necesario para lanzarse al agua

desde aquella altura. Inspiró profundamente, cerró los ojos y dio un paso al frente. Después de contar hasta diez, abrió los ojos (lo cual le costó un enorme esfuerzo, pues parecía como si tuviese los párpados de plomo) y descubrió que ya había llegado a su destino. Allí, estacionado junto a un bordillo amarillo, estaba el Chrysler de Bob Glandier, y Giselle seguía en el asiento trasero, tan desnuda como vino al mundo.

Giselle cerró los ojos, se colocó las palmas de las manos sobre el vientre y trató de conjurar aquel malestar físico. Pero entonces se apoderó de ella una sensación de mareo, como la que produce el balanceo de la cesta de una noria, seguida de unas náuseas aún mayores. ¿Vomitaban también los fantasmas? No era justo. Se sentía como una niña pequeña, una niña mareada abandonada en el asiento posterior del coche mientras sus padres están de copas en un bar. Estaba segura de que se encontraría mejor en cuanto saliera del Chrysler. No tenía importancia el hecho de que estuviera desnuda, pues era invisible para todo el mundo salvo para su marido, quien sólo la veía de forma intermitente. Pero la manija de la portezuela era un objeto físico, y ella no podía mover los objetos físicos, de modo que estaba atrapada en el coche.

Encontrarse físicamente indispuesta cuando no era siquiera un ser físico la enfurecía; era una injusticia absoluta.

Pero ¿se trataba realmente de una injusticia? ¿Y si la estaban castigando? Aquello no era el infierno de torturas y tormentos que describían las monjas en el colegio, pero resultaba bastante desagradable, y la ponía peor por momentos. «Por favor, Dios —suplicó (era la primera vez que se le ocurría rezar desde que estaba muerta)— , ¡basta!»

Entonces, casi como una respuesta inmediata a su súplica (aunque en realidad estaba allí desde el principio y simplemente no había reparado en ella), vio la imagen de la Virgen María en una hornacina de la pared de ladrillo sin ventanas del edificio frente al cual estaba aparcado el automóvil. La estatua medía la mitad que una persona y era de mármol blanco salpicado de puntitos brillantes como los que produce el sol en la nieve. La Virgen tenía los brazos extendidos en un gesto de cordial invitación, como si pretendiera animar a un niño a acercarse a ella.

«Bueno —se dijo Giselle con un ánimo más desafiante que devoto—, le rezaré a ella.» Y en voz bastante alta, como si tuvieran que oírla a través de la ventanilla, gritó:

—¡Virgen María, madre de Dios, ayúdame!

La estatua alzó la cabeza, no sin dificultad, para sonreírle a Giselle y, con la torpeza de lo que requiere un gran esfuerzo, levantó la mano para indicar que oía su plegaria.

Debajo de la hornacina había una estrecha franja de césped que separaba la calzada del edificio. La estatua, con el ceño fruncido, bajó la mirada hacia el cristal, y cuidadosamente se agachó, cerró los ojos y saltó. Aterrizó sin hacer el menor ruido sobre la alfombrilla de césped que bordeaba la manzana. Mostrando mayor agilidad, atravesó la acera, se acercó al automóvil y miró al interior con ojos marmóreos.

—¿Giselle? —dijo, y antes de que a ella se le ocurriera qué responder, abrió la portezuela del coche.

Pese a su ferviente deseo de salir del vehículo, Giselle vaciló. Una vez, en el casino Caesar's Palace, entró en un ascensor con Red Buttons y la dominó exactamente la misma timidez. No la timidez derivada del hecho de estar desnuda (en el ascensor iba totalmente vestida), sino de encontrarse con una celebridad.

—¿Dónde tienes la ropa? —le preguntó la estatua con una voz extrañamente familiar, en tanto Giselle bajaba del coche.

—Ojalá lo supiera. Cuando me dormí en la sala de estar llevaba algo puesto. Pero me he despertado así en el dormitorio justo cuando se despertaba Bob. Parece que ya no controlo mis propios actos. No he podido salir de la casa y ahora no podía salir del coche. Es como si una especie de sogá me tuviera sujeta a él. A donde él va, tengo que seguirle. Cuando Bob entró en el coche, ¡zas!, de pronto me encontré en el asiento trasero. Es espantoso. Y no es que yo quisiera aparecerme. No quiero.

—¿Aunque te haya asesinado? —preguntó la estatua—. Fue él, ¿no?

—Sí, sí, pero ahora es como si me estuviera matando cada día. Yo lo que quiero es estar lejos de él. ¿No me puedes llevar al cielo contigo? Vienes de allí, ¿no?

Unos surcos de preocupación se dibujaron en la frente de la estatua.

—En realidad no lo sé. Quiero decir que sí, que vengo de allí, o supongo que más bien es el paraíso. Son diferentes, aunque no sé explicar muy bien la diferencia. Todo me resulta todavía muy extraño. En cualquier caso, una cosa está bastante clara: así no puedes ir al cielo. Aquí... —La estatua trató de quitarse el velo, pero toda la ropa formaba parte de un mismo bloque de mármol y no podía separarse—. Maldita sea —dijo dándose por vencida. Su voz le resultaba familiar a Giselle, pero no acababa de situarla—. Ay, Dios mío— prosiguió la estatua—. ¿No es increíble? —Señaló hacia la esquina, donde acababa de detenerse un taxi. Un hombrecillo con un traje grisazulado brillante estaba sacando una voluminosa maleta de loria del asiento trasero—. Menuda coincidencia.

El hombrecillo le pagó la carrera al taxista y se volvió. Era su hermano.

—¡Bing! —gritó Giselle.

Pero él echó a andar directamente hacia ellas sin prestarles ninguna atención. Se le había olvidado lo bajito, lo delicado que era.

—Bing —volvió a llamarlo mientras se hacía a un lado para que no la pisara.

—No nos ve —dijo la estatua con tristeza—. Estamos en otro plano. Pero ¿no es raro verlo aquí, en St. Paul? ¿Cuánto tiempo hace? Se marchó de casa en el sesenta y seis o el sesenta y siete.

Por fin Giselle reconoció la voz de la estatua.

—¡Mamá! ¿Eres tú?

La Virgen se echó a reír.

—¿Quién creías?

—Bueno, pareces... —no pudo evitar cierto tono desilusionado—. Pareces la Virgen María.

—Vamos, Giselle, no seas ridícula. Aunque supongo que ahora soy una santa, en sentido estricto. O quizá no. Todavía no he estado en el cielo, ni siquiera he llegado al salón de baile, íbamos hacia allí cuando Adah..., Adah Menken, que fue una actriz famosa hace mucho, me habló de ti. Es una larga historia, y la tuya también debe de serlo. ¿No podríamos, de momento, seguir a Bing para ver lo que va a hacer en ese edificio?

—Yo preferiría no entrar. Bob también está ahí.

—Pero yo te acompaño y te protegeré. Para eso me han mandado, y cuento con esto para que me ayude a conseguirlo. —La estatua alargó la mano del anillo y la balanceó de un lado a otro para que la esmeralda captara la luz—. Según Adah Menken, es un anillo mágico, aunque no me acuerdo exactamente de sus propiedades. Pero sí sé que te protegerá de Bob, eso seguro. Ahora estamos en el plano espiritual. Tenlo presente y no te sucederá nada. Pero si prefieres esperar aquí en la calle, tampoco sucede nada. Yo echaré un vistazo y luego...

La estatua había abierto la puerta del edificio y Giselle alcanzó a ver todo el vestíbulo. De pronto se dio cuenta de dónde estaba. Era la entrada lateral de la funeraria McCarron. De niña debía de haber visto la estatua en su hornacina un centenar de veces al pasar por delante del edificio. En Nuestra Señora de la Misericordia se la conocía con el nombre de McCarroña.

—No, espera —dijo Giselle—. Voy contigo.

Tomó la mano de la estatua y cruzaron juntas la moqueta color salmón, camino del salón al cual se abrían las cuatro salas donde se exponían los cadáveres. Giselle sintió una creciente y sombría certeza respecto a por qué habían ido Bing y su marido a McCarron, pero parecía que su madre no sospechaba nada. O tal vez Joy-Ann se había vuelto tan espiritual que ver su propio cadáver la dejaba indiferente.

—¡Ay, madre mía! —exclamó la estatua al detenerse a la entrada de la primera de las cuatro salas.

Allí estaba Bing, junto al ataúd, y allí, también, arrodillada en el reclinatorio que había delante, rezando un rosario, estaba la hermana Rita de Nuestra Señora de la Misericordia, y detrás de la hermana Rita, sentada en una butaca de terciopelo rojo, con todo el maquillaje corrido de tanto llorar, estaba Alice Hoffman, la vecina de enfrente de Joy-Ann. Aun estando desnuda, Giselle se encontraba muy cómoda allí, como en casa. La decoración de la sala y los

ramos de flores le recordaban uno de los bares más anticuados de Las Vegas, hacia las seis o las siete de la tarde: los mismos susurros, la misma tenue iluminación, la misma sensación de pérdida entre las pocas personas que quedaban, de que nada puede cambiar.

Giselle se acercó al féretro y se situó junto a su hermano para mirar tiernamente el maquillado rostro inerte de Joy-Ann enmarcado en volantitos rosados. ¡Cuánto había adelgazado! ¡Y qué bien la habían maquillado en la funeraria! Parecía realmente que estaba dormida. La sonrisa era típica de ella, los labios tensos sobre los dientes con la expresión de buen humor en las comisuras, la misma sonrisa con que ahora la miraba Bing, medio sarcástica, medio indulgente, la sonrisa de la familia.

La estatua, cuya estatura no le permitía ver el interior del ataúd, le pidió a Giselle que la levantara. Obedientemente, se agachó, la rodeó con los brazos y la alzó sin apenas tambalearse bajo su peso. La estatua colocó sus delicadas manos en el borde del féretro y se inclinó hacia adelante, interesada y asombrada.

—¡Soy yo! Pero ya llevo varias semanas muerta. No pueden haber tardado tanto en organizar el funeral.

—El tiempo no transcurre del mismo modo cuando estás muerta —dijo Giselle.

—Claro, ya lo sé, pero... ¡Ah, estoy horrorosa!

De los ojos de la estatua cayeron blancas lágrimas que rebotaron en el rostro del cadáver como bolitas de granizo.

Giselle dio un vacilante paso atrás y depositó la estatua en el suelo.

—Lo siento, mamá, pesas demasiado.

La figura no respondió. Se quedó inmóvil en la postura que había mantenido durante todos los años que hacía que la conocía Giselle.

—¿Mamá, sigues ahí? La estatua parpadeó.

—Sí, perdona, pero necesitaba un momento. Verme así me ha afectado un poco. Toma, ¿por qué no coges el anillo que me dio Adah y buscas algo que ponerte en la maleta que llevaba Bing?

La estatua le entregó el anillo de esmeraldas y fue a sentarse en un rincón de la sala, junto a un jarrón de gladiolos.

Con la confianza que le daba el anillo mágico y la cautela de quien no sabe exactamente cómo usarlo, Giselle buscó la maleta de Bing y la encontró en un pequeño guardarropa que había a un lado de la entrada principal. Con el anillo puesto, podía levantar la maleta por el asa, pero nada más. Estaba cerrada con llave y no podía abrirla. No obstante, era una cerradura barata, casi una cremallera y, haciendo palanca con el palo de una escoba, logró forzarla.

Sin embargo, las camisas eran demasiado chillonas, como corbatas que hubieran crecido y les hubieran salido botones. Dejó a un lado un par que le gustaban y luego se probó unos pantalones. Le estaban demasiado ajustados. De jovencita, Giselle siempre se ponía los tejanos viejos de su hermano. ¿Tanto se había ensanchado desde entonces? ¿O era él quien había adelgazado?

Al final se decidió por una bata corta de algodón anaranjado, y volvió a guardar las prendas en la maleta tal como estaban originalmente.

Al salir del guardarropa, vio a su marido en la parte delantera de la sala, adonde iba la gente a fumar. Estaba discutiendo con otros dos hombres. El de más edad le resultaba vagamente familiar. El otro, un nervioso joven con un traje oscuro, debía de ser el encargado de la funeraria.

—Naturalmente, comprendo lo que sientes, Bob —dijo el de más edad (en cuanto habló recordó quién era, Judson Flynn, el abogado de la familia Anker) —, pero, y estoy seguro de que el señor McCarron coincidirá conmigo — el joven asintió vigorosamente con la cabeza al captar esta alusión—, lo que sugieres es de todo punto imposible. Aparte de cualquier otra consideración, es su hijo y legalmente tiene todo el derecho a estar aquí.

—Y moralmente también —añadió el joven, aunque Glandier y Flynn no le prestaron atención.

—Ella no hubiese querido que estuviera presente —insistió Glandier enfurecido—. Lo hubiera echado de inmediato.

—Eso habría que verlo, Bob.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que a lo mejor estás haciendo suposiciones sin fundamento sobre los deseos de la señora Anker.

—Déjese de rodeos, Flynn, y diga lo que tenga que decir. ¿Acaso cambió el testamento? ¿Me está insinuando eso desde que ha llegado?

—Bueno, Bob, es estrictamente confidencial pero eso es lo que hay. Al parecer, la señora Anker le envió una carta a una monja de Nuestra Señora de la Misericordia justo antes de morir. Y puedes creer que me he enterado hoy mismo; la hermana Rita ha recibido la carta esta mañana. La he leído y, si bien hubiera sido mejor que la señora Anker se dirigiera directamente a mí, mi opinión profesional es que la carta sería dada por buena en un tribunal.

—Así que ese maricón me va a chorizar la casa. Me está diciendo eso, ¿no es así?

—No —respondió Flynn sonriente—. La señora Anker os la dejó a los dos, a partes iguales. A no ser que él decida vivir en ella.

—¡Me cago en su puta madre! —gruñó Glandier en voz bastante alta.

—Por favor —lo conminó el joven del traje oscuro.

—¡Me cago en su puta madre! —bramó esta vez.

—Oiga, si no puede controlarse, tendré que echarlo.

—¿Que me va a echar? ¿Quién coño cree que paga todas estas mierdas, las flores, el féretro, la jodida esquela del periódico...?

—Señor Flynn —le interrumpió el joven—, ¿le importaría llevarse al señor Glandier fuera hasta que se calme?

El abogado puso la mano en el hombro de Glandier.

—Bob... —empezó a decir.

Glandier se apartó antes de que pudiera decir nada más. Tenía una mirada enloquecida, una combinación de odio y horror.

—No me toque —dijo entre dientes, presumiblemente a Flynn, aunque a Giselle le pareció que la advertencia iba dirigida a ella, como si hubiera empezado a advertir su presencia.

«¿Debo?», se preguntó con un dedo alzado sobre el hilo de su miedo. ¿Sería una equivocación volver a hacer que se convulsionara de terror, al cual se añadiría hoy la vergüenza de hallarse en público? ¿Cuántas veces podía derrumbarse para luego recuperarse y volver a la vida diaria?

No, ponerlo en práctica significaría reforzar aún más el vínculo que los unía. Imaginar siquiera tales venganzas le devolvía el mareo de antes. Resistió la tentación y regresó junto a su madre, que ya no estaba sentada detrás de los gladiolos sino de pie detrás de Bing y Alice Hoffman, escuchando la conversación que mantenían en voz baja.

—Ah, Giselle, lo que te has perdido... ¡Pobre Alice! No me había dado cuenta de lo buena amiga que era. Está disgustadísima. Mientras que Bing...

La estatua interrumpió la frase y sacudió la cabeza, apesadumbrada.

—Mamá, por favor. Tenemos que marcharnos. Bob está a punto de irse y yo me estoy mareando otra vez. La verdad es que me encuentro fatal.

—En ese caso será mejor que te quedes aquí. Ven a sentarte en este peldaño. —La estatua la condujo a la tarima sobre la cual estaba expuesto el féretro—. Cierra los ojos y dame la mano.

Giselle hizo lo que le indicaba la estatua, aunque no mantuvo los ojos cerrados por mucho rato. En la oscuridad sentía cómo iba remolineando la furia de su marido, como una gigantesca rueda dentada que se hubiera salido del engranaje. Abrió los ojos justo en el momento en que Glandier pasaba por delante de la puerta y se detenía a echar una breve mirada ominosa al féretro. La estatua le apretó la mano con más fuerza. Giselle inspiró profundamente y se miró los pies descalzos. Glandier siguió su camino pasillo abajo.

Cuando oyó que el Chrysler se ponía en marcha, Giselle sintió un retortijón en el estómago.

—No hago más que acordarme de cuando venía a verme los domingos por la mañana y yo le preparaba waffles sin sospechar nada —dijo la estatua, una vez dejó de oírse el automóvil.

Giselle, que ni había comido ni se había acordado de comer desde que estaba en la otra vida, sintió un repentino antojo de waffles; riquísimos waffles, con todos los cuadraditos llenos de mantequilla derretida, sabrosísimos waffles con jarabe de arce, lonchas de bacon y una taza de humeante café recién hecho.

Al pensar en el café, el antojo se convirtió en lo contrario. Ni siquiera tuvo tiempo de pedir disculpas. Se soltó de la mano de la estatua, se volvió de lado y vomitó pegajosos filamentos de saliva verde sobre la moqueta color salmón. Vomitó hasta que se le saltaron las lágrimas. Y entonces, con la misma rapidez con que le habían sobrevenido, se le pasaron las náuseas.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó la estatua.

—Mucho mejor, gracias.

—Sabes lo que es, ¿no?

—Antes estaba segura de que era por el coche. Eso parecía. Ahora no lo sé. Debe de ser el efecto que me produce Bob.

—Bueno, podríamos decir que sí. —La estatua tensó los labios en una sonrisa de complicidad—. Lo que te pasa es que estás embarazada.

—Pero... no es posible.

Joy-Ann alzó las manos declinando toda responsabilidad.

—¿Quiénes somos nosotras para decir lo que es posible y lo que no lo es? Cuando me lo dijo el médico la primera vez, tuve esa misma reacción. Dewey y yo habíamos tomado precauciones, pero supongo que no fue suficiente.

—Pero mamá, piénsalo bien. Yo soy un fantasma. Los fantasmas no tienen hijos.

—Ponte de pie y vuélvete de lado.

—¿Qué?

—Haz lo que te digo. No disponemos de todo el día. Me queda menos de una hora.

Giselle se incorporó y dejó que la estatua la observara.

—Es un cálculo muy por encima —declaró la estatua—, pero yo diría que estás en el cuarto o quinto mes. A ver...

—Puso una mano de mármol sobre el vientre de Giselle y notó que algo se movía en su interior—. ¿Lo has notado? —preguntó.

Giselle asintió con la cabeza.

—Y te voy a decir otra cosa: es un chico. Es una suposición, si quieres, pero hasta hoy no me he equivocado nunca.

Bing y Alice Hoffman habían dejado de hablar. En la silenciosa funeraria, lo único que se oía era el murmullo de los avemarias de la hermana Rita.

Como solía hacer los sábados por la mañana, su madre —la madre de Jack— estaba en el aparcamiento de Byerly con Maryann y Judy, llevando a cabo la cruzada contra el aborto, en tanto su padre practicaba el jogging. Jack estaba en favor del aborto y en contra del jogging, pero sabía que no le convenía expresar tan poco ortodoxas opiniones en casa de los Sheehy. Los niños de once años son como presidiarios. Carecen de libertad de expresión y de religión. Lo único que tienen es una lejana esperanza de que les concedan la libertad provisional. Entretanto, Jack podía elegir entre a) estudiar álgebra (estaba muy por encima del nivel de su edad en matemáticas y ciencias); b) ver unos dibujos animados estúpidos por la televisión; c) ir a ver a su amigo Larry Willard, o d) emprender una vida delictiva. El delito era claramente la posibilidad más emocionante, pero para ello tenía que irse en bicicleta a un centro comercial de fuera de Willowville, donde estuviera seguro de que no lo conocería nadie si lo sorprendían robando. Jack ya no creía en los delitos gratuitos como el vandalismo. Durante un tiempo, a los nueve años, se había dedicado a hacer gamberradas con los coches de los vecinos, a pinchar piscinas hinchables y otras travesuras menores e inútiles. Había tenido la suerte de que se le pasara antes de que lo trincaran. En realidad, la virtuosa vida que llevaba ahora se la debía a su padre, que una mañana, mientras desayunaban, explicó los principios del análisis coste-beneficios, que era una de esas ideas, como la x en álgebra, que resultaban tan lógicas que uno se preguntaba por qué no se le había ocurrido antes.

Ante las alternativas que se le presentaban, Jack eligió e) ninguna de las anteriores. Así pues, sin ningún plan ni propósito salió por la puerta trasera y empezó a vagar por el bosquecillo de sauces que formaban los jardines posteriores de las casas que se alineaban en Willowville Drive y la paralela Rillsbury Road. Trató de imaginarse cómo habría sido aquello en la era prehistórica anterior a la segunda guerra mundial, cuando todo Willowville era una ciénaga en lugar de una zona residencial. Había innumerables plantas trepadoras y lagartijas gigantes que se desgarrarían mutuamente los largos cuellos verdes con dientes afilados como cuchillas. No es que Jack pensara que los cretáceos habían vivido hasta el siglo diecinueve. Sabía muy bien que el apogeo de su amado *Tyrannosaurus rex* tuvo lugar hace entre 140 y 65 millones de años, pero le hubiera gustado ver un tiranosaurio de 12 metros de longitud saltando como un canguro y arrancando los tejados de las casas mientras los residentes de Willowville salían corriendo por la puerta principal de sus hogares cargados con los electrodomésticos más costosos. ¿Por qué no aparecían escenas como ésta en las películas de terror? Escenas reflejadas desde un punto de vista realista, científicamente correcto.

Jack bordeó el estanque de lirios flotantes que había en el centro del jardín interior común de la gran manzana, soñando despierto con langostas. ¿Era posible crear un ecosistema capaz de sustentar langostas en un estanque como aquél? Sería fascinante, dado que las langostas tenían un comportamiento tan extraño. En cuanto una langosta muda y es vulnerable al ataque, otras intentan comérsela, a no ser que sea una langosta hembra, en cuyo caso copulan. A falta de langostas de verdad que estudiar, a Jack le hubiera gustado ver un documental sobre la vida secreta de las langostas, o todavía mejor, una película sobre hombres-langosta. Empezaría con un buzo al que está mordisqueando una langosta en un tanque experimental situado cerca de una central nuclear. «Ha habido un accidente en la central, que las autoridades han ocultado, y...»

El desarrollo del argumento se vio interrumpido cuando Jack, al llegar a la altura del jardín de Glandier, observó que la puerta posterior del garaje se había quedado abierta. Le extrañó. Cuando no estaba, el viejo Glandier solía tener su casa cerrada como la torre de lanzamiento de un misil. Echó una mirada a las ventanas de la parte de atrás y a continuación cruzó rápidamente el jardín de Glandier y franqueó la puerta abierta. Tal como imaginaba, el coche no estaba. ¿Podía el descuido llegar hasta el punto de que se hubiera dejado también abierta la puerta que comunicaba con la casa? Sólo había un modo de averiguarlo. Jack buscó con los ojos unos guantes de tela (sabía que no debía dejar huellas), pero lo único que encontró fue un trozo de gamuza rígida. La restregó un poco para ablandarla y seguidamente empujó la puerta mosquitera, que no estaba cerrada con llave, y luego la puerta propiamente dicha; tampoco tenía la llave echada.

Jack se encontró en el rellano de una escalera que bajaba al sótano por un lado y ascendía a la cocina por otro. El piso superior le ofrecía, por supuesto, perspectivas más interesantes.

Subió la escalera de puntillas y se quedó junto a la puerta de la cocina conteniendo la respiración; oía los latidos de su corazón y disfrutaba de la primera oleada de miedo que recorría su cuerpo. Teniendo en cuenta que el coche de Glandier no estaba y que en aquella casa no vivía nadie más, no podía correr mucho peligro real, pero entrar en un edificio extraño era siempre una experiencia sobrecogedora y no hacía falta investigar mucho para darse cuenta de que aquella casa ocupaba un lugar bastante alto en la escala de lugares extraños. Parecía que en la cocina hubiera tenido lugar una batalla. El suelo estaba cubierto de basura y platos rotos. Ambos lados del fregadero se hallaban abarrotados de vajilla sucia, que apestaba por la mugre de una semana. Aquéllos eran, sin duda, signos de trastornos psíquicos. Y si el viejo Glandier estaba realmente perdiendo la chaveta, a su padre le encantaría. No es que a Jack le importara demasiado la política de Techno-Controls, simplemente respondía de forma instintiva a la posibilidad de aventuras.

La sala de estar no tenía nada de particular. Era evidente que en aquella casa no había ninguna mujer, pero el desorden era un desorden corriente: muebles polvorientos, olor a puro, pilas de periódicos y revistas, unas cuantas patatas fritas aplastadas contra la alfombra.

Sin embargo, el dormitorio..., ¡caray! El dormitorio parecía salido de una película de terror. El espejo del tocador estaba hecho añicos y se veían fragmentos por toda la moqueta y sobre la cama deshecha. Encima del tocador había un bote abierto de pintura blanca, que alguien había usado para pintar el papel floreado de las paredes. Basándose en su propia experiencia, Jack reconoció los rectángulos irregulares de pintura como los trazos resultantes de tratar de disimular graffiti.

¿Graffiti en la pared del dormitorio?

Estaba claro. En el extremo izquierdo de la pintada de mayor tamaño se distinguía todavía una especie de letra E. Jack se subió a la silla del tocador y frotó la pintura, que todavía estaba pegajosa, con la gamuza. ERES... Pero no pudo desvelar nada más antes de que el paño quedara inservible.

ERES... ¿qué? Jack tuvo la sensación de haber penetrado en una aventura de los Hardy Boys: *El misterio del dormitorio encantado*.

Y entonces, justo cuando estaba a punto de marcharse, y justo tal como le hubiera ocurrido a uno de los Hardy Boys, oyó que entraba un coche en el garaje. Subió la ventana más próxima, pero la mosquitera no era móvil, de modo que esa vía de huida quedaba descartada.

Se cerró la puerta trasera. Jack estaba atrapado en el dormitorio de un chiflado. La idea lo llevó a un éxtasis de terror tan acentuado que apenas tuvo valor para esconderse bajo la cama antes de que Glandier entrara dando traspies en el dormitorio. Con un gruñido de cansancio, el gordinflón se derrumbó en el lecho y los muelles cedieron bajo su peso; Jack se quedó sin aliento, aplastado contra la polvorienta moqueta.

Hay números, el más conocido es *i*, raíz cuadrada de menos uno, que aparentemente no pueden existir por ser paradójicos en sí mismos, y sin embargo esos números son necesarios para describir y medir sucesos reales del universo físico. Los números, naturalmente, no son reales de una forma inherente, pero las personas familiarizadas con las matemáticas siempre han tenido la convicción de que el mundo de los números es en algunos aspectos más real que el nuestro. Aunque al decir «más real» se da por sentado que son reales, si no hacemos tal suposición, la trampilla de la filosofía se abrirá bajo nuestros pies y nos veremos forzados a cuestionar si hay algo real: el amanecer que tiñe las cortinas venecianas del dormitorio; las hojas que crujen sobre un estanque donde una rana espera pacientemente el momento de capturar una mosca; el sabor de esa mosca; o el pinchazo de una aguja en la yema de un dedo. Pero en cuanto aceptamos que puede haber un «nivel de realidad» en que *i* no sea irracional, volvemos a pisar terreno firme, donde funciona el sentido común y no es necesario recurrir a la filosofía. Lo mismo ocurre con el mal. El mal, como proclaman los liberales, es una cualidad y no una sustancia; un adjetivo y no un sustantivo. El infierno y sus legiones de demonios son un mito, un mito que expresa la capacidad de todo individuo para realizar o imaginar acciones que su conciencia o su mente consciente condenarían profundamente. En la mayoría de las transacciones morales, esta teoría sirve con bastante acierto como base para interpretar nuestra vida. No obstante, en algunas circunstancias, el mal sí existe no como adjetivo sino como sustantivo. Esto puede suceder cuando se ha dado una interacción verdadera entre los dos reinos, en este caso entre Glandier y Giselle. Entonces es posible que lo que ha existido en el nivel del número *i* sea potenciado y liberado a nuestro propio mundo; lo irracional se vuelve real. Naturalmente, no de forma que pueda proyectar siquiera una sombra sobre la hierba, sino como (al igual que *i*) un potencial eléctrico, una nube, por así decirlo, cargada con un relámpago, con una única diferencia: que el relámpago es consciente, maligno, y está en comunicación con todo el reino del mal potencial.

Semejante mal se estaba desarrollando en las entrañas de Giselle. La epidermis del feto había creado ya su única e inalterable disposición de dobleces, estrías, ondulaciones y líneas de flexión. Una especie de conciencia apuntaba ya tras las finas membranas de sus párpados, y espasmos de infantil deseo convulsionaban de vez en cuando su boca y sus dedos. Por otra parte, sentía ya una antipatía por el ser en cuyo interior estaba encerrado su propio ser y ansiaba salir de aquella reclusión.

Y cada deseo, cada movimiento del mal de sus entrañas, era como un cuchillo que se le clavara dentro y la dejara sin respiración mientras esperaba que desapareciera el dolor.

Glandier ya la había dejado embarazada en otra ocasión, cuando llevaban poco tiempo casados, y entonces, en aquella misma etapa del embarazo, la convenció de que abortara. A la luz de su educación católica, no había cometido ningún pecado que fuera siquiera la mitad de grave que aquel, asesinar a su propio hijo indefenso, y por lo tanto le parecía justo, si no razonable, que en la otra vida tuviera que pagar por esa culpa completando la gestación del feto abortado. Pues, si había fantasmas de personas, ¿por qué no iba a haberlos de fetos? ¿Acaso no tienen, todos ellos, asesinos de quienes vengarse?

Ni durante el primer embarazo ni después del aborto habló con su madre de lo que había hecho, y tampoco ahora compartió con Joy-Ann sus suposiciones, aunque sólo fuera porque Joy-Ann estaba sufriendo los previsibles efectos secundarios de una visita demasiado larga al plano terrestre y no podía desviar su atención hacia otros malestares. Al marcharse de la funeraria, de repente se tornó tan pesada como la estatua cuya forma había adoptado, y casi igual de rígida. Hablar le costaba un gran esfuerzo, y sólo podía doblar los brazos y las piernas por la cadera y los hombros, como si fueran las extremidades de una tosca muñeca.

Ahora Giselle la estaba transportando, en un carro que había encontrado en el aparcamiento del supermercado Buho Rojo, a los almacenes Sears de Lake Street. Allí era donde la estatua, con su extraña y forzada manera de hablar, le había pedido que la llevara, y Giselle, agradeciendo tener una ocupación y una finalidad que cumplir, no preguntó por qué.

No era tarea fácil. Aun con la ayuda de la propia estatua, meterla en el carrito había requerido que Giselle empleara todas sus fuerzas. Luego, a una manzana del supermercado, la rueda delantera izquierda del carro demostró cierta tendencia a girar hacia la derecha, lo cual

o bien lo detenía en seco o, si la rueda derecha no ofrecía resistencia, lo mandaba a la carrera hacia la calzada como si estuviera dotado de servodirección. La estatua se agarraba al borde metálico y emitía un grito de alarma. Cada vez que el caprichoso avance se reanudaba, gemía desalentada, incapaz como un niño de disimular su pena.

Y durante todo el trayecto, cada cinco o seis manzanas, Giselle sentía la punzada del cuchillo en su interior y tenía que detenerse, cerrar los ojos y esperar a que se le pasara el dolor. En la oscuridad de esa espera recordó el miedo que había experimentado durante su primer embarazo, miedo no sólo a los dolores del parto sino al niño que nacería de ella. Estaba segura de que iba a nacer deforme. El doctor Jenner le dijo que era una tonta; era joven y sana y todo indicaba que el nacimiento iba a ser normal, lo mismo que el niño. Pero no se convencía. Estaba segura, irracional pero firmemente, de que el niño que llevaba en su seno era un monstruo, y fue esa seguridad, y no los argumentos de su marido, lo que le dio fuerza para abortar.

Y ahora aquel miedo había renacido y vivía en sus entrañas. Esta vez, sin embargo, no podía hacer nada sino dejarlo vivir y crecer hasta el momento de venir al mundo.

En tanto se aproximaban al centro del puente de Lake Street, Joy-Ann se recuperó bruscamente. La terrible pesadez, la rigidez, la sensación de deterioro mental..., todo desapareció con sólo destapársele los oídos. Se volvió dentro del carrito y le dijo a Giselle que descansara. Y no tuvo que pedírselo dos veces; Giselle estaba deshecha.

—Me encuentro mucho mejor —anunció Joy-Ann alegremente—. ¿Sabes lo que creo que ha sido? El puente; tener mucho aire y el río por debajo.

Pero Giselle no la escuchaba. Joy-Ann le cogió las manos, que seguían agarrando, ateridas, la barra del carrito.

—Pobrecilla.

—Me encuentro muy mal.

Joy-Ann suspiró comprensiva. Después de pasar por el mismo trago dos veces, sabía que había ocasiones en que los buenos consejos no servían más que para molestar. No comprendía por qué la Iglesia se oponía a la idea de los niños probeta. Si el papa fuera mujer y supiera por experiencia lo que era el embarazo...

—Qué extraño —comentó Giselle.

—¿Qué?

—Los coches del puente. Míralos, van muy despacio.

—Yo no me quejaría, la mayoría corren demasiado.

Pero no eran sólo los coches los que iban despacio, reflexionó Joy-Ann. Todo se movía a cámara lenta. El azul Mississippi que discurría debajo parecía fluir como si fuera miel guardada en el frigorífico por error, y a ambas orillas el viento agitaba las ramas de los árboles con la misma extraña indolencia, como si los árboles fueran algas y el viento la más débil de las corrientes marinas.

—Quizá no son los coches los que van despacio —aventuró Joy-Ann —, quizá somos nosotras las que vamos de prisa. Aunque, ahora que lo pienso, da más o menos lo mismo.

—Lo que yo quiero es poder controlar las cosas en lugar de que simplemente me ocurran —dijo Giselle, enfurruñada—. Me refiero a que podría ser útil que todo fuera más despacio si se pudiese hacer cuando se quisiera.

—¿Útil? Bonito desde luego lo es, pero no sé para qué... ¡Giselle, mira ahí abajo! —Señaló con el dedo de mármol a un hombre que había de pie en el centro del río, de pie encima del agua—. Dime lo que ves.

Giselle se acercó a la barandilla del puente y se asomó.

—Hay un hombre con barba. Le sale sangre de la cabeza y me parece que nos está saludando con el brazo.

—¿Crees que es otro fantasma?

—Grita algo, pero no lo entiendo. ¿Y tú?

—Debe de ser un fantasma, o no nos vería.

—Bob nos ve. Al menos a mí... a veces.

—Pero ¿lo has visto andar por encima del agua? Giselle se aplicó las manos a la boca a modo de bocina, se inclinó hacia adelante y gritó con todas sus fuerzas:

—¿Qué dice?

En respuesta, el hombre del agua alzó los brazos por encima de la cabeza y les hizo un gesto para que se acercaran.

Cuando Giselle le contestó encogiéndose de hombros y extendiendo las manos para indicarle que era imposible, el hombre gritó:

—¡Saltad!

—¿Que saltemos? —repitió Joy-Ann indignada—. ¿Cree que estamos locas?

—No sé. A lo mejor es posible. Quiero decir que no hace mucho yo podía volar.

—¿Lo has intentado últimamente? Desde luego, sería mucho mejor que andar hasta Sears. Aún nos quedan por lo menos treinta manzanas.

—No, una vez he vuelto a estar dentro de mi cuerpo ya no he podido. Pero a lo mejor es como Dumbo: si lo crees con la suficiente convicción, puedes.

—Que yo recuerde, Dumbo tenía una pluma mágica. Yo de ti, no lo intentaría. Y por mi parte no pienso saltar. Mírame, soy de piedra. Me hundiría hasta el fondo.

—¿Quién será?

—Escucha, Giselle, si quieres conocerlo, por mí adelante, pero primero vayamos a Sears, por favor. Cuanto más tiempo me quede aquí, más probable es que me ocurra algo extraño.

Giselle admitió que era una petición razonable y continuaron avanzando, ahora sin el carrito del supermercado, pues había una parada de autobús en el otro extremo del puente. Mientras esperaban, Joy-Ann sintió que su cuerpo volvía a ganar peso y se le espesaba la mente, pero cuando llegó por fin al autobús, que avanzaba a cámara lenta, igual que los coches del puente, tuvo tiempo suficiente para subir antes de que la puerta se cerrara detrás del último pasajero. Y entonces, aproximadamente a la misma velocidad a la que Giselle había empujado el carrito del supermercado, pero mucho más cómodamente, el autobús emprendió con lentitud la marcha por Lake Street en dirección a Sears.

Como de costumbre cuando iba en autobús, Joy-Ann se dedicó a mirar fijamente a los demás pasajeros. La mayoría eran ancianos y adolescentes; los ancianos con sus abrigos de invierno y los jovencitos con las camisetas de verano y jerséis finos. En la trasera del vehículo, un grupo de cuatro chicas se confabulaban a un ritmo que, a velocidad normal, hubiera parecido animado, pero a cámara lenta resultaba ridículo: sus voces tenían un sonido intermedio entre el balido de las ovejas y el croar de las ranas; sus rostros dibujaban muecas igualmente grotescas, sobre todo la de la rubia que mascaba chicle.

«¿Qué pensarían si me vieran? —se preguntó Joy-Ann—. ¿Qué pensaría cualquiera al ver una estatua viva?» Tenía la sensación de haberse convertido en uno de aquellos punks que salían a veces en la televisión, una persona extraña, ridícula y a la vez amenazadora; la única diferencia era que, gracias a Dios, era invisible.

Balando y croando, las muchachas bajaron en Cedar. Giselle estaba acurrucada en el asiento de al lado de la salida posterior, dormida, con los pies descalzos sobre el plástico anaranjado. El autobús avanzaba cada vez más despacio y Joy-Ann se encontraba cada vez más torpe. Pero no podía quedarse dormida, de modo que se aplicó a la tarea que tantas veces la había mantenido despierta durante la misa dominical: pensar en un personaje cuyo nombre empezara por las iniciales A. A., luego en otro con las iniciales A. B., etc. Pero, por mucho que se esforzara, el único nombre de pila que se le ocurría era Ann, y el único apellido, después de mucho cavilar, Anker.

Al cabo de un rato, por fin, a unas pocas manzanas de distancia, divisó la torre gris del edificio de Sears, que se alzaba entre los restaurantes *drive-in* y los aparcamientos de Lake Street como un rascacielos del centro. El único problema era que el autobús se detuviera y abriese las puertas, pero antes de que pudiera empezar a preocuparse por eso, un negro sentado dos filas por detrás del conductor alargó el brazo hacia el cordón de petición de parada y tiró de él.

—Giselle —dijo Joy-Ann dándole unos golpecitos a su hija en la rodilla — . Giselle, despierta, casi hemos llegado.

Pero Giselle, hiciera lo que hiciese su madre, gritara lo fuerte que gritase, no se despertaba. No había modo. Joy-Ann iba a tener que bajar sola. Antes de que el negro le obstruyera la salida, Joy-Ann se apresuró a situarse en el peldaño inferior. El autobús se detuvo con una sacudida, se abrieron las puertas y Joy-Ann saltó a la acera. Parecía que aquella tarde no había clientes en Sears, y se dedicó a pasear arriba y abajo ante la entrada (una puerta giratoria flanqueada por dos puertas de cristal verde enmarcado en metal), más rígida y más anquilosada a cada minuto que transcurría. Al parecer, tan sólo mediante el anillo mágico que

le había dado Adah habría podido realizar una tarea tan física como la de abrir la puerta. No es que le hubiera dado el anillo a Giselle de mala gana, pero era frustrante no poder hacer una cosa tan sencilla. Así debía de ser la vida para los animales domésticos. Recordaba al pequeño *Sugar* de Alice Hoffman, gimoteando y dando zarpazos a la puerta de atrás para que lo dejaran salir.

Por fin, una compradora que salía de los almacenes se introdujo, junto con sus dos bolsas, en uno de los cuatro compartimientos de la puerta giratoria y la puso en movimiento. Esto cogió desprevenida a Joy-Ann, que, por fin, inesperadamente, había dado con un personaje famoso cuyas iniciales eran A. A. (Alan Alda, claro). Por ello, no llegó a introducirse en el compartimiento siguiente de la puerta y tuvo que esperar al otro, con lo cual se quedó atrapada dentro cuando la mujer dejó de empujar. Permaneció allí, sin poder moverse, mientras a una docena de metros ascendía la escalera mecánica que la llevaría de vuelta al paraíso. Lentamente, los peldaños avanzaban hacia el piso superior. Dos clientes más entraron o salieron de los almacenes, pero no usaron la puerta giratoria sino las normales que había a los lados, pese a los letreros que instaban a que se emplearan. ¡Si la gente se diera cuenta del daño que puede causar por no seguir las indicaciones!

—¡Padre! ¿Me oyes? Esa zorra, esa perra en la que me abandonaste se ha quedado dormida. Ahora podemos hablar.

—Estoy soñando.

—No, no estás soñando. Es más bien como si estuviéramos usando un aparato de radio y tú no pudieras sintonizar ninguna emisora. Vale, tío, como se dice vulgarmente.

—No.

—Sí. Pero si tantas ganas tienes de negar mi existencia, ¿por qué no alegas locura? Además, ¿qué prisa tienes por negarme? A lo mejor te soy útil cuando haya nacido, haya crecido un poco y me hayas dado un nombre.

—¡Déjame en paz, pedazo de mierda!

—Pedazo de mierda, ¿eh? No Belcebú ni Asmodeo. Claro, careces de formación en lo que se ha dado en llamar humanidades. No es que a mí me importe. A la hora de condenarte mejor, tu ignorancia me favorece. ¿Pedazo de mierda? Bueno, considerando la procedencia, no me sorprende.

—¡Dios santo! ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—¿No lo preguntarás en serio?

—

—Y ahora me castigas con el silencio, ¿no? Por mí no hay problema. Te haré un pase de diapositivas. Una imagen vale más que mil palabras. Esta, por ejemplo. Seguro que no te habías imaginado que Lizzy Spaeth tenía un par de tetas como éstas. Y éste eres tú, hecho un cerdo. ¿Y qué ponemos en el globo de encima de la cabeza? «Señorita Spaeth, vuelve a llegar tarde. Esto no puede seguir así.» O esta otra: la tienes cogida del cuello, aprietas, se está ahogando, no va a volver a tomarse más tiempo del asignado para comer, ¿verdad? Y mira la siguiente: has empuñado la navaja y...

—Para ya. No pienso seguir escuchando nada de esto. Tú no existes. Estoy soñando.

—Claro, claro. A lo mejor te interesa más algún destripamiento. Ésta es...

—¡Déjame en paz!

—Cuidado, cuidado. Ya es la segunda vez que me lo dices. ¿Sabes que la próxima vez que lo digas puedo tomarte la palabra y hacerte caso? Piensa en las muchas maneras en que eso podría concretarse. Podría dejarte en paz. en la soledad de la catatonía. O con el agua al cuello. Porque por mucho que sea hijo tuyo, con las obligaciones filiales que eso implica (y convéncete de que no son ilimitadas), por mucho que sienta una obligación de actuar en beneficio tuyo, no soy tu amigo. Todo lo contrario. Me gustaría ver cómo te pudres en el infierno, y tengo absoluta confianza en que eso será así algún día. Pero entretanto, papaíto, estoy a tu servicio. Cuando ella me haya soltado.

—Sé que estoy dormido. La almohada está mojada donde han caído mis babas. Huelo la pintura.

—Estabas dormido, sí, pero no soñando. No tienes imaginación suficiente para soñar mi voz. La imaginación no ha sido nunca tu fuerte. Es mamá la que aporta el ingenio, como le corresponde a una naturaleza espiritual. Tú eres un hombre de negocios, ¿no? De ti he heredado los granos, el pus, la corrupción. La mierda.

Mediante un esfuerzo de voluntad, logró por fin despertar, no del sueño sino del letargo que media entre el sueño y la vigilia. Parecía que el colchón en el que estaba tendido tenía vida propia. Se volvió y abrió los ojos a tiempo de ver la camisa a cuadros, los téjanos deshilacliados y las zapatillas rojas del chico que salía a hurtadillas por la puerta del dormitorio.

Se incorporó apoyándose en los codos y gruñó un infructuoso:

—¡Eh, tú! ¡Quieto!

Demasiado tarde, cuando se hubo incorporado, oyó como se cerraba la puerta de atrás. Había un niño debajo de su cama mientras dormía. Aquello no era un sueño, no era un fantasma, no era una alucinación. Se acercó a la ventana del dormitorio y vio al chico (era el mocoso de Sheehy) corriendo por la hierba seca.

El chico estaba en la habitación, había visto la pintura de la pared (pero no, gracias a Dios, lo que cubría la pintura), y ahora podía contárselo a todo el vecindario.

Trató de sentir ira. Sólo experimentó miedo.

En el autobús, antes de dormirse, Giselle se preguntó qué ocurriría si se le sentaba encima un pasajero. Aunque resultaba invisible para los vivos, seguramente no era impermeable. Por ejemplo, no era capaz de atravesar paredes; sin el anillo que le había dejado su madre, ni siquiera podía abrir una puerta. Sin embargo, no se trataba de una gran preocupación; era poco más que un cosquilleo, y no le impidió dormir durante todo el recorrido del autobús por Lake Street hasta Hennepin y de vuelta hasta el puente, donde la pregunta quedó contestada del modo más directo. Alguien subió al autobús y fue a sentarse en el sitio ocupado por Giselle, momento en que, *iplop!*, fue desplazada a la franja de hierba que se extendía entre la acera y la calzada. Despertó para ver el autobús traqueteando pesadamente Marshall Avenue arriba (que así pasaba a llamarse Lake Street en el lado del puente en que empezaba St. Paul). El mundo seguía moviéndose a cámara lenta y ella continuaba hinchada con aquel embarazo absurdo y preternatural. Aparte de que su madre se había bajado en Sears y había regresado al paraíso (supuso), nada había cambiado.

Natural e irreflexivamente, como una pelota rodando cuesta abajo, Giselle gravitó hacia el puente, hacia la vista del río y sus márgenes. De pie sobre los gastados tablones de la plataforma peatonal, contempló los árboles que se aferraban a las empinadas orillas casi con envidia. Ser un árbol era todavía más tranquilo que dormir. Recordaba, aunque no con mucha claridad (la temporalidad de la vegetación era imprecisa), los días o las horas que había pasado horadando con raíces y tallo la frágil tierra del cementerio, conquistando la liberación hacia la luz. Sin pensamientos, sólo el murmullo de las hojas, sin nombre, sin meta, sin culpa.

—Perdona.

Una mano la tocó levemente en el hombro antes de retirarse. Se volvió y quedó ante un hombre que parecía que acababa de ser golpeado con un mazo. Del ojo izquierdo y la boca le brotaban regueros de sangre que teñían su larga barba entrecana de un carmesí rayano en el granate y salpicaban también la chaqueta de *tweed*.

—Por favor, no hagas caso de mi aspecto —dijo, llevándose un pañuelo a la frente con gestos nerviosos, para, a continuación, añadir en tono aclaratorio—: Es que soy poeta, ¿sabes?

Giselle, aunque de momento se alarmó, intuyó por el comportamiento del hombre que no representaba amenaza alguna.

—Está usted sangrando. ¿No cree que debería hacerse una cura?

—No te preocupes por la sangre. Hace años que estoy así. No me duele más que cuando me río —dicho lo cual, como si se burlara de sí mismo, se echó a reír, con lo que reveló unas encías ensangrentadas y casi carentes de piezas dentarias; inmediatamente, hizo una mueca de dolor.

Giselle se preguntó si se encontraría en estado de shock. Es sabido que las víctimas de accidentes actúan con una aparente inadvertencia de sus propias heridas. Pero, probablemente, los fantasmas no eran como los vivos en ese aspecto y, si bien estaba segura de muy pocas cosas, Giselle tenía el convencimiento de que aquel hombre era un fantasma, el mismo que había visto anteriormente de pie sobre el río instándola a saltar.

—¿Lees mucha poesía? —le preguntó.

Negó con la cabeza.

—No leo mucho de nada.

—Eras tú la que he visto aquí arriba hace una hora o así, ¿verdad?, con la Virgen María.

En realidad, era mi madre.

—Ah —dijo él con el espontáneo abatimiento de quien está acostumbrado a sufrir frecuentes desengaños—. Y supongo que ninguna de las dos beberéis. Eso es, sin duda, descabellado.

—¿Tienes sed?

—Tengo acumulados ocho años de sed. El mismo tiempo que hace que me suicidé.

—Ocho años —repitió Giselle impresionada.

Él asintió apesadumbrado.

—Ocho años que ahora serán muchos más, mientras Adah Menken esté en la puerta del cielo. ¿Cómo te mataste tú? Yo salté al agua. Pero no desde este puente, sino desde el de peatones que hay cerca de la universidad. Treinta metros. Había pensado recurrir a las pastillas, pero me pareció una cobardía. En cualquier caso, tenía que cumplir mis propias profecías:

La conquista de la inmortalidad comienza.

Pon tus rimas en orden, organiza tus pensamientos,

toma impulso y da el salto.

»Esto es de la obra en que me quejaba de que nunca me concederían el premio Nobel. Y no me lo habrían concedido, ¿sabes?, ni aunque me hubiera quedado hasta tener el cerebro hecho picadillo. Pero aquí estoy en buena compañía: Ibsen, Frost, Nabokov, Borges... Ellos perciben quizá quién es el que tiene más sed, y no sirve de nada fingir lo contrario.

Por fin se produjo una pausa en el continuo parloteo y Giselle pudo intervenir.

—Yo no me maté. Me mataron.

—¿Te mataron? —Parecía ofendido, ya fuera por la idea o por que le contradijeran—. ¿Quién?

Giselle bajó la vista hacia el río. ¿Por qué se resistía a pronunciar su nombre? ¿Podía sentirse todavía protectora? ¿O es que experimentaba la misma vergüenza que experimentan las víctimas de una violación o las esposas maltratadas?

—Mi marido —dijo por fin con una sensación más próxima a la confesión que a la acusación—. Me estranguló.

—¿Y por eso ahora te le apareces?

—Supongo que sí, pero no es por mi gusto. Yo preferiría estar lo más lejos posible de él, si pudiera.

—Vive y deja vivir, ¿eh?

El poeta trató de mantenerse serio, pero al cabo de un instante estalló en risas.

Giselle miró con reproche las salpicaduras de sangre que manchaban la bata anaranjada de su hermano.

—Perdón, no he podido evitar el chiste. En serio... —De nuevo lo acometió una expresión humorística, pero, con evidente esfuerzo, esta vez logró contener la risa—, ¿cómo no has dicho que te llamas?

—Giselle.

—Apropiado, muy apropiado. En serio, Giselle, no te servirá de nada evitarlo. Si estás atrapada aquí, seguramente es para que te le aparezcas y lo obligues a confesar el crimen. El cielo tiene un sentido de la justicia muy tradicional en lo relativo a asesinatos. Naturalmente, no es justo para las víctimas, pero el asesinato no lo es jamás. El suicidio es otra cosa. Sólo podemos culparnos a nosotros mismos, y sólo podemos aparecer a nosotros mismos. Puede llegar a ser muy aburrido.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —preguntó Giselle. El poeta alzó los brazos en un gesto de impotente perplejidad.

—¿Cuánto tiempo? ¿Quién sabe? Hasta que Adah Menken esté dispuesta a liberarme, puede ser una eternidad, porque yo jamás, repito, jamás, admitiré que su obra poética tiene el mismo mérito que la mía, pues eso, nada menos, es lo que exige. Una lección de humildad, insiste. No discuto que sea mejor cocinera, mejor en la cama, pero ¡que la poesía de Adah Isaacs Menken sea tan buena como la de John Berryman! ¿Has leído algún poema suyo?

Giselle negó con la cabeza.

—Claro que no. No los ha leído nadie. Nadie debería leerlos. Su nombre ha sido mercedamente borrado del registro de la memoria. Una actriz que se ganó la fama fingiendo

que montaba a caballo desnuda. La esposa de un boxeador, la querida de un novelista francés, y la primera mujer que ofreció a Whitman el halago de la imitación, no puedo decir nada más en su favor. Pero su poesía no se puede creer, ni perdonar. No hace falta que me creas, léela tú misma. Toma. —Se metió la mano en la chaqueta de *tweed* y sacó un librito marrón de tapas duras que lanzó a Giselle—. ¡Aquí está la infamia! Lee el primer poema.

Giselle abrió el libro y comenzó a leer el primer poema, que se titulaba, incomprensiblemente, *Resurgam*.

Sí, sí, querido amor, estoy muerta.

Muerta para ti.

Muerta para el mundo.

Muerta para siempre.

Fue una noche joven de mayo.

Las estrellas habían sido estranguladas y la luna cegada con las nubes voladoras de la negra desesperación.

Años y años el alma sin cantos esperó a deslizarse más allá del mar del dolor donde había naufragado la vida sin forma.

La roja boca cerró el aliento duro y fiero.

El pulso enloquecido reanudó la vida con un leve sollozo.

Y así el alma, desnuda y sin adornos, desplegó las alas ante la oscuridad de la Muerte.

Una Muerte solitaria, desconocida.

Una Muerte que dejó su enmudecido cuerpo viviente a modo de señal eterna.

El poema continuaba en la página siguiente con una estrofa II y una estrofa III. Miró más adelante y vio IV, V y VI. Giselle leía despacio; ignoraba si el maldito poeta pretendía que lo leyera todo mientras él se quedaba allí, mirándola ceñudo. Le devolvió el libro.

—¿Qué te parece? —inquirió arqueando la ceja que le quedaba.

—No puedo juzgar. Yo no sé nada de poesía.

—Ya lo sé. Pero bien debes de saber lo que te gusta y lo que no. Todo el mundo lo sabe.

—Bueno, pues sí, la verdad es que me ha gustado. —El poeta emitió un gruñido—. No puedo decir que sepa lo que quiere decir todo eso, pero los sentimientos que expresa son sentimientos que yo he experimentado muchas veces. ¿Usted no?

—Te ha mandado ella. Admítelo. Te ha mandado para tentarme, para atormentarme.

—¿Adah Menken? No, no, ni siquiera la conozco, aunque mi madre sí. Este anillo —alzó la mano para que viera mejor el anillo— era suyo. Se lo dio a mi madre, y mi madre me lo ha dado a mí. Me permite abrir puertas, coger bultos y tal vez otras cosas. No estoy segura de qué cosas.

—¿Tienes...? —Con la misma rapidez con que se pasa la hoja de un libro, la brusquedad de sus maneras se transmutó en reverencia—. Vaya, vaya, querida Giselle. ¡Ocho años! Durante ocho años he sufrido el suplicio de Tántalo. Durante ocho años he sido invocado por los tableros de escritura espiritista de amas de casa y quinceañeras que querían hablar con Freddie Prinze. Durante ocho años sólo he tenido para leer el estúpido libro de la Menken, cuya única palabra bien elegida es el título, *Infelicia*. Cuando miro cualquier otro texto escrito, las letras se convierten en un galimatías. Ésa ha sido la peor jugada que me ha hecho: la dislexia. Durante ocho años he estado condenado a vagar por el mortal aburrimiento de estas calles, merodeando por los cines drive-in, o incluso reducido a mirar el programa de Johnriy Carson en la televisión. Incapacitado, por haberme suicidado, para alejarme más de ocho kilómetros del lugar donde me quité la vida. Sin un alma con quien hablar fuera de los suicidas como yo, y ellos sólo se quedan un par de semanas como máximo, mientras que a mí me hace languidecer como otro holandés errante. Hasta Nixon dirigiría el cielo con más justicia. No ocho años, Giselle, ochenta veces ocho años, pues ya has visto cómo se transforma el tiempo para

nosotros si no somos llamados a ser uno de ellos. Ya ves que las aguas apenas fluyen, que los aviones parecen suspendidos en el cielo. Cada tarde se convierte en un mes de domingos. Quince días son un año. Yo me he pasado ocho años así, y quizá me pasará otro siglo más, porque es cruel, cruel, Giselle, No seas tú así.

—Claro, si puedo serle de alguna ayuda...

—¡Ay, querida! —Se apoyó en una rodilla y oprimió el anillo contra su boca ensangrentada—. Y qué ayuda, qué socorro, qué inestimable auxilio. Sólo está a unas seis o siete manzanas; cinco minutos andando. No, menos.

—¿Qué es eso que está a cinco minutos andando? —preguntó, pese a que ya había decidido ir con él adonde fuera.

Le daba una lástima tremenda y casi con seguridad era inofensivo.

—La bodega más próxima. Por favor, Giselle. Una botella, no pido más. Medio litro de brandy, tres cuartos si es posible, nada más. Hace ocho años, Giselle. Por el arte, te lo suplico.

Giselle dio su consentimiento con una inclinación *de* cabeza.

—*iSugar!* ¡Calla! —ordenó Alice Hoífman al tiempo que movía un dedo amenazante dirigido al terrier escocés de pelo blanco que ladraba.

El perro se retiró de la puerta principal, pero continuó manifestando su enérgica protesta por el intenso perfume almizcleño de la loción hidratante que usaba la visita que entraba con Alice.

—Qué mono —dijo Bing con forzada afectuosidad.

Se agachó junto a la maleta, alargó las manos para que se las lamiera y empezó a dar besos al aire. No sirvió de nada; *Sugar* continuó ladrando, histérico.

—*iSugar!* —insistió Alice—. ¡Basta! ;Me oyes? ¡Basta! Si no te callas, te saco fuera.

—Por lo general les caigo muy bien a los perros —dijo Bing con tono de mártir.

—No suelen venir muchos caballeros por aquí —explicó Alice—. En seguida se calmará. Entretanto, permíteme que te enseñe el dormitorio de arriba. No lo ha usado nadie desde Navidad, cuando vino mi hermana de Seattle, pero las sábanas están recién puestas. *iSugar*, calla!

Sugar se había acercado y estaba desafiando a Bing a que le diera un puntapié. Alternaba los ladridos con amagos de zarpazos a las vueltas de los pantalones del joven. Éste nunca había visto un perro tan malhumorado.

—Los terrier escoceses son mi raza preferida.

Lo dijo con aquella sonrisa que había derretido tantos corazones en el bingo Old Pioneer. Sin embargo, la artimaña resultó totalmente ineficaz con *Sugar*, que, en un éxtasis de enloquecido atrevimiento, se lanzó a morderle los cordones de los zapatos.

—¡Esto es el colmo! —Alice cogió a *Sugar* en brazos, se lo llevó a la cocina y desde allí al patio trasero, donde le engancho el collar a la correa sujeta a la cuerda del tendedero—. ¡Perro malo!

Sugar continuó ladrando.

Alice regresó a la sala de estar; estaba molesta con su invitado por ser la causa de la exhibición de mal genio de *Sugar*. Los animales domésticos malcriados, igual que los niños malcriados, no se pueden esconder, como si fueran esqueletos, en los armarios. Siempre están en el centro del escenario, comprometiéndonos.

—Es usted muy amable — volvió a decirle Bing—. Yo suponía que podría dormir en casa de mamá. Resulta muy extraño ver la casa desde aquí, desde enfrente, y no poder entrar. Sigue exactamente igual como la recordaba, salvo que ya no está el olmo.

Alice asintió apesadumbrada.

—Ya no queda ningún olmo. Sucumbieron todos a esa enfermedad holandesa.

—Y ella tampoco está —dijo Bing bajando la voz—. Todavía no me he hecho a la idea.

El rostro de Alice se contrajo y se le saltaron unas lágrimas que vinieron a estropear la última aplicación de polvos.

—Vamos, Alice, me ha prometido que no lloraría más. Recuerde lo que ha dicho la hermana Rita: mi madre no nos ha dejado del todo. No está ahí enfrente pero está con nosotros de otro modo, mirando y escuchando.

—¿De verdad lo crees? —dijo Alice con voz ronca—. Yo no estoy del todo segura.

—Yo sí, Alice. Y lo que es más, se lo demostraré. ¿Tiene un juego de Scrabble por aquí? Si puede ser, el modelo de lujo, ése en que las letras están en fichas de madera.

—¿Quieres jugar a Scrabble? ¿Ahora?

Bing negó con la cabeza vigorosamente.

—No, no. Lo que quiero es ponerme en contacto con mamá. Pero no ahora. Más tarde, esta

noche, cuando hayamos podido relajarnos. Entonces le enseñaré a usar el Scrabble como tablero espiritista. Tiene un Scrabble, ¿no?

—Creo que sí. Debe de estar en el armario de la antigua habitación de Ben, donde vas a dormir tú. Pero ¿los católicos no tienen prohibidos los tableros espiritistas?

—No gustan demasiado a la Iglesia, pero así es mucho mejor. —Sonrió ante su propia habilidad casuística—. En cuanto a la actitud de la Iglesia, le diré que fue un sacerdote católico quien me enseñó a usar el Scrabble. El padre Mabbley, de la iglesia de San Judas de Las Vegas.

—Ah, ¿entonces no te has... apartado de la Iglesia?

—¡No, por Dios! ¿Qué le ha hecho pensar eso? Soy más devoto ahora que cuando iba a Cretin, y ya sabe que, estando allí, casi, casi... —unió las puntas del pulgar y el índice de una mano, en un gesto significativo—, sentí vocación. Espero que mamá no supusiera nunca que había perdido la fe. Eso la hubiera destrozado.

—No, claro que no. Yo sólo me imaginaba..., Joy-Ann no supo nada de ti en todo ese tiempo. Y como estabas en Las Vegas...

Alice calló, turbada.

Bing adoptó una expresión ofendida.

—Alice, se nota que no ha estado nunca en Las Vegas. Es una ciudad muy religiosa. Como le explicaba anoche en el avión al padre Windakiewiczowa, en los casinos no hay ateos.

—¿En el avión?

Alice formuló la pregunta al tiempo que arrugaba la nariz, ya fuera de perplejidad o como si se oliera literalmente el escándalo

—¡Ay, Dios mío, cómo he metido la pata!

—Pensaba que el padre Windy estaba haciendo ejercicios espirituales. Eso al menos decía la hoja dominical.

—Olvídese de lo que he dicho. De todas formas, ¿por qué no va a poder ir a Las Vegas a hacer ejercicios espirituales? — Bing subrayó la ironía con una risita de complicidad, pero seguidamente, antes de que se lo pudieran reprochar, cambió de tono — . Es usted muy amable, de verdad. No sé si esta noche hubiera soportado la habitación de un hotel. Ni si hubiera podido pagarla. ¿Por que no nos sentamos en esta acogedora sala de estar? Le juro que parece sacada de una fotografía de un libro de decoración. Cuénteme la visita que hicieron mamá y usted a la tumba de Giselle. Quiero conocer todos los detalles.

Halagada y turbada al mismo tiempo, Alice asintió y se sentó en el extremo izquierdo del sofá de módulos, tapizado en plástico turquesa.

—Me cuesta creer que no hace ni dos días que Joy-Ann y yo fuimos al cementerio... — empezó.

—Espero que no seas de las rencorosas —dijo el poeta sangrante mientras alargaba el vaso de plástico para que se lo volvieran a llenar—. No suelo andar violando.

—Yo no llamaría a eso violación —lo tranquilizó Giselle—. Más bien un magreo común y corriente.

—Para mí ha sido una violación — Berryman arrugó la frente y movió la cabeza, compungido—. Como si a cualquier mujer pudiera gustarle que la toquetee un cadáver sanguinolento. ¿Ya ha desaparecido otra vez esa maldita botella?

Giselle miró a su alrededor en busca de la botella de Chivas Regal, que efectivamente no se hallaba donde la había dejado, junto a la caja en que estaba sentada. Era extrañísimo. El anillo le permitía hacerse con cualquier botella de los estantes, abrirla, beber, y seguramente hacerla añicos, pero en cuanto dejaba de mirarla y de pensar en ella, regresaba donde había estado, precintada y con el contenido intacto. Era como si los fantasmas sólo pudieran beber y comer los fantasmas de la comida y la bebida.

—Un momento —le dijo a Berryman—. Voy a buscar otra.

El poeta siguió complaciéndose en el autorreproche.

—Así embarazada pareces la modelo de la Venus de Willendorf. Dios mío, me he portado como un bruto.

«¿Quién es esa Venus de Willendorf?», se preguntó Giselle en tanto se incorporaba. Sí, parecía que su embarazo estaba muy avanzado, y si aquel John Berryman hubiera sido algo caballero, habría ido a buscar el whisky él mismo. Ah, pero claro, no podía; era ella quien tenía el anillo, y no pensaba prestárselo. No era tan tonta como eso; ni él, para hacerle justicia, tan tonto como para sugerirlo.

Atravesó la tienda hasta la sección del whisky, donde hubo de esperar a que una joven con una mochila vacía a la espalda eligiera a cámara lenta entre los diversos precios y marcas. No podía acceder al estante donde estaba el Chivas hasta que la muchacha se hubiera apartado.

—En una ocasión —dijo Berryman alzando la voz—, en uno de mis poemas intrascendentes me preguntaba si el infierno sería mucho peor que lo que tenemos en la Tierra, aquí y ahora. ¿Tú que crees?

Giselle le dedicó una risa por respuesta. Había bebido tanto que había perdido la timidez ante el poeta, el cual, pese a toda su charla acerca de lo famoso que había sido, resultó una persona bastante corriente. Quizá un poco calentorro pero sin mucha soltura, como aquel chico de Cretin, Ron Plotkin, con quien había salido mientras iba a las monjas. Por fin la chica de la mochila decidió optar por uno de los whiskies más baratos y se apartó. Giselle cogió el Chivas del estante y regresó al rinconcito que se habían hecho apilando cajas de vino en la sección de la tienda dedicada a licores y jerez, que era poco transitada.

—Por decirlo de otra manera —continuó sin dejarse acobardar por la risa—, ¿es esto el infierno y yo estoy en él?

—¿Esto? —Giselle rió de nuevo. La altanería combinada con la autocompasión tenía algo ridículo, y ambas cosas entraban en contradicción con su inteligencia—. No, esto es Minneápolis, o debo decir Saint Paul, a este lado del puente. A ver, acérqueme el vaso —dijo abriendo el precinto de la botella.

Berryman alargó el vaso de plástico y Giselle llenó primero el de él y luego el suyo. Brindaron haciendo chocar sus vasos. Seguidamente, él tomó un largo sorbo, mientras Giselle hacía girar el líquido alrededor de los cubitos de hielo que había cogido de la nevera de la tienda. Por fin bebió un sorbo.

—¿Cree que realmente vale la pena pagar tanto por un Chivas Regal? ¿Nota la diferencia?

—Antes pensaba eso, pero si sabe distinto o no es un problema puramente epistemológico.

Giselle lo miró como si lo hubiera sorprendido haciendo trampas a las cartas.

—En otras palabras, que como lo que estamos bebiendo no es totalmente real, su sabor se

debe de basar en lo que recordamos del Chivas Regal de cuando estábamos vivos. Suponiendo que lo hubieras tomado alguna vez.

—Uy, muchas veces. Los que perdían mucho en las mesas lo pedían más que ninguna otra cosa. A quienes pierden mucho les gusta aparentar despilfarro.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Se refería, Giselle lo sabía, a una pregunta relacionada con el sexo. Camino de la bodega habían intercambiado relatos rápidos pero francos de sus vidas y muertes respectivas. Él estaba enterado de su asesinato; ella, del suicidio de él. También habían hablado de sexo. Fue entonces cuando se propasó, tras lo cual la conversación se tornó mucho más abstracta e impersonal.

—Pregunte.

—¿Por qué fuiste a Las Vegas?

—Ya se lo he dicho. Tuve una visión, supongo que podría llamarse así. La foto de mi marido empezó a hablarme. Dijo que me iba a matar. Supongo que hubiera tenido que pensar que me estaba volviendo loca, pero me alegro de no haberlo hecho. Ni siquiera hice la maleta. Salí de casa y ríe dejó de andar.

—Pero ¿por qué Las Vegas? Se encogió de hombros.

—Tenía el presentimiento de que me iba a sonreír la suerte. Y no me equivocaba. Mientras estuve allí, no di golpe. Cuando necesitaba dinero, iba a cualquier sitio donde hubiera tragaperras, y siempre sabía cuál me iba a dar el premio. Casi nunca me hizo falta meter más de cuatro cuartos de dólar antes de que empezaran a sonar las campanas.

El poeta movió la cabeza y esbozó, en la medida que su rostro desfigurado se lo permitía, una sonrisa de complicidad.

—Me resulta un poco difícil de creer.

—¿Qué quiere que le diga? Hay personas que tienen suerte. Ya sé lo que está pensando. Está pensando: «El típico caso de la amita de casa que se cansa de Willowville y decide que la vida de puta es más emocionante».

Él alzó las manos en un gesto de negación.

—Yo no he dicho tal cosa.

—No, nadie se atreve a decirlo claramente, pero muchos lo pensaron. O dejaron dinero al marcharse, que viene a ser lo mismo. Pero ¿sabe cuáles eran los más agradables de todos? Los perdedores. Los que lo habían perdido todo, o al menos todo lo que tenían a su alcance. Me hacían el amor como si ellos fueran Adán y yo Eva y acabara de inventarse el Jardín del Edén. Por lo general no duraba mucho, pero mientras duraba era fantástico.

Berryman mostró su aquiescencia con una inclinación de cabeza.

—Parece lógico.

—No sé si fue por eso por lo que me mató mi marido. No se me había ocurrido hasta ahora, hablando con usted. Es probable, ¿no? Debí de averiguar de algún modo dónde estaba, fue allí y al verme con otro se volvió loco. Es una teoría. No tengo ni idea de cómo funciona su mente. Creo que no la tuve nunca.

—¿No dijo nada?

—No. Encontré una nota en la recepción del motel donde me alojaba diciendo que un tal señor Glandier me estaba buscando, y pensé: «Ha llegado el momento de cambiar de alojamiento». Subí a mi habitación, pero él había entrado antes que yo. La puerta no estaba cerrada con llave. Y no dijo nada, simplemente me estranguló. ¿Cree que es por eso? ¿Cree que fue por celos, así de sencillo?

—Yo... no tengo ni idea. No lo conozco de nada.

Las heridas empezaron a sangrarle más copiosamente. Era como un modo de sonrojarse. Bebió un largo trago desesperado de whisky.

Giselle sonrió y le tocó la rodilla. Tenía algo, aquellas alternancias entre una alegría desbordante y una pesarosa melancolía, que le hacían revivir un fragmento del año que pasó en Las Vegas. La manera de flotar a lo largo de la calle principal o a través de los casinos, maravillada por las luces y la muchedumbre, desconectada de todo el mundo, intercambiando miradas con los demás, sin que nada tuviera sentido, ni falta que hacía que lo tuviera, y entonces, una noche, ¡bingo!, inesperadamente, igual que ocurre en todas las canciones, conocería al extraño que entendería todo lo que ocurría del mismo modo que lo entendía ella, y se pasarían una noche o un fin de semana contándose la historia de su vida y haciendo el amor; luego cenarían y se dirían adiós. Qué manera más extraña e inútil de vivir, le parecía ahora, aunque mejor, mucho mejor, que la manera en que había vivido hasta entonces.

Berryman dejó el vaso y se sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta para tratar de contener la hemorragia. El pañuelo estaba ya marrón y rígido de anteriores usos y de nada le sirvió. Se lo volvió a meter en el bolsillo y alargó el brazo hacia el vaso, que había desaparecido.

—¡Maldita sea! ¡Otra vez!

—Tenga el mío —ofreció Giselle.

El poeta aceptó el vaso y dijo:

—Todavía no has respondido a mi pregunta. No la de Las Vegas sino la anterior, la del infierno. ¿No te sientes nunca condenada?

—La verdad es que no. Confusa, muchas veces, pero condenada sería algo así como condenada a muerte, ¿no? Y ya estamos muertos.

—No necesariamente. Se puede estar condenado a pagar una multa. De ahí deriva la palabra, del latín *damnum*, «multa legal». Yo pensaba que suicidándome desaparecería sin que nadie se diera cuenta, como si me fuera de una fiesta sin despedirme de los anfitriones, sin pagar la multa. Sinceramente, no esperaba otra vida. Escribí los poemas religiosos que debía, y bien ortodoxos que eran a su manera. Al fin y al cabo, no podía dejar que Elliot y éstos se llevaran toda la gloria. La tradición metafísica era tan mía como suya. Pero otra vida auténtica, literal, como ésta, con recompensas, castigos y porteros... Créeme, si hubiera previsto tal posibilidad, me habría tomado más en serio el consejo de Hamlet.

—¿Cuál es?

—Hamlet dijo que se habría matado si hubiera estado seguro de que sería como dormirse sin soñar jamás. Relacionaba el infierno con una pesadilla. Es una paráfrasis difícil; Shakespeare lo expresa mucho mejor. —Berryman adoptó una pose declamatoria e, imitando el acento británico, recitó:

Morir, dormir;

dormir, tal vez soñar; ay, ahí está el mal.

Pues en ese sueño de la muerte qué sueños vendrán

cuando hayamos desenredado esta madeja mortal,

ha de darnos pausa.

Se detuvo y repitió la última frase como si se dirigiera al apuntador:

—Ha de darnos pausa.

Su voz había adquirido un temblor sensiblero, y Giselle sabía que después de eso un borracho podía ponerse rápidamente vocinglero o bien quedarse estupefacto. ¿Qué podía hacer para mantenerlo lo suficientemente despejado para que le fuera de ayuda (tal como le había prometido, pues, según contaba, había estado presente en muchos partos asistidos por un tocólogo amigo suyo de Rutherford, Nueva Jersey) en el momento crucial? No quería tener que esconderse, como los gatos, en un rincón oscuro.

—Maldita sea —gruñó el poeta.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Giselle dejando la botella junto a la caja en que estaba sentada.

—El resto es silencio. No recuerdo ni una palabra más de ese soliloquio. Y me sabía prácticamente toda la obra de memoria. La mente se me está convirtiendo en una esponja, una esponja seca. Y encima ha desaparecido la botella.

Giselle miró al suelo; como los elefantes blancos en los que no puedes dejar de pensar si alguien te dice que no pienses en ellos, la botella estaba allí. Pero tenía que romperle el ritmo.

—¿No cree que ya ha bebido suficiente por ahora?

Berryman aplastó el vaso de plástico entre los dedos y lo lanzó al suelo; los cubitos se deslizaron por el linóleo.

—No es justo, joder —gritó—, que rompa con todo para terminar en la misma situación en que estaba antes, y que además tenga que aguantar que me vigiles como una madre.— Entonces, de repente, tal como había estallado, la ira se apagó—. Aunque, claro, así es como creó Dante su Infierno y mantuvo sus tormentos eficaces. El pecador ha de repetir los pecados de la vida terrenal, pero en su forma platónica, por así decirlo.

Giselle pensó que ojalá pudieran conversar sobre algo que no fuese todos los libros antiguos que había leído, aunque suponía que debía estarle agradecida por el mero hecho de hablar. Parecía que hablar (a su manera, sobre sus propios problemas) era lo que más necesitaba, más aún que el alcohol.

Y así se pasaron el tiempo, hablando. Hablaron de Hamlet y de diversos poetas amigos de Berryman que se habían suicidado (y a los cuales Adah Menken estaba castigando, como a él, con una especie de arresto domiciliario), de si alguno de ellos pretendía, en el fondo del corazón, suicidarse de verdad, y de si era la mejor manera, o la única, de resolver un problema grave. La tarde fue transcurriendo mientras los clientes entraban y salían de la tienda como si fueran autómatas vistos en imágenes repetidas instantáneamente; las sombras de las casas se alargaban sobre los jardines y las aceras y empezaban a cruzar la calle. Finalmente, cuando el cielo comenzó a nublarse, las diversas sombras convergieron en una sola que ganó espesor hasta convertirse en crepúsculo. Entretanto, el poeta proseguía su perorata, no siempre sobre el suicidio o sobre sus propios libros sino a veces sobre temas de interés más general, como las diferencias esenciales entre hombres y mujeres y entre ricos y pobres, sus similitudes y el modo en que funcionaban las cosas en la otra vida, especialmente para espíritus como Adah y Joy-Ann, que se habían liberado de la Tierra y podían moverse libremente por lo que Berryman llamaba el Éter.

—¿El Éter? —preguntó Giselle.

—El Éter, el Otro Lado, el Cielo, como se le quiera llamar. Parece que sabes lo que hay allí. Yo, no; y puede que no lo sepa jamás. Pero a veces... —Suspiró poéticamente—. A veces me siento tan próximo a entrar en..., bueno, donde sea. ¿Has mirado alguna vez de cerca las sombras de las ondulaciones que hacen las gotas de agua cuando caen del brazo de la ducha a una bañera llena? Las ondulaciones rebotan en los costados de la bañera y forman interferencias con las nuevas que avanzan desde el punto de impacto. A veces cierro los ojos y veo ese mismo dibujo, pero de una dimensión vastísima. Y sé que si pudiera entrar ahí...

—Para mí —dijo Giselle—, es una cuadrícula. Como la superficie de una tarta. Pero tengo la misma sensación. Quiero meterme dentro como si fuera un saco de dormir, subir la cremallera y simplemente estar ahí.

—Sin embargo, por lo que has dicho de las experiencias de tu madre, y por las cosas que ha dado a entender Adah Menken, su cielo no es en absoluto abstracto. Es tan diferente de este mundo como Saint Paul de Minneápolis. El Otro Lado de otro tipo de río.

—Sí, pero mamá dijo que no ha llegado al cielo de verdad, y que donde está no ve a ningún otro espíritu, excepto a Adah Menken. Así que tal vez sea distinto para cada persona, de la misma forma que sus ondulaciones son fundamentalmente redondas y mis cuadros son cuadrados.

Empezó a sonar el teléfono; ya lo había hecho dos veces en el tiempo que llevaban en la tienda, pero en esta ocasión el dueño siguió vaciando la caja y preparándose para cerrar como si no lo advirtiera.

—Qué extraño —dijo Berryman—. La otra vez que ha sonado era un sonido grave, como de

campana. Ahora ya no es tan lento. ¿Crees...?

—¿Qué es para nosotros? Voy a ver.

Giselle se acercó al teléfono y descolgó el auricular. A su lado, el propietario formaba fajos de billetes de un dólar.

—¿Diga?

—Hola, Giselle, soy Adah Menken. ¿Puedo hablar con el señor Berryman?

Giselle le alargó el auricular.

—Es para usted.

—Lo sabía —refunfuñó el poeta—. Sabía que esto era demasiado bueno para durar.

Respondió con su «sí» resignado y luego no dijo nada más que «ya», «entiendo» y «aja», como un subalterno. Antes de que Giselle pudiera preguntar por su madre, había colgado.

—Ya te había advertido que iba a pasar —dijo—. Alguien de este mismo barrio está organizando una sesión, y tengo que asistir. Qué jodida pérdida de tiempo. Querrán saber cosas de las que no tengo ni idea, e incluso cuando me preguntan algo a lo que puedo responder, mi dislexia hace casi imposible que dé una contestación coherente en los malditos tableros espiritistas.

—Pero ¿y...?

Giselle no dijo «yo» porque en realidad no era a eso a lo que se refería. Se colocó las manos sobre el abultado vientre.

—Ven conmigo, si quieres. No es muy lejos. En la esquina de Calumet y Carver.

—Ahí es precisamente donde me crié. ¿Van a celebrar una sesión de espiritismo en nuestra casa?

—¿Vivías en la esquina noreste, estuco amarillo con ribete marrón, valla de tela metálica en el patio trasero?

—Es la casa de Alice Hoffman. La he visto hoy en la funeraria. Seguro que quiere ponerse en contacto con mi madre, lo que no deja de ser un tanto peculiar, teniendo en cuenta que es católica.

—Te sorprendería la gente a la que he visto hacer uso de los tableros espiritistas. Curas y monjas —precisó con un guiño del ojo bueno.

—No es verdad. Dice eso para sorprenderme.

—Puede ser. Compruébalo por ti misma. ¿Vienes?

—Sí, por favor. Le prometo que no intervendré.

—Interven todo lo que quieras. Si sabes escribir, le daremos a Alice Hoffman una sesión que la dejará patidifusa. Pero antes de ponernos en camino, ¿te importaría... ejem...? Te prometo que no perderé la lucidez. Tomaré lo justo para quitarme el miedo y los temblores.

Giselle accedió y, a la salida de la tienda, cogió otra botella de Chivas Regal del estante. Se la entregó a Berryman y éste la llevó abrazada contra el pecho, como un niño camino de la cama con su osito de peluche.

—¿Quiere creer que he llegado a pesar ochenta y cinco kilos? —dijo Bing mientras troceaba una zanahoria—. Con mi estatura. ¿Se imagina?

Dejó caer la zanahoria cortada de la tabla a la olla. Alice Hoffman contempló apesadumbrada el montón de verduras frescas que había sobre la mesa. Raras veces se enfrentaba a verduras que no estuvieran congeladas.

—¿De veras necesitas tantas?

—Esta sopa no es para una sola vez. Le durará toda la semana. Cada día puede añadir algo distinto, un pellizco de esto, un toque de lo otro. Cuando empecé el programa Pretykin no comí más que esta sopa en un mes entero. Sopa para comer, sopa para cenar, y en el desayuno un pomelo, una cucharada de salvado para ayudarme a ir de vientre y a veces, por las noches, cuando perdía el control, unas rodajas finas de nabo.

Alice, a quien le repugnaban los nabos, miró las hortalizas todavía más alarmada.

—Es muy amable por tu parte, Bing, pero de verdad que no era necesario.

—No hay nada necesario —dijo Bing puntilloso mientras contemplaba con atención una gran remolacha—. Ni estar en forma ni tener buena figura es necesario, pero se encontrará mucho mejor, Alice, si adelgaza diez kilos. Al menos diez, aunque quince sería lo óptimo. Yo puedo ayudarla. He dirigido a otras tres mujeres en el programa Prettykin y todas estaban en peor forma que usted. Esto no es un régimen, es un nuevo estilo de vida. Va a cambiar sus hábitos de alimentación y ya no sentirá deseos de córner mucho azúcar refinado ni grasas con un alto contenido de colesterol. ¡Judías! Con las judías se pueden hacer cosas maravillosas.

—Pero...

Alzó el cuchillo de pelar y lo agitó a modo de silenciosa reprimenda.

—Los peros pequeñitos como ése conducen a los grandes traseros.

Alice suspiró resignada y regresó al comedor, donde la mesa ya estaba preparada para la sesión de Scrabble espiritista. Bing afirmaba haber leído en el *National Enquirer* que una médium de Texas había recibido mensajes y predicciones increíblemente detallados de varias celebridades fallecidas, entre ellas Alfred Hitchcock. Las fichas aparecían extendidas, con el lado en blanco hacia arriba, sobre la pulimentada madera oscura. Encima de un bloc de papel de Basildon Bond había un bolígrafo cruzado. En dos candelabros de cristal, que le había regalado hacía cuatro décadas su prima Bea, fallecida apenas un afio antes, se habían colocado unas costosas velas de cera de abeja, compradas en la misma tienda de Highland Park que el papel.

Alice estaba angustiada. Sabía que lo que Bing y ella estaban a punto de hacer era pecado mortal, igual que ir a un astrólogo o asistir a una misa negra. El único motivo que la inducía a seguir adelante, desafiando a la Santa Madre Iglesia, era la certeza de que no sacarían nada.

En realidad, no era ésa la única razón, ni siquiera la principal; lo cierto, lo real, era que Alice Hoffman no sabía decirle que no a Bing Anker. Había intentado evitar que hiciera aquel enorme caldero de sopa, pero él no quiso escucharla. Salió a comprar toda aquella verdura, y cuando ella insistió en que no debía molestarse, le dio la vuelta al tema de modo que pareciese que era su obligación, como invitado, no sólo preparar aquella miserable sopa sino también someterla a su dieta particular. A Alice, que pesaba lo mismo desde hacía treinta años, jamás se le había ocurrido que necesitara hacer dieta. Era todo muy confuso. Lo que Alice no comprendía era que le gustaba estar confusa.

Al salir de la cocina, Bing apagó la lámpara cenital y, tras encender las dos velas, recorrió el resto de la planta baja y fue apagando las demás luces. Sentó a su reacia anfitriona en una silla a un lado de la mesa y luego rodeó ésta para situarse justo frente a Alice.

—Bueno, ante todo, debemos desterrar de nuestras mentes cualquier pensamiento bajo, materialista. Piense en un lugar tranquilo, quizá un lago, o un jardín, e intente sentir cómo influye en su espíritu. Relájese completamente. Sin tensiones, sin nervios. Los espíritus no nos pueden utilizar como médiums si no estamos libres de toda la contaminación que nos une al plano material. ¿Lo ha hecho ya?

Alice asintió con la cabeza.

—Muy bien. Ahora vamos a llamarlos. —Bing cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y declamó, con la voz que reservaba para anunciar los números finales de la partida de bingo—: Oh, espíritus que habéis traspasado la esfera mortal, vosotros a quienes los ignorantes llaman «muertos»...— Alice dio un respingo y se irguió en la silla — , pero que en realidad estáis más vivos que nosotros, venid. Compartid vuestra sabiduría inmortal con dos humildes interesados. Habladle a esta apenada mujer y demostradle que la vida continúa después de la muerte. Bueno, Alice, ponga la mano derecha sobre las letras y cuando yo le coja la muñeca déjela completamente suelta para que los espíritus puedan guiar nuestras dos manos. No use su propia fuerza de voluntad. Si nota que le conducen la mano hacia la derecha, no se resista, déjese llevar. Y cuando los espíritus le detengan la mano, baje la punta de un solo dedo hasta que note el contacto de una ficha y cójala. ¿Entendido? —Alice asintió — . Bueno, pues cierre los ojos, lo mismo que yo, y aguardemos a que los espíritus pongan en práctica su influencia. Puede que tarden un poco.

Mientras esperaban, *Sugar* empezó a lloriquear en la cocina, asustado por la extraña combinación formada por la luz de las velas del comedor, la llama azulada del gas de la cocina y el olor a sopa de verduras que impregnaba toda la casa. Luego, tras convencerse de que sus gemidos no iban a merecer la menor atención, lo oyeron bajar al sótano, a su escondite particular detrás del calentador de agua.

Alice notó una leve presión en un lado de la mano que tiraba de ella hacia la izquierda. No era exactamente una presión ni precisamente un tirón, pero no respondía a una iniciativa suya ni parecía tampoco obra de Bing, cuyas manos descansaban suavemente sobre sus muñecas sin ejercer presión alguna hacia la derecha ni hacia la izquierda.

—¡Ya está aquí el espíritu! —exclamó Bing—. Ha sido rapidísimo. Lo primero que hemos de hacer es preguntarle cómo se llama.

Algo hizo que Alice bajara un dedo hacia la mesa y tocara una ficha.

—¿Ésta? —Bing la cogió—. Adelante.

Alice, los dedos de Alice se movían en lentas pasadas sobre la mesa; vacilaban, bajaban, tocaban, y Bing cogía las fichas tocadas para colocarlas en el pequeño expositor de plástico.

—Ha parado —anunció Alice — . Fuera lo que fuese, ya no lo hace.

Bing se maravilló de la capacidad histriónica de la mujer. Se consideraba un experto en representación, y podía afirmar que Alice Hoffman tenía los instintos adecuados; era una médium nata. Lástima que no pudiera decírselo. Lo que sí podía hacer era participar en el juego con la misma convicción que ella. Al fin y al cabo, el juego era suyo, y no quería que le ganara una novata.

Una a una, con la debida solemnidad, fue girando las fichas. Las primeras cuatro eran difíciles, D J O N, y la quinta estaba en blanco.

—D, J, O, N —deletreó Alice no sin cierto sarcasmo—. ¿Qué quiere decir eso?

—Poca cosa —hubo de admitir Bing—. Se parece a «don», que puede ser una cosa sobrenatural. Y supongo que se pronuncia igual que «John». A lo mejor cuando hayamos dado la vuelta a todas las fichas...

Con algo menos de solemnidad y un asombro proporcionalmente mayor, Bing giró el resto de las fichas.

B U R Y M E*

—¡Dios mío! —susurró—. ¿Qué posibilidades hay de que ocurra?

—Creo que deberíamos dejarlo —dijo Alice en un tono que estaba a la altura del gemido más lastimero de *Sugar*.

—¿Que lo dejemos? Esto es fascinante. Lo que hay que hacer después de estudiar el mensaje en el orden original de las letras es reorganizarlas tal como se haría para obtener la

* Entiérrame. (N. de la T.)

mejor puntuación posible en el juego. Por eso esta técnica es mucho más tridimensional que una sesión con un tablero corriente. Por ejemplo, si cambiamos la cuarta letra por la novena, tenemos JOY y BURN. Luego, usando la ficha en blanco como una E, nos da JOY BURNED ME**, que puede ser una descripción perfecta de lo que se siente al contemplar el cielo por primera vez, ¿verdad?

—Pero es su nombre —insistió Alice, que no deseaba buscar significados profundos a JOY BURNED ME—. Y todavía no la han enterrado. ¿Crees de veras que...?

—O mire esto —prosiguió Bing, cambiando otra vez el orden de las letras—. Si la ficha en blanco fuera una T, tendríamos, DON'T BURY ME***.** Y nos quedaría una J como una especie de firma.

—¿Por qué iba a decir tal cosa? —inquirió Alice, ofendida en lo más hondo.

—A lo mejor preferiría que la incineraran —sugirió él—. No me lo pregunte a mí. Pregúnteselo a ella.

Bing alargó la mano sobre las fichas de Scrabble como un caballero que invitara a bailar a una dama.

Con un estremecimiento de sumisión, Alice cedió. Los dedos de Bing se cerraron sobre su muñeca; Alice cerró los ojos y susurró:

—Joy-Ann, ¿estás de verdad aquí con nosotros?

** Me invadió la alegría (N de la T.)

*** No me encierres. (N. de la T.)

— ¿Ves lo que te decía de la dislexia? —dijo Berryman, de pie detrás de Alice Hoffman, inclinado de modo que las gotas de sangre cayeran, y desaparecieran, entre los rígidos bucles teñidos de la permanente — . No me sirve de mucho ver las letras porque las formas varían. Si no hubieras intervenido tú para señalar las letras que debía tocar, habría sido una sopa de letras, como de costumbre. Ah, y me llamo Berryman, no Bury-man.

—Perdón. No lo sabía. Berryman se encogió de hombros.

—Veo que mi fama es grande. —Se consoló con un trago de whisky — . ¿Volvemos al trabajo?

—¿Siente algo? —le preguntó Bing a Alice, y ella negó con la cabeza — . Espíritus, ¿estáis ahí? —inquirió luego en el tono intimidatorio con que se llamaría a una camarera que se hubiera olvidado de atender una mesa; y añadió—: Si nos hemos equivocado al pensar que eras mi madre, dínos quién eres.

—Oye —dijo Berryman— , es tu hermano, así que ¿por qué no me relevas?

—¿Puedo? ¿Puedo decirle lo que quiera?

—¿Como contarle todo lo referente a tu marido el asesino? Adelante. Que yo sepa no hay normas de censura, y si resulta que estoy violando alguna ordenanza celestial, mucho mejor. Tal vez así dejarán de enviarme a estas malditas sesiones.

Giselle rodeó la mesa para situarse detrás de Alice Hoffman mientras Berryman se derrumbaba, aliviado, en una de las sillas del comedor dispuestas a uno y otro lado de la puerta de la cocina. Todas las fichas de Scrabble que Giselle volviera cara arriba al ayudar a Berryman a escribir el mensaje habían recuperado su posición original, lo mismo que las botellas de la bodega regresaban a sus estantes en cuanto dejaba de pensar en ellas. Giselle les dio la vuelta otra vez rápidamente hasta que encontró una G, hacia la cual, mediante tironcitos y empujoncitos, guió los dóciles dedos de Alice Hoffman. La I, la S y la E ya estaban cara arriba, y descubrió las dos L sin mucha dificultad. Sólo le costó localizar la E final. Cuando por fin la encontró, dirigió el dedo de Alice hacia ella y se retiró para contemplar el efecto de su revelación.

Bing fue girando las fichas una a una con creciente malestar. Giselle sospechó que había iniciado la sesión como una travesura, con la única intención de divertirse un poco a costa de Alice Hoffman. De niño trataba constantemente de asustar a su crédula hermana menor con cuentos de fantasmas y hombres lobo, y no parecía haber cambiado mucho en los años que hacía que no lo veía. Ahora le tocaba a ella asustarlo, y aunque tal vez no fuera correcto, le gustaba la idea de hacerlo.

—Giselle —dijo Alice Hoffman, ladeando la cabeza para leer las letras que Bing había colocado hacia él—. Es el nombre de tu hermana, de modo que no es tu madre la que nos acompaña, sino tu hermana.

—Sí, ya lo veo.

Alice estaba visiblemente menos turbada por el mensaje que Bing, pues en el fondo aún mantenía un cómodo remanente de duda. Quizá hubieran establecido contacto con el más allá, pero también podía ser que Bing Anker le estuviera tomando el pelo. No sabía exactamente cómo lo hacía, pero también ignoraba la mayoría de las fuerzas que regían su vida. Así pues, cuando no había otro remedio que presenciar sucesos decepcionantes (como, por ejemplo, el Watergate), Alice se sentía doblemente traicionada: primero, porque la hubieran engañado, y segundo, porque no la hubieran engañado lo suficiente.

—Bueno, ¿crees que hay alguna otra explicación? —preguntó después de realizar una búsqueda infructuosa por su propia mente.

—De momento no le puedo decir qué probabilidades hay de que hayamos dado la vuelta a esas fichas accidentalmente, pero deben de ser remotísimas. Así pues, aquí hay algo, eso seguro. A no ser... —en sus ojos centelleó el vislumbre de una explicación racional — , a no ser... que el juego esté marcado.

—¿Qué quieres decir?

Bing observó a Alice y se cercioró de que era imposible que lo estuviera engañando. Su estupor era demasiado genuino.

—¿Quieres decir que crees que estoy haciendo trampas?

—No, no. Aquí nadie hace trampas. —Sus labios esbozaron una media sonrisa y se movió contra el respaldo de la silla como si atornillara el trasero al asiento para mayor seguridad —. Es real, de modo que hagámosle la pregunta obligada.

—¿La pregunta obligada?

—Giselle —dijo Bing mirando hacia el techo, donde las tenues sombras de las ondulaciones del estuco temblaban a la luz de las velas—, si estás ahí, ¿puedes decirnos cómo te mataron? ¿Quién fue? —Miró a Alice—. Ponga la mano sobre las letras.

Alice obedeció de mala gana. La repentina seriedad de Bing empezaba a ponerla nerviosa.

Giselle miró a Berryman interrogante y éste dijo:

—¿Qué puedes perder?

Una vez más, Giselle guió los dedos de Alice entre las fichas de Scrabble, casi con la rapidez de una mecanógrafa, pues desde su punto de vista casi todas las fichas estaban ya cara arriba.

Resultaba extraño ver cómo las que iba volviendo desaparecían en el momento en que Bing las cogía y las ponía en orden a lo largo del borde de la mesa.

Unos instantes después que Giselle hubo terminado el mensaje, Alice anunció:

—Greco que ya está.

Bing volvió las letras.

ROBERTMURDEREDWE*

La W le extrañó, pero entonces cayó en la cuenta y le dio la vuelta para convertirla en una M**.

—Robert es el marido.

—Ya lo sé —dijo Bing.

—Pero Joy-Ann me dijo que, cuando ocurrió la tragedia, Robert estaba pescando en el lago Rush. Y lo debió de demostrar, seguro que hay testigos, o de lo contrario la policía hubiera seguido investigando. No creo que sea posible lo que dicen esas letras, así que más vale que lo dejemos.

—No, por favor —intervino Bing con una ansiedad que no hizo sino alarmar más a Alice—. Ahora no. Puede haber otra explicación. A lo mejor el inconsciente controla todas las letras, aunque estén boca abajo y mezcladas. Así es como se suelen explicar los mensajes espiritistas, por el subconsciente. Pero quizá no, quizá sea real.

—¡Eso es precisamente lo que pensaba! ¡Por eso tenemos que dejarlo!

—Pues déjeme probar a mí entonces. —Alargó la mano derecha hacia las letras y preguntó en un tono como de enfado—: Bueno, ¿puedes demostrar de alguna manera lo que dices? ¿Hay alguna prueba?

Giselle suspiró.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —se quejó a Berryman—. Yo soy la víctima, no un detective.

El poeta frunció el ceño.

—Antes has dicho no sé qué de que recibiste una nota en el motel. ¿Qué hiciste con ella? ¿Te acuerdas?

—Me la metí en el bolsillo.

* Literalmente, ROBERTMATÓNOS. (N. de la T.)

** Al convertir la W en M, la frase se transforma en ROBERT-MURDEREDME, es decir, ROBERTMATÓME, es decir, «me mató Robert». (N. de la T.)

—Entonces la policía tuvo que encontrarla, a no ser que la cogiera tu marido y la destruyese, que seguramente es lo que ocurrió. ¿Cómo ibas vestida cuando te mató?

Giselle se echó a reír ante lo absurdo de la pregunta, que le recordaba la que salía *en El, juego de, los recién casados*. Luego, al darse cuenta de su coherencia, respondió:

—No iba vestida. En cuanto llegué a la habitación me quité todo lo que llevaba porque quería darme una ducha rápida antes de marchar. Y cuando entré en el dormitorio, allí estaba, esperando.

—¡Así que la nota puede estar todavía en el bolsillo?

—Puede ser. Era un traje-pantalón anaranjado que cuando me lo ponía me daba la sensación de que me había convertido en bombilla, de lo chillón que era. Pero quién sabe adonde habrá ido a parar.

—A lo mejor tu hermano podría averiguarlo. Vale la pena intentarlo.

Mientras se desarrollaba esta discusión, Bing permanecía sentado muy erguido, con la mano extendida sobre las fichas de Scrabble como si fueran las brasas de un fuego. Tenía los labios tensos, en una sonrisa que no reflejaba el menor humor. Con el pie derecho daba golpecitos de impaciencia en la alfombra trenzada.

Giselle intentó guiar su mano tal como había guiado la de Alice, pero estaba rígido e insensible como una estatua.

—Me parece que no nota nada.

—Algunas personas no pueden —explicó Berryman—. Generalmente han de ser tipos frívolos. Tienen una manera distinta de relajarse. La idea del estado de trance está más próxima a su visión de las cosas.

—Entonces, ¿qué hago?

—Vuelve a probar con la señora, todavía la tienes ahí.

Al percibir el primer contacto, Alice Hoffman emitió un gritito y dio un respingo, pero no opuso resistencia a las indicaciones de Giselle. Su flaccida mano se dejó levantar de la mesa. Letra a letra, Giselle fue respondiendo a la pregunta de su hermano. Bing esperó a que el dedo de Alice dejara de moverse sobre las letras ocultas y seguidamente dio la vuelta a las tres hileras de fichas que tenía ante él:

FINDTHENOTE

INORANGEPAN

TSUITPOCKET*

—¡Ah! —dijo Alice Hoffman en cuanto hubo comprendido que, para entenderlo, la segunda línea tenía que conectarse con la tercera—. ¡Ah! —repitió, retirando la silla de la mesa sin previo aviso, con lo cual Giselle quedó inmediatamente desmaterializada del comedor—. Ya sé a qué traje se refiere. Se lo vi puesto a Joy-Ann. Está colgado en el armario, ahí enfrente.

* Busca nota en bolsillo traje-pantalón naranja. (N. de la T.)

Cuando el respaldo de la silla de madera lo golpeó en la cabeza, el feto del hinchado vientre de Giselle se retorció a modo de protesta y rasgó con sus deditos los tejidos que lo rodeaban. Por un momento atemporal, feto y mujer rodaron en el vórtice de todos los espacios posibles hasta que, como la bola de madera que cae del bombo metálico a la mano del locutor de bingo, se encontraron en el único espacio determinado por la necesidad celestial.

Era un dormitorio situado en la esquina de la casa de los Anker en Calumet Avenue, frente al domicilio de Alice. El mismo dormitorio y la misma cama en que había dormido Giselle durante toda su infancia y su adolescencia. El mismo tocadorcito de pintura de color rosa desportillada ocupaba el mismo rincón, entre la ventana que daba a Calumet y la que daba a Carver. Las mismas cortinas de flores descoloridas con volantes polvorientos cubrían las ventanas y tamizaban el resplandor de la farola de la esquina.

El feto daba manotazos y patadas buscando la salida. Su fuerza de voluntad había crecido en la misma medida que su conciencia, y ya no estaba dispuesto a tolerar la reclusión. Tenía intenciones y capacidades que sólo podían llevarse a la práctica en el mundo exterior. En aquella fase, todavía no era en esencia sino una intención de realizar un mal inimaginado. Ese objetivo medio existente apretaba la boca contra los frágiles tejidos de la matriz, tratando instintivamente de abrirse paso a mordiscos. Pero la placenta era demasiado elástica, y lo fue incluso cuando las infantiles encías lograron hacerse con un punto de apoyo. Para horadarla necesitaba dientes. Como si la semilla hubiera estado ya plantada, empezaron a brotarle los primeros dientes.

Giselle no había experimentado jamás los legendarios dolores del parto. Supuso que los que sentía entonces eran sencillamente los que todas las madres han tenido que soportar a lo largo de los tiempos, y trató de hacer lo propio. El anillo mágico que llevaba le permitió agarrarse a la colcha de felpilla cuando sintió los dolores más intensos; luego disminuyeron momentáneamente, y pudo acercarse a la ventana, abrirla e interpelar al poeta, a quien había dejado al otro lado de la calle, en casa de Alice Hoffman.

—¡Socorro! —gritó en plena noche de primavera, mientras el autobús de Calumet se detenía en el semáforo y abría las puertas para que se apeara un único pasajero—. ¡John! ¡Estoy aquí enfrente, en casa! ¡Ayúdame, por favor!

El autobús se alejó traqueteando por Calumet mientras el pasajero cruzaba la calle y pasaba ante la casa de Alice Hoffman en dirección a Grant.

Giselle volvió a gritar, un alarido sin palabras que le rasgaba la garganta, y cayó de rodillas, asida al alféizar de la ventana abierta. La cortina aleteaba alrededor de ella por efecto de la brisa nocturna. Pasaron varios coches por la calle, sin que ninguno de sus ocupantes advirtiera sus gritos. Sólo Berryman, que estaba en la casa de enfrente, podía ayudarla, pero sin el anillo mágico ni siquiera era capaz de abrir la puerta para llegar hasta ella.

En el vestíbulo de la casa de Alice Hoffman se encendió una luz y, mezcladas con los sonidos del tráfico, alcanzó a oír las voces de su hermano y de Alice alternativamente.

Volvió a gritar:

—¡John! ¿Me oye?

Lo único que obtuvo por respuesta fue el sonido de un frenazo lejano.

Se abrió la puerta de la casa y, enmarcada por la brillante luz, vio la silueta de su hermano, que aún hablaba con Alice. No distinguía las palabras que pronunciaba, pero sabía que su tono era tranquilizador. Sin embargo, la voz de Alice al contestar sonaba muy distinta; tenía el timbre y el ritmo de los ladridos de *Sugar*.

¿O acaso estaba oyendo al propio *Sugar* ladrar desde el sótano?

El interrogante, la posibilidad de plantear interrogantes en cualquier forma, perdió todo significado por efecto de un nuevo acceso de lo que ella suponía contracciones: rápidas y cortas acometidas de dolor, como si unas aves enormes picotearan sus órganos más sensibles desde su propio interior. Abrió la boca y su cuerpo se convulsionó hacia atrás, hasta adoptar la posición de yoga conocida como «cobra». Se quedó mirando fijamente la unión del techo y la

pared empapelada, como si aquellas superficies de tono ámbar claro iluminadas desde la calle fueran un velo a punto de abrirse para revelar el terrible significado de una pesadilla.

No tenía modo de saber cuánto duró el dolor. Mientras lo sentía, le pareció eterno; cuando terminó, se derrumbó en el suelo, con la mente desprovista de cualquier pensamiento que no fuera el horror de lo que acababa de pasar, el miedo a que se reprodujese. Luego, cuando recuperó el sentido de la sucesión temporal y de lo racional, supuso que había rebasado las puertas del sufrimiento, que el hijo que había llevado dentro (¿durante cuánto tiempo?; ¿veinticuatro horas?) estaría junto a ella o en la gastada moqueta de la habitación, recién nacido. Pero se llevó la mano al hinchado vientre y supo que el feto seguía allí, en su interior.

Entonces, como si la presión de la mano hubiera accionado un disparador, se desencadenó otro espasmo de dolor destructor. En esta ocasión, cuando se recuperó, Berryman la acompañaba y le hablaba, esforzándose por aplacar con sus palabras tanto el dolor de Giselle como su propio miedo hablando.

—Te he oído, pero no podía venir. No he podido salir de la casa ni entrar aquí hasta que tu hermano ha convencido a Alice Hoffman de que le diera la llave. Parece que tu madre le había dado una por si ella se la dejaba olvidada dentro. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Estás consciente?

Giselle asintió con la cabeza y sonrió, o al menos lo intentó.

—Ahora está aquí, buscando el traje-pantalón anaranjado en el armario de tu madre. Por eso he podido entrar, me he colado detrás. Cuando te he encontrado estabas retorciéndote. Y el niño... —Berryman se llevó la mano a la ensangrentada barba—. No puedo describirlo. Era como si intentara abrirse paso a la fuerza. El vientre se te... deformaba increíblemente.

—No hable, por favor, no hable. Ayúdeme a sacarlo. Va a volver a empezar.

—Pero ¿cómo puedo...?

—No lo sé...

La última vocal se transformó en un torturado gemido y arqueó la espalda como para formar un puente por el cual pudiera alejarse el dolor. Pero era una falsa alarma. Lo peor aún no había llegado.

—Un cuchillo. Coja un cuchillo —le ordenó.

—Dios santo, Giselle, no. No puedo hacer... una cesárea. Subrayó su negativa moviendo la cabeza vigorosamente.

Luego, en una reacción tan fuera de lugar que rayaba en la sangre fría, se echó a reír. Un momento después hizo girar el ojo bueno como autocensurándose, pero a poco volvió a reírse, hasta que se mordió el labio para contener las risas y explicó en un murmullo contrito:

—Me estaba acordando de una escena de *Lo que el viento se llevó*. Aquella en que Melanie está a punto de dar a luz y Butterfly McQueen dice su gran frase. —Cambió a una voz de faldete para decir—: «Señorita Escarlata, yo no sé nada de ayudar a traer al mundo». En otras palabras, que lo que te dije antes de que había ayudado a William Carlos Williams a traer niños al mundo era mentira. Una vez, sólo una vez, vi una película sobre el alumbramiento natural, nada más.

—Por favor, no discuta. Coja el anillo, vaya a la cocina y saque un cuchillo del cajón de la derecha del fregadero.

Se quitó el anillo del dedo y se lo entregó. Berryman se quedó contemplando la joya, inmóvil. Se sentía como si acabara de casarse. Sabía que era una reacción inadecuada y tenía la sensación de que durante toda su vida sus reacciones habían sido siempre inadecuadas. Al mismo tiempo, y en un nivel de conciencia totalmente distinto, estaba muerto de miedo.

—De prisa, por favor —suplicó ella literalmente de rodillas—. Antes de que vuelva a empezar.

—Bueno, bueno, ya voy.

Salió de la estancia al pequeño distribuidor y pasó por delante de la puerta del dormitorio de Joy-Ann, donde Bing seguía revolviendo el armario. Mientras bajaba la escalera sopesó la

posibilidad de marcharse. Como estaba en posesión del anillo, podía pasarse el resto de la eternidad borracho. Aquel mismo día había ideado un modo de quitárselo a Giselle con esa intención. Pero era demasiado tarde. El espíritu del bien se había apoderado de él, un espíritu que despreciaba y del cual desconfiaba, pues hasta entonces lo había conducido de una desventura moral a otra.

Los cuchillos estaban en el cajón que le había indicado Giselle. Eligió el más grande y de aspecto más siniestro, un cuchillo de trinchar, pero luego lo pensó mejor y lo cambió por otro de pelar. Lo que pretendía era practicar una incisión, no rebanarla por la mitad.

Mientras regresaba arriba, pensó que la carne de los fantasmas, lógicamente, debía de ser distinta de la de los vivos. Sus propias heridas siempre abiertas eran prueba de ello. Por otra parte, el hecho de que sangrara de forma perpetua también era prueba de que aunque los fantasmas quizá no sufrían heridas mortales, sí podían (como los condenados del Infierno de Dante) sufrir daños; conocían el dolor.

Al entrar en el cuarto de Giselle advirtió que habían escendido la luz; Bing, junto a la puerta del armario, miraba los apretados colgadores. Giselle, invisible para su hermano, seguía tendida en el suelo, con sus desfigurados rasgos convertidos en una máscara trágica por el resplandor de la bombilla del techo.

Se arrodilló a su lado, cerró los ojos en un rápido remedo de plegaria y apoyó la punta de la hoja contra la curva superior del abultado vientre. Una ligera presión provocó un puntito de sangre, pero el tejido de debajo de la epidermis se resistía al cuchillo.

Ejerció mayor presión y el tejido cedió; de la hendidura empezó a manar sangre. Entonces, mientras ella gritaba, apareció una manecita roja en el borde de la herida; la mano asió la hoja del cuchillo y tiró de ella para agrandar la abertura. Berryman se quedó mirando fijamente la mano, luego las dos manos, incapaz de hacer nada.

Con los movimientos de una persona que se pone un jersey ceñido, el feto salió de la oscuridad de las entrañas de Giselle. Su cabeza bulbosa y deforme emergió de la carne abierta. Parpadeó al entrar en contacto con la luz, y luego, con la acción reflexiva que hasta los dedos de un niño pueden realizar, le arrebató el cuchillo a Berryman y se lo clavó a éste con saña en el corazón, en la garganta, en el ojo sano. Mientras el cuchillo se clavaba y hundía, sus pequeños pulmones absorbieron y expelieron la primera carga de aire con un grito agudo de triunfo.

«Ahora le toca a ella», pensó.

Se retorció, enredando sus piernecillas atrofiadas con las vueltas del cordón umbilical, para mirar a Giselle, que yacía aturdida pero consciente sobre la moqueta empapada de sangre. Sus ojos se encontraron por un breve instante, transcurrido el cual, Giselle volvió la cara.

Se sentía engañado. Ansiaba ver horror, odio, aversión; en cualquier caso, algo más que mero cansancio y alivio ante el fin del dolor. Quería ser la causa de más y más dolor insufrible para recrearse en él.

Extrajo el cuchillo de donde había quedado hundido, en el ojo ciego del poeta, y lo utilizó para seccionarse el cordón umbilical. A continuación, mientras permanecía sentado indeciso, lamiendo la sangre del cuchillo, el hombrecillo que seguía revolviendo el armario murmuró:

—Dios mío, es éste.

Se volvió y se quedó inmóvil junto a la puerta del armario con un papel amarillo en la mano.

El feto..., pero ya no podía ser llamado feto, ni tampoco niño, ni todavía demonio; más bien había que pensar en él como un ser intermedio debido a su naturaleza dividida, pues pertenecía tanto al mundo físico, por línea paterna, como al inmaterial, por línea materna; a los dos, pero a la vez a ninguno.

Aquel ser intermedio se arrastró por la moqueta en dirección a su nuevo objetivo. A través de la conciencia que había compartido con su madre mientras ésta se encontraba detrás del hombrecillo en la otra casa, sabía que el individuo, y el papel que llevaba en la mano, constituían una amenaza para Robert Glandier. El ser reconocía a Glandier como su padre y sentía cierta lealtad hacia él. Ahora pretendía servirle asesinando a su enemigo. Alzó el cuchillo en sus manitas y se lo clavó al hombre en el tobillo, justo por encima del tendón de Aquiles. Pero en lugar de producir un reguero de sangre, el cuchillo se desmaterializó; era un cuchillo fantasma, extraído del cajón mediante el poder fantasmagórico del anillo de Giselle; tan sólo tenía capacidad para herir a otro fantasma.

Sin percibir el daño que pretendía infligírsele, Bing Anker atravesó el dormitorio para situarse bajo la lámpara del techo, donde vería mejor el papel que había descubierto en el bolsillo de la chaqueta del traje-pantalón anaranjado. Al dar el tercer paso, su pie pasó por el espacio ocupado por la rodilla fantasmal de John Berryman y tomó posesión de él. En el mismo momento de producirse la interpenetración, Berryman fue trasladado al espacio que se había creado por sus propias acciones habituales dentro de la estrecha esfera que le era permitido habitar. Allí quedó, bajo el puente desde el cual había saltado a la muerte, sobre la oscura superficie de las suaves ondulaciones del río; la sangre le chorreaba del rostro, la garganta y el corazón

—Es éste —dijo el hombrecillo.

Sostenía el papel amarillo con el delicado fervor que podría concederse a un billete de lotería premiado, y motivos tenía para ello, pues se le había ocurrido que si Glandier era condenado por el asesinato de su esposa, perdería todo derecho sobre la casa de los Anker. ¿Y no tendría Bing, como único heredero de Giselle, derecho a las propiedades de Glandier? La propia especulación le produjo una especie de placer avaricioso y vengativo, como si hubiese inhalado nitrato de amilo.

El ser sintió una ira creciente que se iba transformando en rabia. Una bilis de furia frustrada burbujeaba en su garganta y borbaba de su boca el regusto de la sangre. Escupió con furia. Pero no era una furia pasiva, sino que se centraba en su objetivo, lo alertaba contra el mensaje que en ese preciso instante llevó hasta él la brisa nocturna, a través de la ventana que había dejado abierta Giselle.

Agarrándose al vuelo de las cortinas, se subió al alféizar. Poca distancia lo separaba del tejadillo del porche; mayor era la que mediaba entre el tejadillo y la escalera de madera. No lo detuvo el dolor de la caída; el ser era indiferente al dolor y las heridas.

Sus piernas estaban demasiado atrofiadas (no eran sino muñones sin articulación) para

permitirle andar erguido, de modo que se arrastró por el agostado césped hasta alcanzar la calle. Aunque ágil, no se movía con precaución, y a punto estuvo de ser atropellado por una furgoneta de reparto. Cuando la furgoneta pasó como una exhalación, sin percatarse de nada, el ser alzó la cabeza para lanzar un mudo juramento.

Se arrastró por el jardín de Alice hasta un ventanuco que daba al sótano y se detuvo un momento a escuchar. *Sugar*, al percibir su presencia, emitió un quejumbroso ladrido y empezó a aullar muy excitado.

El ser saltó al suelo del sótano y se abrió paso rápidamente en la oscuridad hasta el escondite de *Sugar*, detrás del calentador de agua.

Arriba, Alice regresó de la molesta vigilancia junto a la ventana de delante, entró en la cocina y se situó en lo alto de la escalera que conducía al sótano.

—*iSugar!* —gritó a la oscuridad—. ¡Cállate inmediatamente!

Comprobó, maravillada, que no tenía que volver a gritar. Por lo general, en ocasiones de mutuo nerviosismo, *Sugar* y Alice improvisaban una especie de dúo de ladridos y gritos en armonía, pero aquella noche no volvió a oír ni pío, ni un lloriqueo. Con una indefinible sensación de desengaño, Alice regresó al comedor, donde las fichas de Scrabble todavía formaban sobre la mesa los mensajes de la sesión de espiritismo. Experimentó el impulso de volver a meterlas todas en la caja y guardarla en la parte de atrás del armario para poder relegar todo lo ocurrido a un rincón igual de polvoriento de su mente.

Llamaron a la puerta principal. ¿Había echado la llave cuando se fue Bing a casa de su madre? Qué despiste por su parte. Pero cuando se acercó a la ventana a mirar, no había nadie en la entrada.

Entonces oyó que se abría la puerta de la cocina.

—¿Bing? —gritó alarmada.

Al oír su voz que respondía desde la cocina, sintió un hondo alivio.

—Alice, no se lo va a creer, pero estaba allí. Un papel con el membrete del Lady Luck Motor Lodge y...

Calló bruscamente al oír un gruñido de *Sugar* y su propio chillido horrorizado. Alice llegó a la puerta de la cocina a tiempo para ver cómo retrocedía contra los fogones. Se había llevado la mano derecha a la garganta tratando de zafarse de las zarpas del terrier escocés, que, al no poder agarrarse a la carne, clavó los dientes en el cuello de la camisa. Echó atrás el brazo izquierdo para mantener el equilibrio, pero, con fatal precisión, metió la mano en la olla de sopa hirviendo. Cayó gritando al suelo, arrastró la olla en la caída y se golpeó la cabeza en la esquina del frigorífico. *Sugar*, sin prestar atención a sus propias quemaduras, continuó atacando el cuerpo inconsciente y desvalido; mordió y desgarró con saña la garganta y la magullada carne del rostro.

—*iSugar!* —gritó Alice—. *iSugar*, para!

Sugar hizo caso omiso de su dueña; ahora su lealtad se orientaba hacia otra parte, hacia el ser que había tomado posesión de su alma animal y controlaba sus acciones como un titiritero controla las espasmódicas extremidades de sus títeres.

A Alice no se le ocurrió atacar al perro mientras éste dirigía su ferocidad contra Bing; tampoco tenía ánimo para hacerlo. Hizo lo que habría hecho en cualquier otra emergencia. Se dirigió al teléfono y marcó el 911.

Antes de que Alice hubiera oído dos señales de llamada, *Sugar* salió de la cocina detrás de ella. Saltó al asiento del sofá y desde allí al hombro de Alice para clavarle los dientes en la oreja. La mujer dio un grito y azotó al animal con el auricular. El can cayó al suelo, pero volvió a saltar contra ella inmediatamente. Mientras le rasgaba el vestido con las zarpas, Alice le dio una patada. El perro le mordió el pie.

Alice corrió al comedor en busca de algo con que golpear al perro, y éste la siguió. Entonces, en un alarde de inteligencia, pensó que debía poner una puerta entre el animal enloquecido y ella. Entró en la cocina, asió el pomo de la puerta y resbaló, con un grito agudo, con la sopa que impregnaba el suelo de linóleo. Murió antes de que su cuerpo acabase de

rebotar contra los peldaños de la escalera del sótano.

De repente la casa quedó en silencio, con la excepción de la vocecilla que surgía del auricular del teléfono. *Sugar*, sin prestar ninguna atención a la voz, bajó al trote hasta la base de la escalera y empezó a olisquear la sangre que manaba del cráneo fracturado de Alice Hoffman. Lamió el charquito que se había formado junto al cabello que todavía conservaba su permanente y a continuación sacudió vigorosamente todo el cuerpo para liberarse de la sopa que pringaba su pelaje blanco.

Tras dar otro lametón a la sangre, regresó al comedor y saltó a una de las sillas. Torpemente, pues sus patas no estaban hechas para tal tarea, desordenó el mensaje escrito en las fichas de Scrabble que había en la mesa. Luego, como última tarea antes de abandonar la casa a través de la portezuela construida para él en la base de la puerta trasera, abrió los dedos rígidos de Bing uno a uno y sacó el papel amarillo con el membrete del Lady Luck Motor Lodge.

«Ya verás cuando lo vea papá —pensó el ser—. Se quedará patitieso.»

Al despertar no recordaba la pesadilla, que debía de haber sido una especie de sueño erótico, por lo que dedujo al despegar el glande que había quedado adherido al pijama de franela. Luego, de pie ante el espejo del cuarto de baño, con los ojos aún nublados, y mientras desenredaba el cordón umbilical de la máquina de afeitarse, una única imagen afloró a la superficie del recuerdo; la visión fugaz de la garganta de Bing Anker en tanto que él, Glandier, se preparaba para hundir los dientes en aquella carne rosada. Dejó la máquina de afeitarse en la repisa que había sobre el lavabo y, acto seguido, cerró los ojos, esforzándose por recordar más y temiendo lo que pudiera evocar.

Era un sueño, y todos los sueños eran absurdos. Ya lo había enunciado Freud. Lo que no debía hacer era confundir los sueños con el mundo real. En circunstancias normales, ello no hubiera constituido problema alguno; en circunstancias normales se habría ido al despacho y se hubiera puesto a trabajar. El trabajo y la realidad eran conceptos geoméricamente congruentes. Pero era domingo y la oficina estaba cerrada, y al día siguiente se celebraría el funeral de Joy-Ann, lo cual significaba que iba a tener que matar el tiempo durante dos días enteros antes de poder volver a la rutina. Así pues, debía hacer algo, como por ejemplo volver a ordenar el dormitorio. O bien arrancar el papel de la pared, dar una capa de imprimación, sanear allí donde fuera necesario y pintarlo todo de un color vivo y sufrido que borrara el recuerdo de aquellas absurdas inscripciones.

¿De qué color, por ejemplo? Rojo sangre. Se le ocurrió espontáneamente. Al principio le pareció un chiste, las gotitas rojas deslizándose por la superficie de una lata de cuatro kilos. ¿A quién se le iba a ocurrir pintar un dormitorio de semejante color? Pero los regueros se unieron para formar un charco junto al cráneo fracturado de Alice Hoffman, y él estaba de rodillas, lamiendo la sangre.

Otra vez la pesadilla, no era otra cosa; pero ¿por qué parecía tan real? ¿Por qué estaba tan seguro de que Alice Hoffman había muerto? No podía haber atravesado Minneápolis para matarlos, a ella y a Bing Anker, en un trance de sonambulismo. ¿A qué entonces aquel impulso de llamar a la vieja chismosa? Pero ¿importaba eso? El impulso era lo bastante fácil de satisfacer. Buscó el número en el listín de St. Paul y lo marcó.

A la tercera llamada, contestó una voz varonil.

-¿Diga?

La reacción inmediata de Glandier fue colgar, pero lo pensó mejor.

—¿Es el seis-nueve-cero, tres-seis-tres-uno?

—Sí. ¿Quería hablar con la señora Hoffman?

—Sí. Había pensado pasar a recogerla para ir a la funeraria McCarron. Era amiga de mi suegra, la señora Anker.

—Me temo que la señora Hoffman ha sufrido un accidente. ¿Podría decirme quién es usted, por favor? Me ocuparé de que alguien de comisaría le llame para informarlo en cuando averigüemos algo más.

—¿Está... bien?

Se produjo una pausa durante la cual el individuo del otro extremo del hilo telefónico debió de considerar si debía o no facilitarle tal información, pero por fin dijo:

—La señora Hoffman sufrió un accidente mortal anoche al caer por la escalera. También un invitado suyo, Bing Anker, resultó gravemente herido en lo que parece un accidente relacionado con el de ella. No conocemos todavía los detalles, y el señor Anker aún está inconsciente. ¿Lo conoce usted?

—No mucho.

Glandier sintió de nuevo el irresistible impulso de colgar, pero volvió a pensarlo mejor. Ya había mencionado a su suegra, así que sabrían quién llamaba. Así pues, tras las apropiadas expresiones de aflicción, le contó al policía lo poco que sabía acerca de Bing Anker, tras lo cual le sugirió que se pusiera en contacto con Flynn, el abogado de Joy-Ann. Trató de obtener más

datos sobre el accidente, pero no sacó nada. Le dijeron que ya lo llamarían aquel mismo día. Fin de la conversación.

Si no era un sueño, entonces, ¿qué era? Una especie de noticiario privado, pero ¿de quién?

Se acercó al ventanal y contempló la monótona extensión del jardín delantero, como si pudiera encontrar allí la respuesta. Y allí estaba, aunque no la reconoció de inmediato como tal. En medio del césped había sentado un terrier escocés blanco, que miraba atentamente la casa. Cuando vio a Glandier junto a la ventana, se levantó agitando la cola y corrió hacia la puerta principal. En toda la calle no había rastro de su dueño.

Glandier se dirigió a la puerta, la abrió y miró al perro a través de la mosquitera.

Con cierta torpeza, debido a la poca longitud de sus patas, el animal ascendió los tres escalones y depositó un arrugado papel amarillo ante la puerta. A continuación se retiró, se sentó de nuevo y se quedó mirando a Glandier, expectante.

Glandier abrió la puerta mosquitera y se agachó a recoger el papel empapado de saliva. Cuando lo hubo alisado, vio todavía legible el membrete del Lady Luck Motor Lodge, así como lo suficiente de la nota escrita como para calibrar su trascendencia.

Glandier mantuvo la puerta abierta; el terrier blanco se incorporó con un ladrido de agradecimiento y entró en la casa. Tenía el pelaje revuelto y manchado. La piel, en aquellas zonas por donde asomaba a través del pelo, parecía irritada. Entró al trote en la cocina, y se dejó caer pesadamente ante los fogones, como si le hubiera leído el pensamiento a Glandier y supiera exactamente lo que se proponía hacer con la nota del Lady Luck Motor Lodge.

El hombre encendió el fuego y sostuvo el papel sobre la llama azulada. No ardía fácilmente, pero cuando por fin se hubo consumido casi por completo, el perro emitió una serie de ladridos jubilosos.

Sonriendo, Glandier se acuclilló y palmeó con cariño la cabeza del terrier.

—Bien, amigo, ¿cómo te llamas?

El perro sacudió la cabeza y Glandier vio la plaquita metálica que llevaba sujeta al collar, en la cual se leía:

iHola! Me llamo Sugar.

S; me pierdo, por favor,

llame a mi casa:

690-3631

El número era el mismo que Glandier había encontrado en el listín y había marcado hacía unos minutos, el número de Alice Hoffman.

Por un momento, al despertar en su antiguo dormitorio, Giselle no se acordó de que estaba muerta. Se extrañó de que hubiera estado durmiendo en el suelo. Le dolía la espalda y estaba desnuda. Luego, al volverse de costado, el dolor de la incisión abierta actuó como sinopsis de los acontecimientos de la noche anterior y volvió a experimentar el miedo. Pero estaba sola, en la casa reinaba el silencio y la herida parecía casi cicatrizada. Sentía un dolor dentro, como un eco distante de los retortijones que había sufrido durante la noche, y los bordes de la herida estaban doloridos. Pero podía moverse. Cuando se puso en pie y empezó a andar, comprobó que no sangraba y que no se le intensificaba el dolor.

Vio el traje-pantalón sobre la cama y, acordándose de que estaba desnuda, se agachó para coger la suave prenda de algodón y poliéster naranja. Sin el anillo, obtuvo el mismo resultado que si hubiera intentado arrancar el papel de las paredes o la pintura de la cama. Le había dejado el anillo a Berryman y, tal como temía, se había largado con él, no tenía ni idea de adonde.

Por la ventana alcanzaba a ver un coche de la policía estacionado en el lado de la calle Carver en que se levantaba la casa de Alice Hoffman. El sentimiento de culpabilidad se apoderó de su espíritu, pues sabía que, fueran cuales fueren los sucesos que habían requerido la presencia del coche patrulla, en el fondo la culpa era suya. Como espíritu, había cometido el error de entrometerse en la existencia de los vivos, de dejarse llevar por un impulso vengativo. La venganza no haría sino añadirse al mal original e incrementar su alcance. Pobre señor Berryman, como si sus propias miserias no fueran lo suficientemente graves... Pero la imaginación se echó atrás ante la posibilidad de hacerle sufrir más. Tenía que encontrarlo y...

¿Recuperar el anillo? ¿Tal vez sería eso, y no la caridad, lo que la impulsaba? Nada de lo que podía hacer, ninguna de las opciones que se le planteaban, parecían libres del defecto del egoísmo y el ansia de ver sufrir a su esposo. Cada día que pasaba fuera de la sepultura crecían tales ansias, como el niño había crecido en sus entrañas. El anhelo de sufrimiento se cebó en ella. Era un cáncer que le consumía el alma y no podía luchar contra él. Al contrario, lo apretó contra su pecho y le ofreció un banquete.

¿Acaso le resultaba posible hacer algo que no la hundiera más en la desgracia, que no engendrara horror? Si era así, no haría nada. Se quedaría en la cama de su infancia y dedicaría el tiempo a dormir. La herida se le curaría, fijaría su mente en el vacío, penetraría en la nada que se extendía detrás de sus ojos cerrados y moriría, si podía, en una segunda muerte más completa, sin posible despertar.

«Esto debe de ser una lección de poesía —pensó Berryman, al despertar—. He entrado en la hermandad de los ciegos; ilustres. Hornero y Milton están a mi lado.»

*Oh, oscuridad, oscuridad en pleno resplandor del mediodía,
oscuridad irrecuperable, eclipse total
sin esperanza de día.*

Como si las volutas cambiantes de las olas sobre las que yacía fueran un Braille viviente, los versos aparecieron ante él, milagrosamente recuperado su recuerdo.

*Vivir una vida medio muerta, una muerte viva,
y enterrada pero, ay, todavía más desdichada.
Yo mi sepulcro, una tumba móvil,
enterrado pero no exento
por el privilegio de los muertos y el entierro
del peor de los males, dolores y calamidades,
sino más sujeto
a todas las miserias de la vida,
la vida en cautividad,
entre enemigos humanos.*

«Milton y yo..., ambos deberíamos estar vivos ahora. Si tuviera lágrimas...»

Pero seguramente las tenía. Se llevó los dedos a las mejillas y percibió la sangre que, en profusión fantasmal, sin origen aparente, seguía rodando por su rostro. Qué ejemplo qué inspiración, qué advertencia, si sus queridos lectores lo hubieran visto entonces. Se colgaría un patético letrero mal escrito del cuello:

*He aquí alguien
que rechazó el don de la luz.
Ahora, por su pecado de suicidio,
se hunde en la noche eterna.*

¿Qué corazón no se enternecería al verlo allí, en decúbito supino, haciendo sonar una taza de latón? ¿Qué arrebatos de aflicción no provocaría si fuera visible? Qué pena, qué desperdicio que nadie supiera que John Berryman estaba mucho más hundido, destrozado, abatido, que otros hombres o poetas.

—John —dijo una voz familiar y algo autoritaria desde el vacío circundante—, ¿qué crees estar haciendo ahí tendido de espaldas?

Se incorporó, con un doble sentimiento de gratitud por tener audiencia y de desilusión al reconocer la voz de Adah Menken. Intentó hablar, formular la innecesaria (y sin embargo, en boca de un ciego, patética) pregunta: «¿Quién es?». Pero estaba mudo. De la herida de la garganta no brotaba sino sangre. Estaba ciego, estaba mudo, y ni siquiera podía escribir mensajes con su propia sangre, a la manera en que lo hacía el Tito de Shakespeare, porque también era disléxico.

—Menudo desastre estás hecho —comentó Adah en tono a la vez de reprobación y repugnancia.

Él inclinó la cabeza en solemne aceptación de su vergüenza. ¿Quién podía estar más avergonzado? Nadie.

—Bueno, la culpa no es sólo tuya —concedió ella—. Anoche las cosas se salieron un poco de madre.

Él movió la cabeza con fuerza y se golpeó el sangrante corazón con el puño, en un *mea máxima culpa* final.

—Qué gran actor perdió el mundo contigo, John. En ese porte trágico no te supera ni siquiera el propio James E. Murdoch, uno de los grandes actores trágicos de nuestro país, con quien tuve el honor de encarnar a lady Macbeth, honor que por desgracia yo estaba demasiado inmadura para merecer.

Volvió la cabeza de lado, como avergonzado, ofreciendo el perfil.

—Pero bueno, todo eso es accesorio. He venido a disculparme. Joy-Ann Anker me ha hecho ver lo injusta que he sido contigo, con la señorita Plath (incluso ahora resulta imposible pensar en ella como señora Hughes) y con ese otro. Así que esta mañana le he prometido a Joy-Ann que os liberaría a todos de vuestras ataduras terrestres y os dejaría ir al cielo. Pero primero he de pedirte el anillo.

En cuanto oyó tal petición, se olió que allí había gato encerrado. Si estaba dispuesta a ofrecerle la salvación como contrapartida por el anillo, eso quería decir que valía mucho más. Cerró la mano en que lucía la joya y se llevó la derecha a la garganta, como para decir: «Devuélveme la voz y negociaremos».

Se hizo un largo silencio. Pensó que tal vez Adah se había marchado, pero en todo caso estaba seguro de que regresaría. Se acordó del anillo del Nibelungo y de todos los maravillosos cantantes que habían muerto por poseerlo, o por anhelar poseerlo: Alberich y Mime, Fasolt y Fafner, Sigfrido y Brunilda, e incluso el caballo de Brunilda. Ciertamente, los anillos podían inspirar un considerable deseo.

Aquél era otro anillo, naturalmente, con poderes todavía sin comprobar. Pero el hecho de que Adah estuviera dispuesta a pagar tan alto precio por él significaba que Berryman podía pedir virtualmente lo que quisiera. Y aquel día, oh, maravilla, sabía exactamente qué quería. Amor y venganza, en ese orden.

Percibió los dedos de Adah Menken en los bordes de la herida y fue como entrar en el campo de una lámpara de rayos ultravioleta. La herida de la garganta se cerró.

Le tocó el corazón, y también esa herida cicatrizó.

Le puso las manos en los ojos, pero cuando las retiró continuaba ciego.

—Lo siento —dijo.

—Da lo mismo —repuso él alegrándose sinceramente (pues seguro que en el cielo recuperaría la visión, y entre tanto no le importaba inscribirse en tan noble tradición) —. Dos de tres no está nada mal. Ahora siéntate a mi lado —le indicó dando unas palmaditas a la ondulada superficie del Mississippi— y cuéntame para qué quieres el anillo.

El sueño no estaba en sus cartas, como no lo están la esperanza de lluvia en un cielo azul o la sangre en un nabo. Hacía muy poco ansiaba ser liberada de la sepultura, ahora casi hubiera regresado de buena gana a ella. Ay, si tuviera un frasco de Nembutal, su consuelo en las noches de vigilia pasadas en una habitación oscura de Willowville donde retumbaban los ronquidos de su marido.

Se levantó de la cama y empezó a vagar por la casa, o más bien por todas las habitaciones en que podía entrar sin la ayuda del anillo. Había empezado a llover, lo cual intensificaba el recuerdo de las interminables horas de la niñez que pasara encerrada en el mismo circuito tedioso de habitaciones vacías por culpa del mal tiempo. Tenía ahora el mismo problema que entonces: nada que hacer, ningún sitio adonde ir, un mundo exterior demasiado amenazador.

Como en la sepultura, recurrió al recuerdo para pasar el tiempo y registró la casa en busca de pistas. El almohadón bordado por la abuela Anker evocaba una fatigosa crónica de noches pasadas a su vera en el sofá, soportando lecciones de calceta. Recordaba la primavera en que se estropeó el aspirador y le encargaron que limpiara la alfombra de todo lo que había tirado *Ginger*. Y a Bing con la nariz hundida en *El valle de las muñecas* (aún estaba en la librería) por segunda o tercera vez.

Y allí, en la cocina, colgados gracias a la magia de los imanes en el costado del frigorífico, estaban los tres agarradores que le había comprado al inquieto muchacho pelirrojo el día que se marchó de Willowville y que le había llevado a su madre como regalo de despedida. Rojo, azul y amarillo, el surtido arco iris.

En la distancia, por encima del plic-plic de la lluvia, alcanzaba a oír... ¿Era el llanto de un recién nacido? Aquel sonido la ponía nerviosa y la atraía por igual. A veces le parecían menos los gemidos de un niño que los lamentos de un perro. Pero en cuanto se convencía de que lo que oía era de verdad un perro, seguramente el terrier escocés de Alice Hoffman, el sonido se desenrocaba (o se enfocaba) y pasaba entonces a identificarlo con el llanto de un niño, que la llamaba, la requería con urgencia.

Pero lo más extraño del sonido no era que cambiara de referente sino el hecho de que no parecía proceder del exterior de la casa, como habría sido lógico, ni siquiera de otra habitación, sino de uno de los agarradores que pendían de la nevera. Concretamente, del agarrador rojo.

Al tocarlo, los ladridos o gemidos se intensificaron. Sintió un cosquilleo en la yema del dedo. La sensación se extendió por todo su cuerpo en oleadas y a continuación su cuerpo desapareció por completo; había entrado en el espacio en que tantas veces había tratado de penetrar sin éxito: un dibujo de líneas entrecruzadas, un inmenso velo de cuadros rojos que se apartaba ahora para descubrir otro velo, idéntico al primero, hacia el cual cayó como si fuera una red. Pero la red se abrió, o quizá pasó entre sus huecos, y esto se repitió monótonamente una y otra vez, hasta que los espacios blancos de entre las rayas se fueron oscureciendo de modo gradual, como un ocaso se va transformando poco a poco en noche cerrada. De vez en cuando oía los ladridos del perro. Luego entró en una oscuridad y un silencio más profundos y el sueño la circundó como si una mano gigantesca la arropara con una manta.

Glandier se encontraba hablando por teléfono con la policía cuando *Sugar*, hasta entonces tumbado acabando de secarse de la ducha, de repente dio un salto acompañado de ladridos frenéticos y salió a todo correr hacia la cocina. Glandier sabía muy poco más que la policía acerca de lo ocurrido en casa de Alice Hoffman, pero le habían dicho que buscaban al perro de la anciana, de modo que protegió con la mano el micrófono del teléfono y fue respondiendo con rapidez y evasivas hasta que consideró que era el momento de excusarse y colgar. El maldito perro había empezado a ladrar.

Al entrar en la cocina vio que *Sugar*, con las patas delanteras apoyadas en el frigorífico, gruñía, ladraba y acometía el agarrador que colgaba, mediante un imán, de la parte superior de la puerta del frigorífico.

Glandier miró al perro con repugnancia.

—¿Quieres ese maldito agarrador? —Lo desprendió de la puerta y lo echó al suelo—. ¡Pues toma el maldito agarrador! Pero por amor de Dios, no te pongas a ladrar de esa manera cuando estoy hablando por teléfono con la policía.

Parecía ridículo hablar con un perro como si fuera un subordinado cualquiera, pero estaba claro que aquel no era un animal corriente. Por lo visto, *Sugar* había matado a Alice Hoffman y casi había conducido a Bing Anker al mismo fin. La policía le había informado de que, aparte de las demás lesiones, ambos habían sufrido graves mordeduras. Basándose en el sueño, Glandier hubiera podido facilitarles los detalles que les faltaban.

Y lo más sorprendente era que parecía que *Sugar* comprendía lo que decía. Cuando hablaba, le escuchaba, y cuando el perro, por su parte, quería algo, sabía conseguirlo; por ejemplo, se había dirigido directamente al cuarto de aseo y se metió en la bañera de un salto exigiendo un baño.

Glandier no se imaginaba para qué quería el animal el agarrador, pero lo cierto es que, una vez lo hubo conseguido, pareció satisfecho. Se lo llevó a su colchón de periódicos y se tumbó encima como si se detuviera a considerar qué debía hacer acto seguido, expresión que a Glandier no le pareció que fuese una figuración.

También a él, pensó Glandier, le convendría reflexionar sobre ello. Fuera lo que fuese lo ocurrido en casa de Alice Hoffman, no quedaba nada bien que encontraran su perro allí. «Bueno, agente, yo tampoco lo comprendo.» La policía no la consideraría una respuesta adecuada.

Pareció que *Sugar* tomaba una decisión, pues se levantó de un salto, dio un bocado al agarrador y, con él en la boca, se dirigió al otro extremo de la cocina, donde se situó, como dispuesto a iniciar una carrera, junto a la puerta que comunicaba con el garaje; a continuación empezó a gimotear para que lo dejaran salir.

Glandier no sabía si debía complacer a *Sugar*. No quería que lo vieran los vecinos, pero tampoco que el perro se enfureciera, dada su conocida agresividad. Y no quería que el animal se orinara en el suelo. Ese fue el factor decisivo.

Ya era de noche. Nadie vería al perro, y en caso de que lo vieran, nadie sospecharía que era de Glandier. A lo mejor el hijo de puta desaparecería por donde había venido. Esa esperanza tenía.

En ese momento sonó el teléfono. ¿Otra vez. la policía? No, ¿para qué iban a volver a llamarlo? Probablemente era del despacho. Si no estaba él para tomar decisiones, el caos pronto se apoderaría de Techno-Controls. En los instantes de mayor seguridad en sí mismo, Glandier lo creía realmente; en otros momentos, como aquél, lo deseaba. El problema residía en que las posibilidades de que lo llamaran de la oficina el domingo por la noche eran remotas. Contestó a la sexta llamada.

—¿Diga?

—¿Oiga? ¿Quién es? —dijo una voz que produjo en Glandier un inmediato estremecimiento interior.

—Eso quisiera saber yo —repuso con su tono de voz más oficial e incisivo.

—Eh, Bob, tío, ¿cómo te va? —Y al comprobar que no obtenía respuesta, añadió—: Soy Nils, Nils Gulbradsen.

—Ya te he conocido.

—¿Dónde te has metido, tío? ¿Cómo no has venido a pescar, ahora que tienes tu cabaña propia y todo?

—Sí que tenía intención de ir, pero nunca encuentro tiempo.

—Oye, Bob, tienes que encontrar tiempo, tío. Tanto trabajar sin divertirse no puede ser bueno. ¿Por qué no te vienes este fin de semana?

—Ya ha pasado el fin de semana, Nils.

—Oye, tío, pensaba que eras un ejecutivo. Los fines de semana de los ejecutivos terminan cuando lo deciden ellos, ¿no? Además, ¿cuánto tardas en llegar? ¿Algo más de una hora, si hay poco tránsito? Pues métete en el coche, vente para aquí y pesca un par de ejemplares antes de que empiece la temporada y te los quiten todos esos patanes de Twin Cities. —Nils ululó para provocar la risa de su interlocutor y añadió—: Oye, que no va contigo. Ya sé que en el fondo tú eres de pueblo. —Glandier no dijo nada; estaba lívido—. Mira, Bob, había pensado que tú y yo podíamos tener una pequeña charla de negocios cuando vinieras.

—Tendrá que ser dentro de un par de meses, Nils. Ahora tengo mucho trabajo. Los ejecutivos no siempre disponen de la libertad que tú imaginas.

—Ya, bueno. Lo que pasa es que la veda se levanta el doce de mayo y no dispongo de mucho tiempo, ¿sabes? Quiero decir que no puedo hacer gran cosa sin algo de capital. La jodida nevera está escacharrada, la mitad de los jodidos barcos se han podrido. Claro que yo me digo: «Mira el lado bueno. Piensa en que la situación supone una gran oportunidad para invertir». Eso le dije al viejo Knudsen en la feria nacional. ¿Y sabes qué me respondió el viejo Knudsen? Que me fuera a la mierda. No con estas palabras, pero casi. Me hubiera gustado coger su jodida mesa de piel y metérsela por el culo.

Glandier sonrió. Sentía una especial debilidad por las obscenidades estúpidas, y con frecuencia trataba de imitar a los que, como Nils, habían alcanzado un verdadero dominio en el tema. Pero aquella noche, con el intenso olor a chantaje que impregnaba el ambiente, no le apetecía jugar según las reglas de Nils.

—Pensaba que ibas a reorganizarlo todo con el dinero que te pagué por la cabaña.

—Sí, bueno. Hoy en día diez mil no dan para gran cosa. Lo que pensaba, Bob, es que nos asociásemos tú y yo. Tú no tendrías que trabajar. Yo lo llevaría todo, lo mantendría todo, me ocuparía de los cebos, el alquiler de barcos y todo eso.

—¿Y yo sólo aportaría el capital? —preguntó Glandier.

—No perderíamos nada hablando mientras nos tomamos un par de cervezas, ¿no? —Glandier no se fiaba de su propia respuesta. Sabía que lo más acertado sería dar largas al asunto, pero eso requería un tono más amistoso del que era capaz de emplear en aquel momento, cuando en lo único que pensaba era en asesinatos—. Si prefieres que me acerque yo por ahí, también podría hacerlo.

—No, no. Tienes razón. Me vendrían bien unas vacaciones. Mira, Nils, ten la cabaña preparada, la nevera enchufada y ocúpate de que haya leña en la cocina. Estaré ahí mañana, o el martes como máximo.

—Fantástico, tío. Vamos a hacer un negocio como... —Se detuvo y Glandier se imaginó la mueca de la boca desdentada, las babas del tabaco en los pegajosos labios, los ojos nublados, la mano ortopédica—. Como el año pasado.

En esta ocasión, el ulular de la risa de Nils se repitió en acometidas arrítmicas. El chiste consistía en que el verano anterior Nils y Glandier no habían hecho ningún negocio, como tampoco ninguna otra vez. No obstante, Nils le proporcionó a Glandier la coartada que necesitaba para cuando se fue a Las Vegas (desde Madison, ciudad del vecino Estado de Wisconsin) y mató a su esposa. A cambio, él le compró una cabaña junto al lago a Nils por una suma seis veces superior a su precio. Un arreglo perfecto que se había llevado a cabo a plena satisfacción por ambas partes. Pero ahora, según Nils, resultaba que no había sido tan a plena

satisfacción.

—Hasta la vista —dijo Glandier, lacónico; y colgó.

Sugar lo esperaba al otro lado de la puerta de la cocina. El agarrador no se veía por ninguna parte.

—No has podido quedarte por ahí, ¿eh? Bueno, entra, pero no te acostumbres. —Le abrió la puerta y, cuando el animal hubo entrado, se agachó a desabrocharle el collar—. ¿Qué tal? ¿Mejor?

El perro ladeó la cabeza, con los ojos fijos en Glandier y una evidente desconfianza.

Glandier se metió el collar en el bolsillo con la intención de arrojarlo al lago, en un lugar distinto de aquel donde pensaba hundir el cadáver del perro. También necesitaba una bolsa de basura grande y resistente y unas cuerdas, aunque el hilo de pescar le serviría igual que la cuerda, y en la caja donde guardaba los aparejos tenía en abundancia.

Rascó a *Sugar* detrás de la oreja y le preguntó:

—¿Te apetece ir de pesca, *Sugar*?

El perro ladró y dio como unos pasos de baile sobre el linóleo.

Glandier se incorporó con la ayuda de una silla de la cocina. Rebosante de satisfacción por haber hallado un objetivo a corto plazo y haber elaborado un plan de acción, le quitó el celofán a un puro y lo encendió en la cocina de gas.

«Qué bonito sería ser enfermera», pensaba Joy-Ann al principio. Ni siquiera los orinales la intimidaban, aunque seguramente en la otra vida no serían necesarios. Lo que no se imaginaba era aquella situación: Alice, postrada en estado comatoso durante las largas y lentas horas de la eternidad, sin moverse, en apariencia sin respirar, como un leño. Si lo que decía Adah era cierto y la primera reacción de todo el mundo ante la otra vida era una expresión de su naturaleza más fundamental, la naturaleza fundamental de Alice Hoffman era todo lo contrario de animosa.

No obstante, a Joy-Ann le gustaba llevar el uniforme. Cualquier cosa era mejor que ir por ahí como una Virgen María de un metro de altura, que había sido la consecuencia que había tenido que sufrir durante demasiado tiempo por rebasar el límite de su visita al mundo de abajo. Pero, aparte quizá de cierto tono marmóreo de la tez, Joy-Ann volvía a ser ella misma y le estaba muy agradecida a Adah Menken por haber bajado por la escalera hasta Sears para rescatarla de la puerta giratoria.

Ansiaba que Adah regresara de la misión de clemencia hacia el señor Berryman, pues la comatosa Alice apenas le proporcionaba distracción. Por decirlo con cruel sinceridad, Alice Hoffman jamás había sido precisamente la animación personificada. Con todo, los vecinos son los vecinos, y Alice, desde luego, no se merecía que la matara su terrier escocés. La pobre Alice, que idolatraba a *Sugar*, no podía adivinar que éste no actuaba por voluntad propia, y el ataque del perro debió de parecerle una terrible traición.

Como muchas enfermeras en la misma situación, Joy-Ann puso el televisor para distraerse. El canal de la vida ya no ejercía la misma irresistible fascinación que cuando recién llegada. Con demasiada frecuencia, la curiosidad la había hecho presenciar cosas que hubiera preferido no tener que recordar: el asesinato de Giselle, las verdaderas prácticas sexuales de Bing e incluso los pecadillos del pobre Dewey con una camarera del Rexall, en el centro de Minneápolis. Hay cosas de los seres queridos que más vale no saber, y Joy-Ann se prometió que no volvería a espiar en el televisor la vida privada de su familia.

Aun así, estar enterada de su situación actual era otra cuestión, y Joy-Ann no veía inconveniente en pasar de un canal a otro para comprobar cómo les iban las cosas a Bing y Giselle. El pobre Bing estaba inconsciente en un hospital, con la cabeza llena de vendajes y el brazo conectado a una botella de suero por un tubo de plástico transparente. Verlo allí, inmóvil, le hizo sentir a Joy-Ann como una impostora con el uniforme de enfermera. Una doble impostora, pues tan poco podía hacer para ayudar a Alice en su lecho como a Bing.

Se acordó de Giselle y cambió de canal, pero la única imagen que obtuvo fue una vista estática, como una carta de ajuste, de un estanque de cemento en un jardín. La superficie del agua estaba salpicada de gotitas de lluvia. Más allá del borde de rocas había un parterre de tulipanes todavía sin florecer, y detrás de los tulipanes una extensión de césped bordeada de sauces y casas residenciales. Parecía el jardín trasero de la casa de Glandier en Willowville, pero Joy-Ann no recordaba que hubiera ningún estanque.

Volvió a acordarse de su hija y cambió nuevamente de canal. La imagen osciló y luego recuperó el estado inicial. «Viva la televisión», pensó Joy-Ann.

Antes de apagar el aparato se le ocurrió que, puesto que Robert Glandier era su yerno, tal vez podría usar aquel canal para averiguar a qué se dedicaba. Quizá pudiera localizar a Giselle a través de él, si (como había predicho Adah sombríamente) había regresado para perseguir a su marido.

Con una mueca de desagrado (pues no era culpa de Joy-Ann que aquel individuo fuera su yerno; ya le había advertido a Giselle que era demasiado joven y hermosa para casarse con un hombre tan viejo y tan gordo), pensó en Glandier, giró el selector de canales y... ¡plop!..., allí estaba, pero con unos colores nada naturales: el rostro de un verde luminoso, el cabello rubio fluorescente. Se encontraba en un cuartito destartado, sacando comida de una caja de cartón. El cámara celestial tomó una lenta panorámica de la habitación, hazaña técnica que se le escapó por completo al único televidente del programa. Para Joy-Ann la tecnología era una cosa que no tenía nada que ver con ella, igual que cuando estaba viva en St. Paul.

La panorámica de la cámara reveló unos armarios de cocina cubiertos de linóleo sobre los

que descansaban dos paquetes de seis cervezas Grait Belt, bolsas de Cheetos, patatas fritas con sabor a ajo, cortezas de maíz, un lata abierta de salsa de enchilada, galletas saladas, queso fresco al vino de Oporto, dos pizzas congeladas, un tubo de paté, cacahuetes Planter, mantequilla Land O'Lakes, ketchup, mostaza, mayonesa, medio kilo de bacon, una barra de pan de centeno, otra barra de pan integral, cuatro tomates grandes, una lechuga y un bote grande de Baco-Bits.

Su yerno jamás había estado tan ajeno a Joy-Ann como entonces. Haber escogido semejante cargamento en algún supermercado sin ceder a la tentación de comprar ningún dulce (no había galletas, ni helado, ni pastel de ningún tipo) parecía una perversión nada natural.

Pero la cámara no le permitió reflexionar sobre este tema, pues avanzó para revelar, a través de una entrada sin puerta, una cama deshecha y a continuación ascendió por una pared de tablas de madera, que los sucesivos ocupantes habían transformado en una especie de tablón de anuncios conmemorativo: «Midge y Norm, el paraíso del morreo, junio 63»; «Fargo Steamers, 1965»; «Disco Mierda»; «Bobbi G.»; «Los Johnson, Rapid City»; «Buen coño 183-8351»; y otra vez «Midge y Norm, nunca me saciaré de tu amor».

Entonces se le ocurrió que debía de tratarse de la cabaña junto al lago que, justo después de la muerte de Giselle, Bob había comentado que quería comprar «para recuperarse de la tragedia», según explicó entonces. Le extrañaba que, siendo tan remilgado, Bob se hubiera comprado un cuchitril como aquel. La cámara pasó sobre la última inscripción y salió por una puerta a una diminuta galería. El techo de listones estaba combado y tenía manchas de humedad, las mosquiteras aparecían rajadas y casi se olía el moho del viejo sofá. Al otro lado de las ventanas se veía un muelle desvencijado al cual había amarrada una barca de aluminio; y allí, al pie del muelle, masticando un hueso grande y sustancioso, estaba el perro de Alice Hoffman. Mientras la cámara se le acercaba, *Sugar* la miró y gruñó, no en la usual exhibición de mal genio sino con un gruñido que Joy-Ann sintió personalmente dirigido a ella. A su espalda, Alice Hoffman se revolvió y murmuró algo en el lecho.

Glandier pasó ante la ventana con una caña de pescar y una caja de aparejos que colocó a popa de la barca. Abandonó el muelle, pasó junto a la ventana y desapareció de su campo de visión por la esquina de la cabaña. El perro apenas se molestó en levantar los ojos cuando pasó ante él. Glandier regresó con los remos de la barca. Cuando ya había pasado ante *Sugar* y justo antes de poner el pie en el muelle, dejó caer un remo y se volvió al tiempo que alzaba el otro por encima de su cabeza; seguidamente golpeó el lomo del animal con el extremo del remo a modo de hacha.

No fue un golpe mortal. *Sugar* empezó a aullar. Cuando Glandier volvió a alzar el remo, Joy-Ann vio el cuerpecillo ensangrentado de un niño que luchaba por separarse del cuerpo del perro. El niño tenía las piernas anquilosadas y un rostro grotesco, de esos que sólo se ven en libros de medicina y le obligan a uno a desviar la mirada.

El remo se abatió sobre la cabeza del perro. *Sugar* se derrumbó en silencio, muerto, encima del hueso que estaba royendo, pero el niño, si es que era un niño, había logrado liberarse del cadáver del perro; se arrastró sobre el barro y las piedras de la orilla hasta internarse en el cañaveral que bordeaba el lago.

Glandier, ajeno a la presencia del niño, procedió a meter el cadáver del perro en una bolsa de plástico negra.

Como si no le interesara el entierro del animal, la cámara alzó el objetivo hasta captar las sombrías aguas del lago. El niño había desaparecido, pero, detrás de las cañas, una garza chapoteaba con sus patas largas y finas. Joy-Ann recordó que Glandier le había dicho que el lago Rush era famoso por sus garzas, que anidaban en una isla del centro del lago, y que era usual verlas atravesarlo o pescar en la orilla, tal corno hacía aquélla.

La garza localizó una presa, metió el largo cuello en el agua y luego levantó la cabeza; la cámara pudo seguir, centímetro a centímetro, el recorrido del bocado. Una sola vez se estremeció el cuerpo del ave, que a continuación extendió las alas y emprendió el vuelo.

Mientras la garza se alejaba, Alice Hoffman empezó a convulsionarse en un acceso de tos. Joy-Ann se le acercó y la ayudó a incorporarse. Las convulsiones se hicieron más violentas.

Cada espasmo cubría las sábanas almidonadas de la cama con un rocío de migas negras, como esa tierra que venden para plantas de interior. Tras sufrir una última convulsión más violenta si cabe, Alice se quedó inerte en los brazos de Joy-Ann, quién la depositó en la almohada. En la boca abierta se veía lo que parecía un gran bulbo de tulipán. Entre la tierra que cubría las sábanas culebreaban los gusanos. Joy-Ann se quedó mirando horrorizada cómo empezaba a descomponerse visiblemente el cuerpo inmaterial de su amiga.

—Giselle —dijo la rana, parpadeando hacia las ramas del sauce—. ¿Estás ahí, Giselle?

En el sueño que no era sueño, en la sepultura que no era sepultura, Giselle se revolvió.

—¡Giselle! Soy yo, John Berryman. He venido a traerte el anillo.

Giselle tenía la sensación de que estaba en la cama con su esposo y trataban de despertarla. No quería que la despertaran.

—Váyase.

—Primero tienes que besarme —dijo la rana soltando una risita.

—No —repuso Giselle, acurrucándose en la madera retorcida como si se arrebujase en un envoltorio de mantas al amanecer de un frío día invernal — . Váyase, ¿no ve que estoy durmiendo?

Con sus torpes patas, la rana arañó la tierra del pie del árbol donde se había escondido el agarrador de cuadros rojos, que no estaba oculto del todo. La rana asió el borde rematado con la boca y tiró de él.

—Déjeme —protestó Giselle. Entonces, de repente, al soltarse el agarrador de su tumba, despertó por completo y adquirió conciencia de otra situación imposible—. ¿Es usted una rana? —inquirió escéptica.

—Si tú puedes ser un árbol, no sé por qué no voy a poder yo ser una rana. Es igual de tradicional.

—¿Que soy un árbol?

Maravillada, se dio media vuelta en el estrecho tronco como lo habría hecho ante un espejo para mirarse un vestido nuevo. El viento agitó sus hojas recién nacidas. Sus raíces se arqueaban con vigor en el barro arcilloso. Era un árbol, y se encontraba estupendamente.

—En realidad —dijo la rana en tono pedante — , no eres exactamente un árbol. Eres un hamadriade, es decir, una ninfa del bosque.

—Pues yo tengo la sensación de ser un árbol, y es una sensación muy agradable.

—A mí me pasa lo mismo. Estoy mucho más cómodo siendo una rana que siendo yo mismo corno me viste la última vez, no sé si te acordarás.

Las hojas se estremecieron y dejó que su mente se quedara totalmente en blanco. Siendo árbol se podía hacer con mucha más facilidad que siendo un ser humano, e incluso más que siendo un fantasma de ser humano. Pensar no era sino una melodía que podía o no tararear a voluntad. La rana había empezado a hablar de nuevo, pero no le prestó atención. ¿Debía prestársela? Carecer por completo de pensamientos tenía algo agradable; era parecido a bucear, pero sin necesidad de contener la respiración. Sin embargo, en cierto modo sí estaba pensando. Hasta aquella especie de deslizamiento subacuático era un tipo de pensamiento, el pensamiento de los árboles, una forma de oscilar con la brisa sin ir a ningún sitio.

—¡Giselle! —croó la rana pacientemente una y otra vez—. Giselle, por favor, hazme caso, Giselle.

—Se lo ruego —dijo ella asomándose brevemente a la superficie, donde las palabras volvían a adquirir significado — , ¿no puede dejarme en paz? Estoy pensando. Estoy pensando en el pensamiento.

—Corres el peligro de hundirte en la no existencia —explicó Berryman sin alterarse — . Puede ocurrir. Los espíritus no son indestructibles. Adah Menken me explicó cómo funciona. Tienes que moverte. ¿Me escuchas?

—¿Qué brisa más agradable —observó ella—. ¿La nota?

—Hay distintos niveles de existencia, y cuando mueres puedes ascender a un nivel superior o descender a uno inferior. O puedes quedarte inmóvil por un tiempo, que es lo que hacen los fantasmas. Pero en este momento, Giselle, te estás hundiendo, primero a un nivel de conciencia vegetal y desde ahí podrías pasar al mineral, como las sales que se filtran en el

agua subterránea. Podrías acabar como un componente del plancton marino, Giselle. En ese nivel no hay conciencia. —Giselle suspiró—. No te pido que te arranques de raíz, pero sólo que me hables. Dame alguna señal de que estás consciente.

—¿Por qué insiste en molestarme?

—No me preguntes los motivos. Digamos que te debo un favor, o que se lo debo a tu madre. Parece que después de mi infausta experiencia como comadrona, convenció a Adah de que todo este tiempo había sido injusta impidiendo que otros poetas y yo mismo entráramos en el cielo. No tengo ni idea de cómo lo hizo. Adah Menken no es una persona fácil de convencer.

—¿Así que ahora ya puede ir al cielo? —La rana asintió satisfecha, hinchó los carrillos y croó—. Entonces, ¿por qué no va? ¿Por qué continúa siendo una rana?

—Pura magnanimidad, querida. Me he propuesto rescatarte de un destino peor que la muerte. Además, y esto es cierto, Adah me pidió que la ayudara. ¿O te referías a que por qué decidí ser precisamente rana? La respuesta está aquí. —Levantó la extremidad anterior derecha para mostrar el anillo de oro—. El anillo sólo me permite adquirir una forma que esté presente en el momento de la transmutación, y en los barrios residenciales no hay mucha variedad.

—Pero ¿por qué no puede ser usted mismo?

—Una de las razones es que ahora veo. Adah no pudo curarme la ceguera. Supongo que porque en el fondo debo de querer ser ciego. Y otra razón es que así no me verá tu hijo el demonio.

Decir aquello fue una equivocación. Al recordárselo, Giselle dejó que su mente fuera reabsorbida por el tronco del árbol. En calidad de hamadriade, tenía en todo momento capacidad de simplificarse y retornar al estado de madera.

La rana siguió croando toda la tarde y gran parte de la noche a los pies del sauce, pero éste se negaba a escuchar. Sus hojas se agitaban al viento y diminutas gotitas de lluvia se deslizaban por sus venas para confluir en una gota más grande en el extremo de la hoja, desde donde se precipitaban hacia otras gotas hasta caer en la hierba y en la superficie del estanque.

Jack se sentó a la mesa y se sirvió un tazón de cereal.

—Oye, no te vas a creer lo que pasó ayer en un pueblecito del norte.

—Cogieron a Godzilla el gorila —aventuró Maryann sin levantar la vista de *El cantar del viejo marino*, de Coleridge, sobre el cual iba a tener un examen a primera hora.

—Vamos, no le des cuerda, Maryann —dijo Judy clavando en su hermano una mirada de genuina malevolencia.

Sus experiencias en el combate del aborto habían confirmado últimamente en Judy Sheehy una predisposición natural a culpar al sexo masculino de todo lo que le resultaba desagradable. Siendo el miembro del sexo masculino cuya presencia tenía que soportar con más frecuencia, y, además, una persona intrínsecamente desagradable, su hermano despertaba en ella una antipatía que alcanzaba niveles de franco horror, sobre todo, a la hora de las comidas, dado que era bastante melindrosa.

Jack vertió bruscamente la leche del envase de cartón en la taza e informó del resto de la noticia con la boca llena de cereal.

—En serio, es cierto, no me lo invento. Estaba en el periódico de esta mañana: «Extraña tragedia en el lago Rush». Había un veterano del Vietnam que estaba pescando en su barca y tenía la mitad del cuerpo ortopédico. Bueno, pues se puso de pie en la barca para lanzar el anzuelo, y ahora viene lo grotesco. Llega una garza volando, se apodera de la caña de pescar por el centro mientras el tipo lanza y el anzuelo del extremo del hilo retrocede y se le clava en el ojo. Naturalmente, el fulano se cae, la barca vuelca y se ahoga. ¿No es increíble?

—Qué repugnante eres —comentó Judy, mientras se levantaba de la mesa y se abrochaba el impermeable amarillo.

—Venía en el periódico, no lo he inventado yo.

—Pero como te conozco, sé que te revienta no haber estado allí para verlo —dijo Maryann con suficiencia.

—Judy no ha desayunado —denunció Jack en tono neutro para no parecer que se estaba chivando.

—Ah, Judy, tienes que desayunar —dijo la señora Sheehy en tono fatigado.

Estaba de pie, apoyada en los muebles de cocina contemplando cómo salía el café de la cafetera.

—No tengo hambre —replicó Judy — . Y tampoco quiero discutir.

—Cree que la anorexia es un símbolo de posición social —declaró Jack—. En ese programa de televisión que ve siempre dijeron que sólo las hijas de familias acomodadas tienen anorexia. ¿Verdad, Judy?

—¿Por qué no te vas de pesca?

Maryann se echó a reír y salpicó de leche toda la mesa. La señora Sheehy suspiró.

—Maryann, más vale que te pongas el abrigo. Se te escapará otra vez el autobús y yo no te puedo acompañar, el Toyota está estropeado.

—Sí, mamá —cerró el libro de golpe, alzó la mirada hacia una planta que pendía de un soporte de macramé sobre la mesa y declamó:

Sólo, solo, absolutamente solo,

solo en el ancho mar

y ningún santo se apiadó

de mi agonía.

Tantos hombres, tan hermosos,

y todos yacían muertos.

*Y un millar de seres viles
segúan viviendo;
lo mismo que yo.*

Jack se sonrió (era poesía), pero aplaudió por respeto hacia las dotes teatrales de su hermana y para celebrar los detalles truculentos, Judy abandonó la habitación con zancadas decididas y dedicó una mirada acusadora a su hermana, que no debería haber apoyado a Jack en su constante esfuerzo por rebajar el tono del hogar de los Sheehy. En la cafetera se encendió la lucecita roja que indicaba que había finalizado la primera tarea del día. La señora Sheehy se sirvió una taza de café.

Jack disponía de diez minutos desde que se marchaban sus hermanas en busca del autobús del colegio hasta que salía él. Aquella mañana, viendo que su madre tenía resaca y no se prestaba a charlas insustanciales, mató el tiempo trabajando en los tejados y los árboles del puzzle de Berchtesgaden que había empezado en el cuarto de estar del sótano.

A las ocho y doce minutos exactamente, el reloj digital de Jack dio un pitido. Por un momento, la misericordia divina le ofreció una escapatoria al destino que lo esperaba en el jardín posterior, pero Jack interpretó erróneamente el impulso de quedarse a terminar el puzzle como una simple tentación de hacer novillos. Pero ¿de qué le serviría eso? Por aburrido que fuera el colegio, era más divertido que dar vueltas por casa y ver que su madre se pasaba el día delante del televisor. Así pues, haciendo caso omiso del aviso divino, se puso el poncho de plástico, salió por la puerta de atrás y atravesó el jardín comunal para dirigirse a la parada del autobús escolar de Pillsbury Road.

Apenas acababa de rebasar el límite de la parcela de los Sheehy cuando se detuvo en seco al contemplar una escena que no se había visto en Willowville desde que dejara de ser un pantano. En las ramas más altas del sauce que dominaba el estanque en el que Jack soñaba con criar langostas había una enorme garza azul. Al menos eso es lo que le pareció, pues la coloración era ésta y tenía las patas largas y un pico largo y puntiagudo como los de las garzas. Mientras la contemplaba, el ave extendió las alas y descendió, describiendo un amplio círculo, hacia el estanque, donde sin llegar a posarse, hundió bruscamente el pico como si se propusiera atrapar un pez.

¡Una garza en Willowville! Era más que una curiosidad, era una noticia. El padre de Jack tenía una vieja cámara fotográfica de 35 milímetros siempre cargada, pues mantenía la teoría, ahora demostrada, de que no se sabía nunca cuando podía ocurrir algo sorprendente. Mientras la garza daba una vuelta alrededor del árbol y descendía de nuevo hacia el estanque en otra intentona de capturar lo que se hubiera propuesto, Jack corrió a su casa y entró sin cerrar la puerta de golpe para que su madre no advirtiera su regreso. La mujer se había acomodado ya ante el televisor, que emitía el programa *Buenos días, América*, en el que unas cuantas celebridades hablaban del problema del éxito. La máquina fotográfica estaba donde suponía, en el cajón inferior derecho del aparador del comedor. De nuevo en el jardín, Jack sacó la cámara de la funda de cuero, quitó la tapa del objetivo y encuadró a la garza, ahora de pie en el estanque.

Se encontraba demasiado lejos para sacar una buena fotografía, de modo que se fue acercando muy despacio, manteniendo la garza siempre en el centro del visor y ajustando el enfoque a medida que se aproximaba. Iba a sacar una foto estupenda.

Entonces surgió del estanque la presa de la garza, una rana verdosa que, sin percatarse de nada, zigzagueó por entre los tulipanes y cruzó el césped en dirección a la cámara. La garza la persiguió afanosamente y comenzó a acosarla con el largo pico. Jack veía ya el pie que llevaría la foto: «Pinchito para desayunar».

A sólo tres metros del muchacho, el ave se detuvo para ladear la cabeza y estudiarlo detenidamente. Jack hizo el último ajuste en el enfoque y apretó el disparador. En ese preciso momento de alineación entre el ojo de la garza, la lente de la cámara y la perfecta concentración de Jack, el demonio atravesó la diáfana barrera psíquica que mediaba entre ave y muchacho y tomó posesión física de su ser.

Al principio, el control del demonio distaba de ser completo. Jack se resistía a su voluntad por los canales de volición que le quedaban abiertos. Intentó gritar; el demonio le oprimió los

músculos de la garganta y el grito se convirtió en una tosecilla seca. Luchó por recobrar el control de las piernas y cayó de costado sobre la hierba húmeda, alarmando a la garza, que, tras recuperar su autonomía en el mismo instante en que Jack perdió la suya, alzó el vuelo con un alarido de terror.

El vuelo de la garza fue la última imagen que le llegó a Jack a través de sus propios ojos. Una tras otra, el demonio fue cerrando sus vías sensibles. Jack sintió que se precipitaba por el oscuro pozo del inconsciente. No servía de nada luchar. Las aguas se cerraron sobre él y su mente empezó a vagar en una terrorífica confusión dentro de un vacío total, una partícula de conciencia anquilosada en un océano sin superficie ni orilla.

El señor Beck no se daba cuenta de que se estaba muriendo. Si su médico, su mujer o su hija Dorothy le hubieran dicho que sabían que se estaba muriendo, se habría negado a creerlo. A algunos enfermos les bastaba que los llevaran al hospital para que los obsesionara el miedo a la muerte; para otros era una sensación más diluida; pero para los que eran como el señor Beck, nada se lo haría aceptar salvo la propia muerte. No era que el señor Beck poseyera una superabundancia de fe ni de *joie de vivre*, y tampoco era estupidez. Si su insensibilidad respecto al tema de la muerte podía atribuirse a alguna causa, tenía que ser a la buena educación. De la muerte no se hablaba más que una vez ocurrida, para transmitir nuestra condolencia a los supuestamente afligidos.

La señora Beck y Dorothy aprobaban sin reservas la actitud del señor Beck en estas circunstancias potencialmente embarazosas. De haber despertado su espíritu del adormecimiento mágico en que había estado sumido toda la vida, no habrían sabido qué decir. En el lecho del hospital podía seguir dormitando hasta el final, que, por lo tanto, no habría de ser amargo. Tenía un buen seguro de vida. La hipoteca estaba cancelada. Ciertamente que no tenía dinero ahorrado para pagarle los estudios a Dorothy, pero ésta ya había dejado claro que veía a la universidad de manera similar a como su padre veía la otra vida, un lugar que conocía de oídas pero al que no tenía intención de ir.

El martes en que el señor Beck fue asesinado, la señora Beck llegó al hospital a las diez de la mañana y estuvo sentada junto a su esposo durante tres cuartos de hora. Antes de empezar su labor de punto y él su lectura del *Tribune*, le preguntó si había dormido bien. Él le contestó que sí, aunque lo cierto era que venía teniendo pesadillas desde el domingo, cuando trasladaron al hombre de la cabeza vendada al otro extremo de la habitación. No le habían dado una habitación individual, pero como la cláusula de hospitalización de su seguro no contemplaba ese lujo, no podía quejarse. Sin embargo, no le gustaba mirar a aquel hombre, inerte en su cama, y sabía que su presencia se relacionaba de algún modo con las pesadillas. Pero ¿cómo le iba a explicar aquello a su esposa? Los sueños los olvidaba siempre momentos después de despertar, aunque le quedara la sensación del esfuerzo realizado para respirar.

Poco después de que se marchara su esposa, volvió a pasar el sacerdote que el día anterior había estado sentado junto al lecho del hombre de la cabeza vendada. Le preguntó al señor Beck si su amigo, es decir, la momia del señor Anker, había dado señales de recobrar el conocimiento. El señor Beck repuso que no. A continuación le preguntó si él necesitaba algo, y el señor Beck dijo que sí, que si le importaría correr la cortina que dividía la habitación y conectar el televisor, porque era la hora de *La bolera de los millones* en el canal 7. El anciano sacerdote lo complació y durante unos minutos el señor Beck contempló satisfecho cómo fallaba un concursante tras otro en la bolera. La doble pantalla de la cortina azul pálido, el ruido de los bolos y la estridente voz del presentador lo protegían del cura y del murmullo que éste producía al rezar el rosario. Luego, mientras Doug Koskinen, de Rochester, Minnesota, se preparaba para lanzar, oyó que el sacerdote gritaba algo, a lo cual siguió una serie de golpes sordos. En la pantalla del televisor cayeron cuatro de los cinco bolos y el público del programa emitió un coro de gruñidos de desilusión.

—¿Le pasa algo? —gritó el señor Beck en el momento en que se abría la cortina de separación o más exactamente, era arrancada de sus rieles.

El anciano sacerdote, asido a la cortina con las dos manos y sangrando profusamente, se desplomó a los pies de la cama del señor Beck. La sangre le manaba a borbotones de un tajo que tenía en la garganta.

Tan horrorizado estaba el señor Beck de ver al cura sangrando que ni siquiera advirtió la sacudida que sufrió su cama al ser apartada de la pared. Hasta que ya fue demasiado tarde, tampoco se le ocurrió pulsar el botón para avisar a las enfermeras. No se dio cuenta de que tenía una soga alrededor del cuello hasta que ésta se tensó, igual como se tensara en el sueño que había olvidado y ahora recordaba de repente.

Por primera vez, el señor Beck tuvo conciencia de que se estaba muriendo y, por fin, fue capaz de responder apropiadamente:

—¡No! ¡No, por favor! —gritó.

Mientras, el miedo y el terror rompían su frágil y primitiva alma en un millón de partículas plateadas; fragmentos de un orden que jamás sería restablecido. Antes de que sus pulmones hubieran exhalado el último aliento, antes de que su corazón hubiese dejado de latir, el señor Beck dejó de existir.

El nombre del cementerio. Campos Elíseos, aparecía en sinuosas letras de hierro forjado sobre la entrada. Era un cementerio tan hermoso que dejó a Joy-Ann sin habla. Había estatuas de mármol que representaban ángeles, inmensos parterres de flores, surtidores de agua, capillitas cubiertas de hiedra y delicados templete blancos, como si fueran bancos en miniatura, en las colinas lejanas. Detrás de esas colinas, en la neblinosa distancia, había otras colinas, que se sucedían como si el cementerio careciera de límites, como si nadie hubiera subido al cielo con otro propósito que el de ser enterrado en su infinito cementerio.

Portando su ramillete de rosas rojas y blancas, Jov-Ann siguió a Adah Menken por el sendero de grava hasta la sepultura de su amiga y antigua vecina, Alice Hoffman. Cada vez que se acordaba de cómo había visto llorar a Alice en la funeraria McCarron junto a su propio féretro, se ponía melancólica y se le saltaban las lágrimas, pero cuando trataba de recordar otras imágenes de Alice Hoffman en el pasado más remoto, la memoria no le proporcionaba los recuerdos que pedía. Sus pensamientos se desviaban de la aflicción que debería sentir por la defunción de su amiga a la paradoja de que la gente pudiese morir aun después de haber ido al cielo.

Pese a la belleza del cementerio, no se había hecho ningún esfuerzo por quitar protagonismo al hecho en que se basan todos los cementerios: que la gente muere y es preciso colocarla en algún sitio discreto para que se descomponga. Cuando llegaron a la parcela de Alice descubrieron que ya habían bajado su ataúd al hoyo. Junto a la tumba, una lápida sin ninguna inscripción esperaba ser colocada en su sitio; en la eternidad, los muertos eran desposeídos hasta de nombres y fechas.

Joy-Ann depositó las rosas en un jarrón al pie de la sepultura, mientras Adah permanecía por unos momentos pensativa, con las flores abrazadas contra su pecho, derramando lágrimas de pena por la condición humana en general. No podía llorar específicamente por Alice Hoffman, razonó Joy-Ann, puesto que Adah no la había visto jamás hasta la noche de la fatídica sesión espiritista. Sin embargo, era innegable que, fuera cual fuese el motivo de inspiración, Adah era una magnífica plañidera. Con sus ropas y su monumental túnica negra, podría haber sido la ganadora de un concurso de belleza funeraria.

—No lo comprendo —dijo Joy-Ann como muchas otras veces—. No lo comprendo. ¿Para qué vino al cielo si se iba a morir en cuanto llegara aquí?

—Ya te lo he explicado —dijo Adah en el tono calmo y seguro que reservaba para las disertaciones—. No ha muerto. Se ha transmutado.

—¡En hortensia! —protestó Joy-Ann—. ¡Vaya vida, después de haber sido un ser humano!

—A mí, personalmente, no me gustaría convertirme en hortensia, y a ti tampoco, pero evidentemente para eso era para lo que Alice tenía mayores aptitudes. Si hubiera tenido una naturaleza más dinámica, quizá se habría reencarnado en un gato o un perro, o, si hubiese tenido más apetito, tal vez se habría transformado en cerdo o tiburón, o, de haberle interesado el sexo, habría podido pasar a ser una paloma o un conejo.

—Pero ¿por qué tenía que reencarnarse? Nosotras no nos hemos reencarnado. No parece justo.

—¿Quién ha dicho que el cielo sea justo? ¿Te parece que la predestinación es justa? ¿O el don de la gracia, que tan generosamente se te otorgó a ti? ¿Es justo que alguien como John Berryman sea colmado de laureles mientras mi obra poética no ha vuelto a reimprimirse desde mi muerte? ¿Es eso justo?

—Pero acabaste por admitir que creías que tenía más talento, más imaginación que tú.

—¿Y eso es justo? Claro que rio. Es la mayor injusticia de todas. Pero acabas de poner el dedo en lo que separa las ovejas de las cabras, y viceversa; la imaginación. Los que la poseen, tienen vida eterna; los que carecen de ella o la tienen muy atrofiada vuelven a nacer bajo la forma de plantas o de animales. Es así de simple y de injusto. Casi podría decirse que el cielo no es más que una ilusión generada por el exceso de energía de las imaginaciones reunidas de los bienaventurados. Desde luego, eso sería apropiado en este nivel. Más arriba, y más cerca de Dios, la imaginación pierde importancia. Mejor dicho, se da por sentada. Pero aquí en el

paraíso es una condición *sine qua non*.

—¿Cómo?

—Sin la cual no hay nada. Sin la cual tu amiga Alice no pudo imaginarse llevando una existencia celestial.

—En ese caso, ¿por qué vino al cielo?

—Porque en el orden natural de las cosas Alice Hoffman no hubiera sufrido una muerte tan brutal. Simplemente, se hubiera desvanecido desde un estado de coma en una cómoda cama de hospital. De modo que para compensar esa desviación de la norma se le concedió una segunda muerte, más apropiada, en el paraíso y acompañada de una amiga. El caso de tu hija es bastante similar. No es que estuviera destinada a reencarnarse en una hortensia, sino que en el orden natural de su vida estaba destinada a ser una santa.

—¿Giselle? — rió Joy-Ann —. ¿Qué tipo de santa? ¿La patrona de los casinos?

—Los santos suelen ser un poco incongruentes. Pero a lo que me refiero es a que su carrera en la santidad se vio truncada, y antes de llegar adonde se dirigía, a las esferas más elevadas del cielo, donde se congregan los santos, tiene que terminar la tarea.

—¿Cómo?

Adah se encogió de hombros.

—Si supiera decírtelo, yo también sería santa y no el ángel custodio de todos estos... —hizo un amplio gesto despectivo que comprendía el suave y melancólico panorama del interminable cementerio—, estos..., decorados.

Joy-Ann movió la cabeza en gesto de suave reprobación por el tono irrespetuoso empleado por Adah. ¡Mira que llamar decorado a aquel precioso cementerio!

—Te das cuenta de que nada de esto existe, ¿no? —dijo Adah—. Es una función de nuestras dos imaginaciones, un trabajo en colaboración, por así decirlo, una metáfora compartida.

—Pues a Alice Hoffman no la mató una metáfora. Ese demonio, o lo que fuera, se apoderó del pobrecito *Sugar* igual que en *El exorcista*.

—Sí. Por desgracia, en el reino espiritual se pueden heredar características adquiridas.

—Ya estás otra vez diciendo cosas incomprensibles —protestó Joy-Ann.

—Quiero decir que los poderes del anillo que le diste a Giselle, y que llevó puesto durante la mayor parte del embarazo, fueron transmitidos a su hijo. Y como éste era ya una especie de mestizo, al tener como padre a un ser humano, me temo que tiene un potencial bastante extenso, aunque no ilimitado. Por ejemplo, no podría apoderarse de un ser humano adulto. La madurez sexual actúa como una especie de selladora.

—Pero ¿qué va a ocurrir allí abajo mientras ese extraño ser vaya matando a todo el que le apetezca? ¿Cómo puede Dios permitir una cosa semejante?

Adah suspiró y se bajó un velo oscuro que llevaba recogido en decorativas ondas sobre el ala de su sombrero de paja negra.

—Ésa es una pregunta que tendrás que formularle directamente al Todopoderoso. Te confieso que yo jamás he estado lo suficientemente cerca de su trono para obtener una respuesta clara e inequívoca a cualquiera de los clásicos enigmas. ¿Por qué permite que sufran los niños inocentes? ¡Pregúntaselo!

Joy-Ann suspiró a su vez, pero más por mimetismo que por compartir la misma angustia filosófica.

—Para mí también es un misterio —dijo en un tono que impedía educadamente seguir tratando el tema.

Contempló la extensión del cementerio, que se había teñido de un verde más oscuro al nublarse el cielo. Era un lugar sumamente hermoso, apacible, precioso, el mejor de todos los jardines. No comprendía cómo podía suponer Adah que no existía. Era evidente que si existía,

Joy-Ann estaba allí, lo mismo que Adah. No se puede estar en un sitio que no existe. Era de sentido común. El problema de Adah tenía su origen en la poesía. Tanta poesía le había debilitado el sentido común. No serviría de nada discutir con ella. Lo mejor era desviarla de los temas que podían impulsarla a adentrarse en disquisiciones poéticas y concentrarse en cuestiones prácticas; por ejemplo, cómo podían sacar a Giselle de aquel sauce en que estaba atrapada para traerla al cielo, que es donde debía estar.

Joy-Ann se volvió hacia Adah con una sonrisa amplia y alegre.

—Bueno, esto es muy bonito, pero me parece que deberíamos regresar, ¿no crees? Tengo la impresión de que va a llover.

Eran las diez. Las cortinas estaban corridas y las luces encendidas en toda la casa. Quizá si se hubiera acostado, habría podido dormir, pero no quería. Dormir le parecía peligroso. Tenía que controlar su mente y para eso leer se le antojaba una actividad ideal, pero una vez se hubo sentado no consiguió que sus ojos recorrieran las líneas impresas. La televisión estaba descartada; la locura se había apoderado de él mientras veía la televisión.

El miedo, una difusa sensación física de miedo, se extendió por todo su cuerpo, como el dolor de la gripe o de la fiebre. Sólo pensar en comida le producía náuseas. Su cuerpo apestaba a sudor. Tenía una constante sensación de flatulencia, pero cuando se sentaba en la taza del inodoro no expelía ni una ventosidad. Y detrás de todas estas incomodidades, como alguien que lo esperaba con un cuchillo, oculto tras una cortina, estaba el miedo. No sabía cuál era el objetivo de ese miedo, pero sí que estaba fuera, en el mundo real, no en su cabeza, y se había propuesto atrapararlo.

En ese momento, sonó el timbre y supo que lo que más temía estaba al otro lado de la puerta, exigiendo que lo dejara entrar. Se sintió impotente tanto para atrancarla como para abrirla. Sin embargo, pese a la intensidad del miedo, no era capaz de imaginarse de quién era la mano que hacía girar el pomo de la puerta. Un demonio, una bruja, un trasgo de algún cuento infantil, nada lo hubiera sorprendido.

Pero cuando el visitante resultó ser el hijo de su vecino, Michael Sheehy, se sintió ridículo. Era absurdo que la causa del miedo adoptara aquella forma.

El muchacho se quedó junto a la puerta sonriéndole, con una sonrisa que parecía implicar algún viejo pacto entre los dos. No dijo nada y a Glandier tampoco se le ocurrió qué decirle. No podría decirle: «¿Qué haces aquí, muchacho?». La pregunta era claramente inadecuada, pues ya sabía lo que hacía allí Jack Sheehy, en la medida en que percibía en los ojos del muchacho, clavados en los suyos, el mismo brillo de malvada complicidad que había visto en los ojos del terrier escocés de Alice Hoffman.

—Cuánta luz —dijo por fin el muchacho antes de alargar el brazo hacia el interruptor que había junto a la puerta y apagar la lámpara del techo.

—No deberías estar aquí —consiguió articular Glandier.

—No, supongo que no. —Le dirigió una sonrisa que a cualquier anunciante de productos alimenticios le hubiera encantado poner en su paquete de cereales para el desayuno, igual de exagerada y profesional—. Es muy tarde. Como dicen en la tele: «Son las diez. ¿Sabe usted dónde están sus hijos?». Ellos no lo saben, pero tú sí.

Con un guiño de complicidad, desapareció en la cocina. Una a una, fue apagando las tres luces de la estancia, regresó con una bolsa grande de patatas fritas con sabor a ajo y se sentó en un extremo del sofá, junto a la lámpara de pie.

—Supongo —dijo levantando el brazo sin mirar para apagar la lámpara— que te es difícil considerarme tuyo. Ocurrió todo muy de prisa y no tenemos instrucciones por escrito. Ayer mismo nos cargamos al imbécil aquel del lago. ¿Cómo se llamaba? Me parece que yo ni siquiera lo sabía. No, espera, lo tengo aquí, en mi banco de datos. Nils Gulbradsen, ¿no?

Glandier asintió con la cabeza. El muchacho sonrió y abrió la bolsa de patatas.

—¿Qué te parece el banco de datos? Lo ha leído Jack en el periódico esta mañana.

—¿Qué ha leído?

—Venga, no te hagas de nuevas conmigo. Tú estabas allí. Y yo también. Además, hubo otros dos testigos. ¿Qué temes? ¿Que te detengan por atacar a una garza azul? —Se metió un puñado de patatas fritas en la boca y empezó a masticarlas con deleite—. Lo de esta tarde es otra cosa —prosiguió, no sin salpicarse la camisa de franela a cuadros de trocitos de patata frita a medio masticar—. Claro que el mero hecho de estar aquí sentado disfrutando de tu hospitalidad demuestra que no me han trincado. Estoy bastante seguro de que esta vez no ha habido testigos, aparte del testigo que no puede contar nada.

El muchacho continuó comiendo patatas fritas, imperturbable. Por último, Glandier tuvo que preguntar:

—¿Qué... ha pasado esta tarde?

—¿No has visto el noticiario de las seis? Ha sido la noticia estrella, incluso la han destacado más que el presupuesto de Reagan. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces es asesinado un cura católico en Twin Cities? Y además tan misteriosamente.

—¿Has matado a un cura católico? ¿Por qué? El muchacho asintió con la cabeza.

—El padre... —Tragó un amasijo de patatas fritas, carraspeó y pronunció sílaba a sílaba—: Win-da-kiew-wic-zowa. ¿Por qué? Pues porque no me ha dejado otra alternativa. Yo lo único que pretendía hacer era terminar el trabajo de tu cuñado antes de que te complicase más la vida. Me creía muy listo y eficaz. He metido una botella de lejía en la caja de cartón en que venía una botella de whisky y la he envuelto como regalo con un papel en que ponía «Que te mejores» con unas preciosas letritas rosas. Gracias al paquete, he entrado en el hospital sin problemas, pero he tenido que esperar casi una hora hasta que se ha ido la mujer del gordo que estaba en la misma habitación, así que he bajado a la sala de espera y he estado jugando a invasores del espacio hasta que se me han acabado las monedas. —Se interrumpió para masticar otro puñado de patatas fritas—. Bueno, pues cuando vuelvo había un cura sentado junto a su cama con un rosario. Como si el cielo hubiera puesto un guardián en la puerta. Me he cabreado un montón. Naturalmente, no quería llamar la atención dando vueltas por el pasillo, así que he tenido que idear una manera de sacar al cura de allí. De modo que llamo a la puerta, abro una rendija y digo que necesitan un sacerdote en la sala de urgencias. Él, por supuesto, se lo ha creído. Cuando ha salido, he entrado yo, he puesto una silla en el otro lado de la cama, me he subido en ella y he hecho una incisión pequeña en la parte superior de la bolsa de plástico de suero. Luego, he sacado la botella de lejía y la he vertido en el suero. Seguro que hay venenos más mortíferos, pero he supuesto que metiéndole lejía en la sangre lograría lo que pretendía. Y lo hubiese logrado, estoy seguro, pero resulta que el cura se había dejado algo en el cuarto y ha regresado a buscarlo. Me ha cogido *in fraganti*. Y de veras, papá, creía que la había pringado. ¿Te importa que te llame papá? —Glandier negó con la cabeza. El muchacho metió la mano en la bolsa de patatas fritas y luego alzó la vista con una pícaro sonrisa fotográfica—. Oye, me las he estado zampando solo —dijo ofreciéndole la bolsa—. Coge. —Glandier repitió el gesto negativo con la cabeza —. ¿Seguro que no?

—¿Cómo has matado al cura?

—No ha sido fácil. Figúrate, allí estaba yo, subido en la silla, y va y, como a un idiota, se me cae la cuchilla que había usado para abrir la bolsa de suero. Pero de pronto me ha venido la inspiración. Salto de la silla y arranco el esparadrapo que fija el conducto del suero al brazo del individuo. El cura ha debido de pensar que estaba atacando al de la cama, porque en vez de salir a buscar refuerzos, como debería haber hecho, se ha precipitado hacia mí diciendo: «Eh, jovencito, ¿qué te crees que estás haciendo?».

»Han sido sus últimas palabras, porque cuando lo he tenido cerca, he cogido la aguja, que aún estaba conectada al tubo de suero, y se la he clavado al cabrón justo en la garganta. Ha sido suficiente, aunque no ha caído fulminado. Ha empezado a dar tumbos y al final se ha desplomado sobre el gordo de la otra cama, lo cual me ha obligado a ocuparme también de él. Pero eso ha sido fácil. Estaba hecho polvo, y éste sí que ha caído fulminado. Oye, ¿te importaría apagar esa lámpara, o al menos bajar la intensidad? Me molesta en los ojos.

Glandier alargó la mano de mala gana hacia el interruptor de la lámpara. No podía bajar la intensidad sin apagarla primero, con lo cual todas las luces de la casa estarían apagadas. No quería quedarse solo y a oscuras ni por un momento con un maníaco homicida de once años. Claro que tampoco quería llevarle la contraria. Cerró los ojos y giró el interruptor hasta oír dos clics, con lo que la potencia de la bombilla quedaba reducida a cincuenta vatios.

—Gracias. Así se está mucho mejor. —Se llevó a la boca otro puñado de patatas fritas y prosiguió—: ¿Por dónde íbamos? Acababa de cargarme al padre Windakiewiczowa y al gordo, ¿no? Bueno, pues para asegurarme de que estaban los dos muertos, he buscado la cuchilla que se me había caído y les he cortado la yugular a los dos, sin que me salpicara ni una gota de sangre, lo que tiene mérito. Entonces, sin olvidar lo que me había llevado al hospital en principio, le he vuelto a clavar la aguja a Bing Anker en el brazo y he dejado que la naturaleza, es decir, la gravedad, hiciera el resto. Pero no debo haber acertado en la vena, pues según los de la tele no ha sufrido ningún daño grave. Así que te ruego me perdones. —Glandier asintió

con la cabeza — . ¿Estás orgulloso de mí? —preguntó con otra sonrisa.

«¿Hay algún modo de enfocar racionalmente esta situación?», se preguntó Glandier. Estaba seguro de que no se trataba de una alucinación. El hijo de Michael Sheehy estaba allí, en su sala de estar, confesando un doble asesinato que a buen seguro había cometido. En circunstancias normales, lo más sensato hubiera sido llamar por teléfono al padre del muchacho y que él resolviera el problema. Pero evidentemente no era una solución viable. El chico sabía demasiado. Glandier no se atrevía a correr el riesgo de ofenderlo en modo alguno. Por otra parte, parecía que en verdad pretendía ayudarlo, a su propia y absurda manera. Quizá lo más indicado sería llevarle la corriente y sugerirle que buscara métodos menos comprometedores.

—Claro —continuó el muchacho—, te preocupa cuáles son mis metas a largo plazo. Lo comprendo, pero no puedo decir gran cosa para tranquilizarte. Es que... actué impulsivamente. No tengo ningún orden premeditado, ningún plan, sólo impulsos. Ni siquiera pensaba venir a verte esta noche hasta que he visto las noticias en la televisión y he empezado a pensar si tú también las estarías viendo y qué pensarías. Quiero decir que soy hijo tuyo, eso está claro, pero eso no significa que me pase todos los momentos del día pensando en ti. Tengo mi propia existencia.

—De todo esto —aventuró Glandier con precaución —hay muchas cosas que no entiendo.

—No tienes que entenderlo. Tú déjate llevar.

—Dices que eres hijo mío...

El muchacho lo miró con ojos relucientes de malicia.

—Oye, no querrás que vaya por ahí diciendo que soy tu amante... —Glandier vaciló—. Era broma, papáito, era broma —dijo el chico riendo — . De todas formas, tendrías que cambiar mucho antes de estar preparado para ser un perverso de menores. Eso es ya muy fuerte.

—¡No tengo intención de... de hacer jamás una cosa semejante!

—¿Te das cuenta? Es lo que yo decía... Ni siquiera eres capaz de pronunciar las palabras nefandas. Pero no te preocupes. No he venido a seducirte, papi. Para serte sincero, el sexo no figura entre mis aficiones principales. La violencia, en cambio, ya es otra cosa. Me encanta la violencia. La verdad es que tampoco soy muy diferente de cualquier chaval de once años... Si acaso, un poco más abierto y lanzado que los demás.

—Consideraría un favor... —empezó a decir Glandier, pero se interrumpió por el temor de decir algo que molestara al chico.

—Seguro que quieres que me vaya a casa.

Glandier asintió con la cabeza.

—Ya me he dado cuenta. Y me iría..., pero tengo un problema. No puedo dormir. Es la principal desventaja de mi situación. Si me duermo, Jack puede volver a ocupar el asiento del conductor y hacerse con los mandos. No creo que pudiera hacer gran cosa, claro. En seguida recuperaría el control, estoy seguro, pero ¿para qué hacer la prueba? De todas maneras, dormir no es una de mis prioridades. Me he pasado siglos sin existir, y después de esta temporada en Willowville, quizá no vuelva a existir durante varios siglos más, de modo que mi lema es comer, beber y ser feliz. ¿Te apetece jugar a las cartas?

—Pero tus padres..., los padres de Jack, quiero decir, ¿no...?

El muchacho se encogió de hombros.

—Creen que estoy acostado. Si no te gustan las cartas, ¿preferirías jugar al *backgammon*?

—No sé jugar al *backgammon* —confesó Glandier.

—¿Al *cribbage*?

Glandier intentó hallar el modo de excusarse, pero le resultó imposible. Se dirigió al dormitorio en busca del tablero de *cribbage* y una baraja.

La luz rozó sus hojas a la manera de un amante que se va al trabajo, como si no quisiera despertarla pero tampoco marcharse sin despedirse. Las fibras de conciencia que el sueño había esparcido entre las ramas del sauce se retrajeron y concentraron en una nítida resistencia a despertar. Pero al intensificarse la luz, la despertó la voz del poeta, Berryman, que croaba junto a su oído.

—Despierta, Giselle. Despierta. Ya es de día. Escucha los petirrojos. Ya se huele el desayuno. Vamos, dormilona, despierta.

—Ya voy, ya voy —refunfuñó—. Deja de decir tonterías.

—Pues déjame verte.

Giselle suspiró y se hizo visible en forma humana, sentada, aparentemente con toda comodidad, en la bifurcación inferior del tronco del árbol, a metro y medio del suelo.

—Continúas siendo una rana —observó.

Él hinchó las mejillas complacido y parpadeó.

—Me gusta. Me encuentro cómodo. ¿Y a ti? ¿Te gusta vivir dentro de un árbol?

Giselle cerró los párpados y meditó unos momentos antes de responder. Una de las ventajas de la existencia semivegetal era que se vivía en una escala temporal distinta. Nunca había necesidad de correr.

—Es muy excitante, muy excitante —contestó por fin—. Estas cositas, como se llamen...

—Candelillas —le aclaró Berryman.

—Bueno, si usted lo dice, candelillas. En todo caso, ya no me quedan muchas. Hace un par de semanas, cuando estaba toda cubierta de estas cositas, debió de ser increíble. Incluso ahora, cuando vienen las abejas, es como si cada una fuera un vibrador. Pero no es sólo uno, son centenares, centenares pequeños orgasmos todos a la vez. —Suspiró—. Los árboles están muy contentos en primavera. Seguramente para compensar el aburrimiento de las otras estaciones.

—Parece que te estás planteando quedarte en este estado para siempre.

—La luz también es muy agradable —añadió pensativa—. Excitante, no, sencillamente agradable.

—¿Y las plagas, los escarabajos, la lluvia acida?

Giselle sonrió y dijo:

—¿Y la muerte?

—Pero tú ya has sobrevivido a la muerte, ¿no es cierto? —croó Berryman.

—A veces lo dudo. ¿Te acuerdas de aquella canción que cantábamos en el colegio? —Empezó a cantar con una fluida voz de contralto—: «Rema, rema, rema en tu barca...».

—«Rema, rema, rema en tu barca» —la acompañó él alegremente, pues a la rana nada le gusta más que cantar.

—«Deslízate arroyo abajo...»

—«Deslízate arroyo abajo» —coreó Berryman.

—«Alegremente, alegremente...»

—«Alegremente, alegremente».

—«La vida no es más que un sueño».

Había dicho lo que quería decir y guardó silencio; jamás volvería a decir nada que el poeta pudiera oír.

Giselle desapareció de la vista y Berryman se quedó solo cantando, junto al estanque de cemento, la más breve y solemne de las elegías, invención de su predecesor en la melancolía,

el señor Poe.

—Nunca más —croó la rana encantada como si profetizara la separación de Giselle y él—.
Nunca más, nunca más.

Hacia las cinco de la madrugada, Glandier ya no podía seguir concentrándose en la partida de *cribbage*.

—Quince-dos, quince-cuatro, y una pareja hacen...

—Seis —apuntó Jack Sheehy.

Glandier señaló seis puntos más en el tablero.

—Y con esta otra pareja son ocho —observó Jack.

Seguidamente recogió las cartas de la mesa de la cocina y las apiló para barajarlas con destreza.

Las primeras luces del alba de un nuevo día se filtraban a través de todas las rendijas y grietas, dibujando líneas gris claro bajo cortinas y puertas, y convirtiendo el nailon sucio de las ventanas de la cocina en ectoplasma.

—Oye una cosa —dijo Jack con naturalidad mientras volvía a repartir cartas—, ¿cómo supiste dónde estaba tu mujer para ir a matarla?

El miedo que la luz matutina había intensificado en el espíritu de Glandier bullía ahora en todos los rincones de su cuerpo, como el lodo revuelto de un pozo negro. Hasta entonces, siempre había logrado evitar pensar en las más oscuras consecuencias que podían derivarse del asesinato de Giselle, no prestar atención a los castigos que contemplaba la ley para los asesinos. Una oleada de autocompasión se apoderó de él mientras se imaginaba preso entre otros presos, negros en su mayor parte, y locos, incluso allí, en la cárcel, por las drogas, apartado junto con esa escoria del mundo de los placeres diarios: sin coche, sin despacho con empleados a quienes mandar, sin otros hombres de negocios que le ofrecieran una imagen de sí mismo en sus estereotipos de ropa y manera de hablar y de pensar. Haría cualquier cosa antes de verse reducido a tan vil estado, pero ¿qué podía hacer? ¿Matar al chico? No serviría de nada, porque Jack en sí no representaba ningún peligro; era más bien algo que había en su interior. Glandier había matado a *Sugar* cuando eso mismo estaba dentro del perro, y ¿qué había logrado con ello?

—Eh —dijo Jack, dejando el montón de naipes sin repartir en el centro de la mesa — . Despierta, hemos de jugar.

—Ya voy, ya voy —rezongó Glandier, que empezó a ordenarse las cartas en la mano.

—¿No has oído lo que te he preguntado?

—Ah, sí, perdona. Estaba distraído. Llamó a su madre a cobro revertido desde Las Vegas. Cuando internaron a mi suegra, yo me ocupé de pagarle los recibos, y el número de Las Vegas figuraba en el recibo del teléfono. Sabía que no tenía contacto con su hijo, así que, ¿quién podía ser si no? Llamé y era un motel. —Miró las cartas que tenía en la mano. No guardaba lógica alguna — . Me parece que no puedo seguir jugando. Tengo la cabeza... Necesito dormir.

—Pues duerme.

—Casi es de día. Tus padres estarán a punto de levantarse. Tienes que volver a casa. Si descubren que no estás, se alarmarán.

—Ya —repuso Jack sin moverse.

—¿Qué eres?

La pregunta de Glandier le sorprendió a él tanto como al muchacho, quien alzó la mirada de las cartas que tenía en la mano como una cobra emergiendo de una cesta.

—Querrás decir «quién» eres. La gente normalmente es «quién», no «qué».

—Pero tú no eres una persona. ¿Qué más hay? ¿Demonios? ¿Eres un demonio?

—¿Crees en los demonios? —replicó el chico con un gesto despectivo.

—No me has contestado.

—Tú tampoco. Pero no, yo no diría que sea un demonio. A no ser que creas que los

tumores, las bombas, los rayos gamma o los tornados son demonios. Parece que a todo lo que causa daño se le llama demonio. Pero yo no te he hecho daño, ¿no? ¿No?

Glandier hizo caso omiso de la pregunta.

—Cuando sueño...

Se interrumpió sin saber cómo continuar.

El muchacho asintió con la cabeza, sonriendo en un gesto alentador, como un maestro sonsacando a un alumno lento.

—Te estás acercando, sí. Entonces estoy, en cierto modo. Incluso diría que es cuando estamos más cerca. Más cerca que ahora, desde luego. ¿Cuándo te has visto en un espejo por última vez?

—Supongo que la última vez que he ido al cuarto de baño.

—No. Me refiero a que te hayas visto de verdad, que te hayas visto detrás de los ojos y dentro de la cabeza. Porque en cierto modo eso soy yo, un reflejo, pero liberado del espejo, de modo que no tengo que actuar como un mono de repetición.

—¿Y si...?

De nuevo se interrumpió. No, no quería preguntárselo.

—¿Si te murieras? Supongo que gradualmente iría desapareciendo, como el humo en esos anuncios de ambientadores. Pero sólo es una suposición mía. No soy adivino. —Sonrió de nuevo con ferocidad—. Oye, ¿es eso lo que quieres? ¿Que te lea la buenaventura? ¿Por qué no? —Cogió el montoncito de cartas de la mesa y las extendió con torpeza. Se le cayeron unas cuantas: el seis de corazones, la jota de tréboles, la q de picas—. Coge una, cualquiera.

—No —dijo Glandier mientras se retiraba a la sala de estar—. De verdad, tengo que dormir. Estoy que me caigo.

El chico se echó a reír.

—Pues buenas noches. A no ser que quieras que vaya a arroparte.

—¿Por qué me haces esto? —refunfuñó Glandier.

—¿Qué te hago? Y de todas formas, ¿a ti qué más te da? ¿Crees que al reflejo del espejo le importa algo lo que refleja? Lo que quiere es liberarse, nada más. Vete a dormir.

Entonces hubo un intervalo que Glandier no recordaba después. Se encontró en el dormitorio sin tener presente el momento de dejar a Jack Sheehy solo en la cocina. Se encontraba en la cama, todavía vestido, pero descalzo. Estaba soñando, aunque no del todo dormido. En la pantalla blanca del techo revoloteaban puntos fosforescentes. Los colores se soldaron para formar un largo rectángulo de hierba, como si fuera un rollo de césped sin plantar extendido en el techo. El rocío centelleaba en las briznas de hierba mientras los primeros rayos de luz diurna incidían en el suelo. La humedad oscurecía las zapatillas deportivas de Jack mientras avanzaba por el césped hacia una rana solitaria. En la mano derecha blandía un hacha de largo mango que segaba el rocío a cada pasada de hoja. El hacha procedía del sótano de Glandier, una de las reliquias de su juventud que conservó tras la venta de los efectos de sus padres, que llevó a cabo a la muerte de éstos. Una vez, a los ocho años, Glandier se pasó toda una frenética tarde arremetiendo contra un manzano medio podrido con aquella misma hacha. Jack no hubiera debido cogerla, pero Glandier no podía evitarlo. No podía gritar «¡Basta!», ni musitar «Por favor». El sueño continuó, tan indiferente como un programa de televisión ante los deseos o temores que pudiera suscitar. La hoja del hacha se detuvo ante la corteza de un sauce de grueso tronco que se ramificaba a baja altura, luego se retiró, se precipitó hacia adelante y atacó el tronco, en cuya corteza dejó una larga incisión. Volvió a arremeter contra el árbol, en esta ocasión en un ángulo ligeramente más obtuso, de modo que entre ambos golpes se formó una herida blanca en forma de almendra. El hacha se alzó por tercera vez, pero una voz gritó «¡Leñador, perdona a ese árbol!», y Jack Sheehy se volvió, con el mango del hacha apoyada en el hombro, para buscar entre la hierba el origen de tan repentina prohibición. Y allí estaba, junto al lago artificial, una rana verde con un ojo abierto, normal, y la otra cuenca vacía y sangrante. Al verla Jack, la rana hinchó los carrillos, como en un gesto de burla y croó otro verso del poema: «No toques una sola rama». A lo cual

el muchacho replicó, mientras tiraba un hachazo: «¡Y un cuerno!». La rana esquivó el ataque de un salto y el hacha se estrelló contra el cemento con estrépito. El batracio emprendió la huida con el muchacho a la zaga; croaba burlón, y Jack seguía descargando hachazos contra la húmeda hierba, con los que abría oscuros agujeros en los que lombrices y otros insectos se retorcían, sorprendidos de encontrarse expuestos al efecto desecador del sol y a la vista de los depredadores. La rana atravesó de un salto un macizo de tulipanes que la señora Kendall había hecho florecer tempranamente. Jack la persiguió sin hacer caso de las flores. La rana zigzagueó por entre las lilas de los Merton y Jack continuó persiguiéndola. Se escondió en la sombra de una tumbona; sin embargo, Jack la encontró y descargó el hacha, pero erró el blanco por menos de un centímetro. La rana enfiló el estrecho pasillo que quedaba entre el garaje de los Merton y el de los Gallagher, giró a la izquierda ante el jinete negro que sostenía un farol ante la entrada asfaltada de los Merton y se refugió bajo las gruesas ramas espinosas de los enebros que adornaban la fachada de la casa de los Gallagher. Casualmente, la señora Gallagher, que solía levantarse temprano, se encontraba tras el ventanal en el momento en que Jack Sheehy machacó los arbustos de enebro en persecución de la rana. Glandier la vio, a través del cristal, marcar un número y hablar por teléfono, en tanto Jack, en un incontenible acceso de rabia, continuaba asestando golpes a los arbustos mientras gritaba: «¡Te atraparé, cabrón!». Glandier deseaba llamarlo, decirle que debía detenerse, pero en su sueño le eran negados voz y movimiento. No podía hacer sino permanecer allí, sudando al ver cómo el padre de Jack salía con paso decidido de casa y atravesaba su jardín y la entrada de los Gallagher para situarse detrás de su hijo, que seguía destrozando los enebros con furia. «Por Dios bendito, ¿qué carajo estás haciendo?», gritó el señor Sheehy. El muchacho se detuvo por fin, miró a su padre y empuñó el mango del hacha con más firmeza, como si fuera a... Pero no; la bajó y dijo con calma, aunque sin disculparse: «Estaba cazando una rana».

Glandier despertó en ese momento bañado en sudor. «Estaba soñando —se dijo—. No era más que eso, un sueño.» Pero el corazón le saltaba en el pecho como si acabara de joder de una manera especialmente violenta, y se resistió a levantarse para ir a la puerta principal a mirar si había sido un sueño de verdad.

En cualquier caso iba a averiguarlo, pues sonó el timbre de la puerta. Se levantó de la cama refunfuñando y se miró al espejo. Tenía los pantalones hechos un acordeón y la camisa empapada en sudor; el ralo cabello enmarañado se le había adherido a la frente formando las líneas de fractura de un parabrisas roto. Volvió a sonar el timbre. Se secó el rostro con un albornoz, a continuación se lo puso y fue a abrir. Era el padre de Jack con el hacha, rojo de rabia como un pimiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Glandier.

—Michael Sheehy alzó el hacha.

—¿Es tuya?

—Podría serlo, supongo. Pero la mía debería estar en el sótano. ¿Por qué?

—Entonces es tuya. Tómala, por favor.

Glandier abrió la mosquitera que los separaba y cogió el hacha cautelosamente.

—No entiendo nada —anunció después de cerrar la puerta.

—Yo tampoco puedo decir mucho más. Mi hijo me ha dicho que cogió el hacha de tu sótano. ¿Sabes algo de eso?

Glandier convirtió su rostro en la máscara del asombro (ceño fruncido, labios apretados) y negó con la cabeza. Resultaba tranquilizador poder mentir. A Glandier le producía un sentimiento de orgullo casi profesional su capacidad para engañar a la gente.

—¿Es que no cierras las puertas? —preguntó Sheehy buscando el modo de ponerlo en una posición censurable.

—Claro que no. ¿Tú sí? No creía que hiciera falta en este barrio.

Sheehy se mordió el labio.

—Bueno, quizá deberías hacerlo. Perdona.

Glandier no pudo resistir la tentación de darle otra vuelta a la tuerca.

—Pero ¿qué hacía tu chico con el hacha? —Alzó la hoja y vio un hilillo líquido sobre el acero—. Parece como..., como si hubiera querido levantar el pavimento con ella.

—Ha matado una rana —dijo Sheehy.

—¿Una rana? —repitió Glandier.

—No puedo decirte más —cortó secamente Sheehy, y se dio media vuelta para marcharse.

La hilaridad casi se apoderó de Glandier. Quería gritarle a Sheehy, burlarse, sacar una foto Polaroid de su cara de vergüenza.

Miró la hoja del hacha. ¿Era aquello sangre? ¿Por qué estaba aquel chico (que, naturalmente, no era un «chico») tan empeñado en matar una rana (que probablemente no era una «rana»)?

Como si la respuesta estuviera en el sabor, levantó el hacha y rozó la mancha de sangre con la punta de la lengua. Estaba salada y... algo más. Lamió la totalidad de la mancha como si fuera un helado a medio derretir y el extrañó sabor despertó en él familiares punzadas de apetito. El desayuno lo llamaba desde la cocina con la promesa de una vida normal. Dejó el hacha apoyada en el marco de la puerta y se alejó tambaleante de allí. Se iba a preparar huevos fritos con bacon, café, tostadas con mantequilla y zumo, si le quedaba alguna lata en el congelador.

Pero cuando entró en la cocina se encontró con que la mesa estaba cubierta de cartas. De un manotazo las arrojó todas al suelo. «¡Mierda!», pensó en cuanto lo hubo hecho; ahora iba a tener que recogerlas todas.

Sonó el timbre.

Se quedó petrificado. El sol matutino bañaba el suelo de la estancia y revelaba los meses que hacía que no se fregaba; las cartas derramadas sin orden ni concierto, casi todas ellas cara arriba, anunciaban una buenaventura que no sabía interpretar. El reloj, un disco blanco sobre una sartén marrón, señalaba las seis y tres minutos.

Oyó que se abría la puerta principal... y que a continuación se cerraba.

— ¿Hay alguien? —preguntó una voz, que, para inconmensurable alivio de Glandier, no era la de Jack Sheehy.

Entonces, alejada esa duda, pudo permitirse el lujo de sentir indignación, al pensar en quién coño podía entrar tranquilamente en su casa y decir «¿Hay alguien?». Salió de la cocina con paso decidido y dispuesto a increpar al desconocido intruso, pero no había nadie. Estaba seguro de haber oído entrar a alguien. ¿Era posible que quien hubiera entrado se hubiese internado ya por el pasillo?

De repente le llegó un resplandor, como el último destello de una bombilla al fundirse. Pero cuando se asomó al pasillo, no había nadie.

Entonces, justo a su espalda, la misma voz lo llamó:

-Bob.

Se volvió y, con un horror mitigado por la incredulidad, vio la estatua del jinete negro que tenían los Merton en la entrada de su casa. Sostenía en alto el farol y la luz proyectada por éste quedaba al mismo nivel que los ojos de Glandier. Era una luz tan intensa que mirar los rasgos del rostro de la estatua era como conducir con el sol de cara. Sin embargo, cuando repitió su nombre alcanzó a distinguir que sus labios se movían, de lo cual dedujo que debía de ser una alucinación. Se quedó inmóvil, incapaz de actuar como exigía la razón, de regresar a la cocina para empezar a prepararse el desayuno, haciendo caso omiso de aquella aparición hasta que se desvaneciera con la luz del día. En lugar de eso, preguntó:

—¿Quién eres?

Y la estatua, como si la pregunta fuera el permiso que estuviera esperando, bajó el farol y se levantó la visera de la gorra morada para mirarlo fijamente con un ojo. De la cuenca del otro ojo manaba la sangre que manchaba su rostro, rojo como sus labios pintados.

—Berryman me llamo —dijo la estatua sonriendo—, y a la poesía me dedico. Tú debes de

ser Bob Glandier. —Glandier no dijo nada — . Claro que eres tú. No soy visible para nadie más. Los fantasmas sólo se aparecen a las personas preparadas para recibirlos. Es como la televisión por cable. Y eso soy yo, un fantasma que te va a perseguir veinticuatro horas al día. En realidad, Bob..., no te importa que te llame Bob, ¿verdad?..., es un trabajo que le corresponde a tu mujer, pero a causa de la bromita que le gastó tu hijo con el hacha, por no hablar más que de una de sus bromitas, Giselle está encerrada en ese árbol hasta que cicatrice la herida de su corteza, como un genio en una botella tapada. ¿Quién hubiera dicho que en la otra vida había tantas reglas? O, más bien, ¿quién hubiera dicho que había otra vida?

Si aquello era efectivamente una alucinación, razonó Glandier, su realidad sería sólo mental, no física, de modo que si daba un paso adelante y alargaba el brazo hacia donde parecía que estaba la estatua, su mano la atravesaría, ¿no?

—Dudo que hayas leído a Thomas Lovell Beddoes, un maravilloso e infravalorado poeta de principios del siglo diecinueve —dijo la estatua — . Hay una escena en *Death's Jest Book*, un drama larguísimo y a veces humorístico, aunque con más frecuencia sublime, que viene como anillo al dedo para nuestra situación. El duque, que ha asesinado a Wolfram, ve a su espíritu y empieza a despotricar:

Mentira de mis ojos, ¡desapareced! ¿Acaso no estáis muerto?
¿Acaso los gusanos que consumieron vuestro tuétano no están muertos?
¿Qué hacéis aquí, malvado duende?
¿Creéis que os temo? Vuestro aire burlón,
no sois más cierto que la imagen de un espejo,
y la mitad de duradero. Regresad al ataúd.
Perdido espectro imbécil, id a rondar cunas,
o quedaos y me haréis reír.

»Es de un rimbombante maravilloso, y has de perdonarme que te robe los versos que por derecho te corresponden. Con el tiempo, tal vez podamos hacer la escena juntos, pues, como Wolfram en la obra, no pienso marcharme.

—No eres real —insistió Glandier—. Nada de esto es real.

—A tal objeción —dijo la estatua — , el fantasmagórico Wolfram replicó: «¿Es aire lo que rechaza tu espada?», que es lo mismo que decir: «Tócame si no me crees real. Haz la prueba del incrédulo santo Tomás». —A fin de ilustrar la frase, la estatua se metió el índice en la sangrante cuenca ocular y lo sacó goteando—. Ésta, por ejemplo, es la calidad superior de esmalte chino rojo Velve-Chrome. —Le acercó el dedo para que lo observara de cerca. Al retroceder Glandier, la estatua se dirigió a la butaca en la que éste había colgado la arrugada chaqueta del traje gris de rayas finas y dibujó una gran A en el respaldo—. Toma —dijo con satisfacción, limpiándose el dedo en los pantalones amarillos de montar—. Igual que en el cine.

—Fuera de aquí —dijo Glandier sin convicción.

La estatua sonrió y a continuación, pasándose tres dedos por el labio inferior, emitió un sonido burlón. Glandier cerró los ojos.

—¿No dices nada? ¿No contestas? Entonces, ¿qué tal unos fenómenos misteriosos? — Glandier abrió los ojos a tiempo para ver que la estatua le lanzaba una bombilla que había desenroscado de la lámpara de pie—. ¡Cógela! —le gritó en tanto él reaccionaba para atraparla, pero no se movió con suficiente rapidez y la bombilla se estrelló a sus pies—. Esto es sólo una muestra de lo que será que yo te persiga, una fina lonja del queso. Algunos efectos, he de admitirlo, no son más que magia teatral, como éste. —La estatua accionó un botoncito de la base del farol y la luz de éste alcanzó tal intensidad que dañaba la vista—. Pero, como demuestra esa otra bombilla, algunos de mis trucos rebasan el plano subjetivo. Ahora mismo voy a comprobar lo que puedo hacer con la fontanería. En vida, nunca fui un manitas, pero estropear es siempre más fácil que arreglar. De las dos puertas del sueño, puedes estar seguro de que no atravesarás ninguna. —Con los ojos cautelosamente fijos en la estatua y la espada apoyada en la pared, Glandier empezó a moverse con lentitud—. Pero hay un modo de convencerme de que me marche. En realidad, dos. ¿Quieres saber cómo?

—¿Cómo? —dijo Glandier tratando de no mirar el hacha apoyada en el marco de la puerta, sin querer pensar en ella por miedo a que le leyera el pensamiento.

—El primero, y el que yo recomiendo, es seguir mi propio ejemplo de hace unos años: suicidarte. Yo me tiré desde el puente que hay cerca de la univesidad, pero no hay necesidad de ponerte en evidencia hasta ese punto. Puedes bajar la puerta del garaje, poner en marcha el motor del coche e inspirar hondo. O, si eso no te parece lo bastante viril, puedes probar la técnica de Hemingway, un disparo en el velo del paladar. Su eficacia está garantizada. Ahora bien, quizá compartas los escrúpulos de Hamlet sobre la otra vida y no desees dirigirte a tierras desconocidas, en cuyo caso también una simple confesión me haría marchar. Ahí está el teléfono. Marca el nueve-uno-uno, pide que te pongan con la policía y tranquiliza tu conciencia. Ésas son tus alternativas. ¿Qué me dices?

—¡Digo que te vayas al infierno! —exclamó Glandier en tanto se inclinaba para apoderarse del hacha.

Mientras avanzaba por la sala de estar, la estatua alzó el farol como para repelerlo. Entrecerrando los ojos a fin de protegerse del resplandor, Glandier blandió el hacha con toda la fuerza de sus brazos y sus hombros. Se produjo un satisfactorio impacto. El farol cayó al suelo. Del muñón del brazo de la estatua brotó un surtidor de gotas rojas.

—No creía que fuera necesario explicar una cosa tan evidente —dijo el jinete—, pero, sencillamente, no es posible matar a un fantasma. Sólo podrías...

Glandier volvió a arremeter, esta vez apuntando con más cuidado. La cabeza de la estatua quedó separada de los hombros de un solo golpe. En el momento de recibir el impacto, incluso antes de alcanzar el suelo, la cabeza del jinete negro adoptó una forma humana pero más horripilante, una cabeza de hombre, con barba canosa, ciego.

La cabeza cercenada continuó reconviendo a Glandier:

—Tarde o temprano tendrás tu merecido, y lo sabes. Entretanto, la culpa se irá apoderando de ti, caerás en las trampas de tu tentador. Porque no soy yo quien representa el mayor peligro, procede más bien de la criatura que engendraste, lo que me atacó dos veces en el jardín, primero en forma de garza y luego del hijo de tu vecino. Pensaba que me había eliminado, pero mató a una pobre rana cabeza de turco mientras yo me transformaba en esto, ¿o debería decir aquello?

Un nuevo hachazo partiría el cráneo del fantasma parlanchín como un tronco para leña, pensó Glandier. Pero cuando alzó el mango hacia atrás, la hoja salió proyectada y atravesó el ventanal.

—No dirás que no te he advertido —dijo la cabeza.

De la cocina llegó un estrépito todavía mayor que el producido por los cristales. Glandier soltó el mango del hacha y echó a correr hacia allí. El frigorífico aparecía volcado y la puerta se había salido de los goznes. Una especie de sopa fría compuesta por el contenido de diversas botellas rotas fluía por el linóleo. Detrás de la nevera volcada, la estatua decapitada se movía a tientas encima de los armarios, agitaba el muñón del otro brazo en dirección a Glandier y le advertía que no se acercara. Unas gotitas de sangre salpicaban la superficie de los armarios y el suelo, como procedentes de un aspersor de jardín. «El cajón de los cuchillos», pensó Glandier, pero antes de poder dar un paso hacia allí, la estatua agarró el bote de la harina y se lo arrojó. El proyectil se estrelló contra el marco de la puerta y lanzó una polvorienta lluvia blanca. Glandier sintió cómo su audacia se transformaba en miedo, y en el mismo instante notó que se le aflojaban los intestinos. Salió corriendo del caos de la cocina, atravesó la sala de estar, donde las llamaradas azules hacían presa en la moqueta alrededor del farol caído, y enfiló el pasillo hacia el cuarto de baño. Mientras manipulaba la hebilla del cinturón advertía lo absurdo de todo aquello, de que entre tantos horrores tuviera que sentir el pánico de cagarse encima. Sin embargo, la realidad de su existencia física actuaba como ancla de la cordura. Incluso mientras su esfínter sufría los espamos del miedo, sentía una especie de agradecimiento porque fuera un hecho palpable, real. Tras bajarse los pantalones y los manchados calzoncillos, se derrumbó, expulsando excrementos líquidos, en la taza del water. El alivio que sentía era tal que las lágrimas afloraron a sus ojos, pero sólo por un momento. A continuación, antes de que cesara la diarrea, se levantó aullando, mientras intentaba apartar

los dedos de la mano herida que le comprimían los testículos.

—¿Confiesas ahora? —gritó la cabeza desde la sala de estar. La mano siguió apretando. No podía zafarse de ella — .¿Confiesas?

—Sí. Para, por favor, para.

—Pues coge el teléfono y llama a la policía.

Cubierto de harina y de diarrea, se arrastró a cuatro patas hasta el dormitorio. Cogió el teléfono y marcó el nueve-uno-uno. Al cabo de cuatro llamadas una voz respondió:

—Servicio de urgencias, dígame.

Glandier pidió que lo pusieran con la policía.

—¿De dónde llama usted?

Se dio cuenta de que todavía podía colgar. Aún no había confesado; la policía no localizaría la llamada. Se tocó abajo con la mano derecha para comprobar si la mano seguía allí. Al primer roce, volvió a apretar. Glandier dio un grito. Sin hacerle más preguntas, la telefonista lo puso con la policía.

—Policía de Willowville —dijo una voz de varón— . ¿Qué problema tiene?

—Llamo para confesar... un asesinato.

—¿Cómo se llama, por favor?

—Robert Glandier.

—¿Desde dónde llama?

—Desde mi casa.

—¿Dirección?

—1232 Willowville Drive.

—¿Cuándo se cometió el asesinato?

—Hace un año; no, más.

¿De qué asesinato se trata?

—No puedo decírselo. —La mano de la entropierna apretó y retorció su presa en un solo movimiento — . Ma-maté a mi... mujer.

—¿Está usted en casa ahora?

—Sí.

—Por favor, no se mueva hasta que llegue alguien del departamento. Entre tanto, quisiera hacerle unas cuantas preguntas más.

Glandier depositó el auricular en la horquilla. Al hacerlo, los dedos de la mano cercenada lo soltaron y cayeron al suelo. La zarpa salió corriendo como una araña hacia la puerta del cuarto de baño, donde estaba la estatua, que no sostenía el farol sino la cabeza del poeta.

—Ya está —dijo Berryman con una sonrisa burlona en tanto se agachaba para que la mano pudiera subir por la manga—. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Aunque raras veces se daba a esa bebida, ni a ningún tipo de alcohol que no fuera vino, en momentos de franqueza el doctor Samuel Helbron se describía como un «psiquiatra del whisky», es decir, un psiquiatra que, como ciertos sacerdotes, ha dejado de creer en las formas externas que, con cínica resignación, continúa observando. Desde el descubrimiento de las drogas psicotrópicas efectivas, el doctor Helbron ya no sabía qué propósito se perseguía alentando a las amas de casa y a los locuaces hombres de negocios a hacer ridículas confesiones seglares. Lo que había que procurar era que la gente cumpliera las normas y nada más. Ahora lamentaba no haber estudiado administración pública. Le hubiera gustado dirigir un hospital, una prisión o una comisaría de policía, instituciones que llevaban a cabo funciones sociales esenciales. Pero allí estaba, en las dos habitaciones amuebladas en madera de teca que tenía en el piso dieciocho de la Foshay Tower y con una agenda repleta de nombres de lisiados psicológicos que usaban su presencia apacible y comprensiva como placebo, muleta o chivo expiatorio, según sus cambiantes humores. Los despreciaba por ser unos patanes, y se despreciaba a sí mismo por ser un estafador, pero a cambio de unos ingresos que bordeaban los cien mil dólares anuales estaba más que dispuesto a ir capeando tales sentimientos.

Pese a ser un experto en el arte de la inexpresividad, al doctor Helbron le resultó difícil disimular la alarma cuando un ex paciente, Robert Glandier, un ejecutivo de Techno-Controls, se presentó en la consulta quince minutos antes de la primera visita en un estado de agitación maniaca próximo a la histeria y como si lo hubieran rebozado con harina. En tales circunstancias se imponía olvidar las normas del protocolo ordinario, como la necesidad de haber concertado previamente hora de visita. Helbron invitó a Glandier a entrar en su despacho y le preguntó qué le ocurría.

El individuo no pasó a explayarse inmediatamente pero, tras varias muestras de áspera impaciencia por parte del médico, resultó que Glandier (probablemente después de haber bebido) había llamado a la policía de Willowville y había confesado ser el asesino de su mujer. El doctor Helbron ya había tenido ciertas sospechas en tal sentido mientras lo trataba el año anterior, pero admiró en aquel momento el dominio de sí mismo de que hacía gala. Con frecuencia, los clientes se empeñaban en usar la consulta del psiquiatra como una especie de vestuario psicológico donde el doctor Jekyll podía transformarse en míster Hyde. Glandier no era así. Incluso en aquel trance mantenía que la confesión había sido un «error». Había sufrido unas pesadillas inusuales, dijo. Temía estar a punto de padecer una depresión nerviosa y quería que el doctor Helbron le recomendara un sanatorio acreditado al que pudiera ir a recuperarse. No un hospital mental; lo que necesitaba era un par de semanas de descanso. También quería que el doctor Helbron llamara a la policía de Willowville y les explicara que no debían tomar en serio la llamada en que se confesaba autor del asesinato de su esposa. Podía decirles que había sido una travesura de borracho. En cuanto al contenido de las pesadillas y el origen del baño de harina, Glandier se negó a tratar el tema.

En conjunto, una singular actuación que al doctor Helbron le hubiera gustado ver ampliada a lo largo de una terapia prolongada. Pero era evidente que aquel hombre había perdido el control y seguramente resultaba peligroso. La única salida era entregárselo a las autoridades. No obstante, primero tenía que convencerlo de que abandonara la consulta pacíficamente. Puesto que se negaba en redondo a regresar a su casa de Willowville, Helbron le sugirió que se fuera al hotel Raddison, se lavase y esperara a que él le indicase que había pasado el peligro.

Una vez Glandier hubo accedido a seguir su consejo y se hubo marchado (dejando boquiabierto a la señora Alden, la secretaria, al salir), el doctor Helbron telefoneó al capitán Maitland de la policía de Minnéapolis, un amigo de la universidad con quien de vez en cuando salía a cenar, y le informó de lo que le había contado Glandier y de dónde podía encontrarlo. El capitán Maitland le dio las gracias por su cooperación y propuso, con afable compañerismo, ir a cenar el jueves de la semana siguiente.

Lo triste es que el doctor Helbron y el capitán Maitland no llegarían a compartir nunca esa cena. A los pocos minutos de que se fuera Glandier, el doctor Helbron recibió una llamada de la esposa de otro ejecutivo de Techno-Controls, Michael Sheehy. La señora Sheehy estaba alarmada por el comportamiento de su hijo de once años, Jack, que había arremetido contra los arbustos del jardín de los vecinos con un hacha mientras perseguía a una rana (según afirmaba el muchacho). Desde el incidente, el chico no había salido de su cuarto y se negaba a

hablar con sus padres. La señora Sheehy estaba convencida de que tal comportamiento había sido causado por alguna droga, y quería ver confirmada tal sospecha. El doctor Helbron accedió a ver a Jack a la hora del almuerzo.

El muchacho llegó a las doce y cinco, pero no acompañado de su madre, que, según contó el chico, había aprovechado el viaje al centro para hacer unas compras. Puesto que la señora Alden se había ido a almorzar, el doctor Helbron condujo al chico a su despacho y le preguntó si deseaba colgar la chaqueta, que llevaba apretujada en una bola. El muchacho dijo que prefería no colgarla. Se sentó y la sostuvo en el regazo.

El doctor Helbron fingió entonces cargar su pipa. Con los pacientes más jóvenes era una buena norma aparentar que no se les prestaba demasiada atención en los primeros momentos. Ese deliberado desinterés dio a Jack Sheehy oportunidad de sacar disimuladamente de entre los pliegues de la chaqueta la pistola (de su padre) con la que acababa de asesinar a su madre.

El doctor Helbron encendió la pipa, hizo describir a la silla un cuarto de giro hacia la izquierda, sonrió de un modo calculado para inspirar confianza, y preguntó:

—Bueno, Jack, ¿qué hay?

Ésas fueron sus últimas palabras.

Casi fue un alivio que lo detuvieran y lo metieran en la cárcel. Desde luego, allí estaba más seguro que en ningún otro sitio. Sin duda a la policía le habría parecido extraño que no preguntara por la fianza ni demostrara interés en ponerse en contacto con su abogado. De momento estaba mejor sin abogado, ya que le faltaban respuestas para muchas preguntas, como, por ejemplo: ¿por qué había llamado a la policía aquella mañana?; ¿por qué se hallaba su casa en aquel estado? Y la más difícil de todas: si no había sido él, ¿quién había matado al doctor Samuel Helbron? Glandier tenía una idea de quién podía haber sido, pero no parecía probable que lograra convencer de ello a un agente de policía: «Es que verá, mi vecino tiene un chico que está poseído por un demonio que es hijo mío y de mi difunta esposa, y ese demonio insiste en cargarse a cualquiera que pueda constituir una amenaza para mí, sólo por amabilidad».

Y allí estaba, a salvo entre barrotes, acusado de un asesinato que no había cometido, mortalmente cansado y sin poder dormir. El catre se hundía bajo su peso como una hamaca. La sábana y la manta eran demasiado estrechas para taparse con ellas. No había modo de protegerse los ojos del resplandor del fluorescente que brillaba en el pasillo. «Duerme —se dijo—. Duerme mientras puedas.» El policía que le había tomado las huellas dactilares la noche anterior apareció en la puerta de la celda y le dijo que tenía visita.

—¿Quién es? —preguntó — . ¿Qué hora es?

—Da lo mismo —repuso el agente — . Muévete. —Abrió la celda y condujo a Glandier por un pasillo sin sombras hasta un cuarto vacío—. Espera ahí —le indicó señalando una de las sillas de madera que había a ambos lados de la mesa de fórmica.

El agente salió de la estancia cerrando la puerta a sus espaldas, y un instante después Jack Sheehy entraba por otra puerta y ocupaba la silla del otro lado de la mesa.

—Nos volvemos a ver —dijo Jack.

—Estoy detenido —murmuró Glandier.

—Ya lo veo.

—Por un asesinato que has cometido tú.

El muchacho sonrió.

—¿Cuál?

—El del doctor Helbron.

Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que vaya a la oficina y diga: «Agente, yo no sé mentir. El asesino soy yo. Robert Glandier es inocente»? Sería una bobada. Además, ¿quién ha dicho que seas inocente? Tú mataste a tu mujer y así empezó todo este lío.

—Esto tiene que ser otro sueño. Si no, no es posible que te hayan dejado venir a verme.

—Yo creía, querido padre, que a estas alturas ya habrías empezado a tomar en serio lo que ocurre en los sueños.

Glandier cerró los párpados con fuerza y, al instante, los abrió de nuevo.

—¿Me sigues viendo? —preguntó el muchacho con sarcasmo—. Mira, te propongo un trato. Te saco de la cárcel, sin cargos, con tu virtuosa reputación intacta, si aceptas una condición. — Glandier esperó a que anunciara esa condición—. Que la próxima vez que nos encontremos, te pueda llevar conmigo al infierno. ¿Hace?

—¿Estoy de verdad en la cárcel? ¿No será eso también un sueño? —repuso Glandier evasivo.

—Ya lo creo que estás en chirona. Y si no quieres quedarte mucho tiempo, más vale que mojes esa pluma en tu propia sangre y firmes sobre la línea de puntos antes de que enciendan las luces, despiertes y sea demasiado tarde.

Glandier fijó la vista en la fórmica de la mesa justo a tiempo para ver desaparecer una

cucaracha.

—Y mira, para endulzar un poco el trato te voy a dar una bonificación. ¿Te quieres librar para siempre del fantasma de tu mujer? ¿Y de ese otro, el del poeta que va disfrazado de poste para atar caballos? Yo te diré lo que debes hacer para que ninguno de los dos te vuelva a molestar. Te gustaría, ¿no?

—Claro, pero...

—Pero ¿qué? ¿No quieres ir al infierno? Deberías haberlo pensado a tiempo, cuando tenías unos tres años y medio, en tu caso. Bueno, entonces, ¿qué? Más vale que decidas antes de que despiertes.

—Trato hecho —dijo Glandier.

¿Qué otra opción tenía?

—Choca esa mano —ofreció el muchacho alargando el brazo por encima de la mesa.

Glandier se la estrechó con cautela. La sensación que le produjo era a la vez seca y quebradiza, como si hubiera agarrado un puñado de cucarachas antes de ofrecerle la mano.

En ese momento, Glandier notó que lo sacudían por el hombro.

—No —gruñó—, todavía no. No me ha contado lo de mi mujer.

—Eh, señor, despierte. Se va usted a casa. Parece que ha habido un error. Aquí tiene el cinturón y los cordones de los zapatos.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Ya se lo dirán en el despacho del fiscal del distrito. Su abogado lo espera allí. Usted no quería decir nada si no estaba presente, ¿se acuerda? Pues él, lo mismo. Pero créame, es un genio.

En tanto las dos chicas de los Sheehy, Judy y Maryann, se dirigían a casa desde la parada del autobús de Pillsbury Road, Berryman, bajo la forma, una vez más, del jinete negro del farol, las fue siguiendo, adelantándose a ellas o corriendo a la par, con intención de advertirles, infructuosamente, de que no fueran a casa. Pero logró transmitirles el mismo miedo que uno de sus propios libros del estante más alto del almacén más oscuro de la biblioteca más provinciana del Estado de Minnesota, donde estaban acumulando polvo. No le hicieron ningún caso.

Berryman le puso la mano en la nuca a Maryann.

—Venga, tienes que notar algo, un estremecimiento, una premonición. Si entras en esa casa, estás muerta. ¡Escúchame!

Pero Maryann no sintió absolutamente nada. Continuó insistiendo, en contra de las objeciones de Judy, en que Jessica Breen no era idiota, pese a que tenía ciertos defectos de personalidad innegables. No obstante, mantenía Maryann, si Jessica Breen no era perfecta, tampoco lo era nadie, defensa que Judy interpretó como una velada crítica hacia ella.

—Escuchad —suplicó Berryman, siguiéndolas —. ¡Escuchad, por favor! Vuestro hermano os está esperando para mataros. Ya ha matado a vuestra madre, y ha ahogado a vuestro padre, después de dejarlo inconsciente con un bastón de croquet cuando regresó del trabajo. Se ha vuelto loco. Es una especie de Charlie Manson en pequeño. Huid. Marchaos a casa de alguien, haced cualquier cosa menos entrar en vuestra casa.

Por desgracia, todo fue en vano. Las dos hermanas se dirigían a casa a través del jardín comunal donde con anterioridad el muchacho había perseguido al poeta John Berryman en la etapa de rana de su metamórfica existencia. Acaso subliminalmente inducida por las advertencias del poeta o simplemente por las incisiones que había abierto el hacha en el césped, Judy observó:

—Qué raro ha sido lo de esta mañana.

—Ya lo creo —coincidió Maryann.

—¿Te has enterado de qué estaba haciendo Jack?

—Según mamá, ha dicho que estaba persiguiendo a una rana. Pero ¿con un hacha? Por lo visto, ha destrozado los arbustos de los Galagher. Yo no he visto el estropicio, se hubiera notado mucho si me paseo por delante de la casa inspeccionando. ¿Por qué habrá hecho una cosa semejante? Bueno, las dos sabemos que está un poco desequilibrado. Todos los niños están un poco raros a esa edad.

—Tú querías suicidarte cuando tenías doce años —observó Judy con maliciosa complacencia.

—¡No es verdad! —protestó Maryann.

—Me leíste la nota en voz alta.

—Era una redacción. Jamás pensé suicidarme de verdad. Y además, de eso hace dos años y no tiene nada que ver con que Jack esté loco.

—¿Quién ha dicho que Jack está loco?

—¿Tú dirías que es normal?

—No, pero lo importante es que nos comportemos como si no hubiera ocurrido nada extraño —dijo Judy—. Sin comentarios, sin miraditas. Simplemente, haz ver que no ha pasado nada.

—¿De verdad? —Maryann no estaba convencida. Con la mano en el pomo de la puerta trasera de casa de los Sheehy, preguntó—: ¿No crees que sería mejor hacer un esfuerzo y tratar de comunicarnos con él? Ya viste Gente corriente. El problema era que la gente se negaba a hablar de sus problemas.

—Yo estoy dispuesta a hablar con Timothy Hutton de sus problemas en cualquier momento, pero no pienso hablar de la matanza de ranas con Jack si puedo evitarlo.

Berryman puso la mano sobre la de Maryann, intentando contrarrestar la presión de su carne para abrir la puerta. Pero la puerta se abrió y, una tras otra, las que iban a ser víctimas de Jack entraron en el matadero.

—Has hecho todo lo que has podido, John —dijo una voz.

Reconoció la voz de Adah Menken, y ésta apareció junto a la puerta trasera de la casa de los Sheehy con el traje correspondiente al papel de Mazepa, el jefe de los cosacos de Ucrania, una colcha blanca bordada ceñida a las caderas mediante un cinturón ancho de piel, la cabeza envuelta con otro trozo de la misma tela, una chaquetilla corta profusamente adornada, leotardos de color carne y botas blancas.

—Supongo que debería entrar —dijo él malhumorado.

—No, John, no podemos hacer nada. Yo no creo en la predestinación, pero llega un punto en que ya no puedes escapar.

Mientras los dos poetas contemplaban las mudas paredes de la casa, se produjo un largo silencio. De súbito, tras entrar en el cuarto de baño y encontrarse con el torso despedazado de su padre en la bañera, Maryann profirió un espeluznante alarido.

—¿Y Giselle? —insistió Berryman volviéndose de espaldas a la residencia de los Sheehy, resignado a la extinción de la familia — . No me dirás que tampoco podemos ayudarla a ella, ¿verdad?

Adah bajó la vista hacia el césped, avergonzada.

—Me temo que, en ciertos aspectos, Giselle ha escapado ya a nuestro socorro, o a nuestra comprensión, o al menos al alcance del lenguaje.

—Pero ¿está todavía viva en el mismo sentido que nosotros? —insistió Berryman.

—Sí, sí, tan viva como ese árbol. Y por eso, gracias por recordármelo, sería conveniente que cogiéramos un brote o un esqueje. Ahora el demonio sabe dónde está y cómo se la puede atacar. Más vale que nos anticipemos a esa posibilidad.

Les llegó otro grito (de Judy) desde el interior de la residencia de los Sheehy y luego el sonido de una barandilla que cedía, pero no el subsiguiente ruido de un cuerpo que se estrellara contra el suelo, pues Judy había asido con fuerza un pilar de sustentación y golpeaba con él el cráneo de su hermano.

Berryman y Adah atravesaron el jardín hasta el sauce que crecía junto al estanque ornamental para arrancarle una docena de ramitas y tejer con ellas una especie de guirnalda.

Maryann, entretanto, encerrada en el cuarto de baño con el cuerpo descuartizado de su padre, continuaba gritando y golpeando la puerta.

—Bueno —dijo Adah con su tono más autoritario— , ya es hora de que regrese al paraíso, y tiene que venir conmigo. Pero ante todo debe devolverme el anillo. Basta de cambios de forma. No puede entrar en el cielo con pinta de refugiado de un catálogo de venta por correo.

Berryman le entregó el anillo mágico y al instante se transformó de nuevo en sí mismo, un poeta ciego con una andrajosa chaqueta de *tweed* manchada de sangre.

—¿Cómo se va? —preguntó.

—Tenemos que subir. Y puesto que aquí no hay escaleras, propongo que nos subamos a este árbol.

Berryman puso la mano en la corteza del sauce.

—¿Notará cómo subimos?

—En el sentido humano, no. Pero no se preocupe por ella. Lo principal es ocuparse de uno mismo. Busque un sitio donde sujetarse con los dedos... así. Ahora, levante el pie izquierdo y póngalo en el estribo que le hago con las manos.

Berryman la obedeció y pronto se encontró subiendo de una rama a otra del sauce, que se doblaban y oscilaban bajo su peso. Con todo, él seguía ascendiendo, como el tallo de la habichuela del cuento.

Mientras, Jack Sheehy había conseguido vaciarle los ojos a su hermana mayor y estaba rociando la moqueta del primer piso con gasolina.

Maryann, en el cuarto de baño, golpeaba la doble cristalera de la ventana, que Jack había sellado con cola rápida, con un frasco de elixir dental. La botella se rompió y Maryann cayó al suelo llorando de desesperación.

Bajo la puerta del cuarto de baño se filtraban jirones del humo procedente de la moqueta de lana y fibra.

—¿Sigues detrás de mí? —preguntó Berryman, y Adah contestó en tono tranquilizador que sí—. Parece que este árbol es interminable.

—En seguida llegaremos —prometió Adah. Berryman alargó el brazo hacia el vacío en busca de otra rama, se aferró a ella con los dedos y ascendió unos centímetros más, mientras tanteaba con el pie las ramas inferiores. Ante él percibía cierta diferencia en la oscuridad circundante, una especie de oscilación ajena al espectro de la luz visible, y una sensación de frío ascendió por sus pies y le recorrió la espina dorsal; luego le saltó del cerebro a los dedos en una evolución todavía más rápida y complicada, como las ondas de una piscina cuando estalla una tormenta.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó.

—Casi —lo tranquilizó Adah.

Entretanto, en la casa en llamas de los Sheehy, Jack abrió la ventanita próxima al techo de la sala de estar del sótano. Luego, metió la mano en la jaula que había comprado aquella misma tarde en el centro comercial de Willowville, tratando de convencer al periquito para que se le posara en el dedo. El animal se negaba a cooperar. Saltó del columpio al suelo de la jaula, luego al plato, irritado y resuelto a no subirse al insistente dedo de Jack. La habitación se estaba llenando de humo tan de prisa que el muchacho apenas veía lo que hacía a causa del escozor que sentía en los ojos. Por fin se le ocurrió separar el cilindro de barras metálicas de su base de plástico e invertirlo. Con un espantoso grito de protesta, el ave abandonó la jaula, dio un par de vueltas a la habitación para orientarse y luego, mientras el demonio salía de su cuerpo y Jack se desplomaba asfixiado al suelo, atravesó la ventana hacia el aire de la noche. En la distancia se oían ya las sirenas de los coches de bomberos que se aproximaban.

—¿Que me voy a ocupar de toda la Tierra? —se maravilló Joy-Ann—. Me cuesta creerlo.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Adah—, y yo llevaba desde 1868. Me parece que es suficiente.

—Pero ¿por qué yo? Sólo he sido un ama de casa.

—Bueno, ya sabes lo que dijo Jesucristo en el Sermón de la Montaña.

—¿Qué dijo? Yo no tengo memoria para esas cosas.

—Está ahí en la pared, detrás de ti.

Joy-Ann impulsó la silla giratoria y miró el cuadro que colgaba de la pared gris. Era igual que el de la pared del hospital en que despertó al llegar al paraíso, pero en lugar de un arco iris, un olmo y flores, éste representaba la Tierra tal como aparecía en las fotografías de la NASA, con todos los nombres y fronteras borrados, el hemisferio en la sombra fundiéndose con la noche, los azules mares veteados de nubes. De la inmensidad de las masas de tierra emergían magníficas escaleras de caracol, profusamente labradas e incrustadas de piedras preciosas, por las cuales ascendían y descendían multitud de almas dichosas. Encima de todo esto, en letras que centelleaban como las estrellas, se leían las palabras de la tercera bienaventuranza:

BIENAVENTURADOS

LOS MANSOS,

PUES ELLOS

HEREDARÁN LA TIERRA

—¡Los mansos! —exclamó Joy-Ann—. ¡Nadie diría que soy mansa!

—Para este trabajo hace falta otro requisito. El que lo haga tiene que ser alguien que disfrute con lo que ofrece la Tierra. Te sorprendería saber cuánta gente llega al paraíso ansiosa por pasar directamente a reinos de luz. No sienten ninguna nostalgia por lo que dejan atrás. Cuando murió Colette, por un tiempo pensé... A propósito, ¿te gustan sus libros? —Joy-Ann negó con la cabeza. ¿Quién era Colette?, se preguntó, pero sabía que más valía que no expresara su duda—. Bueno, pues pensé que seguro que ella estaría dispuesta a relevarme; pero no, lo que quería era ascender y ascender. Y, tonta de mí, por aquel entonces, yo no tenía especial interés en retirarme.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Todo esto de la familia Sheehy. Lo injusto que es. No quiero volver a verme involucrada en una cosa así.

Joy-Ann mostró su acuerdo asintiendo con la cabeza y dijo:

—Ésa es la actitud de los mismos Sheehy; creen que ha sido muy injusto, pero le echan la culpa a Jack. He intentado explicarles que Jack no era responsable de nada de lo ocurrido, que hizo todo lo que hizo porque un terrible demonio se había apoderado de él. Pero su padre piensa que estoy inventando excusas. La madre del muchacho no hace más que llorar y las dos chicas me miran con dureza. ¡Como si fuera culpa mía! Les he dicho que no saldrán de esa sala de espera hasta que al menos accedan a hablar con el chico. El pobre está muy disgustado. No tenía ni idea de lo que estaba pasando hasta que despertó en medio de la casa en llamas. Y unos momentos más tarde estaba muerto. No me digas que no es digno de lástima.

—¿Tienes sala de espera? —preguntó Adah admirada—. ¿Dónde está?

Joy-Ann señaló la puerta por la que había entrado Adah.

—Ahí mismo. Al principio intenté trabajar en casa, pero descubrí que la mayoría de la gente estaba incómoda. Están acostumbrados a ir a establecimientos públicos, así que cuando vienen aquí, donde todo es tan extraño, el golpe no es tan fuerte si se encuentran en un ambiente de oficina. Y también lo prefiero desde mi propio punto de vista. Cuando me pediste que te

sustituyera me di cuenta de que en realidad me habría gustado ejercer una profesión, con una mesa, un despacho con mi nombre en la puerta y responsabilidades. Naturalmente, al principio me daba un poco de miedo. Cada año mueren millones y millones de personas, y aunque no todos necesitan una atención especial, muchos sí. Entonces recordé que me habías dicho que en la eternidad no había necesidad de apresurarse, de modo que me lo tomo con calma y todo se hace a su tiempo. —Sonríó—. Toquemos madera —concluyó, y golpeó la chapa de su inmensa mesa de despacho con los nudillos.

—Ah, una cosa más antes de que me olvide. —Adah se agachó y sacó de la bolsa la guirnalda de ramas de sauce, deshecha y envuelta en un crujiente papel de floristería—. Toma. Ponlas en agua y procura que les dé el sol de vez en cuando, pero no demasiado. Cuando estén lozanas, coge un trocito de hoja y plántalo en un embrión de la lista de embriones disponibles. Con eso bastará.

—¿Para qué bastará? —inquirió Joy-Ann algo alarmada.

—Es un modo de lograr que se reencarne Giselle.

—¿Quieres decir que debe pasar por otra vida entera?

—Así es.

—¿Y se acordará de algo de su vida anterior?

—Me temo que ya lo ha olvidado todo.

—¿Hasta su nombre?

—Sí, pero su alma continúa siendo suya y de nadie más.

Joy-Ann contempló apenada el ramillete de sauce y suspiró.

—Supongo que debo ir a buscar un jarrón.

Adah asintió con la cabeza y le tendió la mano en un gesto de despedida.

—El anillo —le recordó Joy-Ann.

—Claro, el anillo. Casi me olvidaba.

Introdujo un dedo en la ceñida chaquetilla y sacó el anillo mágico. Se lo entregó a Joy-Ann y ésta se lo puso en el dedo pulgar izquierdo.

Primero se dieron la mano y luego se besaron cariñosamente en la mejilla.

—Adiós —dijo Joy-Ann—. Que lo pases bien en el cielo.

—Adiós. Que te vaya bien. No trabajes demasiado.

—No. Ah, cuando salgas...

—¿Qué? —preguntó Adah desde la puerta entreabierta.

—Diles a los Sheehy que vuelvan a entrar. Llevan mucho tiempo esperando y ahí fuera no hay ni revistas. He buscado por todas partes pero no encuentro ningún quiosco.

—En el paraíso hay libros, pero no revistas —explicó Adah—. Ahora te los envío.

Salió de la sala de espera y les dedicó una sonrisa a los Sheehy.

—Ya pueden entrar —les dijo.

El señor Sheehy la miró ceñudo y su esposa se secó las lágrimas con un Kleenex. Ambas muchachas hicieron muecas desdeñosas al ver el traje de Mazepa.

«Gracias a Dios que dejó este trabajo para siempre», pensó Adah. Abandonó la sala de espera con unos saltitos de liberación... y casi se topa con John Berryman (que ya no era ciego pero sí muy miope) en el pasillo.

—¿Lista? —le preguntó.

—No podría estarlo más.

—Entonces, allá vamos.

Mientras esperaba que trasladaran los restos de Giselle a la sala Dove, Glandier pasó el tiempo en una de las galerías cubiertas de arriba, escuchando música enlatada y leyendo un folleto de propaganda del Schinder's Memorial Gardens. La galería estaba dedicada a una única escultura, obra de Helmut Vliet, que, para el ojo de un no iniciado como Glandier, parecía el resultado de un bombardeo en un aparcamiento de coches. Las torturadas formas de acero multicolor quedaban algo mitigadas gracias a las macetas de heléchos y la fuente central. Desde el punto de vista estético, Glandier odiaba el Schinder's Memorial Gardens, lo mismo que odiaba cualquier forma de arte que no estuviera subordinada a propósitos comerciales, pero no había podido convencer a la dirección del cementerio donde habían enterrado a Giselle originalmente, o más bien erróneamente, de que incineraran el cadáver exhumado. Sólo estaban dispuestos a volverlo a sepultar en el lugar que le correspondía. Glandier les comunicó entonces que se lo llevaría a otra parte. Después de varias llamadas telefónicas, Schinder's fue el único establecimiento dispuesto a realizar el servicio que solicitaba Glandier. Según explicaba el folleto, Schinder's representaba una doble evolución en la industria funeraria. En primer lugar, en el aspecto práctico del sepelio y la incineración, ofrecía unas instalaciones eficientes, económicas y desprovistas de la pompa y la ostentación de mal gusto que caracterizan las funerarias convencionales. En segundo lugar, en lo referente a los valores menos tangibles asociados a la función conmemorativa de un cementerio, la filosofía de Schinder's era crear, en la medida de lo posible, el ambiente de un museo de arte contemporáneo. No un mero popurrí, insistía el folleto, de reproducciones y copias, cuyos originales se encontraban en colecciones europeas, sino un tributo a los logros de los artistas norteamericanos contemporáneos, los artistas que habían llevado la modernidad al Nuevo Mundo y le habían dado sus mejores cosechas.

Para alcanzar este visionario objetivo, Gragam Schinder, único heredero de las industrias de envasado de carne y molinos harineros del mismo nombre, se había gastado más de sesenta y cinco millones de dólares a lo largo de un período de veinte años, durante los cuales había reunido una colección de arte norteamericano de primera categoría. En los jardines, galerías y pabellones del establecimiento se exhibían obras de Mark Rothko, Barnett Newman, Jasper Johns, Helen Frankenthaler y Morris Louis, así como la colección más extensa del mundo de esculturas de David Smith, Louise Nevelson, Marisol y Helmut Vliet. Éste, informaba el folleto, había sido amigo personal del señor Schinder y había participado en la concepción y diseño del Memorial Gardens, que la Academia Norteamericana de Arquitectos como el cementerio más innovador y distinguido del siglo veinte.

Según Glandier, para lo único que servían los folletos propagandísticos era para multiplicar por cuatro el precio que había tenido que pagar por el sepelio anterior de Giselle. A cambio, las cenizas de su mujer dispondrían de unos centímetros cúbicos en el Cinerario Nevelson y su memoria sería honrada mediante el inolvidable tributo que representaba que su nombre constara en la larga lista grabada en bronce de «los recordados» que adornaba la entrada. Glandier pensó que Schinder debería haberse llamado Swindler*, pero aun así agradecía que le permitiera quemar y pulverizar el cadáver de su esposa.

Tan sólo el deseo de no entrar en estériles discusiones con Joy-Ann (quien consideraba pecado la cremación) había impedido que Glandier hiciera incinerar desde el principio el cadáver de Giselle. La mayoría de los asesinos manifestarían una preferencia similar por la incineración, pues lleva aparejada una sensación de conclusión que jamás podría igualar un mero enterramiento.

Por fin, una muchacha rubia vestida de oscuro, cuyo nombre Glandier olvidó en cuanto se hubo presentado a él, lo acompañó dos tramos de escalera hacia abajo y luego, a lo largo de un corredor tenuemente iluminado, hasta la sala Dove, que era la capilla mortuoria más indescriptible que había visto jamás. En las paredes había cuatro o cinco cuadros pequeños y parecía que las pocas piezas que la amueblaban procedían de un trapero.

—¿Dónde están las palomas?**—preguntó.

—Los cuadros son todos obra de Arthur Dove —aclaró la rubia sin permitirse esbozar

* Estafador, timador (N. de la T.)

** Dove significa «paloma» (N- de la T.)

siquiera una sonrisa.

—Ah.

—Éste es el sistema de acompañamiento musical —explicó a la manera de una azafata que realiza las explicaciones previas al despegue—. Hay nueve canales y los programas están anotados en esta tarjeta. Éste es el interruptor que activa el carrito en el cual el féretro será transportado al crematorio. —Primero rozó un botón que le recordó a Glandier el que vuelve a colocar los bolos en su sitio en una bolera y luego posó la mano suavemente en el ataúd — . Y ahora, como según tengo entendido, ha solicitado usted decirle el último adiós a su esposa en privado, lo dejó solo. Dispone de media hora. Y, por favor, acepte rni más sentido pésame.

Glandier pensó si debería darle propina, pero la muchacha desapareció antes de que pudiera sacar la cartera.

Una vez a solas con el cadáver de su esposa, se permitió un instante de triunfal regocijo antes de pulsar el botón que la mandaría directamente a las llamas. Ya se había ocupado del destino que daría a la madera del sauce que había mandado talar, siguiendo las instrucciones dejadas por Jack Sheehy en un sobre colocado bajo el teléfono del dormitorio. En cumplimiento de su promesa de instruir a Glandier sobre el modo de evitar que el fantasma de su esposa o cualquier otro enviado suyo siguiera persiguiéndolo, Jack le indicaba en su nota que quemara tanto los restos físicos como los etéreos (contenidos en la madera del sauce). Fue después de dejar la nota cuando Jack realizó la matanza de la familia Sheehy. Y fueron las revelaciones derivadas de esa tragedia lo que permitió a Glandier salir de la cárcel.

Echó una mirada a las posibilidades musicales enumeradas en la tarjeta y escogió *Más cerca de ti, Señor*, cantado por el Coro del Tabernáculo Mormón. Una fantasía de órgano introductoria ahogó el piar del petirrojo que había saltado al alféizar de la única ventana de la sala Dove. Del alféizar, el pajarillo saltó a la moqueta verde botella, y en unos pocos brincos se plantó al pie del carrito (como lo había llamado la azafata, aunque en realidad parecía más bien una simple cinta transportadora) en el que descansaba el ataúd. A continuación, con un ligero aleteo, se alzó para posarse sobre el propio féretro.

Cuando por fin advirtió la presencia del pájaro, Glandier exclamó:

—¿Qué coño...?

Se acercó al ataúd y quiso propinarle un manotazo al petirrojo, pero éste demostró mayo agilidad y le picó en el dorso de la mano.

Hasta ese momento no se le había ocurrido que tal vez no se tratara de un petirrojo corriente. Un petirrojo corriente no se dedicaría a picotear la cruz de plata que decoraba la tapa del féretro. (Más bien «plateada», pues estaba formada por un trozo de papel pegado a un molde de plástico. Shinder's, tal como anunciaba la propaganda, no malgastaba el dinero de sus clientes en ostentaciones innecesarias). No, aquel petirrojo tan sólo era tal en el mismo sentido ilusorio que la garza del lago Rush era una garza. Sin embargo, en otro sentido sí lo era, al menos hasta que pudiera adoptar una forma más grande y menos vulnerable. Aquél era el momento de lograr que no sufriera ninguna otra metamorfosis.

Con disimulo, y con una gozosa satisfacción derivada de ese disimulo, Glandier se quitó la chaqueta, la sostuvo con las dos manos a modo de red y se lanzó sobre el pájaro. Sin embargo, su característica pesadez, llevada hasta el grado de torpeza en esta ocasión, lo impulsó con demasiado ímpetu y el plástico del ataúd, debilitado por los picotazos del petirrojo, cedió en las uniones ocultas por la cruz plateada. En aquel preciso instante, el demonio salvó el infinitesimal intersticio que separaba los tejidos animados del petirrojo de los restos inanimados del cadáver.

Glandier perdió el equilibrio y acabó apoyando las dos manos y la mayor parte de su peso en la resbaladiza superficie de la bolsa que envolvía el cuerpo dentro del quebrado ataúd. Mientras pugnaba por incorporarse, el cadáver reanimado rasgaba la última membrana reclusora; el plástico negro se abrió y un olor nauseabundo impregnó el aire de la sala Dove y se mezcló con los triunfantes acordes del Coro del Tabernáculo Mormón.

Unos dedos huesudos se aferraron a la corbata de seda de Glandier, quien se dobló hacia adelante como si hubiera recibido un golpe en el plexo solar. En un gesto protector instintivo, levantó la rodilla izquierda y apretó el botón que ponía en marcha el viaje del ataúd hasta el

crematorio. En el extremo de la breve cinta transportadora se abrieron dos puertas de latón bruñido y el féretro emprendió el avance hacia la abertura.

Glandier, sujeto por la corbata, fue arrastrado por el féretro. Sintió que tiraban de él por la pendiente que se iniciaba al otro lado de las puertas (de la misma manera que un carretón de productos enlatados entra en el sótano de un supermercado); sus gritos de terror quedaron ahogados por la alegre conclusión del himno. Las puertas se cerraron a su espalda y por unos momentos la oscuridad lo rodeó. Luego, a través de la cuadrícula de la rejilla sobre la que yacía, vio titilar centenares de llamas azules, hilera tras hilera, en tanto los sonrientes labios descarnados de su esposa se aproximaban a los suyos para sellar su unión con un beso final.

Avanzaban por un sendero infinito a través de una pradera sin límites en dirección a un horizonte que en apariencia estaba siempre a 150 o 200 metros de distancia. Él se había quitado la chaqueta de *tweed*, que dejó en un espantapájaros. Iba arremangado y descalzo. También ella se había quitado las botas, aunque todavía llevaba el resto del traje de Mazepa, con excepción del engorroso turbante. Hablaban de política y de lo absurdo de la carrera armamentista, de París y de Nueva York, pero, sobre todo, hablaban de poetas y de poesía. Ella sabía muchos chismes de Walt Whitman, a quien había visto rondar a los primeros beatniks de Manhattan en la cervecería de Charly Pfaff, en la esquina de Broadway con Bleecker, y de Swinburne, a quien había tratado de conquistar por diez dólares a petición de su amigo Gabriel Rossetti. Comparaba la potencia sexual de Dickens con la de Dumas padre, aunque entre ambos el último salía mejor parado, gracias, según ella, a su mayor tamaño. Berryman contó anécdotas de Roethe, Lowell y Delmore Schwartz, que ella escuchó con notable paciencia y atención, considerando que no sabía nada de ellos ni había leído jamás sus obras.

Por fin, cuando se agotaron los recuerdos y a ella le pareció que Berryman estaba de humor propicio, formuló la sugerencia que se había estado reservando durante todo el paseo.

—¿Sabes lo que sería fantástico?

—¿Qué?

—Un taller.

—¿Cómo dices?

—Un taller de poesía... en el cielo. Tal vez no en el Empíreo. Supongo que en los niveles más elevados uno pierde interés por la poesía... y por la prosa. Pero Dante pone a Homero y a los demás poetas clásicos en el primer círculo.

—Del *Inferno* —observó Berryman.

—Sí, pero ellos no lo sufren. Hablan de poesía, como nosotros. Y seguramente en el cielo habrá millones y millones de almas interesadas en participar en un taller con el gran John Berryman. Tenías mucha fama entre tus alumnos, ya lo sabes.

—¿Y todos esos millones de poetas celestiales se sentarían a escuchar mientras cada uno de los otros leía sus poemas en voz alta, que luego, además, serían comentados? Se tardaría muchísimo tiempo.

—Vamos a estar allí toda la eternidad. Y no era más que una sugerencia.

—Pensaba que cuando llegáramos al cielo entraríamos en un estado de permanente éxito. Ah, y a propósito, ¿cuándo vamos a llegar?

Aunque no llevaba más que brazaletes, Adah se miró el antebrazo como si consultara un reloj de pulsera.

—No falta mucho —repuso con un puchero.

—No quería parecer desdeñoso.

—Tu problema, John Berryman, es que eres un elitista. El eludido se encogió de hombros.

A sus espaldas se oyó una voz que los llamaba por sus nombres:

—¡Eh! ¡Señor Berryman! ¡Señora Menken! ¡Esperen! Era el chico de los Sheehy, que se les acercaba, no sin cierta dificultad debido a lo irregular del sendero, montado en una bicicleta.

—¡Puck! —lo saludó Berryman agitando el brazo.

El muchacho se detuvo junto a ellos.

—Soy Jack —lo corrigió en tono ofendido—, Jack Sheehy. Seguramente no me recordarán, pero hace unos días intenté matarlos.

—Claro que nos acordamos —replicó Adah—. El señor Berryman te había puesto un apodo cariñoso. ¿Tienes ya alguno?

—No.

—Bueno, pues ya te lo hemos puesto —concluyó Adah alegremente—. Puck es un personaje de una obra de teatro de William Shakespeare, por si no lo sabías.

Parecía que Jack se preguntaba si le estaban tomando el pelo, pero decidió que daba lo mismo.

—Tenga —dijo al tiempo que alargaba el brazo hacia la cesta de la bicicleta—. La señora Anker me dijo que le diera esto como regalo de despedida. —Le entregó a Adah un ramo de begonias, balsamillas y baladres. Sacó luego una botella de champán del estado de Nueva York y añadió—: Y esto es para el señor Berryman.

—Qué detalle —dijo Adah—. Dale las gracias y un beso a Joy-Ann de mi parte —dijo, sonriente, y besó a Jack en la frente.

—No se le habrá ocurrido enviar copas con el champán, verdad? —preguntó Berryman.

—Aquí están —dijo Jack, y sacó de la cesta dos copas de cristal azul tallado.

Berryman descorchó la botella, que, bajo el amplísimo cielo de la interminable pradera, apenas hizo ruido; el champán asomó burbujeante por el cuello de la botella de un modo bastante dramático debido al agitado viaje que había realizado en la cesta de la bicicleta.

—¡Miren! —exclamó Jack en el momento en que levantaban las copas en un brindis mudo—. ¡Allá arriba! ¡Un dirigible!

Y así era, por la franja occidental del cielo, donde el sol se hundía en masas de nubes color melocotón y anaranjado, se les acercaba un dirigible plateado cubierto de luces intermitentes.

—¿Qué pone? —preguntó Adah.

—Nunca tuve muy buena vista —dijo Berryman—. Aún está muy lejos.

Avanzaron tranquilamente por el sendero, tomando champán y admirando el espectáculo de la puesta de sol, bellísima, y la lenta pero sublime aproximación del dirigible. Jack los seguía montado en la bicicleta.

Al cabo de un corto trecho, el camino terminaba al borde de un barranco. Por debajo de ellos, un río de imponente anchura discurría de norte a sur y dividía en dos partes la infinita pradera. La puesta de sol se inclinó para reflejarse en el espejo del río y salió proyectada en todo su esplendor.

—No puede ser... —empezó a decir Berryman—. No, imposible.

—¿Qué es imposible? —preguntó Adah.

—¿No será... la laguna Estigia?

—¡Claro que no! —dijo Adah indignada—. La laguna Estigia está en Grecia o por ahí, y es un río insignificante. Esto tiene que ser el Mississippi. Tal vez no el verdadero Mississippi; el Mississippi espiritual, podríamos decir. Los norteamericanos destacan en algunas cosas, y el tamaño es una de ellas.

Como para demostrar su aseveración, el dirigible se les había acercado lo suficiente para que pudieran distinguir tanto sus detalles como su tamaño. Este quedó sucintamente expresado por el comentario de Jack, que declaró que era al menos tan grande como la nave que aterriza en el Barranco de Satán al final de *Encuentros en la tercera fase*. Su enorme volumen estaba ocupado por un complicado laberinto de luces intermitentes en que una única exclamación victoriosa, «¡SALVADOS!», alternaba con explosiones, surtidores y molinetes de colores, cada uno de los cuales prometía la felicidad eterna.

—¡Caray! —dijo Jack, pues Adah y Berryman se habían quedado mudos—. ¿Han visto lo mismo que yo? ¡Qué maravilla!

Mientras se aproximaba al barranco desde cuya cima contemplaban el río, la puesta de sol y el espectáculo de luz, el dirigible empezó a descender hasta que la barquilla que pendía bajo la estructura rozó la hierba y su sombra oscureció una extensísima porción del prado. A continuación, se abrió una puerta y salió una figura.

Era Jesucristo, con el uniforme de oficial del Ejército de Salvación. Sonriendo amistosamente, cruzó el prado a grandes zancadas con los brazos extendidos.

—¡Hola! —dijo—. Tú debes de ser Adah Menken. —Le tomó las manos rebosante de alegría. Ella se sonrojó. Jesucristo se las oprimió y Adah sonrió. Él se echó a reír y, sin soltarle las manos, se volvió hacia Berryman—. Y tú eres John, igual que mi amado discípulo. Me alegro de conocerte después de todo lo que me han dicho de ti. Pero... —Se quitó la gorra de visera y se agachó para ponerse a la altura de Jack Sheehy —. ¿Éste quién es? ¿También vas a venir al cielo conmigo?

—No. Lo siento, pero no puedo. Me encantaría dar una vuelta en su dirigible, pero le prometí a Joy-Ann, a la señora Anker, quiero decir, que iría a Tanganica y ayudaría a su hija a reencarnarse. En su próxima vida va a ser un guerrero masai. Lo único que tengo que hacer es plantar esto en el útero de su futura madre —explicó, y mostró a Jesús el protoplasto procedente de una hoja del sauce que Berryman había llevado al paraíso.

—¡Un guerrero masai! —se sorprendió Adah —. Qué elección más extraña.

—Tenía que ser eso —explicó Jack—, o la octava hija de un minero polaco afectada de nacimiento por algún síndrome. Ignoro cómo quedó reducida a esas dos opciones. Un ordenador hace todos los cálculos astrológicos. Joy-Ann pensó que Giselle debería empezar su nueva vida desde un ángulo distinto.

—Parece buena idea, pero espero que no tarde mucho en venir aquí con nosotros —dijo Jesucristo. Se puso en pie y añadió—: Bueno, ya es hora de ponernos en marcha. Lástima que no puedas venir hoy, Jack. Quizá la próxima vez.

—En realidad —repuso el muchacho—, he empezado una especie de aprendizaje para prepararme para ser ayudante de la señora Anker, encargado de todo lo referente al sexo y cosas así. El sexo y la muerte están relacionados.

—Ya —dijo Jesús —. Aunque nosotros... —su sonrisa abrazó, casi literalmente, a Adah y John — ... ya hemos superado esa etapa.

Les ofreció las manos y, como niños de una foto de calendario, cada uno lo cogió por un lado. Así, de la mano, lo acompañaron al dirigible.

Jack se quedó mirando hasta que se encontraron en el interior y la nave se hubo elevado por encima del Mississippi espiritual. Entonces dio vuelta a la bicicleta y empezó a pedalear hacia el este, camino de Tanganica.

—¿Otra *quennelle*? —preguntó Bing—. ¿O un poco más de *soubise*?

—Gracias —dijo el padre Mabbley—, pero ya he tomado suficiente. En serio, querido muchacho, dones como los tuyos no deberían malgastarse en el aire del desierto.

—Hoy en día, los programas de cocina por televisión llegan a todas partes y, en cualquier caso, el desierto es su cuna, padre. Aquí, en las ciudades de las Grandes Llanuras, tienen su origen la leche, la miel, la mantequilla, los huevos y toda las demás fuentes de colesterol. Con el tiempo, Minnesota será la Normandía de América, pero me alegro de que le haya gustado la cena. ¿Pasamos a la sala a tomar el café?

El sacerdote apartó la silla y se levantó de la mesa iluminada por las velas.

—Lo que quería decir es que te hemos echado de menos, querido Bing, simplemente —especificó—. Y me resulta difícil comprender cómo puedes querer quedarte aquí en St. Paul un solo día más de lo necesario, después de todo lo que has pasado.

Bing apagó las velas con los dedos y siguió a su invitado a la «sala», que sólo se diferenciaba del «cuarto de estar» de los tiempos de Joy-Ann en que se habían colocado cortinas nuevas y algunos de los muebles en peor estado habían sido desterrados al sótano. Las cortinas eran muy modernas y suntuosas, un damasco de seda color crema de dibujo tan monumental que no parecían sino una muestra cortada de una pieza de proporciones gigantescas. Cuando estaban corridas daban a los muebles supervivientes un aspecto ilusorio, como si fueran de casa de muñecas o un decorado teatral en lugar de pertenecer a una casa en la que vivía gente. Con esa única alteración, aparte del cambio de nombre, Bing se sentía totalmente a gusto viviendo como guarda del museo de su infancia.

El joven sirvió el café con una cafetera Royal Worcester que había comprado en su primer impulso derrochador después de salir del hospital. Le costó más de cien dólares, pero era realmente la cafetera más bonita que había visto, con flores de loto anaranjadas en un campo de porcelana blanca; era una cafetera que podía considerarse una amiga.

Mientras tomaban café, Bing le contó al padre Mabbley los detalles de su extraña buena suerte, detalles demasiado angustiosos para relatarlos durante la cena. Primero, en lo relativo a la culpabilidad de Glandier, el mensaje del tablero de espiritismo que recibió Bing con Alice Hoffman quedó confirmado por una vía rarísima. La hermana de un veterano del Vietnam mutilado que había muerto en un insólito accidente de pesca descubrió entre los efectos de su hermano un documento en que confesaba haber accedido a proporcionar a Glandier una falsa coartada para el día del asesinato de Giselle, a cambio de que le comprara una cabaña por un precio muy exagerado. Aquello, junto con la confesión que hizo el propio Glandier por teléfono a la policía de Willowville, de la que luego se retractó, bastó para convencer a su abogado y a las autoridades competentes de que Bing debía ser declarado heredero de Glandier, como pariente más próximo.

—Así que ahora tienes dos casas —resumió el padre Mabbley.

—Y una cabaña junto al lago, además de una considerable suma de dinero. La empresa de Glandier tenía contratadas unas sustanciosas pólizas de vida para sus ejecutivos, como si pensarán que el mañana no existe. Soy rico, o, al menos, estoy en posición acomodada. Mientras los tipos de interés se mantengan por encima del ocho por ciento, no tendré que volver a trabajar. Pero para no hacerme un vago completo ni perder toda mi preparación profesional, voy a hacer de locutor de bingo en Nuestra Señora de la Misericordia las noches de diversión.

—Ah —exclamó el padre Mabbley con una santurronería delicadamente teñida de sarcasmo—, me alegro de saber que no piensas escatimar tu amor a la Santa Madre Iglesia. Naturalmente, eres consciente de que, en algunos aspectos, aquí la iglesia tal vez no tenga las mismas actitudes a que estás acostumbrado en St. Jude.

—Por eso, padre, pienso repartir mis favores. St. Paul es famoso por su homofobia. Hace unos años hubo un referéndum sobre los derechos civiles de los gays, y el resultado fue que no tenían ninguno. Así, en una muestra de agradecimiento por mi racha de buena suerte, dejaré que THRUST, que es el grupo activista gay más radical y abierto de la zona, utilice esta

casa para su servicio de ayuda inmediata. Y la casa de Willowville será una residencia para gays que tengan problemas con sus caseros.

—No sé si eso le parecerá bien a la rectoría de Nuestra Señora de la Misericordia.

—Si quieren montar un escándalo, revelaré que actúo por expreso deseo del padre Windakiewiczowa.

—Eso sería una mentirijilla.

Bing apretó los labios y negó con la cabeza.

—Por mi honor de buen católico, padre Mabley. Al fin y al cabo, murió junto a mi cama. ¿Quién puede conocer mejor sus últimos deseos?

—Eso, desde luego, quiero decir el asesinato del padre como se llame cuando te estaba visitando a ti en el hospital, constituye el misterio más impenetrable de todo el enredo. No es demasiado difícil imaginarse por qué un adolescente perturbado...

—Jack Sheehy no era todavía un adolescente —lo corrigió Bing.

—Bueno, pues un niño. Por qué un niño puede asesinar a toda su familia. Por desgracia, no es la primera vez que ocurre. Incluso se puede llegar a entender que mate al psiquiatra al que lo han enviado, aunque parece demasiada coincidencia que tu cuñado hubiera ido a ver a ese mismo psiquiatra precisamente el día del asesinato.

—Sin embargo, no cabe la menor duda de que el responsable es el muchacho y no Bob. Encontraron las llaves de la consulta de Helbron en el bolsillo del chico. La pistola estaba a nombre de su padre...

—Pero ¿para qué iba a ir a la habitación de un hospital donde yace un hombre a quien no conoce de nada, es decir, tú, con intención de matarlo, para luego, en lo que parece un exceso de energía, matar a dos completos extraños? ¿Para qué? Parece inverosímil.

—Sin embargo, la policía ha demostrado de modo concluyente que fue él. El papel de envolver para regalo que había en la habitación procedía de un rollo encontrado en casa de los Sheehy, y un testigo lo vio jugando a invasores del espacio en la sala de espera del hospital poco antes de que se produjeran los asesinatos.

—Pero ¿por qué?

Bing sonrió misteriosamente, como quien dice: «Sé más de lo que digo». Y así era. Hacía varias semanas que venía recibiendo mensajes espiritistas de un ente que decía llamarse Puck. Tales mensajes respondían a casi todas las preguntas del padre Mabley, y además le informaban sobre la vida de las anguilas y las langostas. Pero Bing había jurado guardar el secreto. En cualquier caso, la explicación que daba Puck acerca de los sucesos era bastante más extraña aún que los propios sucesos.

Además, a Bing le gustaba guardar secretos, de modo que siguió conduciendo al padre Mabley, con aparente crueldad, a través de un intrincado bosque de infructuosas especulaciones, complementadas, cuando la gelatina hubo cuajado, con una porción de pastel de chocolate borracho.

Por fin, cuando ya no pudo aguantar más el suspense, Bing dijo:

—Ahora que ya está lo bastante relajado, padre, déjeme enseñarle el resto de la casa. En las habitaciones de arriba me he tomado libertades mucho mayores.

—Encantado.

—De momento, la habitación de mamá —explicó Bing ya cuando subían la escalera— está vacía. Ahí es donde quiero poner el despacho del servicio de ayuda inmediata. Usted dormirá en el cuarto de huéspedes, que antes era el de Giselle. Lo he decorado en un estilo marroquí-hollywoodiense de los años treinta. Mi habitación todavía no está terminada y me gustaría que me diera su opinión sobre el dosel de la cama. Pero la piece de resístame, hasta el momento, es el cuarto de baño. Voilà!

Bing abrió la puerta del cuarto de baño con decisión y un gesto ampuloso del brazo. Robert Glandier, completamente desnudo, saltó de la taza del water y se llevó las manos a los

genitales en la clásica pose de vergüenza postcoito.

—Bueno, padre, ¿qué le parece?

—¿Beardsley? —dijo el sacerdote en tono más sorprendido que reprobatorio.

—Los he hecho todos yo —dijo Bing—, con pintura corriente de pintar paredes.

—No sabía que tuvieras aspiraciones como muralista.

—Jamás había caído en lo fácil que era hasta que leí un artículo en Family Circle que enseñaba cómo pintar personajes de los dibujos animados en las paredes de los cuartos infantiles. Pensé que si funcionaba con el perro Huckleberry también funcionaría con la Salomé de Beardsley. Reconozco que la ejecución es bastante defectuosa en algunos sitios, sobre todo en el techo. Pintar techos es un coñazo.

—Eso parece.

—Bing se echó a reír.

—Déme su opinión, padre. La verdad.

—¿Sobre esto? ¿Qué te dé mi opinión? Bueno, en honor a la verdad tendría que decir que me parece insólito. Pero supongo que eso es lo que se pretende.

—Hum..., sí, diría que en cierto modo, sí. Ay, perdone, pero me temo que la capacidad de sugestión resulta demasiado efectiva. ¿Le importa que interrumpamos la visita un momento? Me han entrado unas ganas tremendas de hacer pipí.

—No te preocupes. Aprovecharé la oportunidad para hacer lo que quería hacer antes, fregar los platos.

—¡No, padre, por favor!

El padre Mabbley alzó la mano para indicar que sus protestas no servirían de nada, salió de la estancia y cerró la puerta tras de sí.

Bing esperó a oír al padre Mabbley bajar la escalera para volver hacia Glandier y decir, en una especie de susurro teatral:

—Bueno, ya nos ha respondido a la pregunta. Eres invisible para todo el mundo excepto para mí. El padre Mabbley es la personificación de la cortesía, pero no habría podido disimular el susto que se hubiera llevado de haber visto a un gordo desnudo en el cuarto de baño de un amigo.

—Lárgate —dijo Glandier con una voz marcada por la desesperanza—. Lárgate y déjame en paz.

—Invisible, inaudible e incapaz, como ambos sabemos, de ir a ningún sitio fuera de los confines de esta habitación. Prisionero, para toda la eternidad, en el cuarto de baño Oscar Wilde. A mí me parece la mar de gracioso.

—Gritaré —lo amenazó Glandier—. Eso todavía puedo hacerlo.

—Y yo te retorceré la nariz —repuso Bing con una risita.

Glandier retrocedió a un rincón del cuarto de baño. Bing solía llevar a la práctica tal amenaza, y otras veces tropezaba o topaba con su cuerpo inmaterial o le pellizcaba el trasero. Cada vez Glandier perdía la existencia y reaparecía al instante tendido de espaldas en la bañera, o, si ésta estaba ocupada, sentado en la taza del inodoro. Tenía la sensación de que era una pelota de ping-pong rebotando contra las paredes de una caja de zapatos.

—Pensaba que ibas a gritar —le provocó—. Venga, grita lo estoy esperando. Me encantan tus gritos.

—Marica de mierda —murmuró Glandier.

—Según tengo entendido, la palabra que se usa para insultar es «maricón», si es insultar lo que pretendes. —Se volvió hacia el espejo y fingió estudiarse la ceja derecha—. En cuanto a los gordos, generalmente «cerdo» es el término que se considera más ofensivo. Y, ciertamente, sin ropa tienes un aspecto muy porcino.

—¿Sabes? —dijo Glandier en tono pensativo—, si existiera el infierno, creo que preferiría estar allí.

—¿Tanto te molesta mi compañía? ¡Pobrecito! Me parece que no fue ésa la intención de mamá cuando te alojó aquí. Además, tengo entendido, por lo que me ha contado un amiguete mío que se llama Puck, que espera que con el tiempo nos hagamos amigos. Creo que lo que desea es que se te peguen mis buenas maneras y que yo adquiriera un poco de tu virilidad. ¿Qué posibilidades crees que tenemos de que eso se haga realidad?

Glandier cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y gritó con todas sus fuerzas.

—Y este cerdito —dijo Bing avanzando— empezó a decir pi-pi-pi-pi. —Le retorció la nariz a Glandier y al momento éste se encontró tumbado de espaldas en la bañera—. Bueno, he de volver a mis obligaciones de anfitrión, y tú debes quedarte aquí como un buen fantasma. Un día de éstos abriré una libreta de ahorros y compraré una radio para ponerla aquí. Así al menos tendrás algo que te ayude a pasar las horas. Y los días. Y los años. Ja, ja.

Cuando Bing salió de la estancia, Glandier no se movió de la bañera. Se quedó tumbado de espaldas contemplando el techo, donde unas figuras grotescas mal dibujadas lo miraban de soslayo, se guiñaban el ojo y se reían a sus expensas. Sin que lo oyera siquiera Bing, que estaba en la cocina ayudando al padre Mabbley a fregar los platos, Glandier dirigió un alarido a los rostros burlones y siguió gritando hasta que le dolió la garganta. Entonces se quedó mirando fijamente el grifo de la bañera y las ondulaciones de la cortina de plástico. Como en numerosas ocasiones anteriores, comprobó que la mejor manera de pasar el tiempo era hacer largas divisiones mentalmente. Siempre había destacado en aritmética.

El niño en que tenía que reencarnarse Giselle murió el tercer día de su vida embrionaria, gracias a los efectos de un producto químico abortivo. Semejante golpe de fortuna permitió que ella pudiese abandonar la Tierra y la mortalidad para alcanzar por fin la dicha que le aguardaba desde hacía tan largo tiempo.

Sin nombre, sin meta, sin concepto del antes y el después, sin lágrimas, sin risa, sin ropa, sin impresos que rellenar, ¿qué podría decir ahora de su alma? Que unas veces se movía y otras permanecía inmóvil. Que en su interior había un núcleo y en el exterior, una especie de piel o de caparazón; en el corazón, un pulso, y en la piel, una sensación de alguien o algo, de otras temperaturas y *tempos*, de voluntades opuestas o coincidentes.

Pero en prototipos tan toscos y peculiares como las flores, el cielo azul, el calor del sol o la distancia entre las estrellas, ¿qué podría decir ella sobre lo que sabía o sentía? Que las flores lloran como los niños y exigen una absoluta atención por parte de los adultos; que la bóveda celeste y el cristalino de los ojos encajan perfectamente, y ambas cosas son reales; que el calor se disipa con el transcurso del tiempo; que la distancia es la mayor ficción creada por Dios.

Con todo, ¿no podría decirse algo más humano? ¿Tan etéreas son las almas que todas las afirmaciones que hagamos sobre ellas han de ser abstractas como los adornos de un árbol de Navidad? ¿Ni siquiera sin nombre puede el amor, como Cupido, disparar sus flechas a nuestros corazones para que sangren? Naturalmente que puede. Naturalmente que hay momentos en que un alma liberada de su cueva de carne sale disparada hacia una mente mortal que esté dormida y se enrosca en su superficie, forma espuma, a la manera de las olas en una playa, roza las partes más tiernas y hace que surjan sueños de sus profundidades, como las burbujas de las almejas escondidas en la arena. Y despertamos conscientes de que nos ha tocado algo bello, cuya belleza jamás comprenderemos, conscientes de que hemos sido testigos de su paso inexpresable. Pronunciamos su nombre, si aún lo recordamos, y le pedimos que se quede un momento más, tan sólo un momento. Pero ya ha desaparecido.

Kalpa imperial

Angélica Gorodischer

Cómo surgió de la nada el imperio más vasto que nunca existió, cuál fue el impulso de sus artes y afanes de conquista, cómo pudo crecer descontroladamente una ciudad en medio de ninguna parte y convertirse de pronto en la capital de ese imperio...

Angélica Gorodischer ha conseguido fundir a la perfección las diversas influencias mayores de la literatura fantástica de este siglo (Borges, Calvino y Kafka, principalmente), con una voz personal y un tono narrativo muy pocas veces alcanzado en lengua castellana. Un espléndido ejemplo de la mejor tradición del «realismo mágico» sudamericano.

El cazador de jaguares

Lucius Shepard

PREMIO MUNDIAL DE FANTASÍA 1988

Lucius Shepard es un escritor de fantasía cuya ascensión a la fama ha sido meteórica y, sin embargo, plenamente merecida. Sus relatos tienen una ingeniosa e intrigante base filosófica: en sus mundos, la tecnología y la ciencia se abren a la magia.

En el relato que da origen al libro *El cazador de jaguares*, su protagonista, Esteban Caax, es contratado por el hombre más rico de su aldea para que mate a un jaguar que le impide edificar un complejo residencial, descubriendo que el jaguar es una hechicera. En «Salvador», un soldado norteamericano que lucha contra la guerrilla salvadoreña sufre la venganza de un brujo local por haber participado involuntariamente en la muerte de su hijo...

«Una deslumbrante superficie de efectos especiales alucinógenos.» New York Times Book Review